

JAMIE BECK NO SOLO SOCIOS

Traducción de
Beatriz Villena Sánchez



amazon crossing

D.J.57

**NO SOLO
SOCIOS**

NO SOLO SOCIOS

JAMIE BECK

Traducción de
Beatriz Villena Sánchez

amazon crossing 

Título original: *Worth the Trouble*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2016

Edición en español publicada por:

Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl

38, avenue John F. Kennedy, L-1855, Luxembourg

Enero, 2020

Copyright © Edición original 2016 por Jamie Beck

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2020 traducida por Beatriz Villena Sánchez

Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © Fraser Hall © Edgargo Contreras / Getty Images

Primera edición digital 2020

ISBN Edición tapa blanda: 9782496702163

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Jamie Beck es una antigua abogada con pasión por escribir historias sobre amor y redención. *No solo socios* es la segunda entrega de la serie Hermanos St. James, tras *No solo amigos* (2019). Además de novelas, también escribe artículos para una organización sin ánimo de lucro dedicada al empoderamiento de los jóvenes y al fortalecimiento de las familias. Cuando no está aporreando el teclado de su ordenador, Jamie disfruta pasando tiempo con su siempre paciente y comprensiva familia.

*A mi querida amiga Ramona, una de las mejores madres que conozco.
Gracias por permitirme robar partes de tu viaje para crear la historia de
Cat.*

ÍNDICE

[DIARIO DE CAT](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[Continuación de la entrada anterior](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[Querida mamá](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

DIARIO DE CAT

Querida mamá:

Mañana voy a Block Island para la boda de David y Vivi, sin pareja, por supuesto. Con todo, la ceremonia debería ser memorable. Solo nos vas a faltar tú.

¿Quién habría podido pensar que David acabaría casándose con mi mejor amiga? Su amor me da esperanza, pero también me hace sentir un poco sola.

Hank estará allí. Pensar en él también me hace sentir esperanzada y sola. Algo que no pienso reconocer nunca en voz alta.

CAPÍTULO 1

Cat ató sin demasiada fuerza las cintas de plástico de la bata de papel que le habían dado —a años luz del Armani de alta costura que había llevado puesto el día anterior en la sesión de fotos para *Vogue*— antes de sentarse en la camilla. La fina capa de papel se arrugó bajo ella en cuanto se echó hacia atrás para dejar caer su peso sobre sus codos.

Miró el reloj.

Su tren a New London (Connecticut) salía de Penn Station a las once y media. Si lo perdía, no llegaría a tiempo al ferri que cruzaba a Block Island para asistir al ensayo de la boda de su hermano mayor, David, pero a pesar de lo mal que le venía la hora de aquella consulta, no podía seguir retrasándola.

Echó un vistazo a la sala, austera e impersonal, preguntándose qué otras mujeres habrían pasado por esa misma experiencia ese mismo día. Algunas habrían llegado, despreocupadas, para someterse a una revisión rutinaria. Una mujer embarazada habría oído el latido del corazón de su bebé por primera vez. Otra, como su propia madre, podría haber recibido la noticia fatal de que tenía cáncer de mama. Resultaba absurdo que un entorno tan estéril pudiera servir como marco para momentos tan cruciales en la vida de una mujer.

Cat esperaba que sus propias preocupaciones fueran infundadas, pero las dudas la carcomían por dentro cuando la doctora entró y se acercó al pequeño lavabo para lavarse las manos. Aunque la doctora Wexler no era guapa ni joven, Cat la envidiaba, a ella y a su confianza, su competencia y su obvio sentido del propósito, cualidades intangibles que brotaban claramente de su interior y que se transmitían de forma clara y vívida a través de sus ojos.

—Catalina, ¿qué te ha traído aquí hoy?

Echó un vistazo a su historia clínica mientras esperaba una respuesta.

—Bueno —empezó Cat—, dejé la píldora hace diez meses y, excepto

por un ligero sangrado, no he vuelto a tener el periodo. Al principio, pensé que se debía al estrés. —Se puso un mechón de pelo detrás de la oreja y evitó su mirada—. Pero ya estamos en junio y empiezo a estar preocupada.

—¿Algún calambre extraño?

—Pues, la verdad, no.

Cat intentó descifrar la expresión educadamente distante de la doctora Wexler, pero, al igual que ella, la doctora domina el arte de esconder sus emociones.

—¿Problemas para dormir, irritabilidad o dolor al practicar sexo?

La deliberada inclinación de la cabeza de la doctora Wexler desconcertó a Cat, que odiaba hablar de temas personales.

—Bueno, tampoco he tenido relaciones sexuales desde entonces, pero nunca había sentido nada fuera de lo normal. Me refiero en términos de dolor, claro. —Sus mejillas se sonrojaron en cuanto se dio cuenta de la impresión que podía haberse llevado la doctora con esas palabras—. Bueno, de todas formas... a veces el desfase horario me afecta al sueño. Y creo que tampoco estoy ni más ni menos irritable de lo normal.

Cat hizo una mueca.

—¿La fuente de estrés fue importante? —preguntó la doctora Wexler, ignorando el lamentable intento de Cat de aparentar frivolidad.

Los músculos de Cat se tensaron, como cada vez que pensaba en su ex, Justin. Durante sus dos años de relación intermitente, había confundido sus celos y su rabia posesiva con intenso amor. Por desgracia, Vivi tuvo que verse en el fuego cruzado y acabar en urgencias con fractura de cráneo para que Cat fuera plenamente consciente de ello.

—Una mala ruptura con mi ex que acabó en cargos por agresión y una pésima publicidad.

Un sudor frío cubrió su piel cuando se arquearon las cejas de su médica. Cat, luchando contra el impulso de meterse debajo de la camilla, fingió indiferencia:

—Pero las cosas se han calmado.

Se han calmado porque Cat prácticamente no ha dejado de esconderse de los paparazis y de los hombres. Por supuesto, esconderse de los fotógrafos no ha sido precisamente positivo para su carrera, lo que ha supuesto para ella otra causa más de estrés. Con veintiocho años, ya le estaba costando mantener su carrera de modelo. Gracias a Justin (o, para ser más exactos, gracias a su propia reacción a los daños colaterales), sus días como modelo

de portada estaban probablemente contados.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por algo así.

Cat esperaba poder evitar una larga conversación sobre esa relación, que había sacado a la luz todos y cada uno de sus defectos a un nivel en el que resultaba imposible ignorarlos o negarlos. Por suerte, la doctora Wexler dio una palmadita en los estribos de la camilla y recondujo su interrogatorio.

—¿Algún antecedente familiar de trastorno autoinmune como hipotiroidismo o lupus?

Si la doctora Wexler pretendía que Cat se tranquilizara al usar un tono relajado, con ella no estaba funcionando en absoluto.

—No que yo sepa.

Cat, mirando a los azulejos de la pared, intentó calmar la mente durante el silencio que siguió a su respuesta. Afortunadamente, la doctora Wexler volvió a hablar.

—Muchas mujeres experimentan amenorrea cuando dejan por primera vez la píldora, aunque por lo general suele solucionarse por sí solo en unos tres meses. El estrés puede afectar muchísimo al ciclo. Una cantidad extremadamente baja de grasa corporal también puede provocar alteraciones. Es bastante habitual entre modelos y bailarinas.

Se puso de pie, se quitó los guantes y los tiró a la basura.

Cat se incorporó y se alisó la bata de papel arrugada, ahora que el nudo de su pecho empezaba a aflojarse.

—Todo parece normal desde el punto de vista físico, pero ya que estás aquí, te voy a pedir unos análisis. —La doctora Wexler se sentó en su pequeño taburete redondo—. No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero puede que lo que esté provocando la alteración sea algo grave.

—¿Algo potencialmente mortal?

La mente de Cat giró bruscamente hacia el destino fatal de su madre. Sus siguientes respiraciones fueron forzadas y tensas, como si en aquella pequeña sala, de repente, faltara el oxígeno.

—Lo dudo mucho, pero tenemos que considerar todas las posibilidades.

El ácido del estómago de Cat empezó a agitarse. Su intuición le decía que algo iba mal, pero había estado posponiendo la cita para evitar las malas noticias. ¿Qué le había hecho pensar que ese día sí estaría preparada?

—¿Como qué?

—Bueno, desequilibrios hormonales o de tiroides, enfermedades de transmisión sexual u otras opciones menos probables como insuficiencia

ovárica primaria o menopausia prematura.

—¿Menopausia? —La palabra le golpeó el estómago con la fuerza de un puñetazo—. ¡Pero si solo tengo veintiocho años!

—Es cierto, no es muy común. Afecta a aproximadamente una de cada mil mujeres de menos de treinta.

Los pensamientos dispersos de Cat se unieron, convergiendo en un recuerdo desafortunado.

—¿No tuvo mi madre la menopausia muy pronto?

La doctora Wexler asintió con la cabeza.

—Sí, el historial de tu madre es un factor, pero no es determinante. Vamos a sacarte un poco de sangre para verificar tus niveles de FSH y estradiol, entre otras cosas.

Una fina y pequeña versión de su voz se abrió paso entre la neblina que consumía sus pensamientos.

—Así que cabe la posibilidad de que no sea fértil, ¿no?

Durante años, al tiempo que se forzaba a proyectar una imagen de absoluta confianza y sensualidad, había luchado contra el sentimiento de vacío que la invadía. ¡Qué ironía que ahora pudiera estar, literalmente, vacía! *Estéril*. Y eso venía a confirmar que, durante todo ese tiempo, sus inseguridades no habían sido producto de su imaginación. Que todo ese tiempo, la percepción de su padre había sido certera. No era más que una cara bonita.

Su coraza habitual de indiferencia cayó durante un instante. La ansiedad tensó su garganta haciéndola sentir como si se hubiera tragado una pelota de golf.

—Desde el punto de vista estadístico, es más probable que tu problema sea el resultado del estrés y de un nivel de grasa corporal poco saludable, pero diez meses seguidos sin tener la regla es mucho y, por desgracia, la infertilidad es resultado tanto de una insuficiencia ovárica prematura como de un fallo ovárico prematuro.

La doctora Wexler apretó los labios, formando una línea tensa.

—¿Cuánto tiempo tardarán en tener los resultados?

La voz de Cat sonó distante y pequeña a sus oídos.

—No demasiado. Mientras tanto, intenta relajarte y ganar algo de peso —dijo con una sonrisa—. A muchas mujeres les encantaría esta prescripción.

Cat cerró los ojos mientras la doctora rellenaba unos cuantos formularios, decidida a deshacerse del miedo que serpenteaba por su mente

como una rata en un laberinto. Apenas había empezado a recomponer su maltrecho corazón... ¿Cómo podría superar este último golpe a su alma?

—Te llamaré pronto.

La doctora Wexler le entregó los formularios y, con un breve movimiento de cabeza, salió de la sala. Cat se sentó, sujeta a la camilla, sintiéndose ridícula al percatarse del tictac constante del reloj de la pared.

Hacia las tres, el ferri de Cat cruzaba el canal de Long Island rumbo a Atlantic y Block Island. A través de la ventana, contemplaba el mar abierto. Si se fijaba solo en la tentadora superficie, brillante bajo el sol, casi podía olvidar la realidad de su turbia oscuridad, sus turbulentas arenas, los tiburones y el resto de criaturas que acechan bajo su superficie, esperando para golpear sin previo aviso.

Distraída, se aferraba a la tela de su falda.

¡Menuda broma cruel! Era posible que el embarazo, algo que había evitado activamente desde que perdió la virginidad, ya no fuese una opción. A pesar de no tener marido, ni pareja, ni deseo inmediato de ser madre, sollozó.

¡*Ya basta!* Teniendo en cuenta su estilo de vida, tenía mucho más sentido que ese desarreglo se debiera a sus niveles de estrés y su baja grasa corporal. Quizá fuera una llamada de atención para que cambiase su vida, para que invirtiera su «marca» en una nueva trayectoria profesional.

Al pensar en que podría disfrutar alguna que otra vez de algún postre, esbozó una breve sonrisa, pero entonces su mente volvió al trabajo.

No, no sería la primera modelo que se convirtiera en empresaria. Teniendo en cuenta sus limitadas habilidades, la cuestión era qué podría hacer. Si al menos hubiera acabado la universidad o tuviera otra experiencia laboral, podría enfrentarse al reto con menos reticencias.

Cat soltó un suspiro justo cuando su teléfono empezó a sonar.

—¿Estás ya cerca? —preguntó Vivi antes de que Cat pudiera siquiera decir hola. El tono animado de la voz de su amiga le levantó de inmediato el ánimo.

—Debería estar allí en unos treinta minutos.

Cat oteó el horizonte.

—¡Ah, genial!

—¿Emocionada? —Cat soltó una risita al recordar la descarada

devoción de Vivi por su hermano—. ¿Cuántas veces te imaginaste siendo la señora de David St. James? Perdí la cuenta a los quince.

A pesar del pertinaz amor de Vivi por David, su giro inesperado del verano pasado había sorprendido tanto a Cat como a su hermano, Jackson.

Al principio, le preocupó que ellos terminaran mal y su amistad con Vivi corriera peligro. Por suerte, estaba equivocada y, al día siguiente por la noche, su mejor amiga pasaría a formar parte oficialmente de su familia.

—Sí, tú ríete, pero mira adónde me ha llevado mi optimismo. —Vivi hizo una pausa—. Pero te advierto que ahora que mi vida amorosa es perfecta, podré encargarme de la tuya.

—No, gracias.

Cat vio a una joven madre jugando con su sonriente bebé. La niña pequeña debió de advertir la curiosidad de Cat y clavó sus grandes ojos en ella. La madre desvió de inmediato su atención con un beso y un abrazo. El interés de Cat siguió fijo en el punto en que la madre le había plantado el beso, mientras posaba sus propios dedos en sus labios.

—¿Cat? —Se oyó la voz de Vivi al otro lado del teléfono—. ¿Sigues ahí?

Intentando acallar el rubor de la vergüenza por su comportamiento, Cat resistió el impulso de compartir su preocupación por su posible infertilidad.

—Sí, estoy aquí. Y sigo sin buscar casamentera.

—Oh, hace ya tiempo que se impone una intervención romántica — insistió Vivi—. No has salido con nadie desde que rompiste con Justin.

Un escalofrío recorrió el torso de Cat al escuchar ese nombre por el tiempo que había perdido con él sin saber que su reloj biológico corría a toda velocidad.

—Es solo que quiero celebrar este fin de semana contigo y con mis hermanos, ¿vale?

Por más que Cat se alegrara muchísimo por la felicidad de Vivi y su hermano, su inminente boda la obligaba a reexaminar su propia condición de soltera.

Al contrario de la creencia popular, su carrera y su discreta fama no habían ayudado demasiado. Por supuesto que el reconocimiento profesional, los salarios abultados, el acceso VIP a clubes y fiestas y la atención de los hombres —hombres de mundo que, por un momento, la hicieron sentir fascinante— habían sido tremendos, pero menos de una década después, apenas contaba con relaciones auténticas y duraderas.

Al igual que sus imágenes retocadas, nada había sido real.

Sin embargo, su carrera de modelo le había permitido alcanzar un objetivo importante: el éxito. Su propio padre había alimentado esas ansias de triunfo al elogiar los logros de sus hermanos y reducir la valía de su hija a su aspecto.

No había sido cruel. Si acaso, su progenitor consideraba sus comentarios halagos; jamás había sido consciente de lo vacíos que resultaban frente a los que recibían sus hermanos.

Llevada por el orgullo y una pizca de rencor, había trabajado sin descanso hasta que su «cara bonita» lo adornara todo, desde portadas de revistas a vallas publicitarias de grandes marcas de moda, lo que le había hecho ganar mérito ante su padre, aunque no ante ella misma. Para su desgracia, quizá todo lo que había conseguido era estar a la altura —o bajura— del papel trivial que su padre le había asignado ya en el instituto.

Paradójicamente, esa victoria vacía ahora parecía bastante pertinente.

Una vez más, la voz de Vivi la sacó de la deriva de sus pensamientos.

—Hank llega hoy.

Hablaba de Hank Mitchell, el carpintero rubio y de ojos verdes que había trabajado para la empresa de construcción de Jackson.

—A Jackson le encantará tener a su amigote cerca.

Una oleada de calor se apoderó de ella con tan solo pensar en ver a Hank.

Hacía catorce meses, había pasado una noche inolvidable flirteando con él y besando a ese hombre de voz suave antes de pasar de él para volver con Justin. No, no había sido una buena decisión. Gracias a Dios, nadie llevaba la cuenta porque su lista probablemente entraría en el libro Guinness de los récords.

—No finjas que Jackson es el único que se va a alegrar de ver a Hank —dijo Vivi alargando las palabras—. Venga, admítelo. Ya estás lista para volver a salir con alguien.

—No, no lo estoy.

La experiencia había confirmado que los hombres esperaban que Cat fuera la mujer sexi que aparecía en los anuncios, no una mujer real con intereses y quejas cotidianos. Menos mal. Teniendo en cuenta su carrera en declive y su potencial diagnóstico, más valía que mantuviese el amor al final de su lista de cosas por hacer.

—Además, Hank no es el hombre adecuado para mí.

—¿Y exactamente qué parte de Hank no es adecuada para ti? —preguntó Vivi—. ¿Su cara angelical? ¿Su integridad? ¿Su buen corazón? ¿O acaso no te gusta su cinturón de herramientas?

Cat sonrió al recordar que Vivi creía que el «rollo carpintero» de Hank era tremendamente sexi. Y así era. Todo en él era sexi. Pero daba igual lo guapo y amable que Hank pudiera parecer, seguía siendo un hombre, lo que significaba que su principal interés en ella sería físico. La idea de volver a intentar estar a la altura de su propia imagen para captar su atención o la de cualquier otro hombre la llenaban de un resentimiento punzante.

—Hank y yo vivimos en mundos diferentes.

Una vez más, su estilo de vida sencillo y su actitud parecían más atractivos ahora que antes. Era una pena que, una vez más, hubiera necesitado terminar quemada para poder apreciar a un buen hombre.

—Nunca seremos pareja. Será mejor que desistas.

—Puf. ¿Acaso has olvidado que vi cómo os perseguíais por toda la isla en julio, intercambiando miradas y fingiendo que vuestra sesión secreta de besos en la fiesta de Jackson de ese mismo año nunca había tenido lugar? No me digas que no queda ningún asunto pendiente ahí —dijo Vivi—. Y, cuanto más protestes, más segura estaré de ello.

Cat se echó a reír, incapaz de imaginarse una pareja más incompatible. En Hank era natural la sinceridad mientras que ella revoloteaba por ahí sin atarse a nada. Mejor no pensar en lo que él debía de pensar de ella y de su estilo de vida.

—Siempre has tenido mucha imaginación.

—Y pronto sabremos quién de las dos tiene razón. Te veo en un rato.

Vivi colgó antes de que Cat pudiera responder.

Aunque una pequeña parte de Cat seguía sintiendo algo por Hank, daba igual. Había decidido alejarse de la química y la rápida conexión que habían sentido aquella noche lejana en la casa de su hermano. Hizo un gesto de dolor al lamentar profundamente la forma tan cobarde en la que lo había despreciado después de volver con Justin.

Quizá Vivi deseara que Cat y Hank tuvieran un asunto pendiente, pero si algo había demostrado la semana que pasaron juntos el año pasado en la isla es que Hank se respetaba lo suficiente como para no perseguir a Cat. *Que nos perseguíamos por toda la isla, sí, claro, lo que yo te diga.* Se habían estado evitando todo el tiempo, ella por vergüenza y él por orgullo.

Seguro que, además de sus muchos otros defectos, el comportamiento

de Cat la había convertido en la última mujer con la que Hank querría salir en esos momentos.

Querida mamá:

Llevo pensando en ti toda la mañana y estoy segura de que a David le encantaría que estuvieras aquí para ser testigo del momento.

Ya me he vestido y estoy lista para ayudar a Vivi a caminar hacia el altar. Le ha venido tan bien a David, muy al contrario del efecto que Justin ha tenido en mí. Tú me querías porque soy tu hija, pero el hecho de que escogiera a Justin durante tanto tiempo prueba que no me merezco a alguien que sea bueno para mí, ¿verdad?

Es una pena porque he visto a Hank llegar esta mañana...

CAPÍTULO 2

La nota aguda del violinista cruzó la brisa fresca que hizo que Cat temblara de frío. Acurrucada cerca de la esquina del porche, alejada de la multitud, estaba bebiéndose su cóctel de champán cuando sintió que Hank se acercaba por detrás.

—Parecen felices.

El timbre de su voz masculina adoptó una nota suave muy atractiva. Como todo en él, su voz era tranquilizante.

Al otro lado de la enorme extensión de césped del hotel que se abría hacia el océano, Cat observó a David posando para las fotos con Vivi; los tiernos sentimientos de su hermano eran evidentes en cada caricia y cada beso.

—Sí, lo son.

Cat sonrió, con la mirada fija en los recién casados.

—Eso prueba que el amor existe —dijo él, acercándose a su oreja.

—Al menos para algunos —masculló ella en su copa de champán, intentando ignorar la forma en la que el calor corporal de Hank le subía la temperatura con mayor eficacia que una fogata. Aunque deseaba ofrecer resistencia, su cuerpo se balanceó más cerca de él.

Un leve soplo de aire acarició el pelo de Cat cuando Hank se rio.

—Para aquellos que lo desean.

Cuando se giró para encontrarse con la mirada provocadora de Hank, su respiración se detuvo al recordar su beso ardiente, un recuerdo que despertó partes de su anatomía que parecían dormidas.

—¿Te refieres a aquellos que desean jugar a un juego que tienen pocas posibilidades de ganar?

—No me sorprende que lo consideres un juego.

Hank miró de cerca su vaso de *whisky*, ocultando temporalmente sus iris

verdes con motitas doradas. Cat siempre había pensado que esos ojos verdes reflejaban a la perfección su serenidad, pero hoy sus motas brillaban como pequeñas llamas, insinuando un profundo pozo de pasión.

—¿Acaso la mayoría de las cosas no lo son? —respondió con tono mesurado para no dejar entrever la más mínima vulnerabilidad.

Una sombra de decepción cruzó la cara de Hank.

—Eso suena insensible hasta para ti.

Cat se encogió de hombros. Su vida como adulta había sido una partida de ajedrez eterna en la que había aprendido a esquivar la amenaza del jaque mate.

Tras apartar la mirada para que no pudiera leer sus pensamientos, echó un vistazo por encima del hombro de Hank y vio al padre alcohólico de Vivi, un hombre que se las había arreglado para arruinar la mayoría de momentos felices de su hija, golpeándose la cabeza contra una mesa de cóctel.

—¡Oh, no! Va a volver a avergonzarla.

Hank se giró hacia el alboroto.

—Yo me encargo.

En segundos, agarró al señor LeBrun por el codo y se lo llevó de la recepción. La mirada de Cat siguió a la extraña pareja mientras cruzaban, con bastante dificultad, el porche.

Una vez desaparecieron de su vista, volvió a centrarse en las brillantes aguas del mar. La atemporalidad de la marea bañando la costa era el complemento perfecto para el permanente amor de David y Vivi.

Inmutable. Constante. Y, aunque nunca lo reconocería ante Hank, inspirador.

En ese momento, David y Vivi estaban cruzando el césped camino del hotel. Cat había insistido para que Vivi se pusiera tacones altos, un par de zapatos de seda preciosos con una tira de estrás rodeando el tobillo. Cuando los tacones se clavaron en la tierra mojada, empezó a andar de puntillas, lo que la hacía parecer una pequeña hada revoloteando al anochecer.

—¡Eh, Cat! —gritó Jackson desde el otro lado del porche, donde se encontraba con su padre y su nueva madrastra, Janet—. ¿Vienes?

Echó un vistazo a su alrededor y vio que otros invitados de la boda ponían rumbo a la inmensa carpa blanca de la recepción que había en el jardín lateral. La hora del cóctel había acabado.

—Ahora voy.

Su familia desapareció por las escaleras antes de que Cat echara un

último vistazo a las magníficas vistas.

El océano la calmaba. De alguna forma, el horizonte infinito conectaba su alma a algo mucho más grande que su vida diaria. Ese sentimiento de relativa insignificancia le resultaba extrañamente liberador.

Esa noche, las linternas que el viento hacía parpadear sobre las mesas de cóctel repartidas por la hierba aumentaban el halo de misterio y posibilidad de la velada.

En la visión periférica de Cat pudo ver a Hank volviendo de dejar al padre de Vivi en su habitación. Estaba muy guapo con su traje gris de raya diplomática y su corbata azul marino, una enorme mejora respecto a esas camisetas desgastadas y esos pantalones cortos que solía vestir. Verlo ese fin de semana le había dejado un sabor agridulce en la boca.

Si hubiera escogido a Hank en vez de elegir a Justin, ¿sería diferente su vida ahora? Quizá ya estaría embarazada en vez de tener que enfrentarse a la posibilidad de no poder concebir nunca. Un pensamiento bastante aleccionador y desagradable.

—¿Disfrutando de las vistas?

Se detuvo junto a ella, con las manos en los bolsillos, y contempló la puesta de sol de tonos dorados y anaranjados que se reflejaba en el mar.

Se lo había puesto tan fácil que no pudo resistirse a meterse con él un poco para hacer que se sonrojara de esa forma tan adorable. Después de todo, no había renunciado al flirteo. Sus ojos recorrieron el metro ochenta y ocho de su cuerpo de infarto antes de arquear una de sus cejas.

—No están nada mal.

Como era su intención, una oleada de rubor se apoderó de las mejillas de Hank, lo que hizo que se estremeciera un poco.

—Más juegucitos —masculló él, inclinando la cabeza mientras se miraba los pies antes de fijar sus ojos en los de Cat—. Que pases una buena noche, Catalina.

Y entonces, como si renunciara a algo que ella no pudo identificar, Hank hizo un gesto con la cabeza y se alejó.

Cat siguió admirando su trasero hasta que él también bajó por las escaleras. Un suspiro de melancolía cruzó sus labios. *¡Por el amor de Dios!* Sin compasión, apartó a un lado su atracción.

Enderezó los hombros, dejó su copa de champán vacía en una mesa y cruzó el porche ahora desierto. Cuando llegó a la carpa, el estruendo de la animada conversación y el tintineo de las copas le dieron la bienvenida.

Una amplia sonrisa se dibujó en su cara mientras observaba la fiesta, plagada de ingeniosas guirnaldas de luces, esmóquines y música. La fresca brisa oceánica se propagaba por todo el recinto. Los centros de mesa rebosaban de peonías, rizados de flores multicolores y hiedra que esparcían al aire salobre un dulce perfume.

El crujido de la tela llamó su atención antes de que los brazos de Vivi la rodearan desde atrás para estrujarla.

—¿Te diviertes?

Vivi jugueteaba con sus pendientes de diamantes, ahora más visibles tras recogerse sus bucles rubios salvajes en un moño francés que había decorado con pequeñas flores.

—A todo el mundo le gustan mis pendientes «algo nuevo». ¡Muchas gracias! Me mimas demasiado, como siempre.

—Para la hermana que siempre quise tener, ¡nada es demasiado!

Cat dio un paso atrás para admirar el efecto de los diamantes con el vestido largo de Vivi. La falda con capas de organza se ensanchaba a partir de un corpiño ajustado de escote corazón con algo de pedrería como único adorno. Coqueto, divertido e inesperado, como su estrafalaria amiga.

—Estás muy guapa. Este vestido es muy tú.

Vivi dio un paso atrás y pasó los dedos por el chal de organza y el vestido verde musgo de seda satinada de Cat.

—Me alegra mucho haber dejado que escogieras tú misma tu vestido. Me encanta la forma en la que te envuelve los hombros y rodea tu cintura. ¡Tan sexi!

—Gracias —dijo Cat.

Pasó la palma de la mano por la tela para poder apreciar su suntuosa textura. El tejido la hacía parecer voluptuosa a pesar de su físico delgado.

—El objetivo de este color apagado era mantener el foco de atención en la novia.

—Oh, por favor. No he dudado ni por un minuto quién iba a ser la mujer más guapa caminando hacia el altar. Creo que la mitad de los compañeros de David han venido solo para tener la oportunidad de conocer a su hermana, la auténtica «chica de portada». —Vivi sonrió y luego hizo un pequeño gesto con la mano—. Pero no me importa. Solo me interesa la atención de un hombre. Por suerte, él jamás en la vida te mirará con deseo. ¡Nuestra amistad está a salvo!

—Siempre —dijo Cat, abrazando a su amiga.

—¿Incluso si me entrometo en tu vida sentimental y en la de Jackson?

—Creo que ella prefiere que nos mantengamos al margen, *muñequita*.

De repente, David apareció y le entregó una copa de champán a Vivi. Como todos los hijos St. James, David había heredado el pelo, los ojos y la tez oscuros de su madre española y parecía incluso más elegante que de costumbre con su esmoquin. Le dio un beso en la mejilla a Vivi y rodeó su cintura con el brazo libre, agarrándola con fuerza.

—Eso también es aplicable a Jackson.

Vivi frunció el ceño, forzando un puchero exagerado. David, con la mirada fija en sus labios, murmuró:

—No me tientes en mitad de la fiesta.

Se inclinó para besar a su mujer.

—Ejem. Sigo aquí. —Cat se aclaró la garganta, sintiéndose un poco rara ante tanta pasión—. De todas formas, estoy demasiado ocupada como para complicarme la vida con un hombre.

—¿Ni siquiera con un buen hombre? —preguntó Vivi mientras miraba a la multitud.

Cat siguió la mirada de Vivi, que aterrizó directamente en Hank, que estaba escuchando con gran atención a una guapa compañera de trabajo de Vivi. Perfecto. Seguro que esa mujer era paciente, dulce, auténtica... y fértil. Por lo que parece, Hank no era inmune a la figura voluptuosa de la mujer ni a su coqueto pelo rubio.

—Un hombre realmente bueno merece una mujer igual de buena. Teniendo en cuenta cómo traté a Hank el año pasado, ambas sabemos que esa mujer no soy yo.

Apartó los ojos de él, ignorando el pequeño nudo de su estómago. Había escogido el brillo antes que la sustancia y había pagado un alto precio en muchos sentidos. La posibilidad de infertilidad volvió a copar sus pensamientos. Levantó levemente el mentón y dijo:

—Honestamente, Vivi, no estoy buscando pareja en estos momentos.

Sobre todo no estaba buscando a un hombre como Hank, que solo se conforma con la total y absoluta honestidad. Cat no es de las mujeres que suelen mentir, pero tampoco va por ahí contando todos sus secretos. En vez de presentar esa disculpa que tanto se merecía, ella lo pondría todavía más al límite... por su propio bien, por supuesto.

—Espero que no lo lamente después —dijo Vivi con un suspiro—. Venga, vamos a sentarnos para que puedan empezar a servir la cena.

Vivi se agarró al brazo de David, mientras que con su otra mano jugaba con los volantes de su vestido de novia.

Cat se unió a su padre y su madrastra en la mesa familiar, junto al novio y la novia. Hace un año, esta disposición simplemente habría sido imposible. Sospechaba que había sido mérito de Vivi que David invitara a su padre a pesar de su fría reconciliación. Ya hacía tiempo que se había dado por vencida en intentar averiguar cuál había sido la causa del distanciamiento. Ni David ni su padre se lo iban a decir ni a ella ni a Jackson, así que se conformaba con que lo estuvieran intentando arreglar, pero algún día acabaría exigiendo respuestas.

—Estás muy guapa, cariño.

Su padre le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, papá. —Nada satisfecha con aquel elogio, Cat intentó iniciar una conversación de adultos—. ¿Alguna novedad en el trabajo?

Su padre le dio una palmadita en el hombro.

—Nada que te pueda interesar.

Antes de que pudiera protestar, otro invitado se acercó para estrecharle la mano. Con un suspiro, miró a Janet, que seguía manteniéndose al margen de la familia a pesar de llevar casada con su padre casi un año.

Sin embargo, esa noche, David se había mostrado educado y amable en su presencia... al principio. Cat estaba segura de que lo había hecho por su mujer. Vivi odiaba los conflictos y David odiaba todo lo que pudiera hacer daño a Vivi.

—Siéntate conmigo, Janet —sugirió Cat con la esperanza de aliviar un poco la incomodidad de la mujer.

—Gracias. —Su sonrisa de agradecimiento reconfortó a Cat, que siempre había tenido debilidad por los desamparados—. ¡Qué ceremonia tan bonita! Tu padre ya está deseando tener un nieto, pero todavía le alegrará más que te asientes y formes una familia. Imagino que eso significa que no has conocido a nadie especial últimamente, ¿no?

Si acudes sola a una boda con casi treinta, ya te esperas que te pregunten por tu vida amorosa, pero eso no quita que sea un asco, en especial cuando estás segura de que ni un solo hombre es sometido a la misma tortura.

—Ni siquiera busco. —Cat se acercó otra copa de champán a los labios—. Estoy bien sola. Mejor que bien, de hecho. Prefiero mi independencia. Sobre todo después de haber escapado del control de Justin.

Janet sonrió educadamente, pero Cat podía percibir su duda. Duda

probablemente sembrada por su padre. Él siempre había asumido que Cat acabaría casándose con alguien importante en vez de terminar convirtiéndose en alguien importante.

Cuando Jackson llegó, lo arrastró a la silla que había a su derecha. David había sido el responsable, pero Jackson, el mediano, siempre había sido su compañero de juegos. Compañeros de travesuras desde la infancia, solían gastar bromas a David y a sus padres, se ayudaban mutuamente a saltarse el toque de queda y, ya como adultos, solían irse de vacaciones y salir con los mismos amigos. Desde la muerte de su madre, se había convertido en su persona favorita en el mundo.

Cuando apoyó un brazo en el respaldo de su silla, Cat sintió las miradas de soslayo de los invitados masculinos. Estar expuesta a extraños no era nada nuevo para ella, pero rodeada de su familia sí que le molestaba esa curiosidad tan invasiva.

Por supuesto, lo que más le fastidiaba era que un carpintero rubio particularmente guapo no le prestara la más mínima atención, pero lo que más le molestaba de todo era detectar esa indiferencia.

Le confundía no poder alejar la mirada de él. Lo vio apartar una silla para la mujer con la que había estado hablando hacía un rato.

Se bebió el contenido de su vaso de agua, dejando que un pequeño cubito de hielo acabara en su boca. Cuando la cara de Hank se iluminó al reírse de algo que la otra mujer había dicho, Cat hizo mil pedazos el cubito. *¡Deja de mirar!*

Cuando los camareros empezaron a servir el primer plato —gazpacho—, su padre se ajustó la corbata, se puso de pie y golpeó el borde de la copa de vino con el cuchillo de mantequilla. En ese instante, los invitados se callaron.

—Sé que lo tradicional es que sea el padrino el que se encargue del brindis, pero le he pedido a Jackson que me ceda ese honor esta noche.

Su voz profunda resonó en toda la carpa. El padre de Cat sonrió a los invitados antes de fijar la mirada en David.

—Ningún padre ha estado jamás tan orgulloso de su hijo como yo siempre lo he estado de ti. Has vivido tu vida con determinación, integridad y principios y, como recompensa, has recibido el amor de una mujer que siempre ha tenido el raro coraje de ser ella misma.

A pesar de las tensiones, David seguía siendo el ojito derecho de su padre y ahora Vivi disfrutaría de ese trato de favor. Cat no podía negar nada

de lo que había dicho su padre sobre la pareja, pero le molestaba no ser nunca la receptora de semejante alabanza.

—Vivi, has formado parte de nuestra familia desde que eras una niña — continuó su padre—. Si la madre de David estuviera aquí con nosotros esta noche, sus ojos brillarían de emoción al veros como marido y mujer. Lo predijo mucho antes de que alguien, aparte de ti, pudiera pensar que fuera posible. En su nombre, me gustaría ofrecerte este regalo.

Sacó una cajita de joyería del bolsillo de su chaqueta. Dentro estaba la alianza simple de diamantes y esmeraldas de la madre de Cat, que no podía creerse que ya hubieran pasado dos años y medio desde su muerte.

Recuerdos del rostro y la voz de su madre saturaron su mente, sumergiéndola en un mar de nostalgia y añoranza. Cuando se le erizó el vello de los brazos, miró a su alrededor con la esperanza de captar algún destello de la mirada amorosa de su madre, pero acabó bajando la barbilla por ser tan tonta.

Su padre sacó el anillo de la caja y agarró la mano temblorosa de Vivi.

—Le compré este anillo a Graciela para conmemorar el nacimiento de David. Se lo puso todos los días hasta su muerte. Tenía planeado regalárselo a la que se convirtiera en su mujer y estoy seguro de que no habría nada que le hubiera hecho más feliz que ver cómo se ajusta a tu dedo. Bienvenida a la familia, esta vez, oficialmente.

Besó la mano de Vivi y esta, a su vez, lo sorprendió levantándose de la silla y abrazándolo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, dejando trazos de rímel por el camino.

Cat sintió vergüenza ajena por el extraño intento de su inexpresivo padre de abrazar a su sollozante nuera. Entonces miró a David, que intentaba ocultar sus sonrojadas mejillas y sus ojos llorosos. La imagen de su estoico hermano así de deshecho hizo que se le formara un nudo en su garganta.

Al igual que él, Cat evitaba los espectáculos excesivamente sentimentales y más en público. Se tragó otra copa de champán y parpadeó hasta que remitió el escozor de sus ojos.

Algunos de los invitados parecían estar buscando la mesa familiar, probablemente con la esperanza de oír el discurso del padre de la novia. *Oh, mierda.* Aquel borracho estaba en su habitación, probablemente sin conocimiento.

Cat empezó a jugar con el collar de perlas que adornaba su clavícula, una leve transpiración salpicaba su frente e intentaba encontrar una forma de

ahorrarle la vergüenza a Vivi. Antes de que pudiera diseñar un plan, Hank se puso de pie en su mesa con una copa en la mano.

Seguro que ahora todas las demás mujeres de la sala estarían tomando nota de sus rasgos perfectamente simétricos: cejas horizontales, nariz recta, mandíbula cuadrada y labios para el pecado.

—Por desgracia, el señor LeBrun no se sentía bien esta noche, así que se ha retirado pronto. Antes de irse, me dijo que David había cuidado de Vivi casi toda su vida, así que sabía que estaba en buenas manos y seguirá estándolo en el futuro. Estoy bastante seguro de que le gustaría que compartiera sus pensamientos con todos ustedes y que le diera la bienvenida a David a su familia. Tuve el privilegio de conocer a Vivi hace ya un año y es justo decir que David es un hombre sensato y con suerte.

Cuando Cat fue consciente de que los ojos verdes de Hank se habían posado en ella, se puso tensa. Hizo una pausa, como si quisiera decir algo más, pero no lo hizo. Se limitó a levantar su copa.

—Por David y Vivi.

—Por David y Vivi —respondieron los invitados al unísono.

Vivi le lanzó un beso a Hank por su caballerosidad. Una vez más esa noche, el pensamiento ágil de Hank le había ahorrado a Vivi un bochorno injustificado. En ese momento, el atractivo de un buen chico casi atraviesa el corazón de Cat y hace que se le aceleren las pulsaciones.

Pero ya se le pasaría.

Se aseguraría de que se le pasara.

Después del plato principal, Cat se excusó para ir al baño. Se retocó los labios con una barra color ciruela, se ajustó el tirante del vestido e inspiró profundamente. Su agente no la había llamado en toda la semana para confirmarle si se había renovado su contrato de representación del perfume o no. Cat se estaba preparando para que contaran con alguien más joven o con alguna actriz emergente, lo que hacía que cada día de espera le pareciera una eternidad.

Hace una semana, no le habría importado tanto, pero la cita de ayer con la ginecóloga la había despertado, había agudizado su aprensión. Tras haber perdido el control de su propio cuerpo, necesitaba ocuparse de algo en su vida y ese algo podía ser su carrera.

Se inclinó hacia el espejo y difuminó las finas líneas de sus ojos con las yemas de los dedos. La tez bronceada que había heredado de su madre empezaba a mostrar sutiles signos propios de la edad, unos signos que se

acelerarían si se confirmaba que tenía la menopausia.

Mientras estudiaba su cara, no pudo evitar compararse con ese nuevo talento deseoso de sustituirla. Más pronto que tarde la acabaría apartando a un lado de la misma forma que ella lo había hecho con otras hacía una década. La competencia feroz acababa generando una mentalidad paranoide que la había endurecido y que había hecho que una auténtica amistad se convirtiera en una rareza. No echaría de menos ese aspecto de la industria cuando por fin se decidiera a dejarla.

Pero tras haber abandonado la universidad sin mirar atrás, su carrera como modelo había sido su único logro, lo único que realmente conocía. ¿Cómo se ganaría la vida cuando dejara de ser joven y guapa, cuando ya no fuera una chica de portada?

Sintió que se le tensaba la espalda como reacción a ese patético momento de miedo y vanidad. Alisó su pelo largo y moreno y enderezó los hombros. *Que le den. Es hora de divertirse.*

Tres colegas de David la pararon cuando pasó junto a la barra. Sus ojos alerta y llenos de deseo le subieron el ego temporalmente, así que pasó unos minutos con ellos mientras se bebía otra copa de champán.

Sus años de experiencia en la pasarela la habían entrenado para reconocer sus trajes Brunello Cucinelli y Armani, sus zapatos Fendi y sus gemelos Prada. A Cat le encantaban las cosas caras, ya fuese ropa, joyas o muebles, pero solo era Hank quien, con su atuendo impecable, le provocaba un hormigueo cada vez que andaba cerca.

¿Por qué ahora, después de todo este tiempo?

Decidida a dejar de seguir cada uno de sus movimientos, se excusó ante los demás hombres y volvió a su mesa que, de repente, parecía estar a kilómetros de distancia.

David y Vivi empezaron a bailar «The Luckiest», de Ben Folds. Jackson acercó su silla a Cat sin apartar la mirada de los recién casados.

—Todavía me cuesta creerlo, pero parecen realmente felices —dijo, rodeando los hombros de Cat con su brazo—. Me alegro por ellos.

Se podía percibir un trasfondo de melancolía en su tono de voz. Por supuesto, se negaba a reconocerlo o a hablar de ello. El comportamiento propio de los St. James.

—No has viajado mucho últimamente —afirmó Jackson, apartando su atención de la pista de baile—. ¿Qué está pasando?

Cat cogió su quinta copa de champán de la bandeja de un camarero que

pasaba por allí y se la tragó.

—He estado trabajando más cerca de casa. —Esbozó una falsa sonrisa de despreocupación para evitar una conversación más profunda sobre su carrera—. Estoy empezando a considerar otras opciones profesionales.

—Otras opciones profesionales. Ojalá los demás pudiéramos decir eso, ¿eh?

La sonrisa de suficiencia y el comentario de Jackson la pillaron por sorpresa.

—¿En serio? —Cat envidiaba su autonomía, el control absoluto que ejercía sobre su destino, por lo que su tono de insatisfacción la pilló con la guardia baja—. ¿Qué cambios harías?

Pero se limitó a encogerse de hombros antes de cambiar de tema.

—Y hablando de cambios, ¿qué tal tu nuevo apartamento?

—Está bien. —Cat suspiró cuando Jackson se giró y esperó a que siguiera hablando del piso de Lenox Hill que se había comprado de forma impulsiva y al que se había mudado antes de que expirara la orden de alejamiento contra Justin—. No tengo suficiente espacio de almacenaje. Cuando te llevé a verlo antes de hacer una oferta, esperaba que tu experiencia como constructor evitara que hiciera una mala compra. Me has fallado.

Arqueó la ceja de forma traviesa.

Jackson dio un buen trago a su bebida. Tras dejar el vaso en la mesa, cogió la mano de su hermana.

—Tienes más seguridad allí. Eso es lo que me importa.

Cat asintió con la cabeza, aunque las cartas, los correos electrónicos y los *tweets* de «amor» anónimos que había recibido de los hombres jamás la habían asustado tanto con la pesadilla que, despierta, había vivido con Justin.

Al parecer, Jackson percibió su incomodidad y, una vez más, cambió de prisa de tema con una sonrisa despreocupada.

—¿Deberíamos ir a la pista y demostrarles cómo se hace? —preguntó, tirando de su brazo.

—Por supuesto.

Cat se levantó de la silla. *Oooh, ¿de repente el suelo estaba inclinado?*

—Pero prométeme que no me vas a dejar por otra pareja en cuanto salgamos ahí.

—Vayamos por partes —dijo, guiñando un ojo y ampliando su sonrisa—. Sabes que no hago promesas que no puedo cumplir. Además, Vivi ha invitado a algunas amigas muy guapas. No me niegues el placer de

conocerlas.

Cat le dio un pellizco en el hombro y le siguió entre la multitud, aferrándose a su fornido brazo para no perder el equilibrio. Cuando llegaron a la pista, la banda estaba tocando una canción animada de Bruno Mars.

Su hermano bailaba mejor que ningún otro chico que conociera, así que en unos minutos los dos ya eran los amos. La música zumbaba a su alrededor, llegando a cada rincón y grieta de su cerebro mientras sus manos dibujaban círculos sobre su cabeza. Entonces Jackson la hizo girar dos veces y esbozó una sonrisa de satisfacción, lo que la hizo reírse con nerviosismo.

Cuando la banda pasó a una canción lenta, Jackson extendió su mano y abrazó a Cat. Le dio un beso en la mejilla y murmuró:

—Deberías haber venido con alguien especial, hermanita. Ha llegado el momento de que sigas con tu vida. No dejes que el cabrón de Justin también te robe el futuro.

—Le dijo la sartén al cazo —añadió ella con ironía.

—Eh, salgo con muchas mujeres.

—Eso es peor que no salir con ninguna —respondió—. Desde Alison, has pasado de ser monógamo a casi convertirte en un mujeriego.

—¡Ay! —Los nubarrones ensombrecieron un instante la luz de sus ojos castaños y luego se disiparon con una sonrisa—. No soy tan malo. Es solo que prefiero no complicar demasiado las cosas mientras monto mi empresa para que nadie se lleve a decepciones. Así que declaremos una tregua para no echar a perder la noche.

—Vale, pero solo porque te quiero —bromeó Cat.

—Yo también te quiero, hermanita.

Le dio un beso en la mejilla y la agitó.

Era la primera vez en meses que abordaban el tema de la inexistencia de vida amorosa y estaba agradecida de que su hermano lo hubiera dejado estar. No quería tener que contarle lo de su potencial diagnóstico. Si su familia lo supiera, la asfixiarían con su compasión y su consuelo.

A Cat le disgustaba ese tipo de atención.

Al sentirse algo mareada, apoyó la barbilla en el hombro de Jackson y echó un vistazo a David y Vivi, que se aferraban el uno al otro como si hubieran sido esculpidos a partir de un solo bloque de arcilla. Cat jamás había conocido ese tipo de seguridad o cercanía con ningún hombre.

De repente, Jackson se apartó para poder darle un golpecito a Hank en el hombro.

—Cambio de pareja, colega. —Antes de que Cat pudiera oponerse, continuó—: No me hagas bailar una lenta con mi hermana como si fuera un pobre fracasado.

Cat lo habría abofeteado por el insulto, pero después de cinco copas de champán, andaba lenta de reflejos. El suelo la impulsó como si hubiera intentado ponerse de pie demasiado deprisa después de bajarse de un tiovivo. Se aferró a una mano firme antes siquiera de poder mirar a Hank. La costumbre tomó el control, lanzándola a la seguridad de la fría distancia.

Hank dudó un instante, pero Jackson siguió incitándolo.

—Venga, Hank. No te dará miedo ahora algo de competencia, ¿verdad?

Antes de que nadie pudiera responder, Jackson agarró la mano de la otra mujer, se la robó a Hank y la rodeó con sus brazos. Le dedicó una sonrisa de victoria a Hank antes de llevarse a su nueva pareja a un punto alejado de la pista de baile.

El calor que subía por el cuello de Cat se sumó a su creciente mareo. Los bonitos ojos color jade de Hank se clavaron en los suyos, haciendo que sintiera un vértigo que poco tenía que ver con el champán. No se había dado cuenta de que había estado aguantando la respiración hasta que Hank se encogió de hombros y le ofreció su mano.

Una parte de ella quería salir corriendo, pero la parte desobediente que había conseguido mantener a raya durante meses anhelaba acariciar su pelo color miel. Tenía un pelo grueso, sexi y, en cierta forma, desaliñado. Recordaba su textura sedosa de la vez que estuvo jugando con él.

Hank le agarró la mano y le rodeó la cintura con delicadeza, acercándola un poco más sin apartar la mirada de su rostro. Saltaron todas las alarmas en su mente cuando se dio cuenta de que parecía decidido a ver más allá de su máscara.

Cat bajó la mirada, pero, dado que Hank era como tres centímetros más alto que ella incluso con tacones, lo único que consiguió fue tener una vista cercana de sus labios. Los recordaba muy bien, sobre todo su labio inferior.

—¿Catalina?

Su voz la sacó de su aturdimiento.

—¿Hum?

Volvió a mirarlo a los ojos y se acercó un poco más. Olía a limpio y fresco, no a un exceso de perfume, como muchos otros hombres que había conocido. De repente, las razones por las que había renegado de los hombres o, más concretamente, de Hank, desaparecieron. Necesitó toda su fuerza de

voluntad para no frotar su nariz contra su barba de dos días.

—¿Estás bien?

Su voz melosa impregnó la piel de Cat.

—Por supuesto —sonrió con incertidumbre—. A menos que prefirieses bailar con tu nueva novia.

—¿Mi novia? —preguntó ladeando la cabeza y entornando los ojos—. ¿Te refieres a Amy?

—Ah, ¿así se llama? —Cat se tuvo que esforzar para ocultar su envidia—. Siento mucho que Jackson te la robara y ahora tengas que conformarte conmigo.

Hank hizo una pausa, todavía con la mirada fija en ella.

—Dudo que haya un solo hombre que considere que tiene que «conformarse» contigo. Creo que podré sobrevivir una o dos canciones, pero tu preocupación es conmovedora. —Una leve sonrisa cruzó su cara y, con cierto tono de burla, añadió—: No sabía que te importara.

No sabía si estaba intentando ser sarcástico-divertido o sarcástico-serio, pero odiaba perder el equilibrio. Si ella tenía que sentirse incómoda, él también. Acercándose a él, apoyó la mejilla en su hombro.

Un error táctico extraordinario. La fuerza de sus anchos hombros y su pecho firme ofrecían la base perfecta en la que sentirse segura.

Para su gran estupor, se sorprendió a sí misma emitiendo un pequeño sonido de placer. Como resultado, el cuerpo de Hank se puso tenso.

Sabía que debería apartarse, pero hacía meses que ningún hombre la rodeaba con sus brazos y mucho menos un hombre que sabía besar. Un hombre al que le quedaba tan bien un traje barato y que olía a un trocito de cielo.

Sin pensarlo, acarició su pecho con la mano. Él la agarró antes de que pudiera meterla bajo su chaqueta. Dios no tuvo compasión de ella y la canción terminó antes de que pudiera protestar.

Hank se alejó, dejando un escalofrío al marcharse. Siempre un caballero, hizo un gesto educado con la cabeza.

—Gracias. Disfruta el resto de la velada.

Sin añadir nada más, la dejó abandonada en plena pista de baile. Cat vio cómo se apresuró a la barra que había al otro lado de la carpa, lo más lejos posible de ella sin tener que dejar la fiesta.

A ella jamás se le había dado bien gestionar el rechazo o la humillación y esa noche no iba a ser una excepción. Le ardían las orejas cuando puso

rumbo de vuelta a la mesa, pero adoptó su postura de pasarela y sonrió.

Por el camino, cogió otra copa de champán y aguantó el escozor que le provocaban sus burbujas en la garganta como justo castigo por su falta de control, por haber dejado que el deseo volviera a dominar su comportamiento.

¿No iba a aprender nunca?

Continuación de la entrada anterior:

Dime, mamá, ¿qué hombre querría salir con una mujer menopáusica de mi edad? ¿Con una mujer estéril que podría ponerse enferma por culpa de los tratamientos hormonales, perder el pelo y sufrir de sofocos, piel seca, libido baja y cambios bruscos de humor? ¿Algún hombre optaría por la adopción o la donación de óvulos en vez de buscarse una mujer sana que pudiera darle hijos? Según mi experiencia en el amor, parece poco probable. Por favor, Dios, que ese no sea mi destino.

CAPÍTULO 3

En cuanto el barman le sirvió la soda con lima, Hank se bebió la mitad del contenido del vaso. Ese pequeño toque cítrico sabía bien mientras bajaba por su garganta. Justo lo que le había aconsejado el médico para despejarse, algo que necesitaba desesperadamente. Incluso una leve borrachera lo volvería demasiado vulnerable y se negaba a volver a caer en los falsos coqueteos de Cat. Ya había aprendido por las malas que no estaba realmente interesado en él ni en su relativamente simple estilo de vida.

Se pasó la mano por el cuello e intentó deshacerse del deseo que ella siempre le despertaba. Al igual que la luna, atrapada en la gravedad de la Tierra, él no podía escapar de su atracción. *Idiota sin remedio.*

Todo empezó cuando vio por primera vez su foto en la oficina de Jackson, antes incluso de conocerse. Sus impresionantes ojos marrones lo distraían cada vez que se sentaba en la mesa de su jefe. Ya el hecho de que Jackson fuera su hermano debería haberlo convencido de que debía mantenerse alejado, pero se quedó demasiado prendado como para hacer caso al sentido común, porque, incluso en las fotografías familiares, Cat era como un sueño, con su piel bronceada, su larga melena brillante y su rostro perfectamente esculpido. Sospecha que no era el único hombre de la cuadrilla que había tenido fantasías inapropiadas tras reunirse con Jackson.

Unos cuantos años después de ver por primera vez esas fotos, por fin pudo conocerla cuando asistió a una de las fiestas informales de Jackson en su casa de Connecticut. Hank era demasiado tímido e incapaz de articular palabra como para acercarse a ella, pero entonces ella lo sorprendió fijándose en él esa misma noche.

—Hola. Creo que no nos conocemos. Soy la hermana de Jackson, Catalina.

Le ofreció su grácil mano. Una descarga eléctrica recorrió su cuerpo

con tan breve contacto.

—Soy Hank.

Fue capaz de pronunciar dos palabras completas, lo que era todo un logro teniendo en cuenta los pensamientos que se le pasaban por la cabeza en ese momento.

—Bueno, Hank, ¿qué tal es eso de trabajar con mi hermano? —Apoyó la mano en su hombro y se inclinó para poder susurrarle—. Me puedes contar la verdad. Tu secreto está a salvo conmigo.

Su cálido aliento envolvió su cuello como una caricia sensual. Entonces, se fue apartando lentamente, con los ojos fijos en su boca durante un instante antes de cruzar miradas. Sintió que sus pupilas lo acariciaban como un par de manos calientes y casi hacían que acabara de rodillas.

Dado que no le había hablado de su trabajo, supuso que le habría preguntado a su hermano por él. El simple hecho de que ella se hubiera dado cuenta de su existencia ya le había hecho sentir bien. El resto de la noche, no paró de tocarle el brazo mientras hablaban, apartaba su pelo tras su hombro y no se alejó de su lado durante casi toda la fiesta.

Por supuesto, entonces, igual que ahora, Cat había bebido demasiado, lo que, visto en retrospectiva, explicaría su comportamiento, pero en aquel momento, Hank pensó que le había tocado la lotería.

Aquella noche averiguó que era una fiel seguidora de los Giants, que hacía noventa minutos de ejercicio todos los días pero que odiaba cada segundo, que adoraba el estilo de vida de la gran ciudad, que consideraba las redes sociales un mal necesario y que jamás se acobardaba ante un reto.

Y lo que resultaba todavía más atrayente eran los atisbos de ternura que había presenciado, como la forma en la que idolatraba a su hermano. A diferencia de la novia de Jackson por aquella época, Alison, Cat no había dudado en ejercer de anfitriona e ir limpiando detrás de los invitados más descuidados y asegurarse de que los más tímidos no quedaran excluidos de las conversaciones. La mezcla de peculiaridades exuberantes y gestos amables y atentos lo había impresionado. Jamás había conocido a una mujer así o, al menos, no de la forma en que se había presentado esa noche.

A medida que fueron pasando las horas, Cat decidió pasar la noche en casa de Jackson para no tener que coger el tren a la ciudad tan tarde. Jackson había dejado a Hank y Cat solos al final de la fiesta para acompañar a Alison a su casa.

—Debería irme para que puedas dormir un poco —dijo Hank sin

demasiado entusiasmo, saboreando el roce de su rodilla sobre su muslo cuando se sentaron uno junto al otro en el sofá.

—Es una muy mala idea.

—¿No te apetece irte a la cama?

Hank le sonrió mientras jugaba con un mechón de su pelo.

—Visto así... —Arqueó una ceja traviesa y se inclinó hacia delante para jugar con el pelo de la nuca de Hank—. Claro que me apetece.

Era todo lo que necesitaba oír. Ella lo había estado preparando toda la noche. Era incapaz de resistirse a ella aunque eso supusiera tontear con la hermana de su jefe en su casa.

Lo siguiente que recordaba eran sus labios aterciopelados pegados a los suyos. Sus dos cabezas casi explotaron de deseo, pero refrenó su instinto masculino y se tomó las cosas con calma.

Si no hubiera sido la hermana de Jackson, habría ido todo lo lejos que le hubiera permitido, pero incluso estando tan aturdido, fue lo suficientemente inteligente como para no cruzar demasiadas líneas, aunque para cuando las luces del coche de Jackson iluminaron el salón a través de la ventana, los dos ya estaban medio desnudos. Gracias a Dios por avisar.

Todavía andaba en las nubes cuando se fue de la casa de Jackson, así que no le importó el tremendo calentón. Incluso ahora tenía que aflojarse la corbata con tan solo recordar el sabor de su boca y su piel sedosa.

Cat sugirió la posibilidad de volverse a ver pronto, así que le dejó tres mensajes la semana siguiente. Para su decepción, nunca le devolvió la llamada. Visto con perspectiva, había sido un tonto al creer que su propuesta casual era una declaración real de interés. ¿Una famosa modelo saliendo con un carpintero? Estaba claro que sus besos lo habían drogado.

Además de esa humillación, se pasó las semanas posteriores preguntándose qué le habría podido contar Cat a su hermano y qué podía sospechar Jackson, si es que sospechaba algo. Cuando Jackson mencionó que Cat había vuelto con el idiota con el que salía de forma intermitente, por fin se dio cuenta de que lo había usado como distracción.

Meses después, tuvo que aguantar que, durante casi una semana, se paseara por ahí en biquini y camisón de seda en la casa de veraneo de la familia, justo aquí, en Block Island. Le costó mucho ocultar su paso constante del enfado al deseo para que nadie se diera cuenta, sobre todo Cat, que sospechaba de su hechizo. Ambos mantuvieron una distancia prudente; él sabía que seguía en una relación intermitente con su novio.

Hank no pensaba mentir y fingir que no se había alegrado cuando su ex terminó arrestado por agresión, pero le dolía más pensar que Cat y Vivi hubieran corrido semejante peligro, sobre todo después de saber que el abogado de aquel tipo había conseguido sacarlo de la cárcel. La decisión de Cat de salir con un estúpido cuando podía haber escogido a cualquier hombre decente era algo que le asombraba.

Había ido a la boda convencido de que ya no sentiría ese nudo en el pecho. Todo había salido bastante bien hasta que Jackson intervino y le quitó a Amy.

Sí, todo había salido bastante bien hasta que Cat se había acurrucado contra su pecho mientras bailaban. En segundos, volvía a estar bajo su hechizo. Diablos, incluso había tenido que ponerse a contar las baldosas del suelo de parqué para no reaccionar a su mirada seductora y a sus labios color vino.

Volver a tenerla en sus brazos había sido la forma más exquisita de tortura. Cuando empezó a ronronear en su oído, sus entrañas explotaron como una bengala.

Pero ella llevaba toda la noche bebiendo champán y la experiencia le había enseñado que bailar no era más que otro de los jueguecitos de Cat. Está claro que ella solo lo veía como un pobre carpintero con el que podía jugar, pero no pensaba caer en la trampa una segunda vez.

—¿Esa mala cara es por mi culpa? —Jackson le dio una palmadita en la espalda a Hank—. Ya sabes que solo estaba divirtiéndome un poco. En realidad no estoy intentando robarte a Amy.

—Me enfadaría bastante si te considerara algún tipo de amenaza — bromeó Hank, agradecido de que Jackson no pudiera adivinar lo que estaba pensando.

—Bueno, nunca se sabe, porque, a diferencia de mi hermano, yo no estoy buscando el amor. —La mirada de Jackson se giró bruscamente hacia el otro lado de la multitud, a David y Vivi, que se estaban acercando—. Pero me alegro de que algunos lo encuentren.

Hank ignoró a Jackson y echó un vistazo a Cat, que estaba sentada junto a su padre en su mesa con la barbilla apoyada en la palma de su mano. Tenía la mirada perdida en la distancia mientras se tamborileaba la mejilla con el dedo meñique sin pensar. Cuando la había visto por primera vez esa misma noche, parecía frágil, como si fuera a quebrarse en cualquier momento. Sentía curiosidad, pero fuera lo que fuera lo que la preocupara, no era asunto suyo.

—¡Eh, tú! —Vivi tiró del antebrazo de Hank—. ¿Qué tal si bailas con la novia?

David asintió con la cabeza, así que Hank dejó su vaso en la barra y se llevó a Vivi a la pista de baile. Su gran sonrisa lo hizo sonreír. Conocerla el verano pasado había sido como un soplo de aire fresco. Vivi era una mujer menuda, pero el tamaño de su corazón compensaba con creces su baja estatura.

—Gracias por ocuparte de mi padre.

Vivi bajó la mirada al suelo. Su repentina expresión sombría le dolió profundamente. Ninguna novia debería tener que preocuparse por algo así el día de su boda y menos Vivi.

—No me había dado cuenta de que tenía acceso a tanto alcohol desde tan pronto.

—Olvídalo y disfruta de la noche —dijo Hank, levantándole el mentón con los dedos—. Solo buenos recuerdos, ¿vale? Además, tengo que tragarme mis propias palabras. Al final, parece que tenías razón en cuanto a David. Jamás lo vi mirar a Laney de la forma que te mira a ti y aquí estamos, bailando en tu boda.

En cuanto esas palabras salieron de su boca, no pudo evitar preguntarse si sería posible sacar la pata que acababa de meter al mencionar a la exnovia de David. Afortunadamente, a Vivi no parecía afectarle.

—Deberías confiar siempre en mi instinto. —Vivi sonrió—. Hablando de lo cual, te he visto bailando con Cat. ¿Significa eso que se ha derretido el hielo?

Hank no había pensado que el comportamiento de aparente indiferencia entre Cat y él del verano pasado hubiera sido digno de atención, pero, al parecer, no había sido tan indiferente como esperaba. ¿Cat le habría contado algo a Vivi sobre su pasado? Molesto consigo mismo porque le importaba, volvió a hacer girar a Vivi.

—Tu amiga Amy parece una chica agradable. ¿Qué me puedes contar de ella?

Vivi frunció el ceño antes de borrar la expresión de su cara.

—Bueno, Amy es una buena amiga y una persona encantadora. Se parece bastante a ti, de hecho. —Entonces le dedicó su mirada de grandes ojos—. Es estupenda, Hank, ¿pero no preferirías a alguien que te retara, que te hiciera superarte y que te sorprendiera? ¿Que te emocionara? Porque conozco a alguien que podría hacer eso y mucho más.

Vivi miró hacia el lugar en que se encontraba sentada Cat.

—¿Por qué los recién casados siempre intentan meterse a casamenteros? —le preguntó Hank a Vivi mientras terminaba la canción. Le dio un beso en la mejilla, poniendo fin a la conversación—. Enhorabuena, señora St. James. Me alegro mucho por ti.

Devolvió Vivi a su marido, pero la novia no tardó en arrastrar a Jackson a la pista. A Hank nunca le había caído demasiado bien David, que seguía tratándolo con cierta distancia, pero había pasado algo de tiempo con él cuando había ido a visitar a Jackson durante ese último año.

—Gracias por ocuparte del padre de Vivi, Hank. Estoy seguro de que has evitado un desastre esta noche. —David le dio un sorbo a su bebida—. Te debemos una.

—No hay de qué.

David miró a la multitud y dijo:

—Jackson parece más disperso de lo normal. ¿Todo bien en el trabajo?

—Muy ocupado.

Hank estaba más preocupado por observar a Jackson y Vivi que por mirar a David a los ojos.

Debido a los gastos que suponía la enfermedad de su madre y el importe de la matrícula universitaria de su hermana pequeña, le habían venido muy bien las horas extraordinarias y la paga extra, pero Hank conocía lo suficiente a David como para reconocer su forma indirecta de intentar averiguar cómo estaba su hermano menor.

A Hank también le preocupaba.

—Estamos intentando cumplir con todas las fechas de entrega a las que se ha comprometido. Ha sido bastante estresante.

—¿Has hablado con él del tema?

Las cejas de David se arrugaron.

—Una vez. —Hank se cruzó de brazos, riéndose entre dientes—. La breve conversación acabó con un recordatorio de quién era el jefe.

—Su comportamiento me preocupa. Por supuesto, cada vez que saco el tema, me recrimina mis propios errores y me pide que me ocupe de mis asuntos.

David buscó con la mirada a Jackson al otro lado de la habitación y murmuró:

—No escuchar a los demás es un desgraciado rasgo familiar.

Hank ya lo sabía en cuanto a Jackson y empezaba a sospecharlo de Cat.

—¿Y cómo lo lleva Vivi?

Hank se preparó para la respuesta de David, pero se limitó a mirar su copa y sonreír.

—No tengo que esconderme de Vivi.

Hank habría jurado que había visto sonreír a David. Reprimió una sonrisita al llegar a la conclusión personal de que nadie podía esconder gran cosa a Vivi, aunque lo intentara.

—Jackson se las arreglará solo. —Esperaba que las consecuencias no fueran desastrosas, pero Hank no quería entrometerse entre los dos hermanos—. Perdona, pero tengo que salir un momento.

Con un breve movimiento de cabeza, salió de la carpa para tener unos minutos de paz y tranquilidad.

En el baño de hombres, dos abogados del bufete de David estaban literalmente compitiendo para ver quién meaba más lejos. El volumen de sus voces sugería que estaban bastante borrachos.

—Está muy buena —dijo un hombre de unos veinte y muchos—. Una pena que sea la hermana de David.

—Sí, podría impedir que te nombraran socio si te liaras con ella. Por suerte, yo ya tengo pareja. —El hombre algo más mayor y barrigudo esbozó una sonrisa de victoria—. Imagino que no hay nada que se interponga en mi camino.

—No tienes la más mínima posibilidad de liarte con alguien así. —El abogado más joven de cabello impecable se subió la cremallera—. De hecho, te apuesto quinientos pavos a que no eres capaz de cerrar el acuerdo.

Se apartó del urinario.

Hank apretó la mandíbula, pero consiguió mantener una expresión relajada.

—Hijo de perra arrogante —respondió el hombre más mayor—. ¡Te tomo la palabra! De hecho, doble o nada a que cierro el trato antes que tú.

Su competidor soltó una carcajada mientras echaba un vistazo al gigante Rolex dorado de su muñeca.

—El banquete acaba en una hora. —Le ofreció la mano a su amigo—. Que gane el mejor.

—Que gane el mejor—respondió el otro hombre muerto de la risa.

Idiotas.

—Espero que esta apuesta no sea más que una broma de mal gusto —interrumpió Hank—. En realidad, no estáis planeando aprovecharos de la

hermana de David en su boda, ¿verdad?

—¿Pero quién demonios eres tú? —preguntó el más joven.

—Un amigo de la familia.

Hank lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto que estamos bromeando —dijo el más mayor mientras le lanzaba una mirada de «Cierra el pico» a su compañero y le daba una palmadita a Hank en el hombro—. Aquí no ha pasado nada.

Y arrastró al otro tipo a la puerta, pero antes de que el joven arrogante se fuera, Hank le pudo oír fanfarronear:

—¿Quién se cree este tío que es para meterse donde no le llaman? Ella ya es mayorcita como para decidir a quién se quiere tirar.

Cuando ambos idiotas salieron del baño, la vena de la sien de Hank estaba a punto de estallar. Su primer instinto fue ir a contárselo a Jackson, pero dudaba que Vivi deseara una pelea en mitad del banquete.

Consideró la posibilidad de avisar a Cat, pero, en su estado, era perfectamente capaz de montar una escena. No era su novia, ni siquiera una amiga. No debería importarle si acababa liada con alguien esa o cualquier otra noche. Entonces, ¿por qué se estaba restregando las manos en el lavabo como si estuvieran cubiertas de una bacteria carnívora?

Hank volvió al banquete, deseando volver a la velada agradable de la que había disfrutado hasta su breve baile con Cat. Ahora tenía que buscar la forma de protegerla sin arruinar toda la fiesta.

Pasó junto a los abogados babosos, que ya estaban intentando convencer a Cat de que se uniera a su mesa para beber algo. Sus ojos se encontraron. Cat parecía resignada —joder, parecía triste—, lo que no tenía mucho sentido. Ella se alejó de él y continuó su conversación con los dos imbéciles.

Hank se clavó las uñas en las palmas de las manos, pero siguió andando. No podía entrar como un vaquero de película de serie B. Necesitaba un plan.

De vuelta a su mesa, Amy y otros invitados estaban charlando sobre sus planes para las vacaciones de verano. Se sentó y se puso a escuchar con educación sin perder de vista a Cat. Su risa parecía exagerada —a diferencia de la chica a la que había conocido el año pasado—, pero era incapaz de adivinar la razón de su farsa.

—¿Y tú, Hank? —preguntó Amy—. ¿Te vas a algún lugar interesante?

No había ido a ninguna parte desde el verano pasado, con los hermanos de Jackson, y solo porque el alojamiento era gratis. Aquellas vacaciones lo habían dejado sin dinero durante bastante tiempo.

Incluso aunque no anduviera corto de fondos, el rápido deterioro de su madre lo tenía atado de pies y manos. De hecho, para esta excursión de treinta y seis horas había tenido que hacer muchas gestiones con sus cuidadoras.

—No, en verano es cuando tengo más trabajo —resopló con una sonrisa irónica—. Rara vez me voy.

—Justo al contrario que en la educación —admitió Amy, que lo miraba desde debajo de su ralo flequillo rubio—. Quizá podrías planear un viaje en invierno a una isla para darle la bienvenida al nuevo año.

—Pues no es mala idea —dijo Hank.

Si pudiera encontrar el dinero y el tiempo para irse de vacaciones, no le importaría tener algo de compañía femenina, pero tenía más posibilidades de ganar la lotería que de cogerse vacaciones en Navidad.

Hank comparó la cálida sonrisa y la voz femenina de Amy con el tono más nervioso de Cat. Recordó el consejo de Vivi, provocándolo, así que agitó la cabeza para hacer que desapareciera. Apoyó la barbilla en el puño, escuchando a medias la conversación. No podía dejar de mirar a Cat y a esos abogados.

Ahora la tenían bebiendo chupitos. Era incapaz de decidir qué era más repulsivo: la apuesta en sí o lo lejos que esos dos imbéciles estaban dispuestos a llegar para ganar. Pero lo que sí sabía es que iba a asegurarse de que no lo consiguieran.

—La hermana de David es el centro de atención de todo el mundo —dijo Amy, sacándolo de su preocupación—. ¿Es tan agradable como guapa?

La mirada de Hank volvió a centrarse en David mientras intentaba articular una respuesta adecuada.

—No es fácil de conocer.

—Ah —suspiró Amy—, guapa y todo un reto. Pocos hombres podrían resistirse a la tentación de esa conquista en particular.

Pues sí, pocos hombres.

Cuando la fiesta empezó a apagarse, David y Vivi comenzaron a pasarse por las mesas a dar las buenas noches a sus invitados antes de irse a la casa familiar de los St. James, que se encontraba a unos metros, al final del camino. Jackson había comentado que el resto de la familia había decidido alojarse en un hotel para dar privacidad a los recién casados.

—Parece que la fiesta se ha acabado.

Amy lo miró con expectación.

Si no hubiera estado tan preocupado por el bienestar de Cat, seguramente le habría pedido que se uniera a él en la barra para tomarse algo juntos.

—Pues eso parece, sí —coincidió.

—Creo que me voy a mi habitación —se insinuó Amy—. ¿Qué piensas hacer tú?

La invitación en su voz le resultó tentadora. Hacía ya bastante tiempo que no estaba con una mujer y esa noche estaba sentado sobre seis toneladas de tensión sexual no resuelta. Miró a su alrededor.

Jackson estaba desaparecido en combate y David y Vivi no estaban prestando atención a Cat. Si Hank se iba, sería una presa fácil para esos cabrones, totalmente decididos a ganar una apuesta. Bueno, ganar una apuesta o vivir la fantasía de todo hombre. De todas formas, a ninguno de los dos les hacían falta esos mil dólares.

No estaba obligado a rescatar a Cat, pero si le hacían daño, acabaría arruinando los recuerdos de boda de Vivi y del resto de la familia.

¿A quién pretendes engañar? No quería que le hicieran daño, pero mucho menos imaginársela en la cama con uno de esos imbéciles.

—Creo que voy a buscar a Jackson a ver qué tiene pensado hacer. Seguramente habrá cigarrillos de por medio.

Hank sonrió y le dio un largo sorbo a su cerveza mientras intentaba ignorar la culpabilidad que le provocaba la expresión de decepción de Amy.

—Ah, vale —dijo—, ¿te veré mañana?

—Por supuesto —respondió—. Que duermas bien.

Maldita sea. ¿Qué diablos estaba haciendo? Debería intentar conocer a una buena chica. Alguien con los pies en la tierra, a quien le gustara tanto una vida sencilla como a él, una vida con niños y vacaciones, bicicletas y partidos de béisbol, una pareja junto a la que acurrucarse cada noche. Y, sin embargo, allí estaba, haciendo de niñera de una mujer complicada que ya lo había ninguneado una vez y cuyo estilo de vida lujoso era de todo menos normal.

Tamborileó la mesa con los dedos. Minutos más tarde, Cat se alejó, tambaleándose, de los dos idiotas de la apuesta.

Un golpe de suerte.

Hank se levantó de inmediato de su silla y la siguió en la distancia. Se quedó merodeando en la entrada del baño de mujeres hasta que tropezó con la puerta en dirección al vestíbulo. Se pisó el bajo del vestido, pero Hank pudo atraparla antes de que se cayera al suelo.

—¡Oh! —dijo entre risitas etílicas—. ¡Qué torpe!

Hank le soltó el brazo una vez que se pudo sostener en pie, pero cuando levantó uno de sus pies para intentar quitarse los zapatos, se cayó de culo. Fueran de lo que fueran esos chupitos que se había bebido con aquellos hombres, la habían acabado de emborrachar.

Sus mejillas se tiñeron de rojo mientras lo miraba desde debajo de sus gruesas pestañas. Por primera vez desde que la había conocido, parecía vulnerable e insegura. Al verla, su corazón golpeó con fuerza sus costillas y el enfado pronto dio paso a un deseo repentino y virulento de protegerla.

—Creo que es mejor que te vayas a dormir. —Hank se agachó y la puso en pie, conservando una mano en su cintura para sujetarla—. Venga.

—¿Ya se ha acabado la fiesta?

Su cálida respiración acarició la parte inferior de su oreja y su cuello, erizando el fino vello de su nuca. Con cada encuentro, estaba cada vez más convencido de que ella era algún tipo de prueba para su fuerza de voluntad. Eso o una broma cruel de Dios.

—Para ti, sí.

Empezó a acompañarla a las escaleras. Por el camino, se cruzaron con Amy y con otra mujer, que estaban charlando en el vestíbulo. Amy lo miró, esbozando una leve sonrisa, hasta que vio a Cat sobre su brazo.

Al sentirse un poco idiota, empezó a decir:

—Esto no es lo que parece.

Y justo en ese momento Cat masculló:

—Oh, oh.

Cat siguió tambaleándose, incluso apoyado en él. Y, entonces, de repente, paró. Sus ojos iban de Amy a Hank. Con sus húmedos labios apretados contra su oído, Cat murmuró:

—No me extraña que te desee. Estás realmente sexi con traje.

Ignorar a Cat mientras se aferraba a su costado y le provocaba un hormigueo en la piel suponía todo un reto que empezaba a sospechar que era muy probable que perdiera. Ni siquiera necesitaba cerrar los ojos para imaginarse su cuerpo desnudo cubierto por el suyo, con los brazos y las extremidades entrelazados en una danza erótica. *Tranquilo.*

—Deja de hablar y sigue andando —le dijo mientras la sujetaba con fuerza—. ¿Cuál es tu habitación?

Cat le sonrió.

—¿Hum?

Hank apretó la mandíbula, intentando resistirse a la tentación.

—¿Cuál es tu habitación, Cat?

—La 217.

Después de esforzarse para ayudarla a subir el primer tramo de escaleras, la cogió en brazos para terminar el ascenso. Ella suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de Hank. El perfume especiado de Cat invadió sus fosas nasales, así que tuvo que luchar para controlar su cerebro.

Ya en su puerta, Cat buscó en su bolso las llaves de la habitación. Hank la dejó en el suelo, decidido a darse la vuelta e irse, pero ella volvió a tambalearse y estallar en carcajadas mientras abría la puerta.

Dios no existe. Soltó un suspiro mientras se frotaba la cara con las manos, la cogió en brazos y cruzó el umbral.

—Aquí llega la novia —canturreó entre risitas.

Su risa ronca y sus brillantes ojos le afectaban como un chupito de tequila. Cuanto más tiempo pasara a solas con ella, más problemas se buscaría. Cruzó la habitación y la dejó en la cama, decidido a superar esa nefasta adicción.

—Espera.

Hank fue directo al minibar, sacó una botella de agua y la abrió.

—¿Tienes aspirinas? —preguntó mientras se giraba para mirarla.

Casi se tira el agua encima.

En esos pocos segundos, Cat se las había ingeniado para bajarse la cremallera del vestido y medio desnudarse. De alguna forma, se había enredado mientras se deshacía de todos los componentes de su indumentaria. Hank no podía apartar los ojos de su sujetador sin tirantes de encaje transparente, que dejaba entrever sus pezones oscuros, aprisionados bajo la tela traslúcida.

Cat no tenía unos pechos enormes, pero sí lo suficientemente grandes... y alegres. Se quedó en blanco, pero sí fue vagamente consciente del hecho de que sus pantalones empezaban a parecer dos tallas más pequeños.

—No te quedes ahí parado. —Cat hizo una mueca mientras se peleaba con el vestido—. Ayúdame con esto.

Su orden no era una invitación, pero las comisuras de sus labios dibujaron una sonrisa. Volvió a ponerle el tapón a la botella y la dejó en la mesilla junto al diario de piel con lazo a modo de cierre.

¿Cat tiene un diario? Eso sí que era toda una sorpresa. Maldita sea, le encantaría poder leerlo y descubrir por fin qué hay en realidad detrás de esos

ojos.

—Relájate y yo lo cogeré de abajo —le ordenó, incapaz de ocultar la aspereza repentina de su voz.

Cat levantó las caderas mientras Hank tiraba del vestido y, unos segundos después, ella estaba tumbada en la cama con tan solo su atrevida lencería transparente y sus zapatos de tacón.

Virgen santa, tenía la boca seca.

No podía estar más lejos de mostrar ese respeto que él mismo habría exigido a otro hombre si se tratara de una de sus hermanas. No podía. Centrándose en ese pensamiento, se limitó a quitarle los zapatos y apartar la ropa de cama.

—Métete aquí. —Hank le acercó la botella de agua una vez que estuvo en la cama—. Bébetela, Cat. No envidio el dolor de cabeza que vas a tener mañana.

Cat no apartaba la mirada de él mientras se tragaba el agua. La mirada seductora duró lo que a él le parecieron minutos, mientras luchaba contra sus deseos y sus principios en conflicto. De alguna forma, los valores prevalecieron.

Cat dejó la botella en la mesilla y se acurrucó en la cama con una sonrisa en los labios.

—Buenas noches, Catalina. Que duermas bien.

Se dio la vuelta para irse.

—¡Espera!

Cat se apoyó en los codos para incorporarse un poco. Grandes mechones de pelo caían sobre sus hombros mientras daba golpecitos en el borde de la cama.

—Vuelve.

Hank se cruzó de brazos frente a ella.

—¿Por qué?

—Por favor —le dijo, ya sentada en la cama.

Ahora las sábanas se arremolinaban en torno a su cintura. Ese deseo tan familiar volvía una vez más, tentándolo más de lo que podía soportar. Podía sucumbir, sentarse a su lado y tomar lo que le estaba ofreciendo. Usarla de la misma forma que ella lo usaría a él. Pero jamás había sido ese tipo de tío y se tendría que congelar el infierno para que él permitiera que Cat lo convirtiera en uno.

Hank inspiró despacio y se sentó en el borde del colchón mientras se

frotaba los muslos con las manos.

—Gracias por ayudarme —dijo.

Su expresión le recordó a la forma en que sus hermanas solían mirarlo cuando tenían que aguantar uno de sus sermones. Se contuvo para no tocarla.

—De nada.

Su sonrisa insegura lo desconcertó mientras Cat levantaba una de sus manos para acariciar las puntas de su pelo.

—Dame un beso de buenas noches.

Toda la sangre del cerebro se bajó de repente a su entrepierna. La pulsación constante entre sus piernas le urgió a obedecer muy a su pesar. *Es solo un beso.*

Como si se estuviera viendo en un sueño, acarició la mejilla de Cat con los dedos. Ella levantó la barbilla y separó los labios y él apretó su boca contra la de suya. Se abandonó al momento para saborearla una vez más, para deslizar la lengua en su boca y entrelazarla con la de ella. El leve sabor a champán y miel desbordó sus sentidos mientras atrapaba su labio inferior con los dientes.

El tiempo se ralentizó. Cada parte de su cuerpo volvió a la vida. Los dedos de Cat se abrían paso en su pelo mientras gemía, envolviéndolo en deseo.

—Tal como recordaba —susurró contra su piel.

Estaba a punto de cometer un enorme error hasta que sus palabras le trajeron amargos recuerdos sobre la última vez que había caído en su juego. De repente, la agarró por las muñecas y la apartó.

—¡Hank! —Se recostó en su almohada—. Quédate.

—No. —Tenía que salir de aquella habitación antes de que el infierno se congelara—. Buenas noches.

Mientras se levantaba del colchón, se estiró para apagar la luz de la lamparita. Su mirada se paseó una vez más por el diario, pero se apartó de la cama.

—Estás molesto por lo que pasó —murmuró, ya medio dormida—, pero, créeme, te hice un gran favor.

Hank se quedó paralizado. Mirando por encima de su hombro, su respiración se ralentizó mientras intentaba absorber sus palabras y ese destello de baja autoestima que tan bien sabía ocultar de las cámaras. Como disculpa, dejaba bastante que desear. ¿Lo habría admitido si hubiera estado sobria? ¿De verdad se creía lo que había dicho? ¿Acaso importaba?

Su suave ronquido puso fin a sus reflexiones. Salió con cuidado de la habitación. En el pasillo, con la palma de la mano apoyada en su puerta cerrada, esperó como un minuto más antes de meterse las manos en los bolsillos y bajar las escaleras.

Querida mamá:

Soy un desastre. Un desastre borracho y despierto a las dos de la madrugada. ¿Cómo he llegado a mi habitación? ¿Y por qué me duele la cabeza? ¿Me habré caído? Espero que nadie hiciera fotos. Me alegro de que no estés aquí para tener que enfrentarte a las fotos degradantes que pudieran terminar en Twitter e Instagram. Por otra parte, eras la mejor calmándome cuando tenía una crisis.

Sigo echándote mucho de menos.

CAPÍTULO 4

Un zumbido intermitente penetraba en el cerebro de Cat desde la distancia. A cada segundo que pasaba, se hacía más fuerte y más insistente. *¡Dejad de taladrarme la cabeza!* Se tapó los oídos con la almohada, lo que solo sirvió para sentirse desorientada por el olor almidonado de unas sábanas desconocidas.

Al abrir los ojos, tuvo que entornarlos cuando la cegó la luz del sol que entraba por la ventana. Girándose hacia el horrible reloj despertador, estiró el brazo y lo aplastó con la palma de la mano tres veces antes de encontrar el botón de apagado. *¡Gracias a Dios!* Volvió a dejarse caer en la cama y se acarició la mano dolorida.

Tenía la lengua como si alguien le hubiera recubierto el cielo de la boca con cinta adhesiva o algo peor. A pesar de haber silenciado la alarma, la cabeza le seguía palpitando con el eco de semejante estruendo.

Se quedó mirando al techo, rezando por una milagrosa recuperación de su resaca antes del almuerzo posboda.

Tras unos cuantos minutos brutales, consiguió sentarse. En ese momento se dio cuenta de que su vestido estaba en la silla y que había dormido en sujetador y bragas. Se tapó la cara con las manos y se pasó los dedos por el pelo.

Muerta de vergüenza, intentó recordar cómo había acabado así. Otro vistazo rápido a la habitación reveló una botella de agua vacía en la mesita de noche. Los zapatos estaban colocados con esmero bajo la silla en la que se encontraba el vestido.

Arqueó una ceja, dudando que lo hubiese hecho por sí sola.

Algunos momentos borrosos empezaron a emerger: Hank levantándola del suelo, el olor de su piel, él quitándole el vestido, un beso, él yéndose. En segundos, esos recuerdos se hicieron más claros y, con cada nuevo detalle, su

bochorno se hacía más profundo.

¿Cuántas personas, aparte de Hank, se habrían dado cuenta de que estaba borracha? Sintió el deseo de escribir sus sentimientos, pero entonces otro pensamiento espeluznante la hizo entrar en pánico. ¿Habría leído Hank su diario? ¡Ostras! Se había quedado ahí, a la vista de todo el mundo y con la cinta desatada.

Les echó un vistazo rápido a sus últimas entradas: miedos humillantes garabateados en papel.

Cerró los ojos, intentando deshacer el nudo de preocupación de su estómago. A duras penas había conseguido reprimir esos pensamientos cuando otros nuevos e inquietantes se abrieron paso.

Ahora tendría que enfrentarse a Hank en el desayuno y fingir que no había pasado nada raro la noche anterior. Como si no conociera todos sus secretos. Como si no sintiera pena por ella.

Presionando las sienes con la base de las manos, volvió a cerrar los ojos. Se frotó las cejas con el pulgar para suavizar los pliegues antes de resoplar. Tras anotar una nueva y breve entrada para aclararse las ideas, anudó la cinta de su diario y lo dejó a un lado.

Le dolían todos los músculos. Hacía mucho, pero que mucho tiempo que no se emborrachaba para ahuyentar sus inquietudes. La vergüenza fluyó por sus venas por haber sido incapaz de gestionar todo el amor de la boda de su hermano.

Afortunadamente, para mañana a esas horas, estaría de vuelta en otros asuntos como, por ejemplo, su trabajo. En cuanto a la noche pasada, esperaba que una larga ducha de agua caliente borrara su humillación.

Pues no.

Aunque limpia, todavía se sentía fatal. Con un suspiro, volvió a su respuesta habitual: vestirse para matar. Rebuscando entre los diferentes modelitos que había metido en la maleta para ese largo fin de semana, optó por un sofisticado minivestido recto naranja sanguina de Robert Rodríguez y unas sandalias de tacón color *nude*.

Se hizo una cola de caballo baja hacia un lado, se aplicó una mínima cantidad de maquillaje, se tomó dos ibuprofenos y se fue a desayunar al porche.

Varias gaviotas graznaban y volaban cerca de la orilla, mientras otras, más valientes, aterrizaban en la barandilla más cercana. Las vistas desde la Spring House —un edificio histórico de ciento sesenta y tres años de

antigüedad— eran muy bonitas, aunque no tan espléndidas como las de su casa familiar en los acantilados Mohegan. Cierto es que el ocaso mágico de la última noche ya no interfería en el ambiente. Bajo la brillante luz del sol de esa mañana, no había sombras ni luces tenues que ocultaran los defectos de la madera blanqueada por el sol, los parches de hierba seca ni los escombros de la costa.

Jackson ya había cogido una mesa, así que se unió a él. Se dio cuenta de que David y Vivi estaban de pie junto a otra mesa, hablando con algunos de sus colegas. El pelo perfecto de uno de ellos le trajo malos recuerdos de unos chupitos. Se tragó la última náusea y bebió un sorbo de agua para intentar apagar la acidez de su estómago.

—¿Dónde está papá? —preguntó a Jackson.

—Janet y él han cogido el ferri esta mañana.

Jackson se rascó el cuello. Cat se dio cuenta de que tenía los párpados hinchados y profundos pliegues en el rostro.

—Por lo visto, tenían que ir a algún sitio esta tarde.

—¿A qué hora nos vamos?

—He dejado mi coche en el continente, así que podemos coger cualquier ferri. Me gustaría irme en una hora o así. —Jackson le echó un sobre de azúcar al café—. Te llevaré a Stamford para que puedas coger el tren a Grand Central.

—Suenan bien, gracias.

Las celebraciones la habían dejado exhausta. Tenía que volver a su refugio privado a planear su siguiente movimiento. Además, su anciana vecina, Esther Morganstein, dependía de ella para ir a hacer la compra todos los domingos por la tarde. Las dos habían instaurado la tradición de tomar el té después de que le dejara la compra en casa. Esther esperaba con impaciencia su visita semanal porque su familia vivía en Texas y a Cat le agradaba la compañía de la intrépida anciana.

—Te veo mal. —Jackson se inclinó hacia delante y le levantó la barbilla para poder estudiar sus ojos—. ¡Ojos inyectados en sangre! ¿Llegaste bien a tu habitación anoche? No te despediste.

—Estoy bien. —Cat agitó la mano con desdén, teniendo que morderse la lengua para no responder algo como que él también debería mirarse en el espejo—. Si tanto te preocupas, quizá debieras prestar un poco más de atención a tu hermanita pequeña antes de que ocurran los hechos, no después.

—Bueno, es que me distrajeron —dijo, guiñando un ojo con maldad—.

De hecho, yo también me siento fatal. Hank y yo nos fumamos unos puros baratos aquí anoche cuando Amy y su amiga Denise se unieron a nosotros para unas copas de última hora. Después de eso, mi memoria se vuelve un poco borrosa.

—¿Nada más que contar?

Así que Hank volvió sobre sus pasos para liarse con Amy. Se mordisqueó el labio, loca por conocer los detalles.

—No. Me fui cuando me terminé el puro. —Jackson se bebió un trago de café y sonrió furtivamente al mirar hacia la puerta del hotel—. Pero puede que Hank sí tenga algo que confesar.

Cat siguió su mirada y vio a Hank y Amy saliendo juntos de la casa. ¿Sería una coincidencia o habrían bajado juntos? No podía saberlo, pero le pareció que Hank palidecía momentáneamente al verla. Volvieron las náuseas.

—¡Aquí!

Jackson le hizo señas a su compañero para que se sentaran en la mesa.

Cat se armó de valor, sin saber muy bien cómo reaccionar. El nudo del estómago tampoco ayudaba demasiado y aún ayudó menos que Hank apartara otra silla para Amy. *Genial*.

—Buenos días.

Hank saludó a Cat con un gesto de cabeza antes de sentarse junto a Amy. La miró a los ojos. Cat confió en que eso significara que no había leído su diario. Si lo hubiera hecho, seguramente se habría sentido demasiado incómodo como para hacerlo.

—Para algunos más que para otros —murmuró Cat.

Tristemente, una vez más, volvió a preguntarse si, en otro momento y en otro lugar, habría podido tener una relación con Hank.

Cuando Amy se inclinó para acercarse a él, el orgullo hizo que Cat decidiera replegarse y reagruparse. Los celos nunca son atractivos y se sentiría fatal si dejara que alguien viera que le afectaba, sobre todo cuando no entendía por qué.

—Voy a por un plato. ¿Queréis que os traiga algo?

Por suerte, nadie quería nada. Se puso de pie y se dirigió a la mesa de bufé de dentro, agradecida de que tantos años de pasarela le garantizaran una salida grácil y sexi a pesar del temblor de piernas. Amy podía alardear de tener muchas «amigas», pero Cat tenía unas preciosas piernas kilométricas y no le asustaba usar todos los activos a su disposición.

El olor a beicon y salchichas le provocó náuseas. No es que supusiera una gran pérdida, teniendo en cuenta que el beicon había dejado de formar parte de su dieta hacía más de una década. Con todas las calorías líquidas que había consumido la noche anterior, sería mejor que se contuviera.

Le echó un vistazo a la fruta y el yogur, pero entonces la prescripción de la doctora Wexler de que debía ganar peso le hizo sentirse tentada a considerar la cesta llena de magdalenas recién hechas. *¡Oh, a la mierda!* Necesitaba algo pesado que absorbiera el remanente de alcohol de su organismo. Sin darse tiempo para cambiar de opinión, agarró un *muffin* con pepitas de chocolate de la cesta y le dio un mordisco.

—Como siempre, eres la mujer más glamurosa de la habitación — canturreó una voz familiar.

Cat, sorprendida, se giró para encontrar a Vivi de pie junto a ella.

—Por favor, habla más bajo. —Cat se frotó la sien, con un gesto de dolor—. Tengo un horrible dolor de cabeza.

—Ya me parecía a mí que estabas un poco borracha anoche. ¿Intentando desviar la atención de tu resaca con un modelito espectacular? — Vivi ladeó la cabeza. De repente, miró al porche y luego a Cat, con expresión cómplice—. ¿O es por algo más interesante? ¿Te has vestido así por Hank?

Cat no pudo ocultar su sorpresa. Echó un vistazo rápido al porche.

—Suéltalo, Cat. ¿Pasó algo más anoche entre vosotros dos? —Vivi se mordió el labio y, con un halo de esperanza en la mirada, apretó el brazo de Cat—. Es probable que Hank se sienta cómodo con Amy, pero no es para él. ¿Quieres que intervenga?

Los ojos de Vivi irradiaban conspiración femenina.

—Sé que crees en el amor y el destino, Vi, pero no para mí.

Cuando se dio cuenta de que Vivi estaba lejos de cambiar de opinión, Cat añadió:

—Y no esperes que lo encuentre en Hank. No hagas que me arrepienta de haberte contado lo de nuestro beso.

Vivi ignoró el comentario y rodeó la cintura de Cat con el brazo.

—Vale. Sé que no quieres ser gruñona conmigo la mañana después de mi boda. Ahora que ya somos oficialmente de la familia, lo dejaré pasar.

Vivi dejó el tema de Hank y le echó un vistazo al plato de Cat.

—No tienes ni idea de cómo sacarle partido a un bufé, Cat. Patético, eso es lo que es tu plato. Patético. —Vivi sonrió y apartó a Cat de un codazo—. Voy a enseñarte cómo se hace.

Cat soltó una carcajada sincera que la hizo sentir genial.

—Te espero en la mesa.

Cuando Cat volvió a su asiento, el radar de Amy prácticamente cruzó la mesa y la tocó.

—Entonces, Cat, Vivi dice que sois amigas desde octavo. En este matrimonio todo queda en casa, ¿verdad? —Amy dio un sorbo a su té—. Y el discurso y el regalo de tu padre fueron tan conmovedores. Estoy deseando contárselo a todos nuestros amigos del trabajo en cuanto volvamos. Todo el mundo está emocionado por ella, aunque nos preocupa que termine buscando trabajo en el Upper East Side.

Por lo general, Cat solía gestionar sus sentimientos poniéndose una máscara de tranquila confianza. Al parecer, Amy gestionaba los suyos hablando por los codos.

—Dudo mucho que quiera cambiar de escuela. Es bastante leal. —Cat forzó una sonrisa amigable mientras hablaba con la chica atractiva que había llamado la atención de Hank ese fin de semana—. Astoria solo está a treinta minutos del apartamento de David.

—Espero que tengas razón.

En ese momento, Amy esbozó una cálida y sincera sonrisa.

Cat quería odiarla, pero no podía. No era culpa de Amy que Cat hubiera apartado a Hank. Cat tenía muchos defectos, pero culpar a los demás de sus propios problemas no era uno de ellos.

Aunque la vida parecía complicada en esos momentos, Cat no necesitaba a Hank ni a nadie para que la ayudara a darle la vuelta a las cosas. Ella sola encontraría la forma de sacar algo positivo de su situación, fuese la que fuese, y de seguir adelante. Todo era cuestión de disciplina.

De eso y de tiempo.

Miró de reojo a Hank, que parecía más tenso de lo habitual mientras hablaba con Jackson. De repente, Cat necesitaba saber qué había pasado la noche anterior después de que la rechazara.

—Entonces, ¿qué me perdí ayer por irme a dormir pronto? Jackson me ha dicho que tuvisteis una fiesta privada aquí mismo.

Las mejillas de Amy se sonrojaron y echó un vistazo rápido a Hank, que provocó que Cat añadiera:

—Hum, ¿tan buena fue? Siento mucho habérmela perdido.

Afortunadamente, David y Vivi llegaron a la mesa, rescatándola así de aquella conversación tan rara, pero entonces Cat se dio cuenta de que Vivi

estaba estudiando a Hank, Amy y a ella, y empezó a tener dudas sobre si todavía estaba a salvo.

—Buenos días a todos. —Vivi prácticamente cantó sus palabras mientras dejaba frente a su silla un plato hasta arriba de gofres, beicon, fruta y magdalenas—. ¿Todo el mundo está bien esta mañana?

—Comes más que ningún hombre que conozca, pero jamás engordas —dijo Jackson con una risita entre dientes—. Eres un fenómeno de la naturaleza, Viv.

—Eso me han dicho.

Vivi sonrió y le dio un mordisco a su magdalena.

David se acercó a ella, posó su brazo de forma protectora en sus hombros y susurró un «Estás perfecta» al oído de Vivi antes de besarla en la sien.

—¡Jo, tío! ¿Va a ser así siempre? —Jackson se inclinó hacia delante, apoyando el codo en la mesa, y le lanzó una mirada de decepción a David antes de bajar los ojos y agitar la cabeza—. ¿Ya no podemos bromear como siempre sin que os pongáis cursis? ¡En serio!

—No he interrumpido tus bromas —dijo David.

—No, pero te ha preocupado que le pudiera hacer daño una broma que le he hecho mil millones de veces. —Jackson le guiñó un ojo a Vivi antes de fulminar a David con la mirada—. ¡Venga ya, tío!

David levantó las manos en señal de rendición y luego acarició el muslo de Vivi y se recostó en la silla. Escudriñó a Cat con esa intensidad que había esperar y que había llegado a amar de su hermano mayor.

—No parecees tú esta mañana.

—Vaya, gracias. —Ya empezaba a estar harta de que le dijeran que tenía un aspecto lamentable—. Estoy segura de que no soy la única que se pasó con el alcohol anoche.

Cat echó un vistazo rápido a Jackson, que frunció el ceño y se cruzó de brazos. David miró a Jackson unos segundos y luego volvió a centrar su atención en Cat.

—Me di cuenta de que Marc y Eric te estuvieron rondando toda la noche —continuó—. ¿Te dieron problemas?

Todo el mundo se quedó mirándolo. Hank, en particular, parecía estar estudiando su reacción.

—No. Es solo que bebí demasiado, pero estoy bien. —Cat abrió los ojos de par en par de forma desafiante cuando David le lanzó una mirada de

absoluta incredulidad—. ¡Dejad de mirarme así! Comeos el desayuno.

Por suerte, todos obedecieron. La conversación se centró en los planes de luna de miel de David y Vivi, que pasarían doce días de viaje por Italia y España. La atención de Cat a los detalles se redujo gracias a su preocupación por Hank.

David y Vivi se fueron para hacer su ronda al resto de invitados.

—Cat, ¿podrías estar lista en veinte minutos? —preguntó Jackson.

—De sobra —Cat engulló otro trozo de *muffin* con la esperanza de que absorbiera lo que quedaba de alcohol en su organismo—. Solo tengo que meter un par de cosas en mis bolsas.

—Vale. Me voy a hacer la maleta. ¿Nos vemos en el vestíbulo?

Cat asintió con la cabeza.

—Amy, ha sido un placer conocerte. Hank, nos vemos mañana.

Jackson cogió el último trozo de beicon de su plato y se lo comió de dos mordiscos antes de desaparecer.

Vale, esto es un poco raro. Cat estuvo a punto de marcharse en ese momento, pero le invadió una repentina compulsión de hablar en privado con Hank. No podía irse sin saber si había echado un vistazo a su diario. *Ahora o nunca.*

—Hank, ¿podría hablar contigo un minuto... a solas?

De sus ojos salían rayos. Por un segundo, parecía peligroso, como un oso atrapado en una trampa.

—Por supuesto.

—Gracias.

Cat se levantó de la silla con todo el aplomo que pudo reunir.

—Discúlpame, Amy. Necesito cinco minutos.

Hank se puso en pie y siguió a Cat hasta el vestíbulo.

—¿Qué pasa?

Se metió las manos en los bolsillos, atrayendo la atención de Cat a sus vaqueros. Su camiseta ancha ocultaba la pretina, pero podría jurar que le quedaba por debajo de las caderas. A pesar de desear poder verlo mejor, levantó los ojos para mirarlo a la cara antes de que la pillara curioseando.

Cat se abrazó distraídamente y luego se cruzó de brazos en clara posición de defensa.

—Me gustaría saber qué pasó anoche.

Hank bajó la barbilla.

—Nada.

—¿En serio? Porque me he despertado en ropa interior y recuerdo que me besaste.

Hank suspiró y se pasó una mano por el pelo antes de mirarla directamente a los ojos.

—Te llevé a tu habitación para que no te metieras en problemas. Me pediste un beso de buenas noches. En vez de discutir, te di el beso y me fui. Eso fue todo, Cat. No tienes de qué preocuparte.

Sonaba razonable, pero sentía que había pasado algo más.

—¿Leíste mi diario?

Hank arqueó las cejas hasta casi llegar al nacimiento del pelo.

—No, no invadí tu privacidad mientras estabas inconsciente, Cat, pero, desde luego, eso confirma lo que piensas de mí.

—Estoy segura de que ocultas algo, así que estoy especulando. —Lo miró más de cerca y le clavó el dedo índice en el pecho—. ¿Y por qué creías que me podía meter en problemas? Por lo que recuerdo, me estaba divirtiendo.

—¿Divirtiendo? ¡Divirtiendo! —El cuello de Hank adquirió un tono escarlata encendido y sus ojos color cristal marino se volvieron tan oscuros como una nube de tormenta mientras hablaba—. Entonces, ¿que unos idiotas hicieran una apuesta sobre quién de los dos te llevaría primero a la cama te parece divertido?

—Estás loco. —La indignación hizo desaparecer el dolor de cabeza—. No hicimos ninguna apuesta.

—Tú no estabas en la apuesta. —Sus manos se alejaron de sus caderas y volaron por el aire para poner más énfasis—. Esos imbéciles hicieron la apuesta en el baño de caballeros y, unos minutos después, te estaban invitando a chupitos. En vez de montar un espectáculo en mitad del banquete, esperé a que surgiera la ocasión de alejarte de ellos.

Hank cruzó sus poderosos y expresivos brazos. Cat todavía estaba procesando sus comentarios cuando él añadió:

—De nada, por cierto.

Hacía un rato, Cat había pensado que nada podría hacerle sentir más vergüenza. Al parecer, estaba equivocada.

Le empezaron a escocer los ojos, pero no pensaba permitir que nadie la viese llorar. Miró al techo y parpadeó con fuerza para impedir que brotaran las lágrimas.

Hank entrecerró los ojos.

—¿Y ahora qué pasa?

Cat bajó la mirada al suelo, intentando idear una respuesta. Reuniendo las pocas reservas de orgullo que le pudieran quedar, lo miró con frialdad.

—Me han pagado mucho para usarme como objeto sexual con la intención de vender cosas. Supongo que no me puedo quejar si los hombres me cosifican, ¿no? —Cat se rodeó la cintura con los brazos, a modo de capa protectora—. Es lo que he sembrado, se podría decir.

—¿De verdad piensas eso?

Hank la agarró por el bíceps y le acercó tanto la cara que sus narices casi podían tocarse. La tensión de su mano llegó hasta el torso de Cat mientras decía con voz ronca:

—¿De verdad crees que mereces que te traten así porque las empresas usan tu imagen para vender cosas?

Estaba claro que debía ser así porque, de lo contrario, no habría aguantado tanto tiempo con Justin.

—Mis elecciones tienen consecuencias y esta es una de ellas. —Y *probablemente no sería ni la última ni la peor*—. Desde mi primera portada de revista, los hombres me han rondado, pero todos querían usarme o eran unos farsantes o unos idiotas.

Hank la soltó de repente y dio un paso atrás.

—Sé que eso no es verdad. —La compasión de Hank desapareció y su rostro adquirió el color del granito—. Puede que el problema es que solo te atraen los idiotas.

—¿Qué? —Cat repasó sus últimos comentarios en su cabeza y se dio cuenta de qué era lo que le había ofendido—. Oh, espera. No estaba hablando de ti, Hank.

—¿Sabes qué? Da igual. Vete a hacer la maleta, Cat. Jackson te estará esperando. —Hank se dio la vuelta para irse—. Me voy a terminar de desayunar.

—¿Con Amy?

Hank se paró en seco y la miró.

—Si no se ha ido, sí.

—¿Fue por ella por lo que no te quedaste conmigo anoche?

Cat aguantó la respiración, ella misma sorprendida por semejante pregunta imprudente.

Hank lanzó una mirada perdida al pasillo mientras intentaba componer una respuesta.

—No —respondió él.

Un optimismo inesperado surgió en Cat hasta que Hank la miró con los ojos entornados y volvió a hablar:

—Tú eres la razón por la que no me quedé.

—¿Qué quieres decir con eso?

Cat frunció el ceño y casi lo atrapó por el brazo.

—Averígualo tú solita —murmuró Hank antes de alejarse sin mirar atrás.

Querida mamá:

Hace un año fui yo la que rechazó a Hank y anoche me rechazó él. Supongo que estamos empatados, ¿no? No creas que no puedo verte agitando la cabeza por llevar el marcador. Espero que anoche fuera la última vez que me comportara de una manera tan vergonzosa por su culpa. ¿Qué hay en él que me vuelve tan irracional?

Sea lo que sea lo que pase ahora, tengo me mantener la cabeza alta, como papá siempre espera de mí. Él es tan diferente a ti en ese sentido. A ti no te importaba mostrar tus emociones. Qué liberador debe de ser eso.

CAPÍTULO 5

Hank se frotó la cara con las manos mientras salía. Cada vez que coincidían, Cat sabía cómo tocar todos sus botones, tanto los buenos como los malos, dejándolo acelerado y confuso.

Jackson era normal. David pensaba con claridad. ¿Pero qué diablos había pasado para que Cat fuera semejante desastre? Y, maldita sea, ¿cómo podía amar y odiar a partes iguales su propia respuesta confusa a su particular tipo de locura?

Incluso ahora querría darse la vuelta y volver corriendo hasta ella a pesar de saber que lo más probable era que ella se habría dado la vuelta sobre sus tacones y se habría ido con paso airado. Se sacudió la frustración y se unió a Amy, que seguía allí, sentada, bebiéndose su café.

A diferencia de Cat, Amy lo recibió con una sonrisa espontánea. Anoche le habría gustado demostrarle que no la había dejado tirada por otra mujer. Y Amy ni siquiera lo había acosado con preguntas incómodas sobre lo que había pasado entre Cat y él. Simplemente había disfrutado de otra hora de tonto antes de dar la noche por acabada, momento en el que Hank la acompañó a su habitación y le dio un beso de buenas noches.

Amy era una chica amable y de trato fácil que no se andaba con juegucitos, pero tampoco hacía que se le desbocara el corazón en el pecho, ni lo dejaba sin palabras, ni le inspiraba fantasías obscenas. Besarla, aunque desde luego había resultado agradable, no quedaría grabado a fuego en su mente durante meses o años. Precisamente por eso no había aceptado su invitación a entrar en su habitación.

Quizá él estuviera igual de jodido que Cat, pues ella, al parecer, no era capaz de decidir si quería flirtear con él o mandarlo a paseo, pero, a diferencia de Cat, él no tenía la intención de dejar su vida a merced de su propia locura.

El instinto le decía que el comportamiento distante, incluso a veces hiriente, no era más que una fachada protectora, aunque desconocía el motivo, pero, en esa guerra entre instinto y experiencia, sería de idiotas ignorar el rechazo que había recibido en el pasado.

—Mi ferri sale pronto —dijo Amy—. Tengo que irme a terminar de hacer la maleta.

—Vale. —Tras dejar la servilleta en la mesa, Hank se puso de pie y apartó la silla de Amy—. Ha sido un placer conocerte.

—Quizá podríamos quedar en Nueva York o Connecticut —insinuó Amy con esperanza.

—Quizá.

«Di que sí», pensó Hank justo antes de soltarle:

—Por desgracia, no tengo demasiado tiempo libre. No es una excusa, sino la pura verdad.

—Bueno, si al final encuentras algo de tiempo, tienes mi número de teléfono.

Su dulce sonrisa casi consigue convencerlo, lo que lo inquietó infinitamente.

—Gracias, Amy. —Le dio un beso en la mejilla—. Conduce con cuidado.

En cuanto Amy se fue, Hank se sentó para terminar de desayunar y saborear una segunda taza de café. El sol inundaba el porche, calentándole los hombros y aliviando la tensión de su cuerpo. Estiró sus largas piernas y le dio otro mordisco a un *bagel* de salmón ahumado. A diferencia del resto de invitados, él no tenía prisa por poner fin a sus minivacaciones.

Vivi surgió de ninguna parte.

—¡Te juro que me olvidaría la cabeza si no la llevara pegada al cuerpo! —Cogió el bolso que colgaba de la silla en la que había estado sentada antes—. ¿Por qué estás sentado aquí solo?

—No he terminado de desayunar.

Vivi recorrió el porche con la mirada antes de sentarse junto a él.

—He visto a Amy en el vestíbulo. ¿Habéis hecho planes para volver a veros?

—Eres inasequible al desaliento.

Hank sonrió y agitó la cabeza.

—Entre otras cosas.

Vivi empujó unos cuantos mechones de su perpetuamente enmarañado

pelo detrás del hombro y lo miró directamente. Sus ojos color violeta claro escudriñaron su rostro.

—Prométeme una cosa, Hank. No tomes la decisión correcta por motivos incorrectos.

¿Pero qué diablos significa eso? Su cara debía de ser fiel reflejo de su confusión porque Vivi puso los ojos en blanco.

—No te conformes, Hank. No te atrevas a conformarte con un amor carente de pasión. No es justo ni para ti ni para nadie.

Vivi agitó la cabeza con contundencia antes de apretarle la mano y alejarse. Hank soltó una risita porque parecía una niña que creía que acababa de contar un gran secreto.

Por supuesto que la pasión era importante, pero, a largo plazo, quizá la lealtad, la consideración y la amabilidad fueran más importantes. La vida es dura. La pasión, aunque excitante, no siempre ardía con igual fuerza ante los obstáculos de la vida real.

Hank sintió un escalofrío al recordar la expresión alicaída de Cat de hacía unos minutos. Quizá no debiera haberse marchado enfadado ni haberla dejado sola en el vestíbulo. Si hubiera sido más listo, aprovecharía esos momentos en los que tiene la armadura resquebrajada para hacer palanca, abrirla y conseguir las respuestas que necesitaba.

Pero, por desgracia, prefería conocer sus secretos porque ella quisiera contárselos, no porque se los hubiera robado. Una pena que tuviera las mismas probabilidades de que se abriera a él —o a cualquier otro— que de ir a la luna.

Bebió otro sorbo de café para bajar el último trozo de *bagel*. Su sabor ácido combinaba a la perfección con su estado de ánimo alterado. Los camareros corrían de acá para allá, limpiando las mesas y esperando a los turistas. Se quedó mirando a otros hombres de su edad, maridos y padres aparentemente relajados y despreocupados.

Intentó imaginarse con un niño en las rodillas, una sonrisa de su esposa y dinero de sobra y, entonces, se echó a reír y ahogó su envidia en más café.

Su vida se descarriló cuando su padre murió de un ataque al corazón poco después de que Hank se graduara en el instituto. Con cuatro hermanas pequeñas que necesitaban su apoyo, abandonó sus planes de ir a la universidad y aceptó un trabajo en la construcción para ayudar a su madre a criar a las chicas y mantener la casa.

No se arrepentía de nada, pero a veces deseaba tener libertad para

perseguir sus propios sueños, tanto personales como profesionales: dejar por fin de trabajar en la construcción, montar su propia tienda de muebles de diseño a medida, casarse y tener hijos. Quizá incluso, algún día, volver a esta isla de vacaciones con su propia familia.

Por ahora, tendría que contentarse con sus hermanas y su sobrino.

Tras terminar de desayunar, se puso en pie de mala gana para irse. Camino de su habitación, se encontró con Jackson y Cat, que estaban esperando en la recepción a que llegara el taxi que los llevaría al puerto.

Cat parecía totalmente recuperada de su momentáneo bajón de confianza en sí misma. Una sensación placentera atravesó a Hank, algo que le molestó bastante. ¿Cómo podía gustarle cuando lo sacaba de quicio?

—¡Eh, tío! —Jackson se metió el teléfono en el bolsillo trasero—. Nos vemos mañana en la casa de los Caine a las siete, ¿vale?

Hank apartó la mirada de la falda extremadamente corta de Cat, como si alguien necesitara más incentivos para apreciar sus increíbles piernas.

—A las siete en punto. Entendido.

A los pies de Cat, había tres maletas de diseño. Mucho equipaje para un viaje de dos días. Se tapó la boca para no hacer ningún comentario de listillo.

Cat frunció el ceño.

—Nunca sabes de qué humor vas a estar ni si el tiempo va a cambiar.

Cat enderezó los hombros y se cruzó de brazos.

¿Era igual de antipática con todos los hombres o reservaba ese comportamiento solo para él?

—No me debes ninguna explicación —respondió con indiferencia, burlándose de ella con una sonrisa relajada.

—Vamos, Cat. El taxi ha llegado.

Jackson se despidió de Hank con la mano, arrastrando su equipaje detrás de él camino de la puerta de salida. Cat se echó el bolso más pequeño al hombro, dando un poco la impresión de que se acabaría derrumbando acabaría derrumbado sobre sus tacones mientras se agachaba para ocuparse del resto de bolsos.

—¿Te echo una mano?

Hank vio dudar a Cat. Jamás había conocido a una mujer que rechazara de manera tan tajante una ayuda.

Parecía sorprendida.

—Sí, por favor, sería un detalle por tu parte.

Hank levantó del suelo la pieza de equipaje más grande.

—¿Qué llevas aquí? ¿Yunques?

—Para eso existen las ruedas, Hank. —Sacó el mango retráctil del bolso de mano y se dirigió a la puerta, atrayendo una mirada seductora a su hombro —. Imagino que tendrás que averiguarlo tú solito.

Después de devolverle sus propias palabras de hacía un rato, se pavoneó hasta fuera.

Él la siguió, intentando sin éxito no mirar embobado su hipnótico balanceo de caderas. Era una bruja, pero una bruja sexi y peligrosa. Y, al parecer, a una parte retorcida de sí mismo le gustaba ser víctima de su particular magia negra.

Cuatro horas después, Hank estaba aparcando su destartada Ford F-250 en el camino de entrada de la pequeña casa colonial de estilo holandés que compartía con su madre y su hermana pequeña, Jenny, en Norwalk (Connecticut). Se quedó en el asiento del conductor, disfrutando de un último minuto de paz antes de entrar a lidiar con los últimos problemas de turno. Justo cuando estaba abriendo la puerta del coche entre chirridos, Jenny salió por la puerta trasera de la casa y corrió hasta su camioneta.

—Por fin estás en casa.

Llevaba su pelo dorado recogido en una coleta, lo que la hacía parecer una niña aunque hacía poco que había cumplido los veinte. Los once años de diferencia a veces lo hacían sentir mayor.

—Estoy agotada, pero todavía tengo que estudiar para un examen.

A Hank su deseo de obtener el título de contable le provocaba una mezcla de orgullo y envidia. Gracias a sus sacrificios, todas sus hermanas tendrían estudios. Las otras tres ya se habían graduado y ahora trabajaban como enfermera, maestra y secretaria de dirección, respectivamente.

Haber criado a cuatro hermanas le había enseñado que sería un buen padre. Cuidar un bebé tenía que ser más fácil que vérselas con cuatro adolescentes. Al menos, el bebé no acapararía el cuarto de baño ni acabaría gritándote a ti porque otro hombre había hecho tal o cual cosa. Y, con un poco de suerte, tendría unos cuantos chicos para que las mujeres de su vida no lo superaran en número siempre.

—¿Me dejas las llaves para que pueda ir a la biblioteca? —preguntó Jenny.

—Espera, ¿dónde está Megham?

Tras sacar el equipaje, cerró con fuerza la puerta trasera de la camioneta. Rodeando a Jenny con su brazo libre, le dio un beso en la parte superior de la cabeza.

—Creía que se iba a quedar contigo este fin de semana para ayudarte a cuidar de mamá.

Jenny lo acompañó dentro de la casa, donde ya tenía preparada la mochila junto a la puerta.

—Meg se fue corriendo a las once. Le he dado de comer a mamá y la he metido en la cama —dijo Jenny con una mueca—. Parecía nerviosa porque no estabas, pero no ha preguntado por ti directamente ni nada.

Hacía siete años, con tan solo cincuenta y dos años, a su madre le habían diagnosticado Alzheimer prematuro. Ahora, en las fases finales de la enfermedad, la comunicación se había convertido en un auténtico reto cada vez que quería hablar, algo que no sucedía con demasiada frecuencia últimamente.

Hank le tiró un poco de la coleta a Jenny.

—Habría venido antes si hubiera sabido que Meg tenía planeado marcharse antes del almuerzo.

—No pasa nada. —Jenny le dedicó una amplia sonrisa—. ¿Qué tal Block Island?

—Genial. —Hank sonrió mientras dejaba su bolsa en la mesa de la cocina, reproduciendo en su mente los mejores momentos de la boda, entre los que se incluían el beso y la confesión nocturnos de Cat—. Ha estado bien hacer una escapada.

Jenny agachó la mirada.

—Debes de estar harto de cuidar de mamá y de mí, ¿no?

—No —respondió frunciendo el ceño.

Claro que había renunciado a muchas cosas por su familia, pero también estaba orgulloso de ser un hombre digno de confianza, necesario y querido.

—Si de mí dependiera, lo volvería a hacer.

—Quizá ha llegado el momento de considerar otras opciones para mamá, como una residencia —dijo Jenny mientras se frotaba la muñeca.

Como era muy joven, Jenny apenas podía recordar a la mujer guapa y valiente que había criado a sus hijos con pulso firme y mucho amor.

Su madre tenía altas expectativas en él y su franqueza había hecho que le resultara fácil comprender lo que ella quería y lo que él tenía que hacer para lograrlo. Incluso con toda una vida de recuerdos, cada mes le resultaba

más difícil acordarse de su madre tal como era antes en vez de como era ahora.

—No puedo llevar a mamá a un lugar lleno de extraños. Además, acabo de terminar de pagar la hipoteca de la casa. No me interesa sustituir una deuda por otra. Hemos contratado a Helen para que nos eche una mano. Entre nosotros dos y nuestras hermanas, podemos ocuparnos de lo demás.

—No es que quiera dejarte solo, Hank. Es solo que veo lo triste que te pones cuando la miras.

—No te preocupes. —Al parecer, no había escondido su dolor tan bien como pensaba—. Soy más duro de lo que parezco.

—Seguro que sí.

Jenny lo abrazó. Hank saboreó el momento antes de apartarse.

—Espera.

Cruzó el salón camino del dormitorio principal. Su mano dudó sobre el pomo de la puerta que, como el resto de pomos de la casa, estaba cubierto con un sistema de seguridad para niños, una de las muchas medidas que había tomado para evitar que su madre deambulara por ahí y se hiciera daño. Abrió la puerta con cuidado, rezando por encontrarla dormida.

A través de la tenue luz, vio la cama de hospital que habían alquilado. El frágil cuerpo de su madre casi parecía el de una niña, allí tumbada sobre la colcha que ella misma había cosido hacía décadas.

Vivir con ella y ver cómo su mente y su cuerpo se iban marchitando le rompía el corazón. Odiaba perderla a trozos, algo que le resultaba mucho más insoportable que el infarto de su padre. Por lo menos, ahora parecía estar durmiendo, lo que le dejaría unas cuantas horas de tranquilidad. Cerró la puerta y volvió a la cocina con Jenny.

Se colgó el monitor portátil para bebé con vídeo digital en el cinturón.

—¿Te vas al taller a terminar la mesa que estás construyendo? —preguntó Jenny.

—Sí.

Hank abrió la puerta mosquitera y salió. Jenny cogió su mochila y lo siguió.

Una sensación de calma recorrió su cuerpo mientras cruzaba el jardín y abría la puerta del garaje anexo que había convertido en un taller de carpintería hacía años. Había comprado una sierra de mesa y una sierra de cinta de segunda mano en Craigslist y, poco a poco, había ido añadiendo diferentes gubias curvas, formones y cepillos de mano a su colección de

herramientas manuales.

En su trabajo diario, instalaba muebles y unidades empotradas en las cocinas, los armarios y las habitaciones de los clientes, pero en ese espacio podía soñar. Aquí, sus creaciones artísticas salían del papel y cobraban vida. Ese trabajo alimentaba su alma.

Hoy tenía planeado terminar la mesa decorativa que había diseñado como regalo de boda para David y Vivi.

—¿Qué te parece? —preguntó Hank mientras intentaba decidir si necesitaba una última capa de resina penetrante.

—Me gusta que las tres patas curvadas del pedestal se unan a ambos lados. Ni demasiado masculino ni demasiado femenino. —Jenny ladeó la cabeza—. Y también el tamaño, perfecto para una lámpara.

Hank disfrutaba apasionadamente con cada aspecto del diseño y la fabricación de muebles. Incluso medir cada corte hasta alcanzar la perfección no suponía una molestia. Siempre que tenía un poco de dinero extra, compraba palisandro o cualquier otra madera rara para incorporarla a sus proyectos.

—Gracias.

Sonrió, halagado por su aprobación.

—No es que quiera meterte prisa, pero ¿podrías darme las llaves, por favor?

Hank le dio las llaves y la siguió al camino de entrada.

Jenny trotó hasta la camioneta con su mochila golpeándole el muslo.

—No vendré a cenar. Llegaré hacia las ocho.

Jenny parecía tan ridícula al volante de su gigantesca camioneta como cuando la enseñó a conducir, pero Hank sabía que estaría segura en ese viejo tanque. Se despidió de ella con la mano y volvió a su taller.

Tras coger la lana de acero, empezó a lijar con cuidado los parches rugosos que se habían formado al darle resina. Una vez que hubo acabado, limpió toda la pieza con un paño húmedo. Con un pincel limpio, aplicó otra generosa capa de resina, trabajando lenta y deliberadamente en pequeñas secciones y luego quitando el exceso gradualmente con un trapo limpio. De vez en cuando, le echaba un vistazo a su madre a través del monitor.

Durante esos momentos de tranquilidad, dejaba divagar su mente. Recordó las imágenes de Cat en su habitación de hotel, flirteando con él en ropa interior, poniendo a prueba su autodisciplina. ¿Sería posible que se arrepintiera de haberlo rechazado el año pasado? Al igual que él, ¿habría

pasado más de una noche desde entonces preguntándose qué habría sucedido si le hubiera dado una oportunidad?

Pero entonces la realidad aplastó su ensoñación como una bola de demolición. No podía imaginársela feliz con una hamburguesa y una cerveza en el jardín y tampoco él se imaginaba codeándose con los ricos y famosos. Francamente, esa parte de su vida no le atraía demasiado. Quizá sí que le había hecho un favor, pero habría preferido que le diera una oportunidad para averiguarlo por sí solo.

Dio un paso atrás para revisar la aplicación y admirar su trabajo. Después de limpiarse las manos, apagó las luces y cerró las puertas con llave.

Por el momento, su sueño de montar su propio negocio tendría que seguir siendo eso, un sueño.

Hank se lavó las manos en el fregadero de la cocina antes de tirarse en el sofá para ver el partido de los Yankees. Se quedó dormido hasta que su madre cruzó tambaleándose el salón con su andador. Se detuvo y miró a la televisión, con expresión confusa.

La luz de la pantalla retroiluminaba su delgada silueta, tan débil que un soplo podría hacerla caer. Hank rara vez se daba cuenta de los cambios en su aspecto físico que experimentaba de un día para otro. Sin embargo, al haber estado fuera, aunque solo hubieran sido treinta y seis horas, le llamaron la atención las diferencias.

Aunque no tenía ni sesenta años, parecía tener, por lo menos, setenta. Sus mejillas colgaban de su mandíbula caída. Sus ojos verdes, que una vez bailaron entre risas y se incendiaron por la ira, ahora parecían vacíos y perdidos. Su pelo rubio platino se había vuelto más fino y se había transformado en blanco plateado.

En tan solo unos años, había cambiado por completo. Incluso su tono de piel se había vuelto grisáceo, probablemente como resultado de su medicación diaria.

Hank se dirigió a ella en voz baja para evitar alarmarla.

—Hola, mamá. Ya estoy en casa. —Se levantó del sofá, abrió los brazos y se acercó a ella con calma—. Ven y siéntate.

Lo miró con desconfianza, pero al final cogió su mano y permitió que la llevara al sofá. En cuanto dejó a su madre bien instalada, Hank se sentó en la mesa de centro y sujetó su mano.

—¿Tienes hambre? —siguió hablando con voz suave—. ¿Quieres que te prepare algo de comer?

—¿Rick? —preguntó.

Rick era el nombre de su padre, un hombre que llevaba muerto casi treinta años. Aunque sabía que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, a Hank le dolió que se confundiera de nombre.

No podía evitarlo. Que su propia madre no lo reconociera era algo que lo desequilibraba todas y cada una de las veces. Ella había sido la persona que más había querido en toda su vida. ¿Cómo es que no era capaz de reconocerlo?

—No está aquí, mamá. —Le sostuvo la mirada, pero estaba seguro de que no lo estaba procesando—. Voy a prepararte una taza de té, ¿vale? Espérame aquí.

Hank se apresuró hacia la cocina, donde calentó en el microondas dos tazas de Earl Grey sin téina. Mientras se enfriaban, buscó en Spotify a Fleetwood Mac, su grupo favorito, y empezó a tararear la canción «Dreams» a la vez que añadía azúcar y leche a las tazas. Cuando volvió al salón, se sentó de nuevo en la mesa baja y le entregó su taza.

Su madre la sujetó con una mano, la olfateó y metió el dedo índice en su contenido. Lo sacó, lo chupó y volvió a repetir el proceso. Hank la detuvo en el tercer intento, se llevó su taza a los labios y bebió, a modo de ejemplo del movimiento para que ella lo imitara.

Mientras bebían, Hank le relató los acontecimientos del fin de semana. Le habló de Vivi y David, le describió la cúpula del techo rojo del hotel y sus vistas al mar y le contó que había chicas muy guapas.

Ella pareció estar atenta a sus palabras. Hank no estaba seguro de cuánto habría comprendido o, incluso, si lo habría reconocido como su hijo en algún momento de la conversación. Solo esperaba que hablarle como si todo fuera normal la ayudara a no perder el contacto.

Cuando se sumergió en sus propios pensamientos sobre el fin de semana, se rio para sus adentros. Considerar una relación con Amy, Cat o cualquier otra mujer era una pérdida de energía sin sentido. Ni tenía el tiempo libre ni el dinero para salir con nadie y mucho menos con alguien como Cat. Ni siquiera tenía privacidad.

Entre su madre y Jenny, pasarían años antes de que pudiera disfrutar de una auténtica libertad.

La tos de su madre al atragantarse lo sacó de sus reflexiones. Apartó la mirada, intentando deshacer el nudo de vergüenza que se le había formado al soñar con el leve alivio que supondría la muerte de su madre.

Mierda.

Querida mamá:

Menopáusica a los veintiocho. Incluso tú tenías unos cuantos años más cuando la sufriste, además de tres hijos.

No paro de repetirme que podría ser peor, que no es algo mortal. Pero sí que me parece un defecto mortal. Ocultar todas mis imperfecciones resulta agotador, pero ¿qué opciones tengo? La imagen lo es todo en mi trabajo.

Sin mi imagen, no soy nadie.

CAPÍTULO 6

Cat se quitó los cascos, dejó el correo en la encimera de la cocina y se sirvió un gran vaso de agua. Dios, odiaba correr, sobre todo una húmeda mañana de verano en la ciudad. Por desgracia, a su edad, tenía que esforzarse el doble si quería poder competir.

Por supuesto, tras su reciente cita de endocrinología reproductiva en la que le habían confirmado su fallo ovárico prematuro, no llevaba bien lo de tener que mantener su supuesto «cuerpo perfecto».

Al no someterse a una intervención quirúrgica importante, a una donación de óvulos o a un golpe de buenísima suerte, sus firmes abdominales jamás se distenderían por culpa de un embarazo y su piel nunca se llenaría de estrías.

No te mortifiques.

Se pasó un día entero llorando por su triste destino: mayor riesgo de osteoporosis y enfermedad cardíaca; pérdida potencial de pelo y dientes; tener que tomar decisiones sobre las ventajas y los inconvenientes de la terapia hormonal; por no mencionar los sofocos, la sequedad y demás síntomas que seguramente acabaría experimentando tarde o temprano.

Por supuesto, todavía necesitaba tiempo para lamentarse por ese embarazo que jamás viviría y por los hijos que nunca daría a luz. Tiempo para superar esas expectativas de maternidad. Tiempo para investigar y comprender el resto de opciones como la adopción o la gestación subrogada. Solo entonces sería capaz de compartir el diagnóstico con su familia y afrontar el rechazo de los hombres. Hasta entonces, hacía lo que podía. Y hasta que pudiera pensar en ello y enfrentarse a la situación al mismo tiempo, lo dejaría aparcado.

Se dejó caer sobre un taburete de la cocina y, mientras se bebía el agua, se puso a revisar las facturas, el correo basura y las revistas. Cualquiera

distracción era buena. Mientras ojeaba la revista *Elle*, estudiaba cuál podría ser su próximo anuncio para Estée Lauder.

En un intento de borrar las arrugas del entrecejo, se frotó el pliegue de la frente con el dedo índice cuando su teléfono sonó. El número de su agente apareció en la pantalla. Puede que, después de todo, Lauder le hubiera ofrecido otro contrato.

—Hola, Elise. Por favor, dime que tienes buenas noticias.

—Por desgracia, no. Lauder ha apostado por Kendall Jenner. —Tras una breve pausa, continuó—. Como ya hemos hablado, el panorama de las modelos está cambiando. Todavía te queda la alta costura para mantenerte ocupada durante un tiempo, pero deberías plantearte otras opciones antes de que tu edad te deje fuera del juego de la prensa.

Veintiocho años y ya la consideraban vieja. Por supuesto, también estaba envejeciendo antes de tiempo. Los síntomas, que pronto aparecerían, tampoco ayudarían nada. Después de todo, un pelo fino, la piel seca y la transpiración jamás han quedado bien en las fotos.

—¿Tienes alguna sugerencia?

Cat bebió algo más de agua.

—Bueno, teniendo en cuenta el reciente éxito de Kendall, quizá deberías considerar la telerrealidad. Se han puesto en contacto con nuestra agencia porque están buscando una presentadora para un nuevo programa de moda. ¿O qué te parecería participar en el programa *The Bachelorette*? Seguro que pagarían bien a una soltera famosa.

—¡Oh, no!

La carrera de Cat necesitaba un chaleco salvavidas, pero la pérdida absoluta de su privacidad, sin mencionar las críticas feroces al montaje que había visto, descartaban por completo ese tipo de programas. No había fama ni fortuna que justificara el riesgo de que acabaran descubriendo y publicando su historial médico. Y una parte de Cat —una parte nueva y cada vez más grande— quería apartarse de los focos. Quería una vida y una reputación construida sobre otra cosa que no fuera su belleza.

—La televisión te relanzaría. Una breve temporada te ayudaría a garantizar acuerdos con el sector cosmético u otras apariciones especiales en televisión.

—Eso solo retrasaría lo inevitable.

Cat decidió conseguir que Elise mirara en otra dirección sin explicarle sus motivos. Abrumada por esa sensación de urgencia, dijo:

—Creo que ha llegado el momento de considerar algo estable y duradero, algo nuevo y estimulante. Estoy cansada de perseguir contratos.

—¿Y qué te parece un acuerdo de licencia?

¿Eh? Eso podría ser interesante.

—¿Cómo va eso?

—Bueno, tendrías que seguir persiguiendo contratos, pero conseguirías un pago único por adelantado más derechos anuales nacionales e internacionales por los productos asociados.

—Suenan interesantes. Tendría que ver qué productos podrían ajustarse a mí.

—Ropa y cosméticos serían las opciones lógicas. Tendrías un colectivo de seguidores natural al que vendérselos.

—Demasiado trillado. Y volvería a tener que competir con el resto de modelos, actrices y celebridades de la televisión que ya venden esos tipos de productos. —Esos productos ya no despertaban su interés y la simple idea de seguir promocionando la belleza como una virtud se le hacía un poco cuesta arriba—. Preferiría hacer algo completamente inesperado y diferente, como el imperio del mueble de Kathy Ireland.

—Empezó con calcetines.

Cat frunció el ceño. Los calcetines no parecían demasiado atractivos.

—Sea como fuere, preferiría que se me asociara con algo único, exclusivo y difícil de copiar. De esa forma, habría menos competencia.

Elise soltó una risita.

—Dios te bendiga, Cat. Siempre apuntando a la luna.

—Nunca la alcanzarás si no lo intentas. —Cat se encogió de hombros como si Elise pudiera verla—. Quizá algo en la línea de los productos relacionados con el estilo de vida o los viajes.

—¿En serio? Es importante que no diluyas tu marca ni que asumas demasiados riesgos. Lo peor que podrías hacer es asociarte con algo que sea un fracaso. Si sucediera eso, tu nombre y tu imagen perderían credibilidad y valor en el mercado.

—Solo estoy intentando diferenciarme.

La falta de fe de su agente en su capacidad para tomar decisiones reforzó su baja autoestima, pero Cat no dejó que se notara. De la misma forma que la displicencia de su padre la había empujado a triunfar antes, la falta de fe de su agente hizo que Cat se jurara alcanzar la luna, al menos metafóricamente.

Si no podía tener hijos, encontraría otra forma de dejar un legado. Y demostrar que todo el mundo se equivocaba solo haría que su victoria supiera mucho mejor.

—Déjame hacer algunas averiguaciones —dijo Elise—. Veré quién está buscando talento.

—Vale, hablamos pronto.

Cat colgó, decidida a aportar sus propias ideas.

Optimista sobre sus nuevas posibilidades, dejó la revista *Elle* a un lado y siguió clasificando el resto de su correo.

Frunció el ceño al descubrir un sobre manuscrito de color marfil sin remitente. Salvo por el matasellos del Soho en vez de Chelsea, se parecía al que había recibido hacía un mes,

Mordiéndose el labio, lo abrió y echó un vistazo a la tarjeta, finamente grabada a mano.

Querida Catalina:

No pasa ni un solo día sin que sueñe contigo. Por ahora, me conformaré con mis fantasías, pero algún día te darás cuenta de que soy el hombre de tu vida.

Aunque no era exactamente una amenaza, la carta la alteró. Que le hicieran propuestas ocasionales vía Twitter e Instagram y que la acosaran de vez en cuando en los restaurantes parecía relativamente inocuo, pero este contacto sin nombre ni rostro siniestramente personal sí la tenía preocupada.

Su primer instinto fue sospechar de Justin, pero las palabras no parecían propias de él y dudaba que se conformara con un acercamiento tan pasivo. Si quisiera infringir la orden de alejamiento, simplemente se plantaría allí para demostrar que nadie mandaba sobre él.

Pero si no es Justin, ¿quién podría ser? Había comprado su apartamento a través de un testaferro para tener privacidad. Podría ser Justin. Tenía el dinero y los contactos necesarios para encontrarla.

Volvió a leer la nota en busca de pistas. La letra no revelaba nada, pero la cara tarjeta indicaba que la persona tenía dinero y gusto... como Justin. Olisqueó la página, pero no percibió ningún olor distinguible.

Experiencias anteriores con seguidores extraños le habían demostrado que la policía no haría nada hasta que la amenaza no fuera real. No merecía la pena molestarlos. Las cartas de amor no se consideran una amenaza. Y sospechar de Justin estaba lejos de ser una prueba.

Con un suspiro, dejó la carta y el sobre en un cajón del escritorio, sobre la que había recibido el mes anterior. Por algún motivo, había decidido conservarlas como pruebas. Prueba de qué, pues no estaba segura.

El teléfono volvió a sonar, sacándola de sus pensamientos sobre su inquietante admirador. Sonrió cuando vio aparecer la foto de Vivi en la pantalla.

—Bienvenida a casa, Vivi. ¿Qué tal tu luna de miel?

—Realmente increíble.

El suspiro de Vivi decía mucho.

—¿Cuándo volvisteis?

—Ayer por la tarde, pero todavía ando algo desorientada por culpa del desfase horario.

—Sé muy bien de lo que hablas. —No tanto últimamente, pero aun así—. Bueno, cuéntamelo todo. Espera, mejor te guardas los detalles íntimos. No quiero saber nada de la vida sexual de mi hermano.

Cat oyó la risita de Vivi al otro lado del teléfono.

—¿Te puedes pasar? —preguntó Vivi—. David se ha ido corriendo a la oficina para adelantar algunas cosas para el lunes y estoy sola y aburrida.

—Dame media hora para ducharme y vestirme.

—Perfecto.

Cuando Cat acabó de secarse, se envolvió en su toalla de felpa, fue hasta su armario y frunció el ceño. A pesar de todos sus esfuerzos, todavía no había conseguido organizar su ropa y sus accesorios. Había apilado cajas de ropa y zapatos de otras temporadas en la habitación libre. Aun así, prácticamente se le caía medio armario cada vez que abría la puerta.

Echó un vistazo a sus tops de verano. Como no sabía qué podía depararle la jornada, seleccionó un pañuelo turquesa desteñido de Donna Karan que combinó con unos pantalones cortos blancos de lino. Vivi y David vivían a dos manzanas de la 76 Este, así que se decantó por unas sandalias blancas de tacón alto. Si decidían ir a alguna parte, tendrían que coger un taxi.

Una hora más tarde, Cat estaba sentada en la barra de la cocina de David y Vivi, terminándose su Coca-Cola *light* mientras veía la última tanda de fotos de la luna de miel en el portátil de Vivi.

—No bromeo, Vi, tu fotografía cada día es mejor. Algunas son increíbles.

Cat se quedó mirando los tejados rojos de Florencia un rato más.

—No soy Peter Lik —dijo Vivi.

—Siempre subestimas tu talento. ¡En serio! Sin dejar tu trabajo, deberías plantearte abrir un negocio de fotografía o, por lo menos, dedicarte a ello en verano. —Cat apartó el portátil y se giró hacia Vivi—. ¿Y qué te parecerían los retratos? La gente paga grandes cantidades por un retrato fotográfico, sobre todo los padres primerizos. Hay mucho trabajo de fotografía en todo Manhattan.

—Puede que un día. —Vivi se encogió de hombros—. Por ahora estoy contenta con mi afición. Estoy demasiado ocupada durante el año escolar como para cogerme otro trabajo y prefiero pasar mi tiempo libre con David.

Cat arqueó una ceja.

—Todavía me resulta raro que, al final, los dos terminarais juntos, pero todo ha salido mejor de lo que me esperaba.

—También ha salido mejor de lo que yo esperaba, ¡y eso sí es increíble! —Vivi se echó a reír y cerró el portátil—. ¿Y qué pasa contigo? ¿Ya estás lista para volver a tener citas?

—¡No, para nada, así que para!

Ahora que ya había pasado la boda, Cat consideró la posibilidad de compartir su diagnóstico, pero su amiga todavía disfrutaba de la dulzura de su luna de miel. Las noticias de Cat podrían esperar otra semana... o más.

—¿Por qué no?

Vivi le dio un enorme mordisco a su cruasán relleno de chocolate, ignorando por completo la petición de Cat.

—¿Acaso has olvidado mi pésimo gusto para elegir pareja? —Cat hizo un gesto de dolor al recordar cómo había ignorado las señales de advertencia con Justin y cómo el hecho de aceptar su abuso verbal durante tanto tiempo había afectado a su autoestima—. Tengo una profesión muy exigente.

—Déjalo ya —dijo Vivi sin apartar la mirada de los dulces que quedaban—. No eres la única mujer del mundo que se ha topado con un mal tipo. Justin era guapo y te persiguió por medio mundo. Puedo entender que esa posesividad te enganchara al principio, pero ya ha pasado casi un año

desde que todo terminó. No renuncies al amor ni finjas que no puedes tener ambas cosas: carrera profesional y amor. Eso es una tontería.

—Seamos brutalmente sinceras, Vi. No se me dan bien las relaciones.

Cat ladeó la cabeza. Se había vuelto cínica con los años. En su mundo, la mayoría de la gente solo piensa en sí misma. En algún punto del camino, le pareció que lo más inteligente era aceptarlo y vivir de acuerdo con esas normas.

—Aparte de mi familia, tú eres la relación más larga que he tenido en mi vida. A veces me pregunto cómo puedes soportarme.

—¿De qué hablas? ¿Qué es eso de que cómo es que te aguanto?

—¡Venga ya! No soy tan cariñosa como tú. Puedo ser bastante quisquillosa y distante.

A Cat le desconcertó la expresión incrédula de Vivi. Quizá su amiga se aferrara a la Cat del pasado sin darse cuenta de hasta qué punto ella se había endurecido.

—Admitámoslo. Soy una niña mimada.

—No eres una niña mimada. —Vivi retorció los labios—. Bueno, vale, estás un poco mimada, pero no eres egocéntrica. Te quedaste a mi lado todos esos años en los que me estuvieron acosando en el colegio. Me ofreciste tu amistad y un lugar al que llamar hogar. Has compartido tus secretos conmigo desde la infancia y eso que sé que no te confías con facilidad, así que me siento honrada por que me concedieras ese honor, Cat.

—Y tú eres generosa hasta decir basta. No te creas que no me he dado cuenta de lo mucho que tiras las cosas por la ventana en los cumpleaños, las Navidades y el resto de ocasiones que te inventas.

—Tú siempre le das el beneficio de la duda a todo el mundo y yo hago lo que puedo.

Cat soltó una corta respiración y sonrió. Escoger a Vivi como amiga había sido una de las mejores decisiones que había tomado Cat y, afortunadamente, el sentimiento era mutuo.

—Con todo, se me dan fatal las relaciones, sobre todo con los hombres.

—No seas ridícula.

Vivi apretó el rostro.

—De eso nada. Antes de Justin, todos los tíos con los que salía estaban más interesados en mis pases VIP que en conocerme. Y eso es humillante. E inútil. En mi situación actual, es mejor estar sola.

Entonces, preocupada por haber revelado demasiado sin querer, borró

toda expresión de su cara. Por suerte, Vivi no se había dado cuenta de la sutil metedura de pata.

—Eso es triste. —Vivi miró a través de Cat, contemplándola—. Entiendo por qué te muestras distante en público, pero deberías dejar de ocultar tus auténticos sentimientos todo el tiempo. Ningún hombre puede enamorarse de ti si no sabe quién eres. Ese es tu único problema con las relaciones. Solo deja que alguien se acerque, como hiciste conmigo.

A Cat no le gustaba que la psicoanalizaran y menos cuando las palabras mordían. Jugó con un mechón de su pelo mientras reflexionaba sobre el consejo de Vivi.

Por supuesto, Hank la había acusado de que solo le gustaban los idiotas. Quizá tuviera razón. O quizá los idiotas fueran una opción segura porque, en el fondo, sabía que no profundizarían demasiado y no acabarían descubriendo sus defectos.

Y ahora, en vista de sus nuevas circunstancias, una relación superficial sería a todo a lo que podría aspirar. Si desde el principio no había expectativas, no la podrían rechazar ni se decepcionaría por nada.

Pero, desde Block Island, sus pensamientos siempre la llevaban a Hank. Tenerlo cerca había despertado una serie de molestas dudas nostálgicas. Aunque frustrantes, aquellas mariposas fugaces eran adictivas.

¿Cabría la posibilidad de que el *boy scout* considerara una aventura casual? Sería tentador.

Se frotó el estómago, que se le estaba empezando a remover.

—Bueno, tú avísame cuando llegue mi caballero de brillante armadura y quizá le dé una oportunidad.

Cat se dio cuenta de que a Vivi le brillaban los ojos mientras miraba el reloj por tercera vez en veinte minutos.

—¿Por qué no paras de mirar el reloj? —Cat se inclinó hacia delante como si su invasión física pudiera obligar a Vivi a confesar—. ¿Vas a alguna parte o es que estás esperando a David?

—¡Ah, no! —La expresión de culpabilidad de Vivi hizo saltar todas las alarmas—. Hum, es que estoy todavía un poco confusa con la hora, supongo.

—Se te da fatal mentir. —Cat agitó la cabeza y la agachó, realmente incómoda—. Estás tramando algo. Escúpelo.

—No seas quisquillosa. Estoy esperando una entrega. —La sonrisa enigmática de Vivi no hizo más que empeorar su nerviosismo—. ¡Relájate! Dime, ¿ya estás instalada del todo en tu apartamento?

—Todo lo que puedo estar. Tengo que alquilar algún trastero. —Cat comparó mentalmente el piso moderno y elegante de Vivi y David con su acogedor apartamento de antes de la pelea—. De verdad, no entiendo cómo es que Jackson no se dio cuenta del problema de los armarios cuando lo visitamos. Y lo que es peor, no puedo creer que yo misma no me diera cuenta.

—En primer lugar, los tíos no piensan en los armarios. En segundo lugar, ninguna mujer tiene un fondo de armario como el tuyo. No podías esperar que Jackson pensara en ello. —Los ojos como platos de Vivi hicieron que Cat soltara una risita—. Además, estaba desesperado por sacarte de tu antiguo apartamento antes de que expirara la orden de alejamiento.

—Bueno, por eso precisamente me mudé.

Frunció el ceño.

—Todavía me molesta que el abogado de Justin consiguiera sacarlo con un simple tirón de orejas. Sé que no era su intención hacerte daño. ¿Pero nada de cárcel y solo una orden de alejamiento de once meses?

Cat pensó en las cartas que había recibido recientemente.

—Afortunadamente Justin parece haber pasado página por ahora.

—¿A qué se debe esa cara?

Vivi entrecerró los ojos.

Cat tamborileó la encimera, intentando decidir si debía compartir con ella sus preocupaciones.

—He recibido dos cartas anónimas estas últimas semanas. Alguien me ha visto entrando y saliendo del edificio o se ha tomado la molestia de buscarme.

—¿Crees que son de Justin?

La mirada de Vivi se llenó de preocupación.

—No estoy segura. Sería una infracción de la orden de alejamiento. Además, no me lo imagino enviando anónimos. Pero en el último decía que pronto me daría cuenta de que estamos hechos el uno para el otro. Algo como que ya lo conozco, lo que apunta a Justin. —Cat se encogió de hombros—. Pero es imposible saberlo con seguridad.

—¿Las notas son amenazadoras?

—La verdad es que no. Son más como cartas de amor. —Cat arrugó la nariz—. Nada de amenazas, aunque no por ello resulta menos espeluznante.

—El bufete de David podría investigarlo.

—No se lo he dicho ni a David ni a Jackson. Ellos se preocupan mucho

y yo me siento segura en mi apartamento. Estoy intranquila, pero no muerta de miedo. Ellos sí que entrarían en pánico. Si es Justin, seguramente se lo estará pasando bien jugando conmigo. Me lo puedo imaginar disfrutando de mi miedo. No pienso darle ese poder ni a él ni a nadie. Si voy corriendo a la policía, a David o a quien sea, él gana. Además, no puedo demostrar nada.

Vivi se mordisqueó el labio inferior.

—Sabes que siempre guardo tus secretos, pero esto me parece mal, Cat.

—Si recibo otra carta, tomaré medidas, ¿vale? —Cat tamborileó la encimera—. Por ahora, nadie me ha amenazado ni se ha acercado a mí y tampoco he pillado a nadie merodeando.

—Sigue sin gustarme. —Vivi se encogió de hombros—. Pero supongo que es decisión tuya.

Alguien llamó a la puerta, lo que le ahorró a Cat tener que seguir hablando del tema. De repente, los ojos de Vivi se llenaron de una alegría traviesa mientras cruzaba el salón. Al instante, Cat empezó a sospechar que su tan esperada entrega no era inocua. Se arregló el pelo y se dispuso para lo que pudiera suceder.

A pesar de esperar una sorpresa, la última persona a la que esperaba ver era a Hank. Su mera presencia llenó la habitación de energía sexual. Se le revolvió el estómago como si estuviera en el punto más alto de una montaña rusa.

Hank estaba en el umbral de la puerta, sujetando una mesita auxiliar con un lazo blanco atado en una pata del pedestal. Su expresión atónita demostraba que estaba igual de sorprendido e incómodo de ver a Cat que ella lo estaba de verlo a él.

—Lo siento. No pretendía interrumpir nada. —Miró a Vivi—. Esta mañana no me dijiste que tuvieras planes.

—¡Oh, Dios mío!

Vivi ignoró su comentario mientras sujetaba la puerta y le hacía señas para que entrara. Hank entró con paso vacilante y dejó su regalo frente a ella. Se inclinó para inspeccionar la mesa.

—Cuando nos dijiste que nos ibas a hacer una mesa, jamás pensé que sería tan bonita. ¿De verdad que la has hecho desde cero?

Él asintió con la cabeza en dirección a Cat antes de volver a centrarse en su amiga, que esbozaba una sonrisa de orgullo. Mientras tanto, Vivi desató el lazo y pasó la mano por la superficie de la mesa.

—¿Qué madera es esta? —preguntó ella.

—Nogal de Oregón.

Las esquinas redondeadas de la mesa desprendían cierto atractivo femenino. Algunos nudos naturales deformaban los bordes del tablero. Su diseño simple seguramente también le gustaría a David, que no habría apreciado algo extravagante ni recargado. Era perfecta.

Exclusiva, única, difícil de copiar, exactamente el tipo de cosas que le gustaría promocionar a Cat. Qué casualidad fortuita. Miró al cielo, como si su madre se hubiera aparecido por un instante y, de alguna forma, hubiera orquestado todo aquello con Vivi.

—Oh, Hank. ¡Es preciosa! —Vivi le sonrió antes de abalanzarse sobre su impresionante pecho y abrazarlo. Una envidia indeseada se apoderó de Cat cuando Hank rodeó a su amiga con sus brazos—. ¡Me encanta!

—Gracias, Vivi.

La sangre se acumuló en el cuello y las orejas de Hank antes de liberarse de su abrazo. Cat sonrió ante la señal involuntaria de su timidez. Al igual que Vivi, Hank era incapaz de ocultar sus sentimientos, lo que le hacía parecer más fiable que la mayoría. Un raro hallazgo.

—Espero que a David también le guste.

—Seguro que sí, pero va a mi lado de la cama.

Mientras Vivi seguía admirando el trabajo de Hank, Cat se bajó del taburete de la cocina para echar un vistazo de cerca.

Vivi no había exagerado. Precioso era un adjetivo que describía bastante bien su trabajo. Cat había oído a Jackson alardear de las habilidades como carpintero de Hank, pero suponía que se refería a los acabados de interior y la instalación de muebles de cocina. No se había dado cuenta de que su talento se extendía también al mobiliario.

Mientras Vivi le ofrecía una bebida fría a Hank, Cat estudiaba la mesa de cerca, con la mente a mil por hora con diferentes posibilidades, pero al pasar las yemas de los dedos por sus superficies, sus pensamientos se desviaron de los negocios. Imaginó las manos de Hank acariciando la madera. Lo visualizó inclinado, lijando, puliendo y tiñendo cada pieza.

En su fantasía, no tenía camiseta, por supuesto, los músculos se le tensaban mientras trabajaba, la piel se le empapaba de sudor y tenía una expresión de intensa concentración. Esa imagen sensual hizo que se disparara su temperatura corporal, como si estuviera dedicando la misma atención a su cuerpo. Avergonzada por la deriva de sus pensamientos, agitó la cabeza para intentar hacerlos desaparecer.

—Es muy bonita, Hank —dijo por fin con una suave respiración.

Sus ojos, verdes y dorados, la miraron con la intensidad que se había imaginado hacía unos momentos, lo que hizo que le diera un vuelco al corazón. El potente deseo le produjo una leve palpitación en algunas partes importantes y largamente ignoradas de su cuerpo. Se aclaró la garganta y volvió a centrarse en el mueble.

—¿Cuándo has tenido tiempo para hacerla?

Hank encogió un solo hombro.

—Por la noche y los fines de semanas.

—¿Lo sabe Jackson? —preguntó, curiosa por saber si Hank explotaba su talento con algún fin—. ¿Sus clientes te han pedido muebles a medida?

—A Jackson no le interesan mis aficiones. —Bajó la mirada por un instante—. Además, estamos tan ocupados últimamente que me ha llevado casi ocho semanas construir esta mesita. No tengo tiempo de fabricar muebles para sus clientes.

—Bueno, pues la guardaré como un tesoro.

Vivi le dio a Hank un refresco frío.

Una vez más, percibió que las mejillas de Hank se sonrojaban. Cat adoraba el encanto añorado de su adorable reacción. No podía fingirla. En cualquier caso, no debía insistir en su creciente curiosidad. *Oh, venga, reconócelo. Es algo más que simple curiosidad y por algo más que por su talento.*

—Gracias. Me alegra que te guste. —Echó un vistazo al apartamento—. Una pena que David no esté.

—Tenía que trabajar. —Vivi hizo un gesto con la mano—. Seguro que también siente mucho no poder verte.

Hank tiró de la anilla de su bebida y le dio un trago.

—Bueno, no quiero interrumpiros más, me marcho ya.

—Espera un segundo. ¡Si acabas de llegar! Quédate y recupera el aliento. —Los ojos de Vivi brillaban mientras miraba a Cat—. De hecho, Hank, quizá puedas ayudarnos a solucionar un problema.

Cat contuvo la respiración. No tenía ni idea de qué plan absurdo habría ideado Vivi, pero estaba claro que su intención era que Cat y Hank acabaran juntos.

Hank también le dedicó una mirada de sospecha mientras sus ojos iban de Vivi a Cat.

—¿Qué problema?

—Bueno —empezó Vivi, apoyando una mano en una de sus caderas mientras animaba su discurso con la otra—, el nuevo apartamento de Cat no tiene suficientes armarios. Como Jackson no anda por aquí, podrías echarle un vistazo y ofrecer alguna sugerencia. Con todas las reformas que haces, estoy segura de que te habrás tenido que enfrentar a esta situación antes. Está a solo dos manzanas. Quince minutos de tu tiempo como mucho.

Terminó su súplica con una sonrisa encantadora.

Cat casi se atraganta, pero mantuvo un semblante tranquilo. Los pensamientos de Hank parecían ir a mil por hora mientras se rascaba el cogote. Ella esperaba poder ver sus abdominales cuando el dobladillo de su camiseta se subió al acompañar a su brazo, pero bajó la mano demasiado deprisa.

Vivi, pequeña hada astuta, había aprovechado sus buenos modales para retenerlo. Cat debería estar enfadada por su intervención, pero estaba más bien agradecida. La idea de pasar algo de tiempo a solas con Hank le provocaba un hormigueo en el cuerpo.

Su mirada volvió a centrarse en la mesita, considerando todas las posibilidades que ofrecía. Por un momento, flirteó con la idea de sondear su interés por montar algún tipo de empresa conjunta con sus muebles pero con el nombre de ella, aunque pensó que seguramente se reiría por el ofrecimiento.

—Por supuesto, puedo echarle un vistazo. —Miró a Cat—. Pero no puedo prometer ninguna solución.

—Estupendo. Estoy segura de que se os ocurrirá algo.

Vivi sonrió. Le dio un golpecito en el hombro a Hank y fingió un bostezo estirando los brazos.

—Lo siento. *Jet lag*. Creo que necesito echarme una siesta. Podéis iros cuando queráis.

—Imagino que eso es una indirecta.

Cat cogió su bolso de la isla de la cocina.

—Gracias por una mesa tan bonita. Me encanta.

Vivi se puso de puntillas y, aun así, a duras penas alcanzó la mejilla de Hank. Le dio un beso rápido.

—Hasta pronto.

Mientras Hank ponía rumbo a la puerta, Vivi le dio un gran abrazo a Cat.

—Gracias por tu visita —dijo en voz alta y luego susurró—. Sé tú

misma, Cat. ¡Ten fe!

Cat puso los ojos en blanco, pero abrazó a su amiga casamentera, que afortunadamente ignoraba el menosprecio atemperado de Hank por Cat. Si esperaba poder tentarlo, tenía un arduo trabajo por delante.

Sintió un escalofrío al recordar cómo había rechazado su propuesta después del banquete de la boda. Sinceramente, había sido el único hombre que la había dejado medio desnuda en la cama.

Su rechazo la inquietaba. A pesar de saber que ella no había hecho nada para ganárselo, Cat quería su afecto.

Hasta que supiera exactamente qué quería de él, tendría que ir con cuidado.

Siguió a Hank hasta el ascensor en silencio, disfrutando de las vistas. Las puertas se cerraron, atrapándolos juntos en un espacio cerrado. A excepción de un par de vistazos robados a Hank, mantuvo fija la mirada en los números de planta iluminados mientras luchaba contra el deseo de no parar de moverse.

Aunque apenas lo conocía, estaba bastante segura de que no se fiaba de ella y de que no se dejaba mangonear y mucho menos por ella. Le hiciera la proposición que le hiciera —ya fuera por negocios o por placer— exigiría algún tipo de seducción.

Por supuesto, unas serían más divertidas que otras. Entonces, recordó la promesa que se había hecho, su determinación a forjarse una nueva carrera.

Cat estaría orgullosa de asociar su nombre a un trabajo tan extraordinario. Por supuesto, las limitaciones de un negocio de artesanía suponían un problema, pero necesitaba un reto para poder mantener la mente ocupada.

Para empezar, tenía que valorar su interés. ¿Se atrevería?

—Bueno, todo esto es un poco raro —murmuró—. No tienes que venir solo porque Vivi te haya intimidado.

Hank se cruzó de brazos y su presencia devoró el limitado espacio que había. Un sofoco que tenía poco que ver con las defectuosas hormonas de Cat subió la temperatura de su piel.

—¿Necesitas de verdad mi ayuda o Vivi se lo ha inventado todo?

—No, es cierto que tengo problemas de espacio. —La posibilidad de apreciar más de cerca su constitución masculina, su bonita boca, hizo que el ambiente se volviera más denso, lo que dificultaba su capacidad para respirar—. Pero no es problema tuyo. Yo soy la idiota que compró el apartamento sin

analizarlo detenidamente.

—Iré a echarle un vistazo. —Miró el reloj—. Tengo tiempo.

—Oh, ¿tienes planes para después? —Se le enfrió la sangre al recordar que la compañera de trabajo de Vivi vivía en la ciudad—. ¿Has quedado con Amy esta tarde?

—¿Amy? —Hank frunció el ceño, confundido, antes de arquear las cejas—. ¿La amiga de Vivi?

Cat asintió con la cabeza, luchando por conservar una expresión de indiferencia.

Una pequeña sonrisa arqueó una de las comisuras de los labios de Hank.
Puede leerme el pensamiento.

Inclinó la cabeza a la izquierda mientras hablaba en voz baja.

—Tengo planes, pero no con Amy.

Su respuesta evasiva despertó la curiosidad de Cat, pero se negó a insistir más. Quizá porque el hoyuelo de su mejilla izquierda la distrajo, pero lo más probable es que lo hiciera porque Hank parecía saber lo que pensaba con demasiada facilidad.

Si quería establecer una relación empresarial con Hank, tenía que deshacerse de esos sentimientos de colegiala o aprender a gestionarlos mejor. Cuando se dijo que necesitaba un nuevo reto, no se había imaginado que este sería uno de ellos.

Cinco minutos terriblemente incómodos después, entraron en el edificio y casi se dan de bruces con Esther, que intentaba salir de la sala del correo con ayuda de su andador.

—¡Hola, Esther! —Cat la saludó con la mano—. ¿Necesitas ayuda?

—Cat, querida. ¡Estás impresionante hoy!

El acento neoyorquino de Esther le infería cierto toque cantarín. Su postura se tensó un poco cuando vio a Hank. Dibujando una sonrisa demasiado coqueta para una mujer de su edad, una sonrisa que añadía varios pliegues a su cara ya de por sí arrugada, preguntó:

—¿Quién es este chico tan guapo?

—Oh, te presento a Hank. —Cat se apartó a un lado—. Hank, Esther Morganstein, mi vecina y mi amiga.

—Encantada de conocerla, señora. —Hank le dio la mano y aprovechó la oportunidad para liberarla de su correo—. Déjeme que le lleve esto.

—Gracias.

Esther sonrió. Cat podría haber jurado que Esther estaba ronroneando.

Mientras los tres iban acercándose poco a poco al ascensor, Esther se giró hacia Hank.

—Pareces un buen chico. Espero que trates a mi Cat con respeto.

—Por supuesto —empezó Hank antes de que Cat lo interrumpiera.

—Esther, Hank y yo no estamos saliendo. Trabaja para mi hermano. Solo está aquí para ayudarme a resolver mis problemas de almacenamiento.

—Oh, cariño, ya te he dado la solución. Tienes demasiadas cosas. Deshazte de la mitad y, con todo, seguirás teniendo demasiadas.

La risa frágil de Esther hizo sonreír a Hank. Cat tenía que admitir que estaba monísimo cuando sonreía. Esther señaló con su huesudo dedo a Hank.

—Ya verás. ¡Demasiadas cosas!

—Estoy seguro de que la suya es la solución más fácil y práctica, señora Morganstein. —Hank ladeó la cabeza, con los ojos brillantes, antes de continuar—. Pero a ella le gusta tener opciones. Uno nunca sabe qué tiempo va a hacer o de qué humor vas a estar.

Cat bajó la barbilla y entornó los ojos al recordar que había utilizado esos mismos argumentos para justificar las maletas que se había llevado a Block Island.

—Hum. Creo que estás algo celoso de mi buen gusto.

Cat lo revisó deliberadamente de arriba abajo. Como de costumbre, llevaba una camiseta de algodón ajustada sin cuello que marcaba a la perfección sus fibrosos músculos de pecho y hombros. Sus pantalones cortos militares de cintura baja dejaban ver su esbelta cintura y sus caderas estrechas. Sus sandalias Merrell naranjas y marrones eran prácticas, pero nada atractivas. Se suele decir que el hábito no hace al monje y, en este caso, eso era especialmente cierto, pero, por supuesto, era algo que no pensaba decirle.

—Está claro que necesitas asesoramiento, Hank —dijo Cat con una sonrisa.

—*Touché* —respondió, mientras le guiñaba un ojo a Esther.

Cat percibió su cómoda familiaridad con la anciana. Parecía relajado y cómodo en una situación que a la mayoría de los hombres, en el mejor de los casos, les resultaría violenta.

Acompañaron a Esther hasta su puerta, donde Hank le devolvió su correo.

—No olvides llamarme para darme tu lista de la compra, Esther —le recordó Cat—. Iré a la tienda mañana hacia las dos.

—Gracias, cariño. —Esther se giró hacia Hank con mirada coqueta—. Espero que esta no sea la última vez que nos veamos.

Esther agitó su mano huesuda ante la expresión de sorpresa de Cat.

—¡A ver, seré vieja, pero no ciega!

Hank soltó una carcajada mientras Esther cerraba la puerta. Viendo allí, de pie, a aquel tiarrón de ojos verdes y pelo dorado rebosando testosterona, Cat no podía culpar a Esther por su reacción. Cat tampoco estaba ciega.

Querida mamá:

Resulta extraño pensar en lo mucho que las vidas de David y Vivi (y la mía) han cambiado en tan solo dos semanas. Se han casado y han iniciado una bonita vida juntos e incluso puede que estén considerando formar una familia. Sin embargo, aquí estoy yo, teniendo que enfrentarme a la posibilidad de un futuro sin hijos y a una carrera en decadencia.

Cuando me pongo triste, revivo partes del fin de semana de la boda: las flores, la sonrisa constante de Vivi, las tiernas miradas de David, el brindis de papá y Hank siendo mi héroe (aunque a regañadientes). Le agradezco que me alejara de aquellos idiotas y que se negara a aprovecharse de mi estado de embriaguez (aunque si se hubiera aprovechado un poco, se lo habría perdonado, no sé si me entiendes).

El mundo necesita más hombres como Hank, ¿verdad?

CAPÍTULO 7

Trazas de color rosa coloreaban las mejillas de Cat mientras rebuscaba en el bolso sus llaves. Antes de que Hank pudiera sacar alguna conclusión sobre su rubor o preguntarle por su relación con Esther, se dio cuenta de la enorme cantidad de cerrojos que tenía en la puerta y frunció el ceño. Un barrio como aquel no debía de tener un gran índice de criminalidad, así que ¿a qué venían todas aquellas cerraduras?

Cuando por fin abrió la última, Cat miró por encima de su hombro y sonrió.

—Hogar, dulce hogar.

Su forma de decirlo mientras le sonreía podía hacer pensar que habían llegado a su hogar en común. *Otra fantasía estúpida.*

Aun así, estaba deseando entrar; desde que se conocieron, se había imaginado su casa muchas veces: telas de colores brillantes, austeras líneas modernas, espejos y unos cuantos detalles frívolos. Cuando entró, se dio cuenta de que nada de lo que se esperaba era cierto.

El suelo de madera de cerezo brasileño aportaba calidez a aquel espacio que él había subestimado. Las paredes, pintadas en color beis, tenían molduras en blanco roto. Las puertas francesas interiores añadían un toque espacioso a pesar del pequeño tamaño de las habitaciones, muy diferentes a las de las mansiones en serie que se había acostumbrado a construir.

Los muebles eran tradicionales y no modernos, tapizados en sedas y antes neutros, con detalles de madera oscuros y brillantes. Era de buen gusto, elegante y relajante. Para nada lo que se había imaginado, sino mucho mejor.

Sonrió al pensar en ella allí y entonces frunció el ceño al suponer que sus fantasías se volverían todavía más vívidas después de haber visto su espacio privado, que desprendía el aroma embriagador de su perfume especiado mezclado con algo térreo, como el cedro. Se frotó la cara con las

manos.

—¿Qué pasa?

Cat lo miró con la cabeza ladeada.

—Nada. —Apoyó las manos en las caderas mientras deseaba que su excitación remitiera—. Es muy bonito, Cat. Te pega.

—Gracias. Me enamoré de su encanto acogedor. —Cat apretó los labios y él, como por arte de magia, lo sintió entre sus piernas—. Hizo que no viera su principal defecto. Ven, te enseñaré el problema.

Sus pensamientos iban en todas direcciones mientras se acercaban a su dormitorio. Por razones que todavía no alcanzaba a comprender, sobre todo después de que lo dejara plantado, su cuerpo respondía al suyo como por ninguna otra mujer del planeta. Su instinto de hombre de las cavernas de empujarla a la cama y hacerla suya podría resultar difícil de ocultar.

Por suerte, se detuvieron primero en la habitación de invitados.

—¿Ves esa montaña de cajas de cosas que no puedo guardar?

Cruzó la habitación hasta el pequeño armario. Cuando lo miró, Hank percibió una mirada calculadora en sus ojos, pero no sabía a qué se debía aquella expresión. Seguramente algún otro juego para su diversión personal.

—En este armario guardo la ropa más formal.

Abrió la puerta y apareció un espacio atestado de vestidos de noche de seda y lentejuelas. Vestidos que habían abrazado su cuerpo de la misma forma en que a él le gustaría hacerlo, pensó sintiendo un escalofrío recorriendo su columna. Sus ojos se abrieron como platos cuando procesó el hecho de que el armario en cuestión solo contenía la ropa formal.

Cat elevó su dedo índice.

—No me juzgues. Ya sé que tengo un problema. Gajes del oficio, supongo.

Hank levantó las manos en señal de rendición.

—No te juzgo.

Las etiquetas con los precios lo sorprendieron, pero era bastante posible que hubiera conseguido buena parte de ellos gratis, como las estrellas de cine. *Deja de analizarla y céntrate.* Mientras estudiaba la habitación, preguntó:

—¿Qué otros armarios tienes?

Cat señaló con la cabeza a la puerta.

—Por aquí.

Hank la siguió a su dormitorio. Era precioso y esa era una palabra que Hank no usaba, nunca. Una alfombra bordada recubría buena parte del suelo.

Su cama trineo, fabricada en arce ojo de pájaro y cubierta con un edredón en satén crema, dominaba la habitación. Tres almohadas de terciopelo rosa claro y verde añadían un toque de color. Femenino pero sofisticado.

Hank tuvo que reprimir un gemido al imaginársela tumbada entre las sábanas, con su largo pelo negro dispuesto en abanico o rodeando sus dedos. La claridad de la visión alimentó aún más el deseo que se apoderaba de su cuerpo. A pesar de su buen juicio, al parecer, Cat St. James siempre sería su debilidad.

Cerrando los ojos para intentar bloquear la imagen, se obligó a apartar la mirada y echar un vistazo al resto de la habitación. Además de la cama y a juego con esta, solo había una pequeña mesita de noche y un tocador estrecho con un espejo.

Sobre el cabecero, un enorme boceto a carboncillo de una mujer con una «V» garabateada en la esquina inferior derecha. Hank supuso que lo habría dibujado Vivi. La sensibilidad de Cat, uno de los rasgos que lo hicieron sucumbir aquella primera noche, reforzó su relación amor-odio con las muchas formas en las que ella lo había pillado con la guardia baja.

Su silencio parecía haber atraído su atención.

—Estás muy callado —dijo Cat ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos—. ¿En qué piensas?

—No es como me esperaba.

Te deseo tanto.

—¿A qué te refieres?

Cat se cruzó de brazos como si se estuviera preparando para que la insultaran. Puede que la estuviera malinterpretando, pero no creía que fuera así. El contraste entre su imagen invencible y esos escasos momentos de baja autoestima lo intrigaban.

—Bueno, basado en lo poco que sé de ti por tu ropa y tu «imagen», me esperaba algo más colorido, incluso un poco salvaje. —Hank se dio cuenta de que Cat había fruncido el ceño—. Me gusta mucho más esto. Es tranquilo. Un santuario, supongo.

Esta vez, sus labios carmesíes se abrieron hasta revelar su perfecta sonrisa. Hacerla sonreír de esa manera le supuso mayor satisfacción de la que esperaba.

—Es un santuario. Aquí es donde me relajo.

—Me alegra.

Se metió las manos en los bolsillos para impedir abrazarla. Su

fascinante mirada lo dejó sin palabras. Su pecho encogido hizo que tuviera que toser un poco para poder hablar.

—¿Y qué tal si me enseñas el armario?

Cat gruñó y señaló a un conjunto de puertas plegables.

—Apártate —le advirtió antes de abrirlas.

Dios mío, sus cosas ocupaban cada milímetro cuadrado de aquel espacio. Milagrosamente, nada cayó sobre sus cabezas. Hank se tapó la boca con la mano para intentar no reírse. En cuanto se recompuso, estudió el armario y se puso a reflexionar apoyado en la pared con la única ventana.

—Lo sé. —Cat dejó caer los hombros—. No tiene arreglo.

— Si no te importa renunciar a la franja de suelo que hay delante de esta pared, sí tiene arreglo.

Hank señaló a la ventana.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, puedes construir dos armarios empotrados a ambos lados de la ventana e, incluso, poner un cajón de almacenamiento debajo de la ventana.

—Hum.

Cat cruzó la habitación para colocarse junto a él y mirar la pared, intentando imaginarse lo que acababa de describir.

Su perfume recorrió sus nervios como dedos en un mástil, haciendo que su cuerpo resonara como las cuerdas de una guitarra y alimentando su deseo insaciable por ella. Necesitaba salir del apartamento ya o acabaría olvidando por qué ella era tan inadecuada para él.

—Pero eso suena muy vago. —Cat se giró hacia él, con esa mirada taimada otra vez en los ojos—. Me encanta lo que has hecho para Vivi. ¿Podrías hacer lo que has descrito en una sola pieza?

—Posiblemente.

Hank puso intencionadamente distancia entre los dos para huir de la tentación. Volviendo a centrarse en la tarea entre manos, observó la pared, que mediría unos cuatro metros de largo.

—Eso sí, sería enorme y no se podría llevar a ninguna otra parte, a no ser que el nuevo lugar tuviera la misma configuración de pared y medidas.

Hank se dio cuenta de que Cat entornaba los ojos, ensimismada, así que siguió con la descripción.

—En cualquier caso, tendrías mucho espacio para colgar prendas o para montar estanterías y el banco podría incluir baldas para zapatos o cajones.

También te permitiría sacar del armario la ropa de otras temporadas, sobre todo si instauras un sistema de organización.

—¡Es cierto!

Cat agarró a Hank del brazo, volviendo a intensificar al instante su consciencia de ella. Echó un vistazo a la habitación como si intentara imaginarse lo que había descrito sin ser consciente del efecto que tenía el roce de su piel en él. Con los ojos como platos y sonriendo, preguntó:

—Entonces, ¿me lo podrías hacer tú?

De ninguna forma.

—Cat, no puedo. —Aunque hubiera querido y una parte de él lo quería, no tenía tiempo—. Pensaba que solo necesitabas ideas.

—Pero sería perfecto para los dos. —Le soltó el brazo, desposeyéndolo de su tacto—. Una vez acabado, podría enseñarlo y presentarte a amigos con dinero. De hecho, ¡al mundo entero! Podríamos convertir tu afición en un negocio.

No quería pensar en cómo podría ayudarlo a hacer realidad sus sueños porque no podía permitirse iniciar una nueva aventura arriesgada en ese punto de su vida. Su familia todavía dependía de él y de sus ingresos y, desde luego, no emprendería nada semejante con una mujer que había demostrado ser tan voluble desde el día que se conocieron.

Se obligó a agitar la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Para empezar, tengo un trabajo a tiempo completo con Jackson. Después, vives a una hora distancia de mí y eso con tráfico fluido. No puedo alejarme tanto de casa.

Se ahorró los detalles sobre la salud de su madre para evitar ver la lástima reflejada en sus ojos.

—Jackson te daría tiempo libre si se lo pidiera.

—No estoy tan seguro, Cat. Andamos muy cortos de personal ahora mismo y tu hermano hace promesas que es posible que no podamos cumplir. Si no quiere arriesgarse a enfadar a sus clientes, me necesita sobre el terreno. Además, hago muchas horas extras para él. Necesito el dinero.

Cat dio un paso atrás y apartó la mirada, jugando con un mechón de su pelo.

—¿Son esos los motivos reales o estás poniendo excusas porque no te caigo bien?

La acusación y la emoción pura lo dejaron tan aturdido que casi perdió el equilibrio. Hacía una hora, habría jurado que lo que él pudiera opinar sobre ella no importaba. Y, maldita sea, ¿cómo podía haber llegado a una conclusión tan alejada de la realidad? Desconfianza, sí, pero no antipatía.

—Cat, no es que no me caigas bien, así que quítate eso de la cabeza. — Su expresión dubitativa cruzó sus defensas, pero no estaba dispuesto a plantarse allí y declararle su deseo salvaje—. Créeme, esas son mis auténticas razones.

Cat bajó la barbilla.

—Vale.

Su rápido descenso del deleite al abatimiento fue como un puñetazo en el estómago.

—Te haré unos cuantos planos, ¿vale? Otra persona puede hacer el trabajo. ¿Te vale así?

El teléfono de Hank sonó antes de que Cat pudiera responder. Al reconocer el tono de Jenny, respondió a la llamada.

—Lo siento, dame un segundo. —Se alejó de Cat—. Hola, Jenny. ¿Qué pasa?

—Hank, mamá está muy inquieta y agitada. Nadie sabe manejarla como tú. ¿Volverás pronto?

—Estoy en la ciudad. Tardaré como una hora, quizá más.

—Intenta volver lo antes posible. No para de señalar la ventana. ¿Crees que será seguro sacarla al jardín?

—Por supuesto. Ponle también algo de música. Volveré lo antes posible.

Hank colgó y se volvió a meter el móvil en el bolsillo.

—Lo siento.

Se dio cuenta de que lo había estado observando con interés, pero Cat no preguntó por la llamada. Intentó no especular sobre sus pensamientos, tan impredecibles como el tiempo en las montañas. Cruzando el brazo por el pecho, se deshizo un nudo del hombro izquierdo.

—Entonces, ¿quieres que te dibuje unos planos?

—Sí, gracias.

Cat ladeó la cabeza, arqueando de forma provocativa una de sus cejas. Se acercó a él y le tocó el hombro. Su simple roce desencadenó un hormigueo tan agradable en todo el brazo que deseó vender su alma con tal de que sus manos no se apartaran de su cuerpo.

—Un buen masaje te quitaría toda esa tensión.

—No lo sé. —Se cruzó de brazos, aunque esta vez para evitar usarlos para abrazarla—. Nunca me han mimado de esa manera.

—Bueno —empezó—, pues te has perdido uno de los mayores placeres de la vida.

—Sobreviviré. De todas formas, me tengo que ir. Si quieres que te haga un plano, necesito una cinta métrica. —Buscó en su bolsillo una libreta y un lápiz, pero no los llevaba encima—. Y también un lápiz y un papel.

Cuando Cat volvió con lo que le había pedido, Hank empezó a tomar notas. En unos minutos, en su mente se habían formado miles de pensamientos sobre los detalles del diseño. Tenían que ser perfectos porque ella se acordaría de él cada vez que los mirara. Esa idea agitó su respiración.

Creara lo que creara, viviría allí, en su dormitorio, un lugar en el que le encantaría pasar más tiempo, en otras circunstancias. Ahora sentía envidia de los dichosos muebles. Maldita sea, esa mujer le hacía perder la cabeza.

—Me ayudaría bastante que me mandaras un inventario de todas tus cosas. —Hank se echó a reír cuando vio sus ojos como platos por la sorpresa—. Me ayudaría a planificar mejor el interior. De lo contrario, tendría que andar suponiendo qué es lo que más necesitas: baldas, barras, cajones, etcétera. Cuanto más precisa seas al principio, más satisfecha quedarás al final.

—Me gusta quedar satisfecha.

Ronroneó sus palabras, lo que le afectó justo de la manera que él sospechaba que ella pretendía. Quizá algún día acabaría descubriendo por qué Cat disfrutaba tanto provocándolo, pero esa tarde no tenía tiempo para nada.

—Estoy seguro, Cat —respondió.

Eso fue todo lo que pudo articular. Treinta minutos de sobrecarga sensorial le habían frito el cerebro.

—Esta es mi dirección de correo electrónico. Haré todo lo que pueda para diseñar algo deprisa. Quizá Jackson conozca a alguien que pueda hacértelo.

—No te preocupes. —Cat adoptó una expresión inescrutable—. Lo llamaré.

—Vale —apostilló.

El extraño tono de la voz de Cat le llamó la atención, pero no dijo nada.

—Tengo que irme.

Cat lo acompañó a la puerta principal y abrió todos los pestillos.

—No hagas esperar a Jenny.

Si no la conociera, juraría que parecía celosa, pero Cat jamás había demostrado el más mínimo interés por él a menos que estuviera borracha. Estaba claro que pasar tanto tiempo a solas con ella lo estaba haciendo delirar.

—Adiós.

Bajó deprisa las escaleras y corrió al coche. De camino a casa, le llamó Jackson.

—Eh, tío. ¿Qué pasa?

—Me acaba de llamar Cat.

El tono entrecortado de Jackson sorprendió a Hank.

—¿Ah, sí? ¿Sabes de alguien que pudiera ayudarla?

—Sí. Tú.

—¿Yo?

Ni hablar. Lo último que necesitaba era añadir más tormento a su vida, ya de por sí complicada.

—Yo no, Jackson. Sabes que estoy muy liado.

—Sé que no es el momento más oportuno, pero necesito que hagas esto por mí.

—¿Por qué?

Hank recordó el tono de voz extraño de Cat cuando mencionó lo de llamar a Jackson. Una ráfaga intensa de enfado lo atravesó como un tren incontrolado. No es que lo sorprendiera que Cat estuviera acostumbrada a salirse con la suya.

—Lo diseñaré, pero puede construirlo otra persona.

—No puede ser nadie más —dijo Jackson—. No quiere extraños en su casa.

Hank recordó todos los cerrojos de sus puertas.

—¿Por qué no?

—Privacidad. Los bichos raros y los *paparazzi* se han vuelto más agresivos estos últimos años. La idea de invitar a un extraño a su apartamento durante semanas es un riesgo que no quiere correr. Podría husmear, vender fotos o algo peor. Pero ella confía en ti.

—Mierda, Jackson. Gracias por hacerme sentir culpable.

Podía percibir la futilidad de su protesta. No cabía duda de que debía de ser un asco vivir bajo un microscopio. La explicación atemperó su enfado, pero Hank tenía sus propios problemas.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con nuestras fechas de entrega y mi madre? Un armario a medida lleva su tiempo y la ciudad no está a la vuelta de la esquina.

—¿Se puede quedar Helen más tiempo con tu madre?

—Sabes que ya me cuesta pagar las horas que se pasa en casa.

—¿Cuánto tiempo te llevará hacer el proyecto de Cat?

—¿Quieres decir una vez que esté diseñado? —Hank repasó mentalmente los pasos necesarios para construirlo—. No lo sé. Si trabajo a tiempo completo en él, cuatro semanas, quizá menos, dependerá de lo que pueda adelantar antes de ir allí.

Se produjo un silencio.

—Cat te pagará dos veces y media tu tarifa habitual para que hagas el trabajo. —El tono triunfante de Jackson molestó a Hank—. Problema resuelto.

A Hank le puso de los nervios aquella clara manipulación. Los ricos siempre creían que el dinero lo solucionaba todo. Al parecer, Cat y Jackson no consideraban que los sentimientos de Hank fueran importantes. Por supuesto, Jackson no sabía nada de los jodidos sentimientos personales de Hank por Cat.

—¿Y qué pasa con tus otros trabajos, Jackson? Tus clientes se enfadarán si desaparezco varias semanas y te retrasas.

—Ya se me ocurrirá algo. Como solo es algo temporal, en tu ausencia, avanzaré con las baldosas y otras cosas. Además, llevas tiempo insistiéndome para que contrate a otro carpintero. —Ante sus propios comentarios, Hank se quedó sin más excusas—. Así que, ¿trato hecho?

—No parece que tenga mucha más opción, ¿no, jefe? —le soltó Hank.

—¿Cuál es el problema? Tendrás ingresos adicionales para cuidar de tu madre y más dinero en el bolsillo.

—Tienes razón. —Hank maldijo en voz baja—. Pero no me gusta que ni Cat ni tú me manipuléis. De hecho, no me gusta que me manipule nadie.

—¿Manipularte? —espetó Jackson—. Joder, tío. Soy un amigo pidiéndote un favor y creo merecerlo.

—Lo siento. No era mi intención ofenderte. —No estaba enfadado con Jackson porque, de hecho, él no era más que otra víctima de las tácticas de Cat—. Es solo que me ha sorprendido. Déjame hablar con Helen y Jenny para ver cómo podemos organizarnos. Te llamaré más tarde.

Hank aceleró por la I-95, con su mente viajando a la misma velocidad

que su camioneta. Le molestaba que Cat lo hubiera engatusado, pero lo que más odiaba era esa pequeña parte de él que se alegraba de que no le hubiera quedado más remedio que aceptar.

A pesar del hecho de que tuviera toda la lógica del mundo que insistiera en que fuera él quien se encargara del trabajo, esa alternancia entre flirteo y rechazo le hacía dudar sobre las verdaderas razones por las que quería que él y solo él se encargara del trabajo.

Quién sabe, quizá mereciera la pena explorar algo personal ahora que Justin ya no estaba en la ecuación. Algo sí era seguro: este trabajo en concreto le cambiaría la vida. El problema era que no era capaz de dilucidar si sería para mejor o para peor.

Querida mamá:

No te enfades conmigo, pero he decidido no contarle a nadie lo de mi problema de salud. Nadie puede hacer nada, así que ¿de qué serviría hablar de ello?

Mejor centrarme en mi carrera. Y, en ese sentido, no puedo dejar que Hank me desvíe de mis objetivos.

CAPÍTULO 8

Para: henrytmitchell@gmail.com

De: catalinastjames@gmail.com

Re: Inventario del armario

Hank:

Estoy segura de que me has pedido este inventario para avergonzarme. Enhorabuena, lo has conseguido. En cualquier caso, aquí tienes mi lista (que incluye ropa para todas las estaciones/ocasiones):

62 pares de zapatos

18 pares de botas

167 blusas (perchas)

29 chaquetas

49 pares de pantalones de vestir (perchas)

16 vaqueros (se pueden doblar)

28 pares de pantalones cortos (16 son de lino o mezcla de seda/prefiero perchas)

48 jerséis (se pueden doblar)

37 vestidos (no largos)

24 vestidos de noche

36 bolsos

26 cinturones

8 mallas de yoga

10 tops deportivos

21 bañadores

He excluido objetos personales como joyas, lencería, etc., que tienen su sitio en mi vestidor o en la caja fuerte

En espera de conocer tus planes, gracias por aceptar hacer esto para mí.

Saludos,

Cat

El dedo de Cat se paseó por el botón «enviar». Repasó el borrador por

cuarta vez, imaginándose los ojos de Hank saliéndose de sus órbitas al leerlo. Estaba claro que la tacharía de derrochadora y caprichosa, pero, cuando eres modelo, la imagen importa.

Con páginas de internet de cotilleos deseando burlarse de las celebridades a la menor oportunidad, Cat no podía permitirse descuidar su aspecto. Lo que la diferenciaba a ella de otros modelos más jóvenes era su buen gusto fuera de cámara. Por supuesto, le encantaba su ropa y sus accesorios de diseño. Honestamente, ¿a qué mujer no le gustan, Vivi excluida?

Por desgracia, su excesivo vestuario reafirmaría a Hank en su opinión de que era una princesa malcriada, una impresión que quería superar porque, a pesar de todo, le preocupaba lo que pudiera pensar de ella.

Cerró los ojos con fuerza y le dio a «enviar». Cuando volvió a abrirlos, no podía creerse que la pantalla no hubiera explotado. Con un suspiro, cerró el portátil y se fue a casa de Esther a entregarle la compra que había hecho aquella misma mañana.

Esther la recibió con una sonrisa, rebosando esa calidez que tanto le levantaba el ánimo a Cat. Entró en la cocina, que no habían reformado en veintisiete años, para colocar las tres bolsas de comida que le había traído.

—Gracias, querida. —Esther se arrastró hasta su bolso sin ayuda del andador—. ¿Cuánto te debo?

—Cuarenta dólares —mintió Cat, que había rebajado la cuenta considerablemente.

Nadie podía sustituir a su madre, pero el afecto y los consejos de Esther le proporcionaban esa relación casi maternal que tanto echaba de menos. Su amistad bien merecía aumentar su pensión semanal.

—Tienes que ser un genio de los cupones. —Esther le dio el dinero—. Gracias.

—De nada. —Cat se metió el tique de la compra en el bolsillo—. Entonces, ¿qué té vamos a probar esta tarde?

—Oriental Beauty, un té oolong muy sofisticado.

Esther hizo un gesto señalando la tetera.

El delicioso aroma a flores y melocotón flotaba en el ambiente mientras Cat lo servía en las tazas. A continuación, siguió a Esther al salón y se sentó en una silla de terciopelo verde claro.

Una animada alfombra Aubusson cubría el parqué del salón y el comedor. Espejos muy ornamentados y marcos de fotos dorados colgaban de

las paredes con el enlucido original, a juego con los muebles antiguos. Aquella estancia parecía un jardín botánico teñido de oro y olía a talco para bebés. Aunque Cat prefería el diseño elegante y los espacios despejados, el atestado apartamento de Esther le recordaba la casa de su abuela, donde ella y Jackson construían fuertes en el salón con sábanas y almohadas y subían a la buhardilla para cotillear sus viejos discos y revistas.

Esther ya había preparado un cuenco de frutas del bosque variadas y un plato de galletas de mantequilla, una de las cuales Cat ya estaba mojando en su té. No eran tan apetitosas como las de chocolate con canela o los churros que su madre y ella solían compartir, pero le inspiraban una sensación parecida de paz y bienestar.

—¿Ese chico tan guapo, Hank, te ha solucionado ya los problemas de armarios?

Los vidriosos ojos azules recobraron vida.

—Estabas flirteando con él, ¿eh? Eso le da un nuevo significado al término «asaltacunas» —bromeó Cat—, pero sí, va a diseñar y construir un armario en mi dormitorio. Estoy bastante nerviosa.

—Yo también estaría nerviosa si ese chico fuera a pasar tiempo en mi dormitorio.

Cat casi se atraganta y tuvo que escupir un poco de té.

—¡Esther, eres una niña mala!

—¿Y qué mujer no es un poco mala de vez en cuando? —Su sonrisa distante insinuaba un recuerdo agradable—. Siempre me han gustado los hombres bien parecidos. Tu Hank es un bombón y es atento. Es de los que te cuidan.

—Para empezar, no es mi Hank. En segundo lugar, es agradable, sí. De hecho, quizá sea demasiado agradable.

—Solo las mujeres tontas creen que un hombre puede ser demasiado agradable. Nunca me has parecido tonta, Cat. Mi marido no era tan guapo como Hank, pero su amabilidad hizo que nuestro matrimonio durara más de cincuenta años. —Esther le dio un sorbo a su té para suavizar su voz áspera—. ¿Por qué no debería ser tuyo? ¿Es que ya tiene novia o tu hermano se opone?

—Dudo mucho que a Jackson le importara. —Cat soltó su taza y suspiró—. En cuanto a la vida amorosa de Hank, no sé si está saliendo con alguien. En la boda de David, estuvo bastante tiempo con una chica llamada Amy, pero el otro día lo oí hablar por teléfono con una tal Jenny. El cualquier

caso, ya no le intereso.

—¿Ya no? —Esther sonrió—. Así que sí que hubo algo. ¿Qué ha pasado?

—¿*Asaltacunas* y cotilla? ¡Qué vergüenza, Esther! —bromeó Cat, suspirando para ocultar su sonrisa—. Conocí a Hank la primavera pasada en casa de Jackson. Era tan... no sé, fácil hablar con él. Estuvimos flirteando toda la noche, pero cuando me llamó después, se puede decir que lo rechacé para volver con Justin. Me avergüenzo de mi falta de tacto, pero, en ese momento, de verdad creía que Justin y yo estábamos hechos el uno para el otro. Como bien sabes, al final todo acabó muy mal. De todas formas, quemé mis puentes con Hank. Desde entonces, es educadamente distante, que es más de lo que me merezco.

—Parece que te arrepientes.

Los intuitivos ojos de Esther se centraron en Cat, que se hundió más en la silla.

—No creo que funcionara. Hank debería salir con alguien más dulce y menos cínica que yo. De todas formas, no es una opción.

—¿Por qué?

La mirada amable de Esther casi le hizo sentirse tentada a compartir su situación médica, pero se mordió la lengua.

—Porque Hank no está demasiado interesado en dar segundas oportunidades. Además, ahora me preocupa más reinventar mi carrera que ir detrás de un hombre.

Mentirosa.

—Tonterías. Las carreras no aportan la misma felicidad que el amor. Y un corazón dispuesto siempre da segundas oportunidades. —Esther agitó un dedo artrítico delante de Cat—. Solo tienes que convencerlo de que mereces la pena.

—Entonces estoy perdida porque ni siquiera puedo convencerme a mí misma.

Hank quizá fuera un hombre sencillo, pero tenía una forma peligrosa de mirarla, de ver más allá de lo que ella quería dejar ver. Aunque fuera capaz de superar ese tipo de escrutinio, su infertilidad exigiría un sacrificio para él que posiblemente no estaría dispuesto a hacer. Una amistad sería la relación más inteligente y honesta que podría construir con él.

Esther chascó la lengua.

—Bueno, si yo fuera tú, lo intentaría antes de que esa Amy o esa Jenny

lo enganchen.

Una semana después, Cat estaba paseando por Merritt Parkway en el Volkswagen descapotable amarillo que había alquilado ese día. Podría haber cogido el tren a Connecticut, pero el soleado día de verano incitaba a pisar el acelerador, con el pelo al viento, bajo un dosel formado por las ramas de árboles plagadas de hojas.

Su voz desafinada estaba masacrando la canción que daban en la radio cuando entró en el aparcamiento de gravilla de la oficina de Jackson en Wilton. Hacía unos años había comprado una casa colonial situada bastante cerca de casi media hectárea de dos niveles y había convertido el viejo granero de la propiedad en una oficina desde donde dirigía sus trabajos altamente rentables.

Su entorno pastoril, que contrastaba con la caótica ciudad, la relajaba. Habiendo crecido en Wilton, las vistas y los sonidos de la región la devolvían a esos días en los que Vivi y ella perseguían a Jackson y David por todas partes: Vivi porque estaba loca por David y Cat porque estaba interesada en sus amigos. Los recuerdos, lo divertido que era todo, la hicieron sonreír.

Al observar el granero, Cat reflexionó sobre lo que Jackson había conseguido en tan poco tiempo. Aunque no había sido bendecido con el coeficiente intelectual de genio de David, su duro trabajo y su gran personalidad estaban siendo recompensados en el sector de la construcción.

Si Jackson había triunfado en el mundo de los negocios a pesar de no poseer la inteligencia de David, quizá ella podría también. Pese a su aparente desinterés, Cat seguía decidida a promocionar los muebles de Hank. Ninguna otra modelo había representado algo tan único como el mobiliario artesanal. Apelaba a su deseo de distinción y sus altos estándares de calidad. Y que justo lo viera después de haber estado hablando con Elise sobre su futuro no podía ser una mera coincidencia.

Estaba segura de que podría persuadir a Hank en cuanto a los beneficios de una colaboración. Sus obligaciones actuales suponían un problema, pero para cada problema siempre hay una solución. Si pudiera solucionar los problemas de Hank, quizá podría convencerlo de que reconsiderara su decisión.

Sin embargo, en ese momento, se conformaba con ver los diseños de su armario. Sintió remordimientos de conciencia, pero los hizo a un lado. Hank

parecía preocupado por el dinero, la alta comisión que obtendría de aquel trabajo compensaría un poco su maquinación.

Camino del granero, Cat vio la enorme camioneta de Hank aparcada junto al Jeep de su hermano. Se le revolvió el estómago.

Una vez dentro, se encontró con el estruendo de voces acaloradas procedentes de la oficina de Jackson. Se acercó de puntillas a la puerta del despacho, que estaba entreabierta.

—Necesito que termines las molduras de la cocina de los Caine, Hank —exigió Jackson.

—Creía que habías contratado a Doug para tomar el relevo. —Hank sonaba exasperado—. No puedo estar en todas partes al mismo tiempo.

—Doug no es tan bueno como tú. Ya sabes que los Caine son bastante quisquillosos.

—¿Y cuándo diablos crees que puedo encajar yo eso? Ya estoy al límite y ya me has enganchado para que trabaje también en los armarios de Cat. Te dije que esto iba a pasar.

Cat hizo un gesto de dolor al percibir la voz de Hank. Al parecer, había sobrestimado su entusiasmo por los ingresos extra. Se acercó un poco más y se agazapó tras la puerta abierta.

—Venga, hombre. Solo estamos hablando de unas horas. —La silla de Jackson chirrió como si se hubiera inclinado hacia atrás—. Cógete una tarde o dos y térmalo.

—Sabes que tengo complicado trabajar por la tarde. Además, estoy agotado por el ritmo que llevamos. Te estás comprometiendo a demasiadas cosas.

—No me digas cómo tengo que dirigir mi negocio.

Jackson perdió el control. Cat frunció el ceño: le disgustaba ser fuente de conflictos.

—Como empleado tuyo, te digo que estás pidiendo demasiado —dijo Hank con tono más suave—, pero como tu amigo, me preocupas. Te pasas las noches bebiendo y luego corres de acá para allá todo el día como un loco. Pareces agotado. Eres desagradable con el equipo. Tienes que ceder en algo.

—Y, aun así, mira quién de los dos se está quejando. —La silla volvió a chirriar—. Parece que no eres capaz de seguir el ritmo ni de recordar cómo divertirte. Quizá tendría que ser yo quien debiera preocuparse.

—Vete a la mierda, Jackson. Sabes perfectamente lo que está pasando en mi vida. Antes de que alguno de los dos diga algo de lo que acabe

arrepintiéndose, para.

La creciente tensión le abrasó el estómago como un chupito doble de Jägermeister. Necesitaba que se callaran antes de que las cosas se descontrolaran, aunque la vaga referencia de Hank a problemas en su vida le picaba la curiosidad.

—¡Yuju, soy yo! —gritó Cat, ocultando el desasosiego tras una sonrisa mientras abría la puerta de Jackson del todo.

Ambos hombres giraron la cabeza en su dirección. La frente de Jackson se arrugó por la confusión y Hank se levantó de la silla. Otra camiseta ajustada marcaba los músculos de su pecho y sus brazos ligeramente bronceados. Se contuvo para no recorrer su cuerpo con la mirada y se centró en su hermano para que Hank no percibiera su repentino deseo.

—Hermanita, ¿qué haces aquí? —preguntó Jackson.

—Reunirme con Hank para hablar de mi armario y luego cenar contigo. —Cat ladeó la cabeza en respuesta a la expresión avergonzada de Jackson—. ¿Lo habías olvidado?

Jackson soltó una larga exhalación antes de mirar hacia arriba.

—Lo siento. No lo había anotado y tengo otros planes. —Hizo una mueca mientras estiraba los brazos delante de él y golpeaba la mesa con las palmas de las manos—. ¿Te quieres venir?

Cat pudo ver el movimiento de cabeza de disgusto de Hank antes de bajar la mirada al suelo. Quería apoyar a su hermano, pero las acusaciones de Hank parecían estar bien fundamentadas.

—Paso de ser la tercera en discordia —respondió.

Jackson se inclinó hacia atrás y entrelazó las manos detrás de la cabeza.

—Si quieres que cancele mis planes, no hay problema.

Cat sabía que, seguramente, lo haría, pero declinó el ofrecimiento.

—No, gracias. Te robaré a Hank un rato y luego, quizá, me pase por casa de papá camino de vuelta a casa.

—Me siento mal, hermanita. —La mirada de Jackson iba de ella a Hank y viceversa, luego sonrió como si hubiera tenido una gran idea—. Eh, ¿y por qué no os vais los dos a cenar mientras habláis? Yo invito.

Hank parecía acorralado, así que Cat intervino.

—No pasa nada. Estoy segura de que Hank tiene mejores cosas que hacer que ser mi niñera.

—Créeme, el chico necesita una noche libre. —Jackson le dedicó una sonrisa traviesa—. Siento mucho haber perdido los estribos. Déjame que me

disculpe invitándoos a los dos a cenar. Id adonde queráis. Cargadlo a mi tarjeta.

Lanzó su Amex platino sobre la mesa.

Cat no sabía cómo reaccionar sin empeorar las cosas. Contuvo la respiración mientras miraba a Hank en busca de alguna pista. *Di que sí.*

Los ojos de Hank seguían fijos en Jackson. Se cruzó de brazos antes de mirar a Cat y luego de vuelta a Jackson.

—Guárdate tu tarjeta. Yo me pago mis cenas, gracias. —Luego señaló a la puerta con la cabeza—. Venga, Cat, tengo tus diseños en la mesa de la sala de reuniones.

—¿Todo va bien entre vosotros? —preguntó Cat en voz baja una vez que salieron al pasillo.

—Será mejor que te mantengas al margen —masculló Hank.

—Pero me siento responsable. —Cat no paraba de tocarse el pelo—. Manipulé a Jackson para que te presionara. No es culpa suya. Solo está siendo un buen hermano.

Hank no respondió nada mientras entraban en la sala de reuniones. Se detuvo al borde de la mesa y se giró.

—Ya lo suponía, pero entiendo tus razones. Y este no ha sido el primero ni será el último de nuestros desacuerdos. Pero no te preocupes. Siempre conseguimos que todo salga adelante sin que llegue la sangre al río.

Su actitud amable no hizo más que aumentar sus remordimientos, pero Cat decidió guardar silencio mientras Hank revisaba sus bocetos dibujados a mano.

Carpintero y artista, ¿acaso se puede ser más mono? De repente, una oleada de deseo hizo que sintiera un leve dolor en el pecho. Las sensaciones que le generaba eran deliciosamente adictivas, pero también peligrosas.

—Esto es lo que he pensado. —Presentó dos dibujos diferentes: uno de un armario de tres piezas y otro con una propuesta de reforma del armario actual—. Sé que prefieres un armario independiente, pero esta opción maximiza el almacenamiento. Puedo hacer que el frontal parezca hecho a medida, pero esta es la única forma de crear suficiente espacio de almacenamiento para todas tus cosas.

Cuando Hank le sonrió, Cat sintió que se derretía por dentro.

—Necesitas mucho espacio para colgar, así que he puesto barras en todo el armario, a excepción de algunas baldas arriba para las prendas de otras temporadas.

Hank siguió describiendo los detalles, pero ella estaba demasiado fascinada con su entusiasmo —y con el movimiento de sus labios— como para escuchar el resto de sus explicaciones.

—Es maravilloso. —Cat escudriñó los detallados dibujos más de cerca para averiguar hasta qué punto había tenido en cuenta sus necesidades—. ¿Y qué pasa con el exterior?

Cat señaló otro montón de dibujos en la esquina de la mesa.

—¿Podría ver lo que has pensado?

—He mantenido un diseño básico muy sencillo que dibuja una pequeña curva hacia el banco de debajo de la ventana. Puedes elegir entre varias opciones. —Extendió los diferentes bocetos para que Cat pudiera verlos—. Podríamos fabricar el marco frontal y las puertas en arce ojo de pájaro, a juego con los muebles que ya tienes, pero quizá prefieras un arce más básico o algo más sofisticado, como el cerezo. En cualquier caso, podríamos insertar cristal moteado o espejos en la parte delantera de las puertas para añadir más luz al espacio. Los espejos también son prácticos.

Hank la miraba como si estuviera esperando su aprobación. A pesar de las altas expectativas que Cat siempre se fijaba en todo, aquellos planes de Hank las superaban con creces. Cuando se puso de puntillas para besarla en la mejilla para demostrarle su afecto, él se sonrojó de inmediato. La reacción de Hank a su tacto hizo que el cuerpo de Cat se estremeciera. Estaba deseando que la rodeara con sus brazos, la besara, la hiciera suya, cualquier cosa que aliviara su frustración sexual.

—Me has dejado sin palabras, Hank. Es bonito y práctico. —Se apartó de él a regañadientes y estudió los dibujos más de cerca—. Este es el que más me gusta.

Empujó su opción favorita, una con espejos estrechos de cuerpo entero, en su dirección.

—Vale.

Le gustaba su sonrisa de niño pequeño casi tanto como que hubiera sido ella su causante.

Hank recogió todos los dibujos y los enrolló antes de sentarse delante del ordenador.

—Tengo en «favoritos» unas cuantas páginas con muestras de madera de proveedores de la región. El arce de tu cama es bastante llamativo, pero en un armario de este tamaño, resultaría excesivo.

Cat se inclinó sobre el hombro de Hank mientras este abría el portátil y

hacía clic en varias imágenes de los diferentes proveedores. De repente, concentrarse en algo que no fuera su perfume de almizcle se convirtió en una tarea imposible.

El calor que irradiaba la piel de Hank calentó la mejilla de Cat, pero él no parecía para nada afectado por su presencia mientras se desplazaba por las diferentes páginas web. Pero a medida que ella se fue acercando a él para poder ver la pantalla más de cerca, su respiración cada vez más acelerada demostró, afortunadamente, que él también sentía una atracción eléctrica.

—Resulta abrumador. —Cat mantuvo su mejilla a centímetros de la suya—. ¿Cuál escogerías tú?

Hank no apartaba la mirada de la pantalla. Si solo se girara hacia ella, sus labios prácticamente se tocarían. Aunque Cat se reprochaba su propia inmadurez, se moría por que él compartiera su deseo.

—Esta quedaría muy bien —dijo por fin con voz más ronca que antes.

Jackson asomó la cabeza por la puerta de la sala de reuniones, haciendo que Cat se incorporara.

—Me voy. —Sonrió a Cat antes de mirar a Hank—. ¿Seguro que no puedo convencerte para que aceptes mi oferta?

—No hace falta, hermanito —interrumpió Cat—. Me llevo a Hank a cenar para agradecerle su maravilloso trabajo y por aceptar amablemente hacerlo para mí.

Sí, Cat deseaba mostrarle su agradecimiento, pero, lo que era más importante, sus magníficos diseños reforzaron su determinación de presionarlo para que se asociaran. Estaba claro que Hank adoraba ese trabajo y ella necesitaba desesperadamente una nueva dirección en su vida. Un nuevo reto, pero, sobre todo, un reto único. Algo que destacara, algo especial y que la diferenciara de los productos a los que las modelos solían prestar su imagen.

Necesitaba que Hank lo hiciera posible. Que le diera la oportunidad de alejarse de la carrera de modelo antes de que la echaran. Y, admitámoslo, algo que la alejara del deseo frustrado de ser madre.

Lo más seguro es que él también quisiera autonomía. La idea sería beneficiosa para ambas partes.

—Como siempre digo, es el mejor. —Jackson le lanzó a Hank una mirada cargada de remordimientos—. Olvídate de los Caine. Supervisaré a Doug más de cerca.

—Gracias.

Hank se mantuvo calmadamente firme.

En el pasado, Cat había malinterpretado su actitud tan poco varonil y su estilo sin pretensiones como señales de debilidad, pero desde la boda, se estaba dando cuenta de que Hank no era para nada un pusilánime.

Se le puso la carne de gallina ante esta nueva revelación y, de repente, la sala de reuniones se convirtió en una sauna. Si Hank aceptaba su propuesta, tendría que sustituir su deseo por otro tipo de relación personal. Mucho mejor, pues su estrecha colaboración acabaría jugando con su mente o, lo que es peor, con su corazón.

—Cerrad al salir, ¿vale?

Jackson golpeó el marco de la puerta dos veces antes de irse. Cat miró a Hank una vez que se quedaron solos.

—Entonces, ¿te vienes a cenar conmigo?

—Ya me estás pagando bastante por el proyecto. —Se echó hacia atrás en la silla y estiró las piernas mientras la estudiaba—. No hace falta que me intentes sobornar con una cena.

—No lo pretendo —dijo, evasiva. Sus planes eran mucho más sutiles, no pretendía ser una apisonadora—. Tengo demasiada hambre como para esperar a volver a la ciudad y no me gusta nada comer sola. Y, como has podido ver, mi hermano me ha dejado plantada.

Hank sonrió.

—Sospecho que no te suelen dejar plantada con demasiada frecuencia.

—Pues al parecer vosotros, chicos de Connecticut, lo habéis convertido en una norma últimamente.

Cat se preguntó si habría captado la referencia a su comportamiento en Block Island. Aunque agradecía que no se hubiera aprovechado esa noche, una parte de ella anhelaba sus caricias.

Hank la miró, considerando claramente sus opciones. Al final, señaló sus botas y su ropa sucias de trabajo.

—Primero tengo que ducharme.

—¿Es eso una invitación?

Cat arqueó una ceja y esperó la reacción a su flirteo, disfrutando del subidón que le causaba provocarlo.

La cara de Hank se enrojeció antes de que se cruzara de brazos y entornara los ojos. Una dulce calidez recorrió sus venas como caramelo derretido. Entonces Cat recordó que, por mucho que le gustara flirtear, tendría que dejar de hacerlo si se asociaban.

—¿Por qué te divierte tanto meterte conmigo? —preguntó por fin.

—Me gusta la forma en que te sonrojas. —Cat sonrió en espera de que apareciera el hoyuelo de su mejilla izquierda—. Eres auténtico y me recuerdas a Vivi. Ninguno de los dos sabéis ocultar vuestras emociones.

—¿A diferencia de ti?

Los ojos verdes de Hank brillaban.

—A diferencia de mí.

De repente, su máscara se tensó como una bolsa de plástico que le impedía respirar.

—Deberías saber algo, Cat.

Hank se levantó y se acercó a ella, apoyando la mano en la mesa, su pecho casi rozaba el brazo de Cat. Una combinación embriagadora de testosterona y expectativas la dejó aturdida.

—No ocultas tan bien tus emociones como te crees.

Intercambiaron miradas unos instantes; las motitas doradas de sus iris verdes resplandecían. Para romper el hechizo, forzó un suspiro.

—¿Ahora tienes rayos X en los ojos?

—Como Superman. Así que deberías saber que no siempre estás recubierta de plomo. —Hank bajó la mirada a sus labios—. Pero sí que me sorprendes de vez en cuando.

Cat abrió la boca para hablar, pero dudó por miedo a revelar más.

—Entonces, ¿te sigo en coche hasta tu casa? Será mejor que nos llevemos mi coche a la cena, dudo mucho que pueda subirme a tu camioneta con estos tacones.

La reacción de Hank a la imagen de sus Jimmy Choo con unos tacones de veinte centímetros le recordó una máscara de *Scream*. Podría haberse burlado, pero estaba demasiado ocupada rezando por que aceptara su propuesta.

Se hizo el silencio, él parecía debatirse en su decisión. Por fin, Hank se tiró del lóbulo.

—Vale. Sígueme y ve pensando dónde quieres cenar.

Quince minutos más tarde, Cat había aparcado junto a la acera frente a una bonita casa colonial beis de estilo holandés construida sobre un césped verde esmeralda muy cuidado. Las jardineras de las ventanas contenían una gran variedad de flores y hiedras. Bojes y rosales podados con esmero llenaban los parterres.

La casa tenía contraventanas negras y las tejas rojas aportaban un bonito

contraste a aquella postal. A la escena de serie de la televisión de la década de los cincuenta solo le faltaba la valla blanca. Eso sí, tenía un toque femenino que no encajaba demasiado bien con Hank, cien por cien masculino.

Hank la esperó junto a su camioneta. Mientras Cat andaba por el camino de entrada, una chica bajita rubia salió corriendo hacia él desde detrás de la casa.

—Llegas tarde, Hank —dijo ella—. Ahora voy a llegar tarde.

—¿Tarde adónde?

La rodeó con el brazo y le dio un beso en la parte superior de cabeza.

—¡A clase!

Frunció el ceño hasta que se dio cuenta de que Cat estaba justo enfrente de ellos.

Cat se quedó en blanco. ¿Quién era aquella chica tan guapa? Rubia como Amy, solo que más joven.

—Oh, mierda. Hoy es jueves. —Hank se pasó la mano por el pelo—. Me había olvidado, Jenny.

Jenny. Cat se aclaró la garganta antes de ofrecerle la mano. Si había estado tonteando con Amy a espaldas de Jenny, Hank no era el hombre que ella creía que era. Teniendo en cuenta su horrible instinto, tampoco debería sorprenderse, pero su corazón se desinfló como un neumático tras cruzar una banda de clavos.

—Hola, soy Cat.

—Y yo Jen. —Ladeó la cabeza y entornó los ojos—. Me resultas familiar. ¿Nos conocemos?

—No, no lo creo.

A pesar del pésimo estado de ánimo, Cat sonrió, una reacción refleja aprendida a lo largo de su carrera que en ese momento era de agradecer.

—Cat es la hermana de Jackson. Es posible que la hayas visto en alguna revista. Es modelo de ropa y esas cosas.

El tono despreocupado de Hank sugería que su relativa fama no lo impresionaba demasiado. Una nueva —y agradable— experiencia con un hombre.

—Cat, te presento a mi hermana pequeña, Jenny.

Su hermana. Recordaba vagamente que Vivi le había comentado algo el verano pasado sobre sus hermanas. A Cat no se le había pasado por la cabeza que una de esas hermanas podía seguir viviendo con él. Sintió un gran alivio al ver que no lo había juzgado mal.

Hank le lanzó sus llaves a Jenny.

—Supongo que Helen se ha ido ya. ¿Está Meg disponible esta noche?

Jenny abrió los ojos como platos.

—¿Vais a salir los dos juntos, rollo cita?

—No es una cita —respondió Hank demasiado deprisa—. Es un asunto de trabajo. Voy a hacerle unos muebles.

—Oh —Jenny dejó caer sus hombros—. Bueno, no tengo ni idea de si Meg está libre o no. Llámala. Tengo que irme. Encantada de conocerte, Cat.

—Igualmente.

Cat se despidió de Jenny con la mano mientras se subía al asiento del conductor de la camioneta de Hank y salía marcha atrás del camino de entrada.

—¿Quiénes son Helen y Meg? —preguntó Cat con una sonrisita de suficiencia—. ¿Parte de tu harén?

—No. —La expresión de Hank se volvió sombría—. Helen es una cuidadora que me ayuda con mi madre. Y, aparte de Jenny, Meg es la única de mis cuatro hermanas que vive cerca.

Hank suspiró.

—Si no está disponible, no podré salir esta noche.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo dejar a mi madre sola. —Hank se frotó la mandíbula mientras caminaba hacia la casa—. Tiene Alzheimer en fase avanzada.

—Oh —respondió Cat, que por fin empezaba a comprender la enorme responsabilidad que Hank cargaba sobre los hombros. ¿Cómo es que no se había dado cuenta de su capacidad hasta entonces? —. Lo siento mucho, Hank. Tiene que ser duro.

—No te puedes hacer una idea.

Entonces, abrió la puerta de atrás y le hizo señas para que entrara.

Querida mamá:

Si te hubiera ido con la queja de que toda la admiración que había recibido como modelo había sido distante, superficial y basada en una percepción falsa de quien soy, probablemente habrías agitado un dedo y me habrías recordado que yo había ayudado a crear esa percepción. Y tendrías razón.

Bueno, ahora me gustaría que me admiraran por algo real antes de abandonar este mundo. ¿Qué te parece añadir ese deseo a la lista de cosas por hacer antes de morir?

CAPÍTULO 9

Hank pudo percibir la duda en Cat al darse cuenta de que se había metido en algo más complejo que una simple invitación para cenar. Ni siquiera sabía todavía por qué le había dicho que sí.

Desde la confesión que había hecho bajo los efectos del alcohol en Block Island, no sabía qué pensar sobre ella. Esa forma de provocar en busca de atención que ella había convertido en todo un arte lo tenía tan hipnotizado que una parte de su cerebro parecía convencida de que Cat estaba interesada en él.

—Dame un segundo para que llame a Meg.

Marcó el número de su hermana mientras Cat escrutaba la cocina y el salón. A diferencia de su apartamento, aquella sencilla casa no contenía nada elegante ni caro, pero Hank había trabajado duro por cada uno de aquellos objetos. Intentó leerle el pensamiento, pero su rostro de portada ofrecía pocas pistas.

—Eh, Hank. —Meg parecía agobiada—. ¿Qué pasa?

—¿Puedes venir esta noche a quedarte con mamá?

—Lo siento. Tengo turno hasta las once.

—Vale. —Suspiró mientras se frotaba la frente, frustrado—. Hablamos luego.

—Quizá la próxima vez.

El tono sincero de Meg no amortiguó el golpe.

—Por supuesto. Nos vemos el fin de semana.

Se metió el teléfono en el bolsillo trasero.

—¿También has hecho esto?

Cat señaló el aparador del comedor, que Hank había fabricado con madera de caoba y sicomoro aserrada al bies. El diseño de líneas simples incluía un perfil inclinado, pastas estrechas y una tira tallada encima de los

cajones. Aunque rara vez usaba laca brillante, optó por aplicarla en esta pieza.

—Realmente interesante.

Los delgados dedos de Cat recorrieron la talla en vez de acariciar otras cosas de la casa como, por ejemplo, él. Cuando por fin levantó la mirada, su sonrisa le llegó al corazón... y a otras partes de su anatomía.

—Me encanta la madera clara y oscura con ese brillo.

—Gracias. —Tras poner orden en sus pensamientos, recordó cómo eran los muebles de Cat, así que no le sorprendía que le gustara la capa brillante—. La hice hace unos cinco años.

—También son tuyas la mesa de centro y la del comedor, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

La mayoría de la gente no se daba cuenta y tampoco le importaba.

—Tienen un estilo parecido: visualmente fuertes, pero también amplios. Líneas limpias —empezó antes de encogerse de hombros—. Al menos eso es lo que veo yo.

Su admiración iluminó la estancia y su ánimo.

—Tienes ojo para los detalles.

—Quizá se deba a los muchos años que me he pasado estudiando fotografías y diseño de ropa. —Dibujó una enorme sonrisa mientras cogía una foto enmarcada del sobrino de dos años de Hank—. ¿Este niño eres tú de pequeño?

—No, es mi sobrino, Eddie. Aunque sí, se parece bastante a mí. ¿Ves?

Hank señaló otra fotografía, una de él con su madre cuando tenía tres o cuatro años.

—Resulta asombroso. —Cat soltó la foto de Eddie con expresión más tranquila—. ¿Te gusta ser tío?

—Me encanta. Meg lo trae cuando se pasa por aquí a ver cómo está mi madre. Es genial ver cómo los rasgos familiares se reproducen en esta nueva personita. Sospecho que, con la reciente boda de David y Vivi, no tardaran en hacerte tía. —Hank se rio para sí—. Con suerte, tendrán una niña que se parezca a ti.

El asentimiento poco entusiasta de Cat sorprendió a Hank. Cat suspiró.

—Pareces estar deseando ser padre.

—Algún día. Espero que sean niños, más que nada para igualar fuerzas por aquí.

Cat juntó las manos, con mirada lejana, como si tuviera la mente en otra

parte. Apartó la mirada y dijo en voz baja:

—Serás un gran padre.

Su lenguaje corporal gritaba «fin de la discusión». ¿Acaso no le gustaban los niños? No es que le importara demasiado.

Entonces Cat volvió al presente.

—¿Por qué no te duchas para que podamos irnos a cenar?

—En cuanto a eso... No puedo salir esta noche. Meg está trabajando en el hospital, es enfermera.

—Oh. —Se mordió el labio y lo miró a través de las gruesas pestañas de sus cautivadores ojos—. Podríamos pedir una *pizza*.

—¿Pero tú comes *pizza*?

La sorpresa puso fin a su lujuria. Jamás la había visto con otra cosa que lechuga y fruta en el plato.

—Rara vez —admitió—. Necesito una buena excusa para darme un atracón de comida basura. Que mi hermano me haya dejado plantada y que tú tengas que quedarte aquí son dos buenas excusas, ¿no crees?

Dios mío, cuando Cat sonreía, Hank se aceleraba como un Porsche con el pedal pisado bien a fondo. ¿Su deseo se calmaría algún día?

—Tú eres la jefa —respondió.

Se hizo el silencio entre ellos mientras Cat sopesaba sus siguientes palabras.

—No te gusta esa actitud mía, ¿verdad?

Su tono de dolor le quemó los pulmones como humo de poliuretano.

—Es la segunda vez que me acusas de que no me caes bien o de que no me gusta algo de ti. —Hank se puso en jarras e inclinó la cabeza—. ¿Qué he hecho para darte esa impresión?

—Me vienen a la memoria tu actitud fría del verano pasado y la boda.

Para evitar el contacto visual, Cat se quedó mirando los candelabros del aparador. Su lucha interior por abrirse le recordó a Hank el comentario de David sobre el desafortunado rasgo familiar de los St. James.

—La forma en la que guardas silencio cuando estoy yo, como si esperaras el momento adecuado para salir corriendo.

—Si acaso, los dos nos guardamos las distancias el verano pasado, algo comprensible teniendo en cuenta que pasaste de mí después de nuestro primer encuentro. —Siguiendo el ejemplo del manual de estrategia de Vivi, esperó a que Cat lo mirara para continuar—. En cuanto a la boda, no puedes acusarme de no preocuparme por ti, cuando sabes que lo dejé todo para evitar que te

hicieran daño.

Aunque Hank estaba como a un metro de distancia de Cat, el calor que ambos generaban los unió con algún tipo de pegamento invisible. Hank pudo ver cómo el pulso de Cat se aceleraba en la base de su cuello y cómo su respiración se hacía más superficial. Solo su expresión de preocupación impidió que la besara.

Cat tragó con fuerza antes de responder.

—¿A qué te referías cuando me dijiste aquella mañana que yo era la razón por la que te fuiste de mi habitación?

Cualquier sensación de victoria que hubiera podido experimentar con su comentario para que reflexionara sobre las últimas semanas desapareció al verla sufrir.

Hank no había planeado mantener esta conversación, pero su madre siempre le había enseñado que una pregunta honesta merecía una respuesta honesta.

—Te gusta jugar y ganar. —Hank se acercó un poco más a ella—. No tengo tiempo para juegos, Cat. Soy un hombre, no una marioneta.

Cat abrió los ojos como platos y su boca formó una enorme «O». Antes de que pudiera responder, la madre de Hank apareció con el andador en el salón, con el pijama puesto por encima de la ropa.

—Hola, mamá. ¿Dónde vas?

—¿Rick?

Su madre frunció el ceño al verlo. Dio un paso atrás mientras señalaba con el dedo a Cat.

—¿Quién?

Su voz quebrada los paró en seco. Helen había comentado que los ataques de ira de su madre eran cada vez más frecuentes. Por supuesto, tenían que agudizarse justo ahora, en presencia de Cat.

—Soy yo, mamá, soy Hank. —Levantó las manos despacio y retrocedió—. ¿Qué necesitas?

Su madre se aferró a la tela de su pecho, sin dejar de señalar a Cat.

—¡Mrr!

—Mamá —empezó Hank, ignorando su última palabra inarticulada cuando Cat lo interrumpió.

—Señora Mitchell, soy una amiga de Hank, Catalina —dijo con tono uniforme y tranquilo y una sonrisa que no vaciló ni reveló ningún tipo de incomodidad—. Encantada de conocerla.

Inmóvil, los ojos de su madre se entrecerraron formando un ceño fruncido confuso.

—¿Por qué... tú?

Se pasó la mano por el pelo y se arrastró en dirección a la cocina. Con voz más suave, murmuró algo que no pudo comprender.

Hank hizo un gesto de dolor, evitando la mirada de Cat mientras seguía a su madre, pero Cat lo llamó.

—Hank, oigo algo —dijo—. Suena a agua.

Se esforzó por escuchar sin perder a su madre de vista. El sonido de un leve torrente de agua de un grifo abierto salía del dormitorio principal.

—¿Puedes echar un vistazo en su cuarto de baño? Prefiero no dejarla sola.

Cat asintió con la cabeza antes de cruzar el salón y desaparecer en el dormitorio. Su tranquila respuesta a las circunstancias sorprendió a Hank, lo que demostraba que apenas la conocía, que había muchas cosas que quería descubrir.

Su madre llegó a la cocina y se detuvo en la mesa. Observó con la mirada vacía al frigorífico y soltó la tela a la que había estado aferrada, manchada de pasta de dientes. Sus manos cayeron a ambos lados mientras Hank esperaba en silencio.

—Mamá —susurró, con el corazón encogido como un trapo andrajoso—. Soy yo, Hank.

Empapó algunos trozos de papel de cocina en agua caliente y empezó a limpiarle las manos para quitarle la pasta de dientes.

—¿Tienes hambre? —Se giró como si le asustara verlo y se aferró a su ropa, temblando—. ¿Tienes frío? Vamos a quitarte ese pijama y ponerte algo más abrigado.

Como un niño, codo con codo con Hank, la mujer fue empujando el andador de vuelta al dormitorio. En algún momento del camino, entró en trance. Una vez que la pudo meter en la cama, le quitó el pijama y dejó que se acostara en bata con tal de no volver a importunarla. Después de tajarla, la besó en la cabeza.

Se pellizcó el puente de la nariz antes de ir al baño. Cat estaba de rodillas sobre el lavabo, con los zapatos a un lado, quitando la pasta de dientes del espejo con un paño.

Había tirado una toalla al suelo para secar el charco que se había formado allí. La chica glamurosa ni siquiera parecía incómoda. Hank, en

silencio, cogió otro paño y se puso a su lado para intentar limpiar el desastre.

Mierda. Tras ser testigo de este triste episodio, Cat volvería a su divertida vida sin complicaciones. Cuando acabaron, Hank le quitó el trapo de la mano, recogió la toalla empapada y apagó la luz. Cat lo siguió en silencio hasta el salón.

—Lo siento mucho. —Se deshizo de las toallas—. Muchas gracias por tu ayuda, no sé muy bien qué decir.

—No te disculpes, Hank. No debería haber insistido esta noche. —Se manoseó la cola de caballo mientras su mirada se volvía cada vez más distante—. Recuerdo a mi madre apagándose y apagándose, pero el cáncer nunca le robó la memoria. Al menos ella siempre supo quién era yo. Soy incapaz de imaginar siquiera el perder esa conexión. Lo siento mucho.

Los ojos de Cat, lacrimosos y llenos de compasión, no transmitían lástima, algo que Hank agradecía.

—La verdad es que es un asco —admitió.

Cat dio un paso adelante y le apretó la mano para reconfortarlo.

Hank le devolvió el apretón, deseando poder acercarse aún más.

—Probablemente quieras irte, ¿no?

Hank sonrió con la esperanza de no parecer decepcionado y se preparó para una despedida educada. Cat ladeó la cabeza, mordiéndose el labio.

—De hecho, estoy muerta de hambre. Si no te importa tener compañía, pidamos esa *pizza*. —Apartó las manos y se metió los pulgares en los bolsillos—. Podrías enseñarme dónde fabricas los muebles.

Otra sorpresa.

Quería quedarse. Habría deseado poder meterse la mano en el pecho y hacerse un masaje cardiaco.

—Vale. ¿*Pepperoni* y champiñones suena bien?

Una hora después se habían acabado una *pizza* extragrande. Para ser justos, Hank se había comido el noventa por ciento mientras Cat se comía una ensalada y una porción.

Ella estaba sentada sobre una de sus piernas con los codos apoyados en la mesa. Verla tan relajada le recordó su comportamiento del año pasado en casa de Jackson, la versión de Cat St. James que más le gustaba. Se preguntaba si alguien de su familia, incluyendo a Vivi, había tenido el privilegio de verla así.

Cat apoyó la barbilla en la palma de su mano.

—Cuéntame cómo te metiste en esto de la carpintería.

—Cuando tenía once años, mi tío Joe me pidió que lo ayudara a construir un banco para el jardín y, desde entonces, trabajé con él todos los veranos. —Hank adoraba esos días calurosos de verano que había pasado trabajando la madera mientras escuchaba *rock* clásico, asumiendo cada vez más responsabilidades y proyectos más complejos—. Lo último que hicimos juntos fue un escritorio para mi tía. Resulta extraño echar la vista atrás y darme cuenta de que todo lo que aprendí de él me ha servido para cuidar de mi familia. Y la cercanía que tenía con mi tío suavizó el golpe de perder a mi padre tan joven. La vida puede resultar extraña a veces: nunca sabes qué pequeñas decisiones de hoy pueden marcar la diferencia mañana.

—Extraña o escalofriante, según lo mires. —Cat se inclinó hacia delante, aparentemente cautivada—. ¿Tu tío y tú seguís construyendo cosas juntos?

—No, se mudó a Florida hace ocho años, pero seguimos en contacto.

—Suená bonito.

Cat apartó un mechón de pelo tras su oreja. La forma de hacerlo convirtió un gesto aparentemente normal en algo sofisticado, un molesto recordatorio de hasta qué punto ella jamás encajaría en su rutinaria vida.

—¿Puedo ver tu taller?

—Por supuesto. —Tiró los platos de papel a la basura, se colgó el monitor de vídeo en el cinturón y abrió la puerta de atrás—. Sígueme.

La preocupación por su reacción ante su mundo privado hizo que desapareciera esa calma que solía experimentar cuando cruzaba el césped.

Aunque el cielo de la tarde todavía brillaba en tonos lilas y rosas, encendió las luces del garaje.

—Pues este es. No es gran cosa, pero...

—Aquí es donde se produce la magia —dijo, inspirando.

Sus ojos escrutaron cada detalle girando sobre sus talones. Deambuló por el pequeño estudio, tocando varias herramientas y tablones de madera en silencio. Minutos después, preguntó:

—Esto es lo que eres, ¿no? Esto es lo que te gusta, lo que quieres hacer con tu vida.

—Puede que algún día.

Clavó la punta del zapato derecho en el suelo y se dio cuenta de que seguía llevando puestas las botas del trabajo. *Ay, mierda*. Con todo el caos, había olvidado ducharse.

—¿Y por qué esperar? —dijo Cat girándose hacia él con una sonrisa

entusiasta en la cara—. ¿Por qué no empezar ahora? Como ya te he dicho antes, podría usar mis contactos para ayudarte.

—Haces que parezca fácil, pero no funciona así.

—¿Y cómo funciona entonces?

—Es un proceso lento. Un carpintero altamente eficiente podría hacer unas dieciocho piezas al año como máximo. No puedo permitirme el equipo que necesito para trabajar a ese ritmo y este sitio es demasiado pequeño.

—Pues podemos alquilar un lugar más grande y comprar el equipo.

La sonrisa despreocupada de Cat le recordó a la de Jackson, que tampoco le tenía miedo al riesgo. Por supuesto, a diferencia de Hank, ninguno de los dos tenía personas a su cargo.

—¿Qué más?

Hank se echó a reír hasta que se dio cuenta de que estaba hablando muy en serio.

—Cat, ¿qué me estás proponiendo exactamente?

Ella se quedó quieta, inusualmente tímida por un minuto.

—¿Qué te parecería que nos asociáramos al cincuenta por ciento? Tú tienes el talento y yo puedo encargarme de la marca y las ventas.

—¿Cuándo? —Se echó a reír—. ¿Entre sesiones de fotos?

Cat cuadró los hombros, ocultando su amistosa complicidad tras su fachada. Estaba claro que su broma la había ofendido.

—¿Sabes? Muchas empresas me pagarían por mi nombre y mi impacto social.

—Probablemente, pero yo no tengo una empresa de muebles, así que no hay nada que promocionar. —Al ver que no parecía convencida, apuntó en dirección a la casa—. Necesito unos ingresos estables mientras mi madre siga viva y Jenny vaya a la universidad.

—Llevas tanto tiempo manteniendo a tu familia. De hecho, es increíble. —Se cruzó de brazos de forma casual y ladeó la cabeza a la izquierda—. ¿No crees que, después de todo lo que has sacrificado por ellos, les alegraría poder devolverte el favor?

—No es tan sencillo.

—No, pero tampoco imposible. Sobre todo cuando tienes ayuda. ¿No te gustaría tener la posibilidad de perseguir tus propios sueños?

—Tengo un montón de sueños, Cat. No solo este. —Se cruzó de brazos para demostrar que estaba igual de decidido que ella a mantenerse firme en su postura—. Créeme, las decisiones que he tomado me han dado más de lo que

he perdido.

La expresión dubitativa de Cat, junto con su silencio, le obligó a justificar su comentario.

—Mi familia me quiere y me respeta por los «sacrificios» que he hecho. Cuando mi madre muera, me sentiré en paz por la forma en la que me he ocupado de ella. Todo lo que he hecho ha servido para demostrar que soy un hombre con el que se puede contar, que no sale corriendo cuando las cosas se ponen difíciles. Para mí, eso es importante. —Miró a su alrededor—. Me encanta fabricar muebles, pero aunque tuviera mi propia empresa y una marca de la que pudiera alardear, no me daría todas esas cosas. Créeme, estoy contento con mis decisiones.

Cat se quedó mirándolo, no estaba muy seguro de si por admiración o por total perplejidad.

—Vale.

Vivir con cinco mujeres le había enseñado que *vale* solía significar justo lo contrario.

—¿Pero por qué te importa, Cat? Eres una modelo reconocida con mucho dinero, ¿para qué preocuparte por una pequeña tienda de muebles?

Cat señaló un formón y se mordisqueó el labio inferior.

—Cuando era pequeña, mi padre siempre alardeaba de la gran inteligencia de David y del estado de forma de Jackson. Incluso llegó a reconocer el talento artístico de Vivi, pero, al parecer, lo único que yo tenía que ofrecer era esto —dijo, señalando su cuerpo de pies a cabeza.

Hank sintió su expresión de vergüenza como una patada en el estómago, pero se contuvo de interrumpirla. Cat St. James había decidido confiarse a él. Al darse cuenta, se le aceleró el corazón.

—Cuando me «descubrieron», aproveché la oportunidad para demostrar que podía tener tanto éxito como mis hermanos, aunque mi único activo fuera mi cara. Pero tras la emoción inicial, jamás he sentido una satisfacción real por ser modelo. —Suspiró antes de continuar—. No me malinterpretes, me gusta mi carrera, es importante para mí, pero siento mucho haber dejado los estudios, sobre todo ahora, cuando empiezo a decaer dentro de la industria. Quiero, bueno, más bien necesito una oportunidad para reinventarme, para descubrir si hay algo más en mí que mi aspecto. Supuse que te encantaría ser tu propio jefe y que podríamos ayudarnos mutuamente a cubrir estas necesidades.

Cat miró hacia arriba, con expresión de disgusto.

—Seguramente pensarás que soy una niña quejicosa por lamentarme de mi vida cuando, comparada con la tuya, es mucho más fácil.

—Deja de suponer cosas sobre mí, Cat. Siempre te equivocas.

Hank le cogió la cara, pero ella apartó la mirada. ¿Por qué no podía ver que a él esa mujer tierna, honesta y amable le resultaba mucho más atractiva que la distante «chica de portada»? Se acercó más a ella, deseando reconfortarla.

—No pareces quejicosa. Triste, en todo caso.

El fuerte latido de su corazón cargó el ambiente del garaje. Como atraída por el hilo invisible de su deseo, Cat se colocó a centímetros de su cuerpo.

—Antes dijiste que solo me gusta jugar. —Cat buscó su mirada, con los ojos llenos de resolución—. Bueno, pues te digo muy en serio lo de montar un negocio juntos, Hank. Mi instinto me dice que podría ser una gran oportunidad para los dos. Antes de que digas que no, ¿podrías al menos considerarlo?

—Cuando te acusé de andar siempre jugando, me refería al ámbito personal. Y, francamente, me interesa más ese tipo de relación que una profesional.

¡Mierda! ¿Había dicho eso en voz alta? Observó su mandíbula en el interior de su mejilla.

—Aunque no lo parezca —dijo—, siempre me he sentido atraída por ti.

Hank, ahora con el corazón en la garganta, la cogió de la mano y se acercó aún más.

—¿Eso es un sí?

La oscuridad se hizo en sus rasgos. Entonces, como por reflejo, recuperó la compostura.

—No estoy buscando una relación.

—¿Por qué no? —Quería saber más de su ex—. ¿Sigues...? ¿Echas de menos a Justin a pesar de lo que pasó?

—Oh, no, por Dios. —Frunció el ceño—. Yo ya he pasado página y espero que él también.

—¿Existe algún motivo para pensar que no es así?

Cat dudó lo suficiente como para despertar sus sospechas.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Preferiría no hablar del tema.

Apartó la mirada.

El instinto le pedía seguir insistiendo, pero decidió respetar su intimidad.

—Vale, pero acude a Jackson o David si te vuelve a molestar, ¿vale?

—No me molestará —afirmó, aunque sonó como si estuviera intentando convencerse a sí misma tanto como a él.

Hank decidió dejarlo estar para intentar devolver la conversación a la posibilidad de que hubiera un *ellos*.

—Entonces, si no hay nadie más, ¿cuál es el problema? ¿No confías en mí?

Sus ojos se nublaron, aunque podía ser por que estuvieran reaccionando al entorno polvoriento.

—No es eso, Hank. —Parpadeó dos veces—. Agradezco mucho que quieras olvidar nuestro pasado y me halagan tus atenciones, pero no me conoces de verdad. No soy lo que la gente cree que soy y, de todas formas, si existe la posibilidad de que algún día seamos socios, creo que será mejor que mantengamos las cosas a un nivel platónico.

Cuando Hank no respondió, Cat se echó a reír.

—Ah, vale, que eso también está descartado. No te preocupes. De todas formas, suponía que no aceptarías. Si algún día decides emprender ese proyecto, no me necesitarás, tampoco me necesitas ahora, pero tenía que intentarlo.

Hank la cogió de la mano.

—Escucha, Cat. Da igual lo que piensen tu padre o los demás. Yo veo que hay mucho más en ti que una cara bonita. Nadie triunfa como tú lo has hecho sin coraje, determinación e inteligencia. Serás una gran socia para quien así lo decida. Es solo que no es el momento adecuado para mí.

Cat parecía a punto de saltar a sus brazos. Si su camioneta no hubiera resonado en el camino de entrada, la habría cogido en brazos y se la habría llevado en esos mismos instantes.

—Tengo que irme —dijo Cat, con el cuerpo todavía pegado al suyo.

—Espera.

Hank buscó su mejilla, pero en ese momento Jenny irrumpió en el garaje.

—¡Oh, lo siento mucho! —Avergonzada, se dio la vuelta—. He visto la luz encendida y he pensado que Hank estaría aquí trabajando.

Cat y Hank se apartaron. Una oportunidad perdida.

Se había acostumbrado a no tener privacidad, pero esta noche, por primera vez, le había molestado.

—No pasa nada, Jenny.

—No quería interrumpir. —Jenny se dio la vuelta e hizo una mueca—. Haced como si no estuviera.

—De verdad que tengo que irme. —Cat le sonrió a Jenny—. Largo camino de vuelta a casa.

—Te veo dentro —le dijo Hank a Jenny antes de volver a centrar su atención en Cat—. Te acompaño a tu coche.

Todos salieron del garaje y Jenny puso rumbo a la casa.

Cat y Hank, uno junto al otro, bajaron en silencio el camino de entrada.

La incertidumbre y un motón de emociones se apoderaron de él. A ella le gustaba, pero no quería una relación. Si le propusiera algo menos formal, ¿aceptaría? Jamás le habían interesado las aventuras, pero teniendo en cuenta su naturaleza voluble, quizá fuera mejor así. Daba igual lo mucho que quisiera resistirse a ella, Cat se había convertido en un picor que necesitaba rascarse.

Cat abrió el coche con el mando a distancia y Hank se adelantó para abrirle la puerta. Antes de meterse, Cat se giró y le tocó el brazo. Le gustaba su tacto... y quería más. Puso su mano sobre la suya, disfrutando de la estimulante sensación que subía por su antebrazo.

Su rostro brillaba de manera sorprendente.

—¿Cuándo vas a empezar con mis armarios?

—Creo que me pasaré el lunes. Tengo que escoger la madera y prepararla este fin de semana. Cuando empiece con tus armarios, todavía tendré que pasar unas cuantas horas de aquí para allá supervisando los proyectos de Jackson.

—¿Confía en ti hasta ese punto?

Hank asintió.

—Jackson valora la lealtad. —Cat echó un vistazo a la calle y luego fijó la mirada en él—. Una última cosa antes de que me vaya. Puede que seas un impresionante carpintero de construcción, pero, en esa profesión, sigues siendo fácilmente sustituible, ¿verdad? Hay cientos, miles de carpinteros en Connecticut que Jackson podría contratar. Sin embargo, tu excepcional talento para el diseño de muebles no es sustituible. Es un don que no deberías desaprovechar.

¿Es eso lo que había estado haciendo? ¿Desaprovechar su talento?

No le gustaba esa idea lo más mínimo, pero, como una gota de veneno en un cuerpo de agua, caló en su mente.

Quizá para Cat malgastar algo de dinero y esfuerzo para ver qué pasaba no supusiera un problema, pero Hank no podía permitirse ese lujo. El fracaso podría ser algo catastrófico para el futuro de su familia. Por otro lado, su propuesta era de esas que solo se presentan una vez en la vida. ¿Acaso podría funcionar?

—Sigues determinada a tentarme, ¿verdad?

Y vaya que si lo estaba.

—¿Y qué tal se me está dando?

Teniendo en cuenta que no había cedido todavía, bastante bien.

—¿Sabes? Me lo pensaré.

Hank volvió a mirar a su casa un instante y trató de imaginar una vida diferente.

—¿Lo harás? —Se iluminó—. Considérate avisado, Hank. La próxima vez que me veas, no sabrás de dónde ha venido el golpe.

Hank casi se echó a reír porque ya se sentía así cada vez que la veía. Una mezcla de esperanza y duda se formaba en su estómago.

Querida mamá:

Creo que te gustaría Hank. Es abierto, como tú. Incluso con una vida llena de adversidades, no se ha insensibilizado ni está resentido. Es indulgente, sincero, responsable, justo...

Se merece que le pasen cosas buenas —grandes y pequeñas— y voy a asegurarme de que sea así.

CAPÍTULO 10

A pesar de las protestas de Hank la tarde anterior, se unió a Jackson en la casa de los Caine. Jackson había sido un gran jefe y amigo durante años y Hank sabía que su amigo necesitaba su ayuda. O puede que se sintiera culpable porque se había pasado toda la noche considerando la idea loca de Cat.

Mientras discutían la instalación de los últimos retoques en la cocina, percibió ojeras en los ojos de Jackson.

—Jackson, estás hecho un asco. Necesitas dormir más.

—Estoy bien. —Jackson se pasó la mano derecha por un lado de la cara—. De todas formas, habló quien pudo. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste bien?

—Eso es diferente. Estoy de guardia las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, pero, al menos, cuando duermo, estoy sobrio.

Se puso en jarras y fijó la mirada en Jackson.

—No empieces otra vez. —Jackson levantó la mano para parar el sermón de Hank—. Nunca te quejaste cuando salíamos por ahí. Ya ni me acuerdo cuándo fue la última vez que nos tomamos una cerveza juntos.

—Hace ya bastante, sí —admitió Hank—, pero ya no me interesa beber ni perseguir faldas. La salud de mi madre ha empeorado mucho en los últimos seis meses. Cada vez resulta más peligroso dejar a Jenny al cargo.

—Lo siento mucho, tío. La situación de tu madre es un asco, pero mayor motivo para necesitar a una mujer que te ayude a relajarte. —Jackson esbozó una sonrisa malvada. —Venga. Vente conmigo este fin de semana.

—Tengo planes este fin de semana. —Hank ladeo la cabeza—. Tengo que empezar a trabajar en el proyecto de tu hermana.

—Me habría gustado no tener que pedirte ese favor, pero estoy preocupado por ella. Tú me entiendes, ¿no? También tienes hermanas. De

todas formas, gracias por ayudarme. Te debo una bien grande.

—No te preocupes, no hay problema. —Cuando recordó la forma en la que Cat lo había mirado en su garaje, no pudo evitar esbozar una sonrisa—. Ningún problema.

Este último comentario se le escapó antes de que Hank pudiera recordar que Jackson no solo era un amigo, sino también el hermano de Cat.

—¿Ah, sí? —Los ojos ahora alerta de Jackson se clavaron en los de Hank—. ¿Te interesa mi hermana?

—¿Tanto te sorprende?

La temperatura del cuello de Hank aumentó considerablemente.

—Creía que después de lo de David y Vivi ya nada podría sorprenderme, pero se ve que me equivocaba.

Jackson se frotó la barbilla, sin darle ningún ánimo.

—¿Crees que no soy lo bastante bueno para ella?

Que Jackson se opusiera lo destrozaría.

—Joder, Hank, eres el mejor tío que conozco. No podría tener más suerte. —Jackson cruzó los brazos a la altura del pecho y suspiró—. Sin embargo, eso podría ser un problema. ¿Cómo te lo explico? Sus novios anteriores duraron mientras pudieron gastarse un montón de dinero para vestirla y llevarla a lugares excitantes. Ya sabes, idiotas como Justin.

—Quizá haya aprendido la lección.

—Puede, pero ¿crees que sois compatibles? Lleva una vida llena de pseudoamigos y fiestas y todas esas sandeces de Instagram y Twitter. No me la imagino saliendo contigo por Norwalk todos los fines de semana.

—Hablas de ella como si fuera una mujer superficial.

—No, no es superficial. Tiene un corazón inmenso, pero se lo oculta a la mayoría de la gente. —Jackson se rascó la nuca—. Da igual. ¿Pero qué sé yo? Si está interesada, tómale la palabra.

—Yo no he dicho que estuviera interesada.

Los músculos de Hank se tensaron para defenderse de la embestida del inoportuno aunque bien intencionado consejo. Jackson sonrió.

—Jo, tío, ya me he visto en estas con otros amigos antes, muchas veces. Joder, Hank, algo me dice que te vas a meter en problemas. —Jackson se echó a reír—. No tengo consejos que darte. Es mi hermana y la adoro, pero no es para nada fácil. Cat es como un erizo: tienes que cogerla de la forma adecuada o te acabará pinchando.

—No importa. De todas formas, dudo que pase algo entre nosotros.

—Cosas más raras se han visto. Mira David. —Jackson le dio un golpecito en el hombro a Hank—. Salgamos de aquí. Tengo que ir a más sitios.

Cuando Hank llegó por fin a casa de Cat el lunes después de un trayecto horrible hasta Manhattan, aparcó en doble fila para descargar a toda prisa su camioneta, dejando al portero del edificio a cargo de todo el material mientras iba a buscar aparcamiento. Cuando volvió, cargó las herramientas y los tablonos en una plataforma con ruedas que empujó hasta el ascensor de servicio. Aparcó el chirriante carrito y llamó a su puerta.

No hubo respuesta. Volvió a llamar y oyó pasos. Todavía sin respuesta.

¿Pero qué está pasando? Miró el reloj. Las ocho de la mañana. Cat sabía que iba a venir hoy.

A sus espaldas, Esther abrió la puerta.

—Al oír trastear a alguien en el rellano, miré por la mirilla. ¡Qué maravillosa sorpresa encontrarte en mi puerta!

—Buenos días, señora Morganstein. —Hank sonrió ante semejante escrutinio descarado de su persona—. No sabría por casualidad dónde se encuentra Catalina, ¿verdad?

—Suele salir a correr por la mañana, pero estoy segura de que ya habría vuelto si supiera que estás aquí. Estaba deseando que empezaras.

—Está desesperada por tener más espacio de almacenamiento.

—Oh, no creo que sea el único motivo por el que está de tan buen humor últimamente.

Esther le guiñó un ojo.

Otra casamentera que añadir a la lista. ¿Acaso todo el mundo se había puesto de acuerdo?

Antes de que pudiera responder, Cat salió del ascensor, canturreando la canción que estuviera escuchando en su iPhone.

Unos pantalones cortos negros ajustados y un top deportivo rosa fluorescente cubrían su cuerpo. Un grueso turbante blanco mantenía el pelo alejado de su cara. El resto de su sedoso cabello estaba recogido en una cola de caballo.

Al verlos, los saludó con entusiasmo, ajena a la frustración y, admitámoslo, fascinación de Hank. Su piel brillaba por el sudor y podía ver cómo se contraían los músculos en sus piernas y abdominales mientras

caminaba hacia él.

Maldita sea. La tentación era demasiado grande.

—¡Buenos días! —Sonrió mientras se sacaba los auriculares de los oídos—. No sabía que vendrías tan pronto. Hola, Esther. ¿Necesitas algo?

—No, querida. Solo estaba haciendo compañía a este guapo muchacho. Ahora es todo tuyo.

Sonrió y cerró la puerta.

—¡Está loooca por ti!

Cat soltó una risita mientras abría todos los cerrojos. Hank no podía dejar de mirar su culo prieto.

—Entra.

—Gracias.

Hank la siguió, arrastrando el carrito dentro y luego cerrando la puerta. Se centró en la tarea que tenía entre manos para evitar placarla contra la pared y arrancarle la ropa sudada.

—Vendré pronto todos los días. Si no vas a estar, podríamos organizarnos de alguna forma.

—Vale. ¿Quieres que te dé unas llaves? —Cat miró la montaña de madera y dio una palmada, ajena al hecho de haberlo molestado y haberlo puesto a mil sin ni siquiera pretenderlo—. Estoy deseando que empieces.

Hank arrastró el carrito hasta su dormitorio. Cat había vaciado el espacio para que Hank pudiera dejar allí el material.

—Voy a tapar los conductos de ventilación para que el polvo no se esparza por todo el apartamento.

—Vale, gracias. Ahora necesito ducharme.

Cat le guiñó un ojo y entró en el baño principal, cerrando la puerta a su paso.

Hank se quedó mirando la puerta, imaginando cómo se iría quitando esa minúscula ropa, deseando tener esa visión de rayos X con la que ella había bromeado la semana anterior.

¿Cómo reaccionaría Cat si él se colara en su ducha y le ayudara a frotarse en esos lugares a los que siempre cuesta llegar? Maldita sea, acababa de provocarse uno de los empalmes más grandes de su vida. Agitando la cabeza, todo frustración, descargó el carrito y lo devolvió al vestíbulo.

Cuando volvió, casi tropieza con ella saliendo de su dormitorio llevando únicamente una toalla. La visión y el olor de su cuerpo casi desnudo por poco hacen que se caiga de espaldas.

—Te has ruborizado, Hank.

Cat se quedó quieta, con el pelo pesado y mojado sobre la espalda.

O su imaginación estaba disparada o ella tenía planeado volverlo tan loco que al final aceptaría lo que fuera, incluso su propuesta de negocio. No sabía qué lo irritaba más, su plan o el hecho de que pudiera funcionar.

—Justo como esperabas, ¿no?

Él también sabía jugar a ese juego. Puede que su objetivo solo fuera profesional, pero el suyo era personal. Hank le acarició el brazo con el dedo hasta que ella se estremeció.

—Estás temblando —le susurró al oído, prolongando el momento un instante sin decir nada. Entonces, dio un paso atrás—. Ve a vestirme y déjame trabajar.

Cat le miró la boca antes de desaparecer en la habitación de invitados. Hank sonrió y contuvo su fuerte impulso de perseguirla y placarla en la cama. El deseo mutuo era un débil sustituto de lo que realmente quería y lo que él quería probablemente era tan disparatado como sus planes empresariales.

En el fondo, no podía quitarse la sensación de que solo la sentiría cerca cuando corriera el peligro de acabar con el corazón roto.

Mejor ponerse a trabajar.

Hacia el mediodía, Cat ya había pasado como cuatro veces por allí para controlarlo. Le había ofrecido algo para comer o beber, le había preguntado si no hacía demasiado calor o demasiado frío e, incluso, habían charlado sobre sus gustos musicales.

Su minivestido no la tapaba mucho más que la toalla y se acercó, se inclinó y se contoneó cerca de su cuerpo. Cada interrupción le suponía al menos diez minutos de fantasías antes de poder volver a concentrarse. Así que no se sorprendió demasiado cuando la volvió a ver cruzar la puerta.

—¿Pausa para almorzar?

Cat se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Ya?

Hank se dio cuenta de lo poco que había podido avanzar esa mañana.

—Venga. —Balanceaba la rodilla de un lado a otro mientras hablaba—. Tengo algunas sorpresas para ti.

Más apetecible que una cerveza bien fría un día sofocante.

—Vale, me tomaré un descanso.

Hank soltó el cepillo y cogió la bolsa del almuerzo.

—No necesitas eso. Tengo algo mejor. —Lo llamó con el dedo índice y una sonrisa traviesa—. Sígueme.

Como un lemming, la siguió, intentando sin demasiado éxito aplacar la emoción que le provocaba la idea de su siguiente estratagema. Un fuerte olor dominaba el pasillo a medida que se iban acercando a la cocina. ¿Barbacoa? Cat permanecía de pie junto a la silla de la cocina y gesticulaba hacia una montaña de costillas que había en el centro de la mesa.

—*Voilà!*

—¡Mi comida favorita! —dijo, sorprendido, antes de mirarla—. ¿Cómo lo sabías?

—Lo comentaste el verano pasado.

—¿En serio?

¿Y ella se acordaba? Eso tenía que significar algo. En la mesa podía ver ensalada de col, pan de maíz y cerveza fría.

—Cat, esto es todo un detalle por tu parte. No sabía que cocinabas.

—¡Y no cocino! —Se echó a reír—. Pero soy un genio de la comida a domicilio. Ahora, siéntate.

Cat se acercó al fregadero y volvió con un vaso de agua.

—Supongo que no vas a ayudarme a comerme esta enorme ración de costillas, ¿verdad?

Se sirvió unas cuantas en un plato.

—He quedado con Vivi para comer, pero, créeme, pasar de esas costillas no es un sacrificio para mí. —Agitó la cabeza y se bebió el agua—. Si tu comida favorita fuera tarta de *mousse* de chocolate, sí me sentiría tentada.

—Tomo nota.

Hank no tardó nada en devorar las costillas. Mientras se chupaba los dedos, preguntó:

—¿Y por qué todo esto?

—Porque tú siempre estás cuidando de los demás.

Cat sumergió el dedo índice en una cucharada extra de salsa barbacoa y la probó lamiéndolo despacio. *Oh, sí.* Él quería más. Miró la salsa barbacoa y se le ocurrieron unas cuantas formas creativas de usarla. Cat volvió a meter el dedo en la salsa.

—Pensé que deberías saber qué se siente cuando alguien cuida de ti.

Aturdido, tuvo que apartar la mirada del dedo de su boca y tomarse

algunos segundos para procesar su respuesta.

—Pues te sientes realmente bien.

Su comentario le valió una enorme sonrisa que hizo que el corazón diera una o dos volteretas. ¡Oh, Dios mío, Jackson tenía razón! Tenía un problema.

Comió deprisa para poder volver al trabajo.

—Me ha encantado el detalle. Gracias, pero, honestamente, no hace falta que te molestes tanto por mí. —Tiró los huesos a la basura y enjuagó el plato—. Tengo que volver al trabajo.

—Espera. Tengo algo más que enseñarte. ¿Puedes sentarte aquí cinco minutos más?

Hank hizo lo que se le pidió mientras Cat sacaba una hoja de papel de su lujoso bolso. La puso frente a él y preguntó:

—¿Qué te parece este nombre?

En un rectángulo marrón se podía leer: «Mitchell/St. James, muebles a medida» escrito con letras doradas.

Hank se quedó mirándola, sin saber muy bien qué responder.

Cat volvió a mirar el papel.

—Cuando me prometiste que considerarías mi oferta, tuve un subidón de energía creativa. Me he pasado todo el fin de semana pensando en un nombre que transmitiera la idea de muebles únicos y exclusivos, pero que también aprovechara el tirón que pudiera tener mi nombre. Tampoco me parecía justo que solo apareciera mi nombre porque tú eres el diseñador. Y entonces me vino: nuestros nombres quedan muy bien juntos y, dado que tú aportas el talento, tu nombre debe ir primero.

Su sonrisa emocionada se fue abriendo paso por el pecho de Hank. El más mínimo ánimo por su parte habría disparado esa alegría y confianza. ¿Cómo podría robarle eso ahora?

—Sí quedan bien...

Ver sus nombres juntos despertó en él otra oleada de fantasías poco realistas.

—Y eso no es todo. Una vez que la marca se asiente como marca de calidad, podrías ampliar el negocio a copias de fabricación masiva. Podríamos llamar la línea «CT Chic» para capitalizar ese rollo Nueva Inglaterra que tanto le gusta a la gente. En ese momento, los ingresos potenciales podrían aumentar de forma significativa.

—Guau. ¡Sí que vas deprisa tú! —Su entusiasmo contagioso casi lo

convence, pero sus sueños eran demasiado ambiciosos y ninguno tenía en cuenta los riesgos—. Todavía quedan muchas preguntas que responder antes de poder poner en práctica todas esas ideas.

Cat cogió el papel y frunció el ceño, decepcionada, antes de soltarle un sarcástico:

—Lo digo en serio.

—No pretendo hacerte daño, pero todas estas ideas suenan bastante caras. Y yo solo soy una persona. Yo solo no puedo producir muchas piezas y dudo mucho que pueda mantenerte a ti, a mí y a mi familia.

—Todo eso puede solucionarse. Puede que al principio solo coja lo suficiente como para cubrir mis gastos o algo así o podemos ofrecer becas a aprendices para que te ayuden. Mientras tanto, yo podría empezar a correr la voz entre mis amigos con el objetivo de conseguir una clientela con dinero o, incluso, proponérselo a algunas tiendas de lujo y minoristas que quieran mesas o armarios de diseño o algo así. —Cat se veía triunfante—. Mantendremos los precios altos siendo selectivos al principio. Haremos ruido y crearemos misterio, pero, una vez que nos hayamos forjado una reputación y tengamos una maravillosa cartera de clientes, lanzaremos una línea de muebles asequibles.

—Desde luego no te falta ambición. —Hank soltó una risita antes de volver a ponerse serio—. Tu confianza es contagiosa, pero el diablo está en los detalles. ¿Podría hacer todo esto sin poner en riesgo la estabilidad de mi familia? Cuentan con mi nómina y estoy seguro de que no tienen dinero para invertir. Si estuviera solo, ni me lo pensaría, pero no veo cómo podría encajar eso ahora mismo.

Cat se inclinó hacia delante, impávida.

—En tan solo diez años, Kathy Ireland amplió su marca, pasando de una marca de calcetines a un imperio multilínea que factura dos mil millones de dólares al año. Si ella puede hacerlo, estoy segura de que nosotros podemos convertir esta idea en un negocio que genere suficientes ingresos como para que los dos podamos vivir cómodamente.

—Está claro que ella es la excepción, no la norma. —Hank se frotó la mandíbula—. ¿Acaso no me escuchaste cuando te dije que, como mucho, podría hacer unos veinte artículos al año?

Su expresión de sabelotodo, parecida a la que le lanzaba su hermana Meg de vez en cuando, le decía que estaba a punto de que lo corrigieran.

—He leído una serie de artículos sobre dos tíos que hicieron

exactamente lo que te estoy proponiendo ahora mismo. Algo así como Chang... Hellman. Hellman-Chang. Uno se encargaba del *marketing* y el otro fabricaba mesas después del trabajo y los fines de semana. En un par de años, ya tenían unas instalaciones de más de setecientos metros cuadrados y otros artesanos les ayudaban a producir los muebles en masa para pequeños hoteles y sitios así. —Cat se acomodó en la silla—. Además, dijiste que mantendrías la mente abierta.

—Una mente abierta no implica cerrar los ojos ante los riesgos. Quizá no puedas darte cuenta porque solo tienes que pensar en ti. De hecho, ¿acaso has pensado en cómo se podría sentir tu hermano si lo dejara para asociarme contigo?

—Jackson estaría cabreado un tiempo, pero te acabaría sustituyendo y la vida continuaría. Confía en mí. Nuestro padre ya se encargó de que supiéramos cómo funcionaba el mundo. No sabría decirte cuántas veces nos repitió «Nadie te debe nada. Tienes que trabajar para conseguir lo que quieres y hacer que suceda». Así que, te lo prometo, Jackson lo comprendería y nos perdonaría por perseguir nuestros sueños.

Al ver que Hank no respondía de inmediato, continuó.

—A menos que no sea tu sueño, claro. ¿Puede que te haya malinterpretado?

—No, no lo has hecho.

—¿Entonces dónde está el problema? Pensé que estarías más emocionado. ¿No crees en tu trabajo? ¿O es que tienes miedo al fracaso?

—Es que no puedo permitírmelo porque podría hacer daño a la gente que quiero.

Cat apretó los labios, claramente molesta.

—Está claro que no pensabas realmente todo lo que me dijiste en tu garaje, porque, de ser así, no estarías tan convencido de que fracasaríamos.

El dolor que vio en los ojos de Cat casi mata a Hank. Cat se puso en pie de repente y dejó el vaso en el fregadero, dispuesta a salir corriendo de la cocina.

—Quizá solo quisiste ser amable, pero habría preferido que hubieras sido honesto, tan honesto como todos los que piensan que lo único que puedo hacer en la vida es posar delante de una cámara.

Hank la agarró del brazo para detenerla.

—Yo no pienso eso. Lo único que digo es que estamos en situaciones completamente diferentes y que esta enorme tarea conlleva toneladas de

complicaciones y riesgos.

Como cada vez que se tocaban, una descarga de energía atravesó sus extremidades. Cat también debía de estar afectada porque su respiración se volvió entrecortada.

Una vez recompuesta, le lanzó un reto.

—Deberías dejar de pensar en los riesgos y centrarte más en las oportunidades.

Dejó de centrar la mirada en sus labios para fijarla en sus ojos con la esperanza de transmitirle su intensa energía.

Antes de que decayera, Hank la acercó un poco más para lanzarle su propio desafío.

—Podría decirte lo mismo en cuanto a las relaciones, Cat.

Sus pupilas se dilataron e intentó soltarse. *Esta vez no.* Agarrándola por la nuca, Hank se agachó un poco para poder mordisquear su labio inferior antes de besarla con suavidad.

Poco a poco fue profundizando el beso para avivar las llamas de lo que quiera que se hubiera estado desarrollando entre ellos, saboreando el tamborileo que reverberaba por todo su cuerpo, el ruido sordo del latido del corazón de Cat en su pecho, el insistente gimoteo de su garganta mientras sus lenguas intensificaban su penetrante exploración.

Colocando su rostro con las manos, Hank la empujó hasta atraparla contra la encimera. Cat gimió en su boca, pero entonces lo apartó.

—Hank, para. Ya te he dicho que no estoy buscando una relación.

Ese beso solo hizo que estuviera todavía más decidido a tenerla, aunque eso supusiera reducirlo todo a una simple aventura.

—Vale, te propongo una cosa. —Hank se cruzó de brazos a la altura del pecho—. Consideraré seriamente tu propuesta con dos condiciones.

Cat se aferró a la encimera que tenía detrás.

—¿Qué condiciones?

—Primero, tendrás que profundizar en el estudio preliminar mientras trabajo en tus armarios. Tengo que reducir el riesgo para mi madre y Jenny antes de lanzarme.

—Hecho.

Cat asintió.

—Segundo, quiero esto —dijo, gesticulando entre los dos—, algún tipo de incentivo.

Cat dejó caer sus hombros.

—¿Por qué no me crees cuando te digo que no quiero una relación?

—Una simple aventura me vale. —Hank se encogió de hombros, aceptando el farol de Cat—. No es que yo tenga tampoco demasiado tiempo para un compromiso serio, Cat. Ya has visto todas las exigencias de mi vida y no harán más que empeorar si al final empezamos eso de Mitchell/St. James.

Los ojos de Cat se abrieron como platos y dudó.

—¿No crees que es una mala idea mezclar negocios y placer?

—Hace un segundo me dijiste que dejara de centrarme en los riesgos. ¿Lo decías en serio o simplemente estabas intentando salirte con la tuya?

Cat miró por la pequeña ventana de la cocina, con las manos apoyadas en las caderas.

—Deja que me lo piense. Ahora tengo que irme a buscar a Vivi.

—De acuerdo. —Hank cruzó la cocina—. Si me necesitas, estaré en tu dormitorio.

Querida mamá:

Necesito tu consejo porque no sé qué hacer. Anoche soñé con Hank llevando el traje que se puso en la boda. Estaba de pie, en la extensión de césped de la Spring House, junto al mar, con los brazos en jarras y el viento alborotando su pelo. Miró por encima de su hombro y me vio —me vio realmente a mí—, pero entonces me desperté bañada en un sudor frío.

CAPÍTULO 11

Cat saludó con la mano a Vivi, que la estaba esperando bajo el toldo color borgoña del Candle 79.

—¿Llego tarde?

Si fuera así, culparía a Hank por haberla dejado en estado de *shock* con su tentadora sugerencia y ese tórrido beso. Tenía que controlarse antes de que su preocupación por él acabara arruinando el encuentro que había planeado con Vivi.

—No. —Vivi abrió la puerta del restaurante—. Es que yo he llegado pronto.

Un camarero las acompañó hasta una mesa doble dispuesta junto a las puertas de cristal y los marcos de madera que les ofrecían una buena vista de la calle. Cuando Vivi le echó un vistazo al menú, las arrugas de su frente se hicieron más profundas ante cada opción disponible.

—¿Todo vegetariano? —Miró de cerca su carta—. Espero que las porciones al menos sean inmensas o tendré que parar a comprar una *pizza* camino de casa.

—La comida es estupenda, Vi. Te prometo que no te irás con hambre.

Como siempre, el pozo sin fondo que Vivi tenía por estómago prefería la cantidad a la calidad.

—Tú comes ensalada sin aliñar. Lo siento mucho, pero no le doy la más mínima credibilidad a tu opinión sobre la comida.

Vivi se quedó mirando el menú otro minuto antes de dejarlo a un lado. Apoyó la barbilla en sus manos entrelazadas y le dedicó una sonrisa traviesa a Cat.

—Entonces, ¿qué tal van tus armarios?

—Hank ha empezado con ellos hoy.

Un breve recordatorio de su beso hizo que las mejillas de Cat se

sonrojaran.

—¡Ajá! —Los ojos de Vivi se abrieron como platos por la emoción—. Ha pasado algo. ¡Cuéntamelo todo!

Por mucho que Cat pudiera engañar a la mayoría de personas con su fachada de indiferencia, rara vez podía engañar a Vivi. No merecía la pena ni intentarlo.

—Y me temo que no aceptarás un no por respuesta.

Cat fingió aburrimiento, disfrutando al ver como la emoción de Vivi aumentaba por minutos hasta el punto de la explosión.

Vivi se inclinó sobre la mesa.

—Oh, debe de haber sido realmente bueno. Y tienes razón, no pienso dejar de preguntártelo hasta que lo sueltes.

—Le he hecho una proposición a Hank —empezó Cat tan solo para que Vivi la interrumpiera con un resoplido y un aplauso de emoción—. No una proposición sexual, sino empresarial.

La sonrisa de Vivi se transformó en un ceño fruncido de confusión.

—Ese no era el objetivo de mi gran plan, Cat.

Cat agitó en el aire su copa de vino con falsa modestia.

—Ya te he dicho que dejes de meterte a casamentera.

El suspiro descorazonado de Vivi casi apaga la vela de la mesa.

—Bueno, ¿y en qué consiste esa proposición empresarial?

Después de que Cat la explicara la idea general, se preparó para que la bombardeara con un montón de preguntas bien intencionadas pensadas para señalar todas sus imperfecciones.

—De hecho, me parece una idea estupenda. —Vivi sonrió mientras cogía algunos edamame—. Él es bueno y tú eres inteligente y sofisticada. Una unión perfecta de talentos. De hecho, yo seré vuestra primera clienta. Me encantaría tener una mesa de comedor a medida.

Cat se echó a reír al darse cuenta de que debía de haber esperado lo inesperable de Vivi. El entusiasmo de su amiga alentó temporalmente el suyo propio hasta que recordó la actitud poco comprometida de Hank.

—Bueno, no he dicho que Hank haya aceptado.

De forma distraída, Cat presionó sus labios con los dedos al recordar el beso.

La enorme sonrisa de Vivi se volvió a convertir en un intenso ceño fruncido.

—¿Cuál es el problema?

—¡Por dónde empezar! Sus obligaciones económicas para con su familia, su lealtad hacia Jackson, nuestra falta de experiencia empresarial y de conocimiento del sector...

A medida que iba recitando la larga lista de obstáculos, iba arrugando la nariz. Quizá Hank tuviera algo de razón.

Cat podía ver las ruedas dando vueltas en la cabeza de Vivi antes de que su amiga, muy decidida, apoyara los codos en la mesa y entrecerrara los ojos.

—Seguro que hay soluciones. Así que la pregunta aquí es la siguiente: ¿qué piensas hacer para que cambie de opinión?

Vivi siempre podía hacer reír a Cat, incluso cuando no era su intención.

—Bueno, se lo está pensando, pero también me ha pedido que yo considere una relación más personal.

El cuerpecito de Vivi se agitó mientras taconeaba en el suelo llena de júbilo.

—¡Lo sabía! Sabía que los dos teníais asuntos pendientes. Este es justo el empujoncito que necesitabas. ¿Ves? Me alegra haberlo mandado a tu apartamento ese día. —Vivi fingió darse un golpecito en la espalda—. Puedes agradecermelo con chocolate o tarta de queso.

—No te emociones tanto. Si acepto, lo máximo que me plantearía sería una relación casual sin ataduras o algo así. Sé que no me crees, Vi, pero no busco amor.

El camarero las interrumpió para tomarles nota. Antes de que se fuera, Vivi empezó su interrogatorio.

—¿Pero te sientes atraída por Hank?

—¿Quién no se sentiría atraída por Hank?

—No te salgas por la tangente. Te estoy preguntando si estás interesada en mantener una relación personal con él.

—Se me ha cruzado por la mente. Cien veces o más, pero mejor que eso quede entre nosotras.

—¿Desde hace cuánto? —Vivi apuntó a Cat con un dedo—. ¡Y no me mientas!

—Supongo que desde tu boda, cuando me salvó de cometer un gran error... del que preferiría no hablar. —La mirada reprimida de Cat hizo que Vivi se quedara paralizada—. Tengo que conocerlo mejor, saber más de él, de su familia, de sus puntos fuertes. Me hace creer que no se sentiría decepcionado cuando se diera cuenta de que no soy para nada la *sex symbol* de las portadas de las revistas. Como si ser simplemente yo ya fuera

suficiente.

—Yo siempre he sido yo misma con David. A él le gusto yo con todas mis rarezas. —Los ojos de Vivi se llenaron de lágrimas de felicidad—. Entonces, ¿por qué limitarlo a una simple aventura?

—Si vamos a hacer negocios juntos, no creo que ningún tipo de aventura sea una buena idea. Una aventura lo complicaría todo. No necesito más complicaciones en mi vida.

No sabía si contarle a Vivi lo de su problema médico. Al fin y al cabo, hablarlo con alguien ya sería un primer paso hacia la aceptación de la realidad. Se removió en su asiento, nerviosa por su secreto.

—Muchas parejas dirigen negocios juntos, así que esa excusa no vale. —Vivi resopló antes de beber un sorbo de su té helado—. ¿Acaso Justin ha hecho que ya no quieras tener relaciones?

—No, no tiene nada que ver con Justin.

Cat se bebió un buen trago de vino para calmarse los nervios. Dejó la copa en la mesa y tamborileó con los dedos en la mesa con gran énfasis.

—Solo quiero ser realista. Créeme, lo mejor para mí ahora mismo es que me centre en el trabajo.

Vivi agarró la mano de Cat.

—En cinco años, ¿qué sería más importante para ti? ¿Tu carrera o una vida y una familia con un hombre al que ames?

—No todo el mundo puede ser como David y tú. ¿Y quién ha dicho que yo podría amar a Hank o que Hank podría amarme a mí? —Con la mente fija en la palabra «familia» de la pregunta, Cat soltó su mano de la de Vivi—. Pero si existiera la posibilidad de que me enamorara de él, lo mejor sería rechazarlo.

—No tiene sentido nada de lo que me estás diciendo.

Vivi puso cara de haber lamido un limón.

Cat dudó. Revelar sus noticias en público era muy arriesgado, pero al menos le aseguraría que la conversación no se haría eterna. *Venga, hazlo.*

—Tengo que contarte algo, pero no quiero darte pena.

—¿Pero se puede saber cuándo me has dado pena? —preguntó Vivi—. ¿Y por qué me estás asustando? ¿Sabe David lo que estás a punto de contarme?

—No, nadie lo sabe. De hecho, ni siquiera sé si debería contártelo y sé que todavía no estoy preparada para contárselo a mi familia.

—¿Más secretos? —Vivi se inclinó hacia delante, con los ojos alerta—.

¿Has recibido más cartas de esas?

—No tiene nada que ver con eso.

Cat frunció el ceño al recordar ese asunto tan espinoso. Ya habían pasado unas cuantas semanas desde la última carta, lo que significaba que solo quedaban unas cuantas semanas para que la orden de alejamiento de Justin expirara. ¿Coincidencia? Cat ahogó un escalofrío y volvió al asunto que les ocupaba.

—Prométeme que no me vas a montar una escena ni se lo vas a contar a David.

—Estoy segura de que voy a arrepentirme, pero vale, te lo prometo. —Vivi se mordió el labio—. Pero este es el último secreto que le oculto a David. Te quiero, pero él es mi marido. Ahora las cosas son diferentes.

—Me parece justo.

Sabía que el amor de Vivi por David acabaría eclipsando su amistad, como era lógico. Cat inspiró profundamente y exhaló despacio.

—¿Recuerdas que después de dejar la píldora llevo tiempo quejándome por no tener la regla pero que sigo sintiendo el síndrome premenstrual?

—Por culpa del estrés que te había provocado el asunto de Justin.

—Ojalá fuera algo menor. —Sin pensarlo, dobló la servilleta de su regazo intentando ganar tiempo—. Por desgracia, ese no es el caso y no tiene cura.

—¿No tiene cura? ¿Estás enferma? —Los ojos de Vivi se llenaron de inmediato de lágrimas—. ¿Es algo serio? ¿Es cáncer?

—No, no tengo cáncer. —Cat sonrió con ironía—. Pienso seguir dándote la brasa muchos años más.

—Oh, gracias a Dios. —Vivi se apretó las sienes con los dedos—. ¿Entonces de qué se trata?

—Menopausia prematura. —Cat volvió a inspirar, sintiéndose sorprendentemente tranquila a pesar de haber compartido su secreto—. Teniendo en cuenta el historial familiar de cáncer de mama, desconfiaba un poco de la terapia hormonal sustitutiva, pero, animada por la especialista, he decidido tomar vitamina D y tendré que estar atenta a las posibles enfermedades cardíacas y aguantar los sofocos y los cambios cutáneos y todas esas cosas durante los próximos veinticinco años. El problema, por supuesto, es que mis posibilidades de quedarme embarazada son prácticamente cero.

Vivi cerró los ojos e inspiró despacio. Las lágrimas estuvieron a punto

de brotar de los ojos de Cat, pero parpadeó para impedir que lo hicieran.

Vivi abrió los ojos, puso las manos en su regazo y miró con solemnidad a Cat.

—¿Pero no son cero? ¿Podrías congelar óvulos y hacerte luego la fecundación *in vitro*?

—El procedimiento recomendado sería una donante de óvulos. Es complicado y abrumador pensar en ello. Tampoco es que tenga mucho sentido, teniendo en cuenta que ni siquiera estoy enamorada ni estoy considerando tener una familia.

—Prematuro, quizá, pero no sin sentido —empezó Vivi con cautela—. Este diagnóstico no significa que no puedas tener hijos, Cat. Existen muchas maneras de crear una familia. Y la ciencia siempre está avanzando. ¿Por qué no considerar todas las opciones?

—No, Vi, he tenido mucho tiempo para pensarlo desde todos los puntos de vista. Quizá me sintiera diferente si estuviera en una relación seria, pero estoy sola y no quiero perseguir sueños absurdos. Esa es la receta perfecta para un corazón roto. Duele mucho menos aceptar este futuro.

—¿Y hace mucho que lo sabes? —le gritó Vivi—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Quería celebrar tu boda sin que te sintieras mal por mí o te sintieras culpable por ser feliz.

La expresión desamparada de Vivi desencadenó otra oleada de lágrimas. Cat se tocó levemente los ojos.

—Por favor, Vivi. No hace falta casarse y tener hijos para ser feliz, pero ahora entiendes por qué un hombre tan volcado en la familia como Hank no es la persona adecuada para mí.

—No me pega que alguien como Hank dejara a una mujer a la que quisiera porque no pudiera tener hijos.

—Bueno, nunca lo sabremos. Después de todo el tiempo que lleva sacrificándose por los demás, desde luego no seré yo la que le pida que renuncie a algo tan básico. —Cat jugueteó con su tenedor—. Honestamente, no me imagino pidiéndole a ningún hombre que lo haga. Me sentiría como si le estuviera robando algo sagrado y siempre me preguntaría si se arrepentiría.

—No sé qué responder a eso, solo puedo decirte que no estoy de acuerdo. Un hombre que te quisiera se sentiría afortunado de estar contigo, no se sentiría como si le hubieran robado algo. Son muchas, muchas las mujeres que se ven en tu situación y la mayoría encuentra buenos hombres

con quienes formar familias felices. No seas una mártir ni evites el amor por miedo.

Vivi cogió las manos de Cat al otro lado de la mesa.

—Apuesto a que la mayoría de mujeres en mi situación ya tenían una relación seria cuando descubrieron que no podían tener hijos. Y eso es diferente. ¿Ahora tendría que andar preguntándome cuándo debería soltarle la noticia a mi nuevo novio? ¿Justo después del primer «te quiero» o cuando me dé el anillo? —Cat suspiró, cansada de tener que lidiar con tantas emociones—. Una relación sin ataduras encaja mejor en mi naturaleza St. James. Me ofrece todas las ventajas de una relación a la vez que me ahorra las incomodidades y las decepciones.

Cat se apartó con la esperanza de que su tono de voz pusiera fin a la conversación y por fin se le asentara el estómago. Ya había resultado bastante difícil compartir su diagnóstico como para ahora tener que defender sus sentimientos o, Dios no lo quisiera, considerar siquiera compartirlos con los demás. Era su dolor y de nadie más. Independientemente de lo que dijeran o pensarán los demás, Cat seguro que tenía derecho a tener sus propios sentimientos sobre su situación. Sobre su pérdida. Solo ella podría construirse una vida en torno a ella.

Sin embargo, Vivi decidió ignorar la advertencia y siguió con el tema.

—Dudo mucho que puedas evitar el dolor aislándote. —Le lanzó a Cat una mirada maliciosa—. Y, por cierto, tu plan deja fuera uno de los mayores beneficios de una relación: el amor.

Cat recibió con agrado la interrupción que supuso que les sirvieran la comida. Vivi escudriñó su brebaje de quinoa con escepticismo mientras Cat apuñalaba sus verduras.

Amor. *¡Ja! ¡No puedo echar de menos algo que nunca he tenido!* Por otra parte, también corría el riesgo de engancharse en una aventura por diversión con Hank. Era peligroso, pero ese beso había sido bastante convincente. Si establecían reglas estrictas, el sexo no tenía por qué dañar su relación comercial. En cuanto a todo lo demás, ya habría tiempo de preocuparse por eso más tarde.

Más tranquila por sus propias conclusiones, miró a Vivi y cambió de tema.

—Y hablando de amor, ¿qué tal os va a ti y a mi querido hermano?

Hank entró por la puerta de los Caine a las siete de la mañana, dándole sorbos a lo que quedaba de café en su termo.

—Tienes que recortar eso, Doug. —Hank señaló las dos secciones de la moldura de cornisa—. No están bien alineadas.

—Solo tú te das cuenta. —Con un resoplido, Doug se cruzó de brazos—. Los propietarios de la casa no van por ahí subiéndose a escaleras y usando cintas métricas para medir cada milímetro.

Hank agitó la cabeza. Doug, veinteañero, era demasiado vago para el gusto de Hank. Jackson había contratado de forma impulsiva a dos trabajadores más y luego había obligado a Hank a pulir el trabajo de Doug para que cumpliera con sus estándares de calidad.

—Mira, tu trabajo consiste en hacerlo lo más perfecto posible. Puede que no sepan qué está mal, pero si vas haciendo chapuzas por aquí y por allá, el efecto general acabará viéndose. Además, Jackson lo inspeccionará y se dará cuenta. Si no quieres perder tu trabajo y hacerte una buena reputación, pon más cuidado en lo que haces.

—Mierda, Hank. Pareces mi padre. —Doug agitó la cabeza en señal de asqueo y cogió las molduras—. Además, ¿qué haces tú aquí? Pensé que estarías trabajando en ese «proyecto especial» para la hermana de Jackson. ¿Cómo lo has hecho para tener tanta suerte? Apuesto a que tiene algunas ventajas adicionales trabajar en su casa.

—¿Y qué tal si te concentras en tu trabajo en vez de preocuparte por el mío? No tengo tiempo que perder en rumores absurdos. —Hank siguió su inspección de la carpintería de la entrada—. Y tampoco tengo tiempo para controlarte.

—¿Quién te lo ha pedido? —espetó Doug—. Soy bueno en mi trabajo.

—Prometes, pero será mejor que reconsideres esa actitud. —Hank se mantuvo con los brazos en jarras—. Jackson es un hombre justo y puede ser un jefe extremadamente generoso, pero también es exigente. Además, aquí trabajamos en equipo, así que no fastidies a tus compañeros intentando rematar mal un trabajo. Al final, todos perderíamos.

—Vale. —Doug puso los ojos en blanco antes de bajar sus gafas de seguridad y darle la espalda a Hank—. Volveré a hacer las malditas molduras.

—Bien.

Hank se giró y salió por la puerta principal.

El sol estival calentaba sus hombros mientras cruzaba el césped del

camino de entrada. Antes de que pudiera llegar a su camioneta, Jackson lo detuvo. Sus gafas de sol no podían ocultar las profundas arrugas que se marcaban bajo sus ojos y en torno a su boca, señales sin duda de agotamiento y, con bastante probabilidad, de una gran resaca.

—¡Hey, Jackson! No esperaba verte aquí tan temprano.

—Doug y Ray necesitan un empujoncito. Tenemos que acabar este trabajo y pasar a la casa de los Hudson —dijo Jackson mientras cerraba la puerta—. Al haberte ido tú un par de semanas del equipo, vamos un poco justos.

Hank se encogió de hombros. ¿Cuántas veces podría decirle «Te lo dije» sin sonar prepotente?

—Terminaré lo de Cat lo antes que pueda.

—Oh, lo dudo mucho. —Jackson esbozó una sonrisa burlona—. No se me ha olvidado que estás loco por mi hermanita. Yo también soy tío, así que tengo bastante claro que todas las «distracciones» harán que seas menos eficiente que de costumbre. No finjas que estás loco por volver aquí con Doug y conmigo.

Jackson se echó a reír por su propia broma.

Ansioso por cambiar de tema antes de que Jackson se diera cuenta de hasta qué punto estaba deseando que Cat lo distrajera, Hank volvió a mirar a la casa.

—Hablando de Doug, ya he hablado con él sobre la entrada, así que no hace falta que entres con la escopeta cargada. No creo que respondiera bien a tu método «disparar primero, preguntar después». Harán falta unas cuantas vueltas más, pero creo que ya sé de qué va.

Jackson asintió, pensativo.

—¿Y qué pasa con Ray? ¿Ya ha terminado de revisar la iluminación del techo de la cocina? Lleva, por lo menos, dos días de retraso. No sé qué diablos está pasando.

—Pues que tu calendario es demasiado agresivo. —Hank suspiró—. Las cosas van mejorando, pero los chicos son nuevos en este tipo de proyectos.

—Eres demasiado blando, Hank. —Jackson se rascó la cabeza—. Tienen que hacer su trabajo. Sin excusas.

La actitud de Jackson era fiel reflejo del mantra de los St. James del que había hablado Cat. Su padre se había asegurado de que sus hijos fueran independientes y personas de éxito, pero ¿a qué precio? De alguna forma, Vivi había derribado las defensas de David, pero le había llevado más de

doce años lograrlo. ¿Quién se esforzaría tanto y esperaría todos esos años por Jackson? ¿O por Cat? Porque por mucho que Cat le fascinara, Hank no podía imaginarse pasando años golpeándose la cabeza contra una pared de ladrillo si jamás diera muestras de resquebrajarse.

—¿Adónde vas? —preguntó Jackson cuando se dio cuenta de que Hank se dirigía a su camioneta.

—A casa de tu hermana.

Hank lanzó el termo por la ventanilla abierta al asiento del copiloto.

—Mierda. Tendría que haberte escuchado. —Jackson escupió en la hierba y agitó la cabeza—. Cat siempre está metiéndome en líos que se vuelven en mi contra.

Hank sonrió, nada sorprendido ya por la capacidad manipuladora de Cat.

—Eso es lo que hacen las hermanas, Jackson.

—Fuera bromas, acaba allí lo antes posible. Eres mi mejor hombre, Hank. No puedo sobrevivir demasiado tiempo sin ti.

Jackson le dio un golpecito en el hombro a Hank antes de entrar, sin saber que su cumplido había despertado una oleada de culpabilidad en Hank por el simple hecho de considerar la loca idea comercial de Cat.

Si aceptaba sus planes, pondrían a Jackson en una situación complicada. Se estremeció con tan solo pensar hasta qué punto se podría hundir Jackson si supiera la noticia.

Querida mamá:

Quizá sea un poco tonta, pero hoy me he levantado llena de esperanza. No es la vida ideal que habrías querido para mí, pero podría ser feliz en una colaboración empresarial y una aventura casual con un hombre sexi y lleno de talento. Eso es más de lo que muchos tienen jamás. Así que prefiero agradecer lo que tengo en vez de anhelar lo que no tengo.

Y ahora puedo mantener mi secreto: una aventura no me obliga a contarle a Hank la verdad.

CAPÍTULO 12

En cuanto Cat abrió la puerta, Hank percibió sus manos nerviosas y su mirada repleta de cafeína.

—Siento llegar tarde —dijo antes de entrar—. He parado en uno de los proyectos de Jackson antes de venir.

—No pasa nada.

Un amago de sonrisa se dibujó en su cara.

—¿Te importa que coja una botella de agua?

Cat señaló la cocina y lo siguió de cerca, casi hasta el punto de adelantarlo. Hank abrió la botella y le dio un sorbo, sin dejar de mirarla con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa? ¿Hoy estás llena de energía?

Con las manos entrelazadas delante de su cuerpo, Cat no dejaba de balancearse de un lado a otro.

—He estado pensando en tus condiciones.

—¿En serio? —La temperatura del cuerpo de Hank subió hasta casi provocarle un sarpullido. Dejó la botella en la encimera—. ¿Me vas a deslumbrar otra vez con hechos y cifras?

—No.

Como un alfiler en un globo, una decepción profunda atravesó su corazón. Como un tonto, había llegado a pensar que acabaría aceptando y que, como él, estaría superada por el deseo.

—Bueno, quizá sea lo mejor. Quizá en unos años sea mejor momento para llevar a cabo esa idea.

—Oh, no, no es eso. —Cat se humedeció los labios y se acercó más a él—. Acepto tus términos, pero todavía tengo que estudiarlo un poco más a fondo. No obstante, sí que estoy preparada para «deslumbrarte» con esa segunda condición.

—¿Lo estás?

—Lo estoy.

Hank parpadeó, incrédulo, aunque su corazón estuviera desbocado por las expectativas.

—¿Pero qué pasa si no nos ponemos de acuerdo en los riesgos comerciales? Quizá deberíamos esperar...

Por supuesto que no era para nada lo que quería, pero tenía que asegurarse de que estaba realmente preparada para dar ese paso.

—No quiero esperar.

Cat, con gran atrevimiento, buscó su mirada estupefacta.

Hank no movió ni un dedo. De hecho, todo su sistema parecía completamente desconectado por la conmoción.

—¿Hank? —Cat ladeó la cabeza, observando con curiosidad su cuerpo congelado—. No me digas que has cambiado de opinión. No me apetece empezar el día con una buena dosis de humillación.

Sin decir nada, Hank atrapó su rostro con las dos manos y reclamó su boca con la suya. Las manos de Cat acariciaron sus hombros antes de pasar los dedos por su pelo. Cada centímetro de la piel de Hank se estremeció al sentir su tacto.

La habitación que los rodeaba se fue desvaneciendo a medida que iba siendo absorbido por el sabor cítrico de la boca de Cat. La euforia se apoderó de él como el helio, elevando su corazón y haciéndolo sentir más ligero.

Aquella mujer que tanto había deseado también lo deseaba a él. Ese momento, parecía tan bonita y frágil como la porcelana. Algo que sus curtidas manos podrían romper con facilidad si no se manejaba con cuidado. Pero el olor de su pelo y la suave piel bajo sus dedos hicieron que perdiera todo rastro de delicadeza.

Un gemido retumbó en su pecho. Sin perder el contacto, Hank la besó con más fuerza, entrelazando sus lenguas en una danza de alto voltaje y apretándola con sus brazos con todavía más fuerza contra su cuerpo. Actuaba por puro instinto, no podía pensar, no sabía qué estaba tocando, pero necesitaba sentir cada precioso centímetro del cuerpo de Cat.

—Cat —gruñó, apartando su boca y deslizándola por su cuello.

De la garganta de Cat salían pequeños ruidos de satisfacción que aumentaban aún más su excitación. Hank deslizó las manos hasta su cintura y se aferró a su trasero, apretándola con fuerza contra su enorme erección.

—Te deseo tanto. Tanto.

Cat deslizó la pierna sobre la de Hank, enroscándola en su muslo.

—Nadie te lo impide.

Hank la subió a la encimera, cubriendo su boca y cuello de besos hambrientos y sin remordimientos. Borracho de pasión, la agarró por las rodillas y le echó un vistazo a su breve vestido. Cat adelantó sus caderas buscando el contacto, desbocando su deseo. No podía oír nada aparte del estruendo de un trueno en sus oídos, solo interrumpido de vez en cuando por sus suaves gemidos.

De repente se dio cuenta de dónde estaban.

—Espera, aquí no.

A pesar de las protestas de Cat, la levantó.

—Aquí estamos bien —le dijo ella antes de mordisquear su cuello y hundir las manos en su pelo.

Hank la dejó en el suelo.

—Puedes ponerte mandona en lo que quieras menos en esto. —Hank la acercó a su prieto cuerpo—. En esto, mando yo.

La cogió en brazos y se la llevó a la habitación de invitados. Tras dejarla en la cama, se puso sobre ella, sin dejar de mirarla. Llevaba mucho tiempo imaginándose ese momento y por fin había llegado. Se lo tomaría con calma. Saborearía cada segundo.

Cat se contoneaba bajo él, como si buscara aliviar su propio deseo contenido. Estaba tan duro que dolía.

Cerrando los ojos, la volvió a besar. Besos cálidos y maleables. Suaves lenguas en una lucha sin cuartel. Manos acariciando melenas al viento. Una respiración entrecortada y excitada rozando su cuello. Una cascada de sensaciones ahogando todo pensamiento consciente.

Volviendo a la tierra, Hank interrumpió su beso y rozó con su boca la parte más sensible del cuello de Cat, bajo la oreja.

Ella recorrió su espalda con las manos hasta sus caderas, animándolo a adentrarse entre sus piernas. Tirando de su camiseta, exploró su cálida piel, dejando trazas de carne de gallina a su paso. Los pulmones y las extremidades de Hank bombeaban oleadas de placer y dulce alivio.

Levantó los brazos y se quitó la camiseta. Luego bajó su mano libre por la clavícula de Cat y siguió por sus costillas hasta llenarla con su pecho. Ella arqueó la espalda para buscar sus caricias. Él le acarició un pezón. A pesar de la fina capa de ropa, se endureció bajo su mano. Como respuesta a su reacción, la erección de Hank se hizo todavía más patente. *Estoy*

excitadísimo.

Hank volvió a besar los protuberantes labios de Cat y, despacio, empezó a desabrocharle el vestido. Mientras lo hacía, se quedó sin aliento ante la visión de otro conjunto de lencería sexi. Un sujetador a juego con las braguitas, completamente recubiertos de bordados amarillo limón y ribeteados con lazo de seda verde lima, que apenas la tapaban nada.

—Tu lencería es impresionante. —Colocó la boca sobre la fina capa de tela que cubría su pecho y succionó hasta hacerla gemir—. Si no supiera que tiene que ser cara, te la arrancaría con los dientes.

—Puedo comprar más. —Cat apretó la cabeza de Hank contra su pecho—. Destrózala.

Sintiéndose tremendamente tentado, se limitó a usar las manos para bajarle las braguitas por sus largas y esbeltas piernas. Casi incapaz de contener su excitación, volvió a subir las manos mientras su boca se encargaba con igual cuidado de su otro pecho. Frustrado por los lazos, le quitó el sofisticado sujetador y dejó que sus ojos se pasearan por el cuerpo desnudo de Cat, que se estiraba ante él.

Cat se incorporó sobre sus codos y arqueó una ceja.

—Creo que tenemos un poco de disparidad aquí. —Se quedó mirando a sus pantalones cortos y luego volvió a fijar su mirada en la de Hank—. Te toca desnudarte.

—¿Competiendo por el control?

Hank se llevó la mano a la cremallera, pero se detuvo en espera de respuesta.

—Lo siento, es la costumbre.

Cat sonrió y se volvió a tumbar.

Hank sonrió y se desnudó deprisa, deseoso de contacto piel con piel.

—Oh —susurró Cat a medida que su deseo sexual iba elevando la temperatura de la habitación mientras estudiaba cada centímetro de Hank.

Él le acarició las mejillas y la mandíbula para luego bajar hasta su cintura antes de deslizar la palma de la mano por su abdomen y descender hasta el punto de unión de sus piernas.

Sumergiendo sus dedos en su caliente centro, usó la palma de la mano para estimular la sensible protuberancia hasta que ella empezó a balancear sus caderas al ritmo de sus movimientos.

—Hank —jadeó.

Él siguió acariciándola, besando su suntuosa boca, mordisqueando su

labio antes de volver al festín de sus pezones. Decidido a hacer de esta la mejor experiencia que hubiera tenido con un hombre, se centró por completo en satisfacerla. Perdió el sentido del tiempo y el espacio hasta que Cat se aferró a su polla hasta casi hacerlo explotar.

—Ahora, Hank. Por favor —le suplicó, levantando las caderas.

—No tienes que suplicarme.

Se apartó un instante para buscar un condón en la cartera. Tras abrirlo con los dientes, se lo puso.

Le sujetó las manos sobre la cabeza y la besó con fuerza, volviendo a bajar su cuerpo sobre el de ella, dejando que la fricción del contacto los calentara. Cat se retorció y gemía debajo de él hasta que ya no pudo esperar más. Abriéndose paso hasta la entrada, se introdujo en el cálido y duro espacio.

—Catalina —dijo Hank con voz ronca. Los músculos de Cat lo retenían con mucha fuerza. *Se está tan bien así—*. Llevaba tanto tiempo imaginádomelo.

Quería ir despacio para no hacerle daño, pero la urgencia de su deseo lo desbordó. Todo se tensaba a medida que iba penetrando en ella con empujones profundos y lentos.

—Sí, Hank —gimió ella—. No pares.

Hank abrió los ojos y se fijó en sus facciones. Estaba debajo de él, bañada en sudor, con los labios entreabiertos y los párpados pesados por el placer.

—Preciosa.

La besó.

«Sé mía» fue el último pensamiento coherente que tuvo antes de perder el control y de que sus caderas tomaran el relevo.

La tensión y el deseo jugaron al tira y afloja, agudizando cada sensación hasta que Cat gritó su nombre y le clavó las uñas en la espalda, llevándolo al límite, totalmente dentro de ella, con las manos aferradas a su trasero mientras se dejaba ir.

Absolutamente agotado, se dio la vuelta, arrastrándola con él mientras le acariciaba la espalda. Le dio un beso en la coronilla e inhaló su perfume y el aroma del sexo.

Perfecta. Ella era perfecta.

Estaba condenado.

Cat apoyó la cabeza sobre su pecho. Parecía relajada, satisfecha y

contenta. Durante unos minutos, Hank cerró los ojos y le acarició los omóplatos con los dedos antes de bajar por la curva de su columna, hasta sus caderas, y luego de vuelta. Entonces la realidad lo golpeó cuando se dio cuenta de dónde estaba: en el trabajo. Le vino a la cabeza el comentario de Jackson sobre las distracciones. *Mierda*.

—Cat —dijo con voz suave.

—Hum —ronroneó sin tan siquiera levantar la cabeza de su pecho.

—Me gustaría quedarme aquí todo el día, pero debería volver a tu armario.

Cuando Cat levantó la cabeza para protestar, Hank dijo:

—Lo siento. Jamás había hecho esto antes... En el trabajo, quiero decir. La besó en la punta de la nariz.

Cat se rio entre dientes.

—De hecho, me sorprende que ninguna de las clientas de Jackson haya intentado seducirte.

—Yo no he dicho eso —bromeó—, pero nunca he caído en la trampa.

—Entonces, ¿ocupo un lugar especial? —preguntó como si nada.

Hank elevó su barbilla con un dedo.

—Eso y mucho más. —Buscó confirmación en los ojos de Cat—. Sé que esto es algo sin ataduras, pero sigue siendo especial para mí.

Hank percibió una mezcla de emociones y quizá un poco de duda en su mirada.

—Me has prometido que podrías dejar las cosas así y que eso no afectaría a nuestra capacidad para trabajar juntos. —Cat tiró del edredón—. Solo somos dos amigos disfrutando de una atracción, ¿vale? Nada de enamorarse.

—Vale, pues entonces intentaré refrenar mis encantos. —Esbozó una sonrisa traviesa—. Pero no te sorprendas si acabas perdidamente enamorada de mí. Soy un tipo encantador.

Hank le dio un mordisquito en el labio y la besó una vez más antes de levantarse para tirar el condón.

Cat se dio la vuelta para ver cómo cruzaba la habitación.

—Bonitas vistas.

—Las mías son mejores —le dijo, guiñándole un ojo y desapareciendo en el baño.

Cuando volvió, Cat estaba sentada en la cama, volviéndose a poner su bonita lencería. Hank se sentó junto a ella y pasó un dedo por el borde de su

sujetador.

—¿Cuántas cosas de estas tienes y cuándo puedo verlas?

—Tengo muchos conjuntos —respondió mientras se apartaba un mechón de pelo de la frente—. Y ya veremos. Para empezar, tenemos mucho trabajo que hacer.

—Eso es cierto. —La besó antes de alejarse con un suspiro—. De verdad que tengo que adelantar trabajo.

—Sí, así es.

Cat se metió el vestido por la cabeza y se lo abrochó. Su expresión se volvió traviesa.

—Pero vuelvo a ser la jefa, ¿vale? Quiero decir que, de hecho, estás trabajando para mí.

—Sí —respondió con cautela.

—Así que si te digo que puedes tomarte diez minutos más...

Cat gateó hasta él, lo empujó contra el colchón y lo besó en la mandíbula.

—¿Ya estás compitiendo por el control otra vez? Estás decidida a pelear.

Su boca sabía tan bien que Hank estaba dispuesto a dejarla ganar, pero ya estaba bien por hoy. Se dio la vuelta, placándola contra el colchón antes de robarle un último beso y alejarse.

—Ahora deja que me vaya.

Podría jurar que la oyó decir:

—Aunque duela.

Cat subió en el ascensor las cincuenta y una plantas hasta la oficina de David, todavía acalorada por la mañana pasada con Hank. Ese último año había echado de menos el sexo, pero después de haber estado con Hank, se había dado cuenta de que se había estado perdiendo un sexo estupendo toda su vida.

De alguna forma, él sabía exactamente cómo y dónde tocarla y besarla, cuándo ser suave y cuándo algo más brusco, cuándo dar y cuándo parar. Todo les había hecho conectar a niveles que jamás había pensado que existían. Todo ese tiempo había pensado que Hank necesitaba protegerse de ella, pero ahora empezaba a temerse que había errado el cálculo. Es posible que su corazón corriera más riesgos que el de él.

El ascensor sonó antes de que se abrieran las puertas, aquel ruido la sacó de sus pensamientos. Tras anunciarle su llegada a la recepcionista, tomó asiento en el vestíbulo del bufete. El espacio tenía cierto aire retro, con suelos de mármol, paredes con paneles de madera y muebles inspirados en el modernismo de mediados de siglo. Copias del *Wall Street Journal*, *The Economist* y otras revistas de economía cubrían la enorme mesa de café.

Amontonó unas cuantas revistas a un lado para ver mejor la mesa y entonces su mirada se paseó por el resto del mobiliario. Quizá las zonas de recepción de las oficinas pudieran ser otro mercado potencial para algunas de las obras de Hank. ¿O quizá debieran centrarse primero en las mesas y luego diversificar?

Un suave repiqueteo de zapatos contra el duro suelo llamó la atención de Cat. Cuando vio a David acercarse para saludarla, se puso en pie y le dio un beso a modo de saludo.

—Me tienes intrigado en cuanto al motivo de esta cita formal. Vivi ha fingido no saber nada, pero sospecho que sigue guardando tus secretos —dijo David, mirando al fondo del vestíbulo—. ¿Empezamos?

—Por supuesto.

Cat proyectaba seguridad, pero pensar en la reacción de su hermano a sus planes le había provocado dolor de estómago. Daba igual que su cara fuera más reconocible que nunca o que ninguno de sus seiscientos mil seguidores de Twitter tuviera la más mínima idea de quién era él, David siempre sería la superestrella de la familia, también a sus ojos.

La ventana de vidrio plano pulido de su oficina ofrecía unas amplias vistas de cientos de edificios de Manhattan. Su mesa, grande y perfectamente ordenada, parecía imponente, tan imponente como él con su traje Canali gris.

En el aparador de detrás había una foto de su boda con Vivi junto con una vieja fotografía de grupo de ella, Vivi, Jackson y David. El toque hogareño la ayudó a calmar los nervios un poco mientras se sentaba en la silla de cuero negro frente al escritorio.

—La conclusión más lógica es que tienes un problema con un contrato que tu agente no puede solucionar. —Su hermano la estudió con su típica intensidad mezclada con sobreprotección—. ¿O tiene algo que ver con la orden de alejamiento que está a punto de expirar de Justin?

—Me preocupa un poco que Justin pueda ponerse en contacto conmigo en un par de semanas, pero estoy decidida a superar mi miedo. Estoy harta de concederle tanto poder. —De hecho, lo estaba—. Pero no estoy aquí por

Justin ni por ningún problema contractual. He venido a hablar sobre los pasos que hay que seguir para crear una empresa.

Dejó el bolso en el borde del escritorio y se preparó para sus preguntas.

—¿Quieres crear tu propia empresa?

Su mirada de escepticismo no la sorprendió.

—Sí. Tengo que planificar la próxima etapa de mi carrera antes de ser demasiado vieja como para competir por las campañas en prensa. Mi agente me ha sugerido que considere la posibilidad de ceder mi nombre a una marca y lo estoy considerando.

David asintió con la cabeza.

—Tiene sentido. Entonces, ¿estás considerando asociarte con un diseñador de moda prometedor o con una línea de cuidado de la piel? Porque supongo que se tratará de una empresa constituida y tú solo tendrías que negociar un acuerdo de licencia.

—No, no estoy interesada en parasitar productos de belleza ni en asociar mi nombre al proyecto de otra persona. Quiero participar en todos los aspectos del negocio.

David se inclinó hacia delante y tamborileó la mesa con los dedos. Con los años de práctica, Cat había aprendido a reconocer su expresión pensativa. Su mente estaba evaluando a toda velocidad una serie de escenarios y empezando a formular preguntas. Esperaría a tener toda la información antes de ofrecer su opinión o consejo, algo que adoraba y odiaba de David a partes iguales.

Sacó una libreta amarilla de su escritorio y cogió un bolígrafo.

—Empieza desde el principio. ¿Cuál es tu plan?

Con una profunda inspiración, Cat le contó su idea de trabajar con Hank, explicándole su visión de dividir los productos en dos líneas. Cuando acabó, se cruzó de piernas para evitar que le temblaran las rodillas.

—Ya veo. ¿Y cómo tienes pensado financiar la empresa? ¿Préstamos, inversores?

—Tengo dinero.

Entornó los ojos.

—Ya sé que tienes dinero, pero no pretenderás invertir una parte importante de tus recursos personales en una empresa emergente de riesgo. ¿Acaso tienes la más mínima idea de cuáles son los costes asociados a algo de esa escala?

—Todavía no. Y es precisamente por eso por lo que estoy aquí

hablando contigo. Quiero que me ayudes a esbozar lo que necesito investigar para que funcione.

David soltó el bolígrafo sobre el papel.

—Cat, no soy experto en la industria del mueble.

—Pero trabajas con tropecientas empresas y haces todo su papeleo legal. Sabes de legislación y financiación corporativas, así que tienes que conocer lo básico. ¿No eres el genio de la familia? —resopló—. Si no puedes o no quieres ayudarme, me buscaré a alguien.

David se presionó en la sien con dos dedos.

—No quiero ser un aguafiestas, pero creo que estás siendo impulsiva y que es más de lo que puedes abarcar.

—¿Ah, sí? ¿Insinúas que, a diferencia de ti, no soy lo suficientemente inteligente como para aprender? A diferencia de Jackson, no puedo trabajar lo suficiente como para alcanzar el éxito. ¿Acaso debería resignarme a estar mona frente a la cámara?

Quiso usar su tono más incisivo para ocultar cualquier rastro de duda. *¿Rastro? ¡Ja!* Más bien montañas de dudas.

—No es eso lo que quiero decir, pero no puedes negar tu trayectoria impetuosa. No estoy seguro de que hayas reflexionado lo suficiente sobre este asunto. Y, hablando de Jackson, ¿cómo va a reaccionar cuando le robes a Hank? Su comportamiento errático ya es suficientemente preocupante como para que tú le causes más problemas.

—Jackson no es el dueño de Hank. Si él quiere irse, está en su derecho.

Cat se levantó de la silla y cogió el bolso. El orgullo la impulsaba a luchar, a aferrarse a la fe de Hank en sus capacidades, a negarse a permitir que David se metiera en su cabeza.

—¿Adónde vas?

David también se puso de pie.

—Al parecer, no estás dispuesto a ayudarme. No tienes que creer en mí, pero no pienso quedarme aquí, sentada, mientras intentas convencerme para que lo deje. —Cat miró al suelo, agitando la cabeza—. Honestamente, si siempre tratas así a tus clientes, no entiendo cómo es que te han hecho socio tan joven.

—Siéntate, Cat. —David se sentó y señaló la silla—. Lo siento mucho. Empecemos otra vez.

Cat hizo una pausa antes de volver a sentarse.

—Antes de entrar en detalles, cuéntame por qué es tan importante para

ti. Parece que tienes prisa con este recién descubierto interés empresarial. Había supuesto que, una vez en tu nuevo apartamento, retomarías tu vida. Por el contrario, estás evitando todo compromiso social y quedándote en casa más de lo habitual. A Vivi también le preocupa. ¿Cabe la posibilidad de que te estés embarcando en esta idea para evitar pensar en Justin, en salir con alguien o algo así?

Conocía a su hermano lo suficientemente bien como para saber que no pretendía insultarla. Detrás de su franqueza, había una preocupación sincera. Sin embargo, todavía no le había contado nada a su familia sobre su diagnóstico y tampoco estaba dispuesta a contárselo a David allí mismo.

Eso solo lo convencería aún más de que se había lanzado a esa idea comercial para evitar el dolor de tener que aceptar su nueva realidad. Quizá sí empezara de esa forma, pero ahora tenía varias razones, incluido un genuino interés, para perseguir esa aventura.

—Por favor, deja ya de sacar el tema de Justin. Si en parte no puedo pasar página es porque todo el mundo saca el tema. Y, además, ya te he dicho que mi agente me ha recomendado que explore alternativas profesionales. Después de ver la mesa que Hank os hizo a Vivi y a ti, así como sus otras obras, me emocioné.

David se inclinó hacia delante.

—¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo?

¿Porque eres demasiado perspicaz? En cualquier caso, David no necesitaba saber el diagnóstico para hacer su trabajo. Para salir del paso, dijo:

—¿Por qué tiendes siempre a sospechar?

—Bueno, vale, no me lo cuentes, pero tampoco pienses que me has engañado. —Esbozó una breve sonrisa—. Y si Hank va a ser tu socio, ¿por qué no está aquí? Estoy seguro de que él sabría responder a algunas preguntas que tendría que haceros para poder aconsejaros mejor.

Cat arrugó la nariz.

—Bueno, todavía no está del todo decidido. Al igual que tú, cree que quedan muchas cosas por hacer antes de que pueda prescindir de la nómina de Jackson. Su madre está muy enferma. Ella y su hermana menor dependen de él, principal motivo por el que necesito encontrar una forma de minimizar los riesgos.

—Hermanita, sin la participación entusiasta de Hank, pareces dirigirte inexorablemente al fracaso. —Su mirada se suavizó junto con su tono de voz—. No quiero que te hagan daño.

—Lo que nos lleva de vuelta al tema que me ha traído aquí. Necesito recopilar toda la información necesaria para demostrar que esto es algo que él y yo podemos hacer juntos. Así que, por favor, sígueme la corriente durante los próximos cuarenta minutos. Te juro que tendré muy en cuenta todos tus consejos y no haré nada imprudente ni estúpido.

David suspiró y volvió a coger el bolígrafo.

—Veamos los pros y los contras de las diferentes estructuras empresariales para después explorar las distintas fuentes de financiación disponibles y, quizá, profundizar en algunos problemas específicos del sector antes de nuestra siguiente cita. Pero, en conciencia, no puedo aconsejarte que sigas con esto hasta que comprendas cómo funciona el sector antes de comprometerte a algo.

—Eso es todo lo que te pido. —Cat frunció el ceño—. Bueno, eso y que no digas nada hasta que Hank acepte. No quiero causar problemas entre Jackson y él.

David le lanzó una mirada incrédula.

—Ambos sabemos que eso será algo inevitable si sigues con estos planes.

—Vayamos paso a paso, David.

Cat acercó su silla a la mesa, decidida a demostrarle a su hermano y a todo el mundo que ella podría triunfar. En ese momento, se dio cuenta de que nunca nada había sido tan importante.

Querida mamá:

Esta semana me he sorprendido a mí misma fantaseando con una relación sana y normal. ¡Te lo puedes creer! Parece que, después de todo, Justin no ha destruido por completo mi fe en los hombres. Por supuesto, eso es algo que me asusta mucho, así que he estado evitando a Hank. Ojalá no hubiera ido nunca al médico. Si no supiera lo de mi enfermedad, sería libre para estar con Hank, con total honestidad y sin sentirme culpable.

Pero los deseos y los cuentos de hadas son para las niñas pequeñas, no para mujeres estériles de cierta edad como yo.

CAPÍTULO 13

Hank había estado contando los minutos, las horas y, ahora, los días desde que hizo el amor con Cat. Solo el recuerdo del roce de sus cuerpos le desencadenaba una oleada de escalofríos. Ya en los seis primeros días después de haber estado juntos, Cat se mantuvo extremadamente ocupada. Inaccesible, de hecho. Había encendido su deseo para luego pasarse el resto de la semana de un lado para otro en Manhattan de «cita» en «cita».

Habían coincidido en su apartamento, había alabado el progreso de sus armarios, había esbozado una sonrisa y había salido corriendo por la puerta. Lo único positivo de su ausencia es que había conseguido adelantar mucho trabajo. Lo malo es que el avance que más deseaba no tenía nada que ver con la construcción.

Esa mañana se había reunido con Jackson en Wilton hasta las once, lo que solo le había dejado unas cuantas horas por la tarde para trabajar en casa de Cat. Se había pasado toda la semana yendo y viniendo de Manhattan, haciendo malabarismos entre el trabajo y su familia. Cuando por fin llegó a casa, se encontró a Jenny desesperada, incapaz de gestionar el cada vez más difícil comportamiento de su madre.

Necesitaba un descanso, pero primero esperaba poder arrancarle una cena y algo más a Cat. Por supuesto, sospechaba que ella tendría planes. Su gran plan para atraerla a una relación seria había descarrilado antes de empezar.

Llamó a la puerta del apartamento de Cat antes de abrirla con su llave.

—¡Hola! —Cat lo recibió con un beso, en la maldita mejilla, y luego le señaló una mujer—. Hank, te presento a Melissa.

—Hola, Melissa, encantada de conocerte.

Hank le estrechó la mano. Como imaginaba, Cat parecía haber hecho planes para esa noche. Planes que no lo incluían a él.

—Siento mucho interrumpiros, chicas. Me voy al dormitorio y os dejo solas.

—¡No tan deprisa! —Cat lo agarró por el brazo—. De hecho, he traído a Melissa para darte una sorpresa.

—¿Qué?

Se le pasaron unas cuantas ideas locas por la cabeza, pero ninguna de ellas parecía tener sentido.

—Es mi masajista favorita, pero hoy es toda tuya. Vete con ella a la habitación de invitados y prepárate para los mejores noventa minutos de tu vida.

Melissa sonrió y Cat estaba resplandeciente, así que odió tener que darles una ducha de fría realidad.

—Cat, por si lo has olvidado, tengo un plazo que cumplir.

—Nadie se va a morir si mi proyecto dura un día o dos más. Es un pequeño regalo para ti. Un poco de esos mimos que nunca te concedes.

—Te prometo que no muerdo —bromeó Melissa, al parecer consciente de su incomodidad.

Hank se rascó la cabeza.

—Melissa, ya que has venido, ¿qué tal si Cat aprovecha la cita y yo me voy a trabajar?

—¡Por el amor de Dios, Hank! De verdad, por favor, hazlo por mí o, para ser más exactos, hazlo por ti.

Cat se puso en jarras, claramente inquieta por sus reticencias.

—Imagino que no tengo otra opción. —Hank levantó las manos en señal de rendición—. Te sigo, Melissa.

Mientras la seguía por el pasillo, observó a Cat por encima de su hombro. Despidiéndose con la mano, satisfecha, dijo:

—Me voy a hacerle una visita a Esther. Os veo luego.

En la habitación de invitados, una vela perfumada ardía en la mesilla. Las luces estaban apagadas y las cortinas cerradas, así que solo la poca luz que entraba por los laterales iluminaba la habitación. Aunque habría preferido recibir un masaje nada profesional de Cat que uno oficial de Melissa, no dijo nada.

Como siempre, su pequeña seductora lo volvía a desconcertar, pero no podía negar que su amable gesto le había llegado al corazón como un abrazo de cuerpo entero de su sobrino. Y, aunque ella jamás lo admitiría, igual de amoroso.

—Esperaré fuera mientras te desnudas. Luego tumbate en la camilla.
Melissa se dio la vuelta para salir, pero entonces dijo:

—Si quieres, puedes taparte con esa sábana, ya me organizaré yo cuando vuelva.

Noventa minutos más tarde, Melissa lo dejó solo después de comentarle que Cat había dicho que podía usar la ducha antes de vestirse. Ni su cuerpo ni sus músculos habían estado jamás tan relajados. De hecho, no tenía claro que pudiera levantar las extremidades, pero tampoco quería hacer movimiento alguno. El aroma a lavanda, la calma, la ausencia de tensión en el cuello y los hombros... Cat tenía razón. Noventa minutos de pura felicidad.

Después de concederse unos cuantos minutos más de satisfacción absoluta, se obligó a bajarse de la camilla, coger su ropa y meterse en el baño de la habitación de invitados. Para cuando acabó de ducharse y vestirse, Melissa y su camilla celestial habían desaparecido.

Recorrió el pasillo camino del vestíbulo para darle las gracias a Cat por su amable y generoso regalo. Se la encontró colocando unas flores entre varias velas encendidas. Su sonrisa tuvo el mismo efecto en él que las manos de Melissa en su cuerpo.

—¿A que tenía razón?

La expresión de «Te lo dije» de su cara lo hizo sonreír.

—Sí, tenías razón.

Hank miró a su alrededor, preguntándose si toda esa puesta en escena romántica sería para él o tendría otros planes. Había un plato de galletas de chocolate y nueces en la mesa.

—¿Las has hecho tú?

—Oh, Dios, no. Las ha hecho Esther. Cómetelas todas, por favor.

Hank cogió dos porque parecían sacadas directamente de un libro de cocina. Su sabor era incluso mejor.

—Gracias por el masaje, Cat. Tenías razón, ha sido impresionante. No sé si ahora voy a poder trabajar con los brazos como si fueran espaguetis recocidos.

—No pasa nada. Hay trabajo que puedes hacer sin sierras ni lijas.

—¿Ah, sí?

Cat puso un poco de cerveza fría en un vaso, se lo dio y señaló el sofá.

—Siéntate.

Al menos, había suavizado su prepotencia con buenas maneras. Cuanto más la conocía, más se daba cuenta de que su autoritarismo era consecuencia de su gran entusiasmo y no de una auténtica necesidad de control.

Cat sacó una libreta de su bolso y se sentó junto a él. Si la placaba en el sofá, ¿podría seducirla?

—He investigado mucho y tengo algunas ideas sobre cómo podríamos probar el negocio sin necesidad de saltar la banca o de exponerte a un riesgo excesivo. —Cat sonrió sin ser consciente de lo mucho que le estaba costando a Hank controlarse—. ¿Dispuesto a escuchar?

Casi hace que Hank escupa la cerveza cuando sus planes se hicieron más evidentes. Con una sonrisa de admiración en la cara, agitó la cabeza en señal de rendición.

—Oh, eres buena. Todo esto ha sido para tenerme tan relajado que no pudiera negarme, ¿verdad?

—¡Para nada! —Cat le dio un golpecito en el muslo—. Llevo pensando en ese masaje desde que te lo mencioné hace semanas. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Además, ya habías prometido escucharme si aceptaba tus condiciones, algo que he hecho.

Hank asintió en silencio, aunque lo que en realidad deseaba era repasar la segunda condición. Incluso ahora.

—Después de hablar con David, creo que constituir una sociedad de responsabilidad limitada sería lo mejor porque nos daría la protección de una empresa, pero con las ventajas fiscales de una sociedad. Si la establecemos al cincuenta por ciento, yo pondría el capital inicial y tú aportarías la mano de obra. Nuestro riesgo financiero se limitaría básicamente a lo que pusiéramos cada uno. ¿Te parece justo?

Hank asintió, sorprendido al saber que había pedido opinión a David. Diablos, él ni siquiera se había planteado realmente cómo se lo diría a su familia ni a Jackson. Le parecía prematuro en ese punto, pero, al parecer, Cat no estaba de acuerdo.

—¿Se lo contará David a Jackson antes de que tomemos una decisión?

—No. Confidencialidad abogado-cliente y todas esas cosas. Y él jamás causaría problemas y más teniendo en cuenta que no nos hemos comprometido a nada. —Su mirada se serenó—. Pero lo haremos pronto.

Hank se rascó la nuca, incómodo al pensar en dejar a Jackson con un equipo menos formado de lo que necesitaba su empresa de construcción. Además, tener que montar un negocio significaría que podría pasar todavía

menos tiempo en casa, lo que aumentaría la presión sobre Jenny. ¿Afectaría eso a sus estudios?

Las galletas que se había comido con gran agrado ahora caían como piedras en su estómago.

—De todas formas, también he encontrado una solución flexible y barata a los problemas de espacio y equipos. Existen espacios de colaboración en los que puedes alquilar una pequeña zona de trabajo y compartir una estancia común con todos los equipos. Es una forma perfecta de empezar sin tener que alquilar un gran edificio ni invertir en equipos. Hay unos cuantos en Brooklyn, pero he encontrado uno en Connecticut, bastante cerca de Norwalk.

Hank se incorporó un poco, de repente curioso.

—¿Cuánto?

—Tarifas razonables y disponibles para alquileres cortos. Así que, por ejemplo, podríamos empezar con tres meses y ver qué tal nos va.

Por primera vez desde que apareció con la idea, no parecía del todo imposible.

—Sigue.

Arrastrado por un prudente entusiasmo y una dosis saludable de admiración por la mujer valiente y obstinada que tenía a su derecha, bebió más cerveza. Sonrió y pasó de página.

—Hay unas cuantas formas tradicionales de hacerse ver, como enviar algunos diseños a concursos para intentar ganar algún premio y acudir a ferias de diseño. Hay una gran exposición de mobiliario en Chicago en un par de semanas. Sé que sería algo un poco precipitado, pero quizá pueda tirar de algún contacto personal para que nos metan en una pequeña sala de exposiciones. Puedo crear una página web en WordPress por prácticamente nada y Vivi se ha ofrecido voluntaria para hacer las fotos completamente gratis. Por supuesto, usaría mis redes sociales para dirigir el tráfico a nuestra página.

—Dudo mucho que los tíos salidos que te siguen estén interesados en comprar muebles de diseño.

Hank se echó a reír mientras Cat se quedó con la boca abierta.

—Tengo un montón de seguidoras. Y, además de ellas y mi red personal de amigos famosos, estaba pensando que podríamos dirigirnos a los propietarios de pequeñas tiendas e, incluso, a pequeñas oficinas con bonitas recepciones y cosas así. Podríamos empezar con una línea de mesas: mesitas

auxiliares, mesas bajas, mesas de comedor, etcétera. Podrías diseñar dos mesas de cada tipo a modo de tarjeta de presentación. Quizá también podríamos hacer algunas piezas por encargo. He hecho un estudio informal entre unos cuantos amigos y uno de ellos se había gastado veintiséis mil dólares por una mesa de comedor a medida que estaba lejos de ser tan única como la tuya.

Hank se había pasado tanto tiempo trabajando para llegar a fin de mes que jamás se había planteado cuánto podría ganar haciendo muebles. Bien era cierto que, sin los contactos de Cat, jamás habría podido acceder a esa gente con tanto dinero.

En ese preciso instante fue consciente de todo ello. Allí estaba, sentado junto a la mujer de sus fantasías, una mujer que se estaba encargando de hacer realidad todos sus sueños. Aunque al final no lo consiguieran, agradecía muchísimo su entusiasmo. Cat le había recordado que su vida podía ser algo más que una sucesión de obligaciones. Que quizá las obligaciones y los sueños no tenían por qué estar reñidos.

Hacía unos catorce años que no se sentía así. Si fuera lo único que acabara sacando de su relación, ya sería bastante. Bueno, quizá no, pero sí que sería algo que siempre apreciaría.

—Estoy impresionado, Cat. Es mucha información en tan poco tiempo, pero me sigue sin gustar que seas tú la que corra con todos los gastos. Además, no has mencionado nada sobre los beneficios. Y luego está Jackson. Me disgusta tener que dejarlo en la estacada.

—Si empezamos sin prisas, puedes seguir trabajando para él e ir fabricando los muebles por la noche y los fines de semanas. En lo que respecta al dinero, podemos pedir un pago adelantado del cincuenta por ciento para contar con unos ingresos iniciales.

—Trabajar por la noche podría ser un problema. Tengo que cuidar de mi madre y Jenny va a clases nocturnas. Al parecer, mi madre está más irritable desde que he empezado a trabajar aquí y paso menos tiempo en casa.

Cat apartó la libreta y suspiró.

—Estás increíblemente comprometido con tu familia. ¿Pero acaso no te mereces también algo para ti?

—Sí, pero, a diferencia de mi madre, tengo tiempo después. Ella ha tenido una vida muy dura. Se quedó viuda muy joven y empezó a perder la memoria poco tiempo después. No quiero que piense que me ha perdido también a mí.

Cat asintió con la cabeza, posiblemente poniéndose en su lugar, pero también al recordar a su propia madre.

—Si fuera madre, estoy bastante segura de que no querría impedir que mis hijos vivieran su propia vida. Creo que no estás entendiendo la lección más importante de su situación. La vida es corta. Ninguno de nosotros podemos dar por hecho que «algún día» se nos presentará esa oportunidad, así que tenemos que aprovechar todas las que se nos presenten cuando se nos presenten. Dicho esto, tampoco quiero implorarte. Si no estás dispuesto a comprometerte, buscaré otra cosa a la que hincarle el diente.

Hank soltó el vaso vacío, avergonzado.

—Tienes razón. Lo siento mucho. Supongo que estoy tan metido en mi vida que no veo la puerta de salida, aunque me la presenten en bandeja de plata.

—¿Significa eso que estás dispuesto a probar?

Hank inspiró profundamente, con un nudo en el estómago, no sabía muy bien si por la emoción o por el pánico.

—Vale, probemos suerte. Al menos tu plan me da cierto margen para que Jackson encuentre un sustituto sin tener que renunciar a mi nómina antes de tiempo. Jenny se gradúa en seis meses, así que ese será un gasto menos que tendré en un futuro ya no muy lejano.

Cat rodeó a Hank con sus brazos.

—¡Estoy tan emocionada!

Él también, pero no tanto por el negocio como por su abrazo. Llevaba tanto tiempo deseando volver a sentir el contacto de su cuerpo que no estaba dispuesto a dejarla marchar.

—Gracias por creer en mí, Hank. Esta oportunidad de demostrar que soy algo más que una cara bonita lo es todo para mí. Todo.

Hank apartó un mechón de pelo tras su oreja.

—No necesitas este negocio para demostrarme eso ni a mí ni a nadie.

—Sí lo necesito. Lo necesito para demostrármelo a mí misma. —Sus mejillas se sonrojaron al admitirlo, pero entonces, de repente, desapareció todo rastro de vergüenza—. Lo primero que tenemos que hacer es que Vivi vaya a tu casa para hacer algunas fotos promocionales para la página web y para un folleto. Puedo coordinarme con Helen para que no tengas que quitarte tiempo de las demás cosas. Te prometo que voy a hacer que te alegres de haber tomado esta decisión, Hank.

—Ya me alegro, Cat.

Hank deslizó la mano por su muslo, incapaz de refrenarse.

Cat apoyó su mano en él para detener su progresión por la pierna.

—Una última sorpresa.

Él había expresado su debilidad por la lencería, así que ella se había puesto un conjunto especialmente bonito por si había algo que celebrar. Se puso de pie y, despacio, se fue desabrochando el vestido para luego dejarlo caer a sus pies.

Hank se levantó y acarició el elegante sujetador de encaje blanco antes de inclinar su boca sobre la de ella y dejarla sin respiración. Cat se rindió a su apasionado asalto y se dejó caer sobre él cuando sus rodillas se derritieron como la mantequilla.

—Dios Todopoderoso —murmuró Hank, interrumpiendo el beso. Acarició la mandíbula, el cuello y la clavícula de Cat con sus dedos—. Eres como un sueño, Cat.

«Y justo eso es lo que es: un sueño», pensó ella mientras rezaba para que no tuviera que despertarse demasiado pronto. Deseó poder mantenerlo todo así, informal y divertido, de forma indefinida, pero sabía que eso sería imposible.

El pulgar de Hank rodeó el hueco de la base de su garganta. Cat cerró los ojos, estiró el cuello y, cuando la boca cálida de Hank se cerró sobre ese punto, se quedó sin respiración. De alguna forma, los besos de Hank eran más íntimos que los de Justin, que los de cualquier otro hombre. Ese hecho la estremeció y asustó a partes iguales, pero no podía renunciar a ellos, todavía no.

—Hank —dijo con voz ronca mientras tanteaba el dobladillo de su camiseta, enfadada con la tela por negarle el contacto con su piel.

Las manos de Hank subieron desde su cintura para rodear sus pechos. Sus suaves caricias continuaron hasta que a Cat le empezaron a doler los pezones de tanto deseo.

—Por favor —gimió ella, aferrándose a sus hombros.

Hank hacía que su cuerpo vibrara como un diapasón y a ella le encantaba.

—Paciencia —dijo él, posando los labios sobre el cuello de Cat. Cuando ella protestó, la cogió en brazos y se la llevó al vestíbulo—. No eres la única que tiene una agenda que cumplir hoy.

Antes de que pudiera cuestionarlo, la sentó en la cama.

Llevada por la pasión, Cat echó mano a sus pantalones, pero él la

detuvo.

—Ahora me toca a mí encargarme, Catalina.

La sentó a horcajadas sobre sus rodillas y extendió sus muñecas por encima de su cabeza, placándola contra el colchón antes de besarla. La piel de Cat bullía de calor cada vez que el tacto o la boca de Hank acariciaban su cuerpo.

Sintió un dolor pulsante en la zona baja que la obligó a arquear la espalda. Cuando Hank soltó sus manos para quitarse la camiseta, ella se aferró a sus muslos. La respiración entrecortada de Hank la excitó aún más y aumentó su deseo. Arqueó las caderas en busca de alivio.

Hank, respondiendo con una lluvia deliberada de besos tórridos en su cuello y pecho, volvió a extender sus manos por encima de su cabeza.

—No te muevas.

Arrastró la boca por las curvas de su cintura, en dirección sur, hasta que la cabeza quedó encajada entre sus muslos. Acarició sus pezones con los pulgares mientras trazaba círculos con la lengua en sus partes más privadas. De los labios de Cat, que se retorció de placer, salió un gemido de frustración.

—Hank, por favor.

En cuestión de minutos, le estaba provocando espasmos devastadores. Cuando su cuerpo por fin se calmó, Hank esbozó una sonrisa asimétrica. Se puso de rodillas para desabrocharse los pantalones y deslizar un condón sobre su incontrolada erección.

—Mi turno.

—Gracias a Dios.

Cat acarició los bucles dorados de Hank con las manos. Todo en él la excitaba, empezando por su pelo. Algo en ese hombre liberaba su mente de una forma que jamás había experimentado con ningún otro hombre.

La penetró con un empujón rápido y gran voracidad, desencadenando un fuego que ni sus cuerpos empapados de sudor podrían apagar. Tras un gran gemido, ralentizó el ritmo y dijo reverentemente:

—Catalina.

En ese momento, cuando él parecía perdido, ella lo encontró.

Sus bocas se unieron. Las caderas de Hank la arrastraron a un ritmo frenético hasta que ambos se corrieron con un grito de felicidad.

Él se desplomó sobre la nuca de Cat, con la respiración entrecortada. Ella se deleitaba al sentir el peso de su escultural cuerpo presionándola contra el colchón. Recorrió sus hombros y su espalda con las manos, intentando

memorizar cada línea, cada tendón. Minutos después, él la besó en la sien, se dio la vuelta y sujetó el cuerpo de Cat contra el suyo.

La moldeó a su cuerpo. Su inalterable latido era como un metrónomo para ella, arrullándola con cierta sensación de apacible seguridad. Y entonces él habló, demasiado pronto para su gusto.

—Odio tener que hacer esto y créeme cuando te digo que lo odio, pero tengo que irme a casa. —Hank levantó la mandíbula de Cat con un dedo para que lo mirara—. Le he prometido a Jenny que podría salir esta noche.

—Cinco minutos más. —Cat se acurrucó en su pecho—. Mejor diez.

—Vale, diez. —Hank le acarició la espalda con los dedos y la besó en la sien—. ¿Alguna posibilidad de que reconsideres lo de sin ataduras?

Ojalá pudiera. Ese pensamiento se reflejó en su pecho, provocándole un gran dolor. Pero si le dejaba que se acercara más, solo serviría para que doliera más cuando se acabara.

—No arruinemos esta celebración perfecta poniéndonos demasiado serios, Hank.

Su única respuesta fue abrazarla con más fuerza mientras fijaba la mirada en el techo. Tras unos segundos, dijo:

—¿Sabes? Me acabas de dar un buen consejo sobre aprovechar las oportunidades cuando se presentan. Por supuesto, es posible que no me veas a mí y a mi estilo de vida como una oportunidad.

—El problema soy yo, Hank. No tiene nada que ver contigo. No se me dan bien las relaciones. Es... es solo que no soy el tipo de mujer que podría hacerte feliz a largo plazo.

—¿Por qué no dejas que decida eso por mí mismo?

Por supuesto, decía eso porque, desde su punto de vista, todo parecía perfecto. Pero ella sabía que nada en la vida era tan perfecto como pudiera parecer y mucho menos ella.

Tras un largo debate interno, confesó lo mínimo que podía confesar para avisarle de que no se hiciera demasiadas ilusiones.

—Porque no quiero abrirme para luego acabar devastada cuando descubras lo que yo ya sé.

Hank puso su dedo bajo su barbilla y levantó su rostro para que lo mirara directamente a los ojos.

—Es obvio que tienes dudas y puede incluso que algunos secretos. No te estoy pidiendo que me lo cuentes todo y nos casemos, Cat, pero tampoco soy muy partidario de todo eso de ser solo amigos con derecho a roce.

¿Podríamos tener una cita normal? Tú fijas el ritmo.

La lógica le decía que aquello era demasiado bueno como para que durara. Sí, la lógica le decía que las cosas debían seguir siendo informales y que tenía que mantenerse centrada en sus planes comerciales para no acabar con el corazón roto. Pero, por otra parte, la lógica jamás había sido su fuerte.

—¿Día a día? O quizá de cien en...

—Paso a paso.

Hank se echó a reír y la besó en la frente.

Cat volvió a acurrucarse en su pecho, cerró los ojos y rezó pidiendo perdón porque, a pesar de todo lo que sabía sobre ella y sus secretos, se escuchó decir:

—Eso puedo hacerlo.

Querida mamá:

Tengo un problema. Un gran problema.

Me gusta Hank. Me gusta mucho. Me gusta tanto que no puedo dejar de pensar en él. Es auténtico, amable y honesto, motivo por el cual dudo que le gustara mi verdadero yo.

Pero me siento tan bien cuando me sonrío que no puedo alejarme de él.

¿Ves? ¡Tengo un problema!

CAPÍTULO 14

Hank había insistido en que sería él quien se encargaría de darle la noticia a Jackson, principalmente para evitarle a Cat la peor parte de la ira de su hermano. Hacía un año no le habría preocupado, pero los recientes episodios de impaciencia y mal humor de Jackson habían despertado el recelo de Hank.

Las ruedas de su camioneta levantaron una nube de polvo mientras cruzaba la gravilla que conducía a la oficina de Jackson. Ese chirrido le había recibido cientos de veces desde el primer día que aparcó frente aquel viejo granero. En aquel momento, estaba deseando empezar a trabajar.

Jackson siempre había sido generoso con todos sus empleados, pero sobre todo con Hank. No sabía si había sido la experiencia compartida de tener que cuidar a una madre enferma o su obsesión por la perfección en el trabajo, pero ambos habían forjado una fuerte amistad.

Lo que podía recordar eran sus cervezas Corona del viernes por la tarde en el patio, los viajes a Vermont para recoger madera, sus apuestas diarias sobre el número de órdenes de cambio de la señora Holloway, una clienta infernal bastante loca.

Pero ese último año, su amistad se había vuelto cínica, operativa e indefinida..

Jackson necesitaba la ayuda de Hank ahora más que nunca, lo que hacía que se sintiera tremendamente culpable. Esta iba a ser la primera vez que se alejara de alguien que dependía de él y no podía evitar que las dudas le hicieran mella.

Con un suspiro, salió de la camioneta y entró con la esperanza de pillar a su amigo de buen humor.

—Eh, tío. —Jackson sacó un cartucho de tóner de la vieja impresora—. Dame un segundo.

—Tómate tu tiempo.

Hank echó un vistazo a su alrededor, proyectándose en el futuro.

¿Cómo podría capear los altibajos de un pequeño negocio? ¿Acaso la presión lo cambiaría de la misma forma que parecía estar cambiando a Jackson? ¿Cambiaría a Cat?

—¿Tienes sed?

Jackson sacó dos cervezas de la nevera, tiró los tapones a la basura y le pasó una a Hank.

—Supongo. —Hank levantó la botella frente a Jackson antes de darle un sorbo y entonces se dio cuenta de que ya había unas cuantas vacías en la papelería—. ¿Bebiendo en el trabajo?

—Al terminar, mientras hago el papeleo.

Los ojos de Jackson, que evitaron los de Hank, contaban una historia diferente. Casi a modo de desafío, le dio un largo sorbo a su botella.

—Bueno, ¿qué tal todo? ¿Doug sigue dándote dolor de cabeza?

—No.

La consciencia absoluta de que el problema con el alcohol de Jackson había empeorado aumentó el agujero en el estómago de Hank. Por un momento, reconsideró sus planes, preguntándose si quizá él y Cat podrían esperar a que el nuevo equipo de Jackson estuviera mejor formado y a que su amigo estuviera más estable, pero Hank le había hecho una promesa y él tenía intención de respetarla.

—Tengo una noticia que quizá te sorprenda. Te voy a poner en una situación difícil, pero espero que te alegres por mí.

—¿Ah, sí? —Jackson parpadeó de forma traviesa—. ¿Y esa noticia tiene algo que ver con mi hermana?

¿*Se lo habría contado ya Cat?*

—De hecho, sí.

El cuerpo de Hank se encendió cuando le vino a la mente una imagen del cuerpo desnudo de Cat, recuerdo que no quería que Jackson sospechara.

—¿Ha aceptado salir contigo? —Jackson agitó la mano en el aire—. Ya te dije que eso, para mí, sería una gran noticia. No es que necesitaras mi permiso ni nada de eso.

—Bueno, no eso exactamente.

Hank frunció el ceño al pensar en lo mal que se le estaba dando sacar el tema. *Sé claro.*

—Vamos a montar un negocio juntos.

Las cejas de Jackson casi se pierden en el nacimiento de su pelo.

—¿Qué?

—A Cat le han encantado mis diseños y me ha propuesto que nos asociemos. Yo diseño y fabrico y ella se encarga de la marca y de las ventas. —Hank frunció el ceño al ver cómo Jackson se echaba a reír, consternado—. No es una broma.

—Lo siento. —Jackson se recompuso—. No dudo que tus muebles sean bonitos, pero Cat no sabe nada de negocios, de ningún negocio, en realidad. ¿Cómo se ha convencido y te ha convencido de que podría ser una buena socia?

—No confías demasiado en ella, por lo que veo.

—¿Ah? Entonces ha sido ella la que te ha hecho la propuesta. ¿Sus ideas iban acompañadas de datos sobre mercados, competidores y costes fijos? ¿Su capacidad crediticia parecía razonable?

Cat no había entrado en tanto detalle, pero sí que había presentado un plan bastante razonable.

—Ha investigado y ha diseñado un plan que nos permitiría entrar poco a poco en el mercado sin correr demasiados riesgos.

—¿Entrar? Vale, ahí está el problema. No puedes «entrar poco a poco» y esperar el éxito inmediato. Tienes que apostar fuerte e ir a por todas—. Jackson agitó la cabeza, disgustado—. Con todo mi respeto, ¿no crees que yo sería mucho mejor socio? He montado y dirijo mi propio negocio de éxito. Tengo una cartera de clientes y hemos trabajado bien juntos todos estos años.

—Y durante todos estos años, jamás has expresado el más mínimo interés por mis muebles ni me has propuesto ningún acuerdo. Además, teniendo en cuenta nuestro pasado, te costaría verme como un socio en vez de como un empleado.

—Como si yo alguna vez te hubiera tratado como un «empleado». — Jackson salió de detrás de su escritorio, con los ojos llenos de resentimiento—. Ya veo lo que está pasando. Me voy a quedar sin mi mejor hombre porque Cat es inasequible al desaliento y a ti te gusta tanto que harías cualquier cosa que te pidiera para complacerla.

—Para empezar, eso es muy insultante tanto para tu hermana como para mí. —Hank miró a Jackson—. Quizá creas que Cat es una caprichosa, pero yo la veo tan capaz como tú o como David y está claro que su fuerza y determinación le han permitido alcanzar el éxito por sí misma.

—No hace falta que me convenzas de cuáles son sus puntos fuertes. Sé

que trabaja duro y de forma entusiasta, también sé que puede seducir a todo aquel que se le ponga por delante, pero, dime, ¿alguna parte ti ha cuestionado realmente sus planes? Tener un rostro y un nombre reconocibles no se traduce automáticamente en ventas y menos en un negocio completamente ajeno a su base de seguidores. Cat tiene la inteligencia de la calle, pero ni acabó la universidad ni tiene experiencia empresarial, ni siquiera trabajó en verano, pero es tan cabezota como yo. Créeme, conseguiré que los dos acabéis endeudados hasta los ojos.

—Creo en ella, Jackson. Mejor dicho, creo en mí. Esta es la oportunidad que necesitaba para hacer algo que yo quiero, para variar. Algo que, hasta ahora, no había sido más que un sueño. ¿No me merezco intentarlo? ¿No me lo he ganado?

Jackson sostuvo la mirada desafiante de Hank durante un minuto antes de soltar un largo suspiro.

—Por supuesto que sí.

—Además, tú me llegaste a admitir que había muchas cosas que no sabías cuando montaste esta empresa. Asumiste un riesgo y trabajaste duro porque era algo que te importaba. Bueno, pues Cat y yo también podemos hacerlo.

Los dos se quedaron allí, con los brazos cruzados, en silencio. Hank sabía que la mente de Jackson no paraba de dar vueltas, pero no tenía ni idea de qué haría o diría su amigo a continuación.

Jackson se acabó la cerveza y la tiró a la basura. Aterrizó con un gran ruido metálico.

—Bueno, entonces, ¿cuándo te vas? Al menos tendré las dos semanas de preaviso para encontrarte un sustituto, ¿no?

—De hecho, esperaba poder seguir trabajando para ti casi a tiempo completo durante unos cuantos meses, hasta que Cat y yo nos establezcamos y tengamos una cartera de proyectos.

—Espera un segundo. ¿Me estás diciendo que quieres seguir trabajando para mí mientras montas tu propio negocio? —Una vez más, la expresión de Jackson reflejaba gran incredulidad—. Estoy diciéndolo en voz alta y, aun así, sigues sin reaccionar de una forma que me pudiera indicar que has entendido lo sumamente loco que estás al pensar que vas a poder con un trabajo a tiempo completo, una empresa emergente y todo eso de tu familia, Hank.

Cuando Jackson lo planteó así, sí que parecía poco razonable, por no

decir completamente absurdo, pero Hank se había comprometido, no podía echarse atrás.

—Es lo que estoy haciendo ahora al trabajar en casa de Cat mientras sigo trabajando para ti. Y me ofrece la posibilidad de seguir formando a Doug y a quien quieras contratar para sustituirme sin perder mis ingresos, por el bien de mi familia.

Jackson se puso en jarras y agitó la cabeza. Cruzó al otro lado del escritorio, mirando con rostro circunspecto una montaña de papeleo antes de golpear dos veces la mesa con los nudillos.

—Dile a mi hermana que la próxima vez que me pida un favor le diré que no. Ha demostrado poca gratitud después de que aceptara que fueras a hacerle los malditos armarios. Honestamente, me duele un poco que hayáis conspirado a mis espaldas sin haberme avisado de nada ni haber hablado conmigo. Y tú, se suponía que eras un buen amigo, pero también me has decepcionado. Supongo que eso prueba mi teoría. No se puede confiar en nadie. —Jackson entornó los ojos—. Seis semanas, Hank. Eso es todo y después estás solo. Si voy a perderte, necesito contratar a alguien ya y no puedo permitirme teneros a los dos en nómina de forma indefinida. Y si ese es de verdad tu sueño, te estoy haciendo un favor echándote. Sin red de seguridad. Tienes que vivir y respirar el negocio. Esa es la única forma en la que los dos podréis triunfar.

¿Seis semanas?

Había sobrestimado el valor que tenía él para Jackson, no había previsto que le resultara tan fácil despedirlo. ¿Esta Jackson devolviéndole el golpe llevado por la ira o esa era su forma de ver la apuesta de Hank?

Solo seis semanas de ingresos estables. Sin dinero, ¿cómo podría pagar las facturas, la matrícula de Jenny y el salario de Helen?

—Buena suerte, Hank. —Jackson cogió dos cervezas más y le dio una a Hank—. Te mereces una oportunidad. No me gusta la forma en la que lo habéis hecho, pero, por vuestro bien, espero que funcione.

No había marcha atrás.

Mientras Hank veía cómo Jackson vaciaba su botella de un trago, un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Supongo que esto ya lo hace oficial.

Hank acabó de revisar el último documento constitutivo de la empresa.

—En cuanto firmemos en la línea de puntos. —Con una sonrisa, Cat miró el reloj—. Esther va a pasarse para ser nuestra testigo. Más tarde abriré las cuentas de la empresa y depositaré el capital inicial.

—Me habría gustado poder ayudar con eso.

—Ya contribuyes con tu talento. Sin ti, no habría negocio, así que deja de sentirte mal. Cuando Vivi y yo tengamos las fotos que necesitamos, montaré la página web, la pondré en línea y empezaré a publicar en las redes sociales. También prepararé un folleto. ¿Le has echado un vistazo al espacio de colaboración? Puedo enviarles un cheque si estás preparado.

—Fui el domingo. Tienen unos equipos estupendos. Parece bastante tranquilo y con buen ambiente.

—Pues firmaremos un alquiler corto y les enviaré un cheque. —Cat añadió otro punto a su lista de cosas por hacer—. Por cierto, he podido tirar de algunos hilos y he conseguido un pequeño espacio en la exposición de muebles de Chicago del próximo mes, lo que podría darnos visibilidad ante cincuenta mil profesionales del diseño. Podríamos llevarnos la mesa que hiciste para Vivi y alguna de tus otras piezas para mostrar tu talento. Es una apuesta arriesgada correr tanto, pero no habrá ninguna oportunidad como esta hasta el año que viene.

Hank apoyó su mano en el muslo de Cat y lo acarició con el pulgar.

—Por si no te lo había dicho antes, gracias. Sé que he estado reacio, pero agradezco esta oportunidad. Espero no decepcionarte.

—No lo harás. Da igual que todo el mundo dude de nosotros. Lo tenemos todo para triunfar. Tú tienes un gran talento y yo estoy decidida. Ahora los dos estamos en el mismo barco.

Por supuesto, jamás había gestionado algo tan ajeno a su limitada área de especialización.

Puede que hubiera perdido la fe en el amor, pero sí que tenía fe en él. Y su fe en ella le daba la confianza que necesitaba.

—He esbozado algunos prototipos. —Cuando le entregó los dibujos, la acarició con los dedos, lo que le hizo considerar la posibilidad de apartar el trabajo y llevársela a la cama—. Pero antes de que los repases a toda velocidad, quiero que hablemos más sobre tu idea de producir en masa unos cuantos productos sin parar... Tengo un problema.

Antes de que pudiera continuar, sonó su teléfono.

—Espera, ahora me lo cuentas. —Miró la pantalla y después a Hank—. Es mi agente. Tengo que cogerlo.

Hank asintió y se volvió a sentar.

—Hola, Elise. ¿Qué pasa?

—Creo que hemos encontrado una gran oportunidad de concesión de licencia para ti. No es ni ropa ni productos de belleza, pero encaja perfectamente con tu reputación de elegancia y buen gusto. ¿Estás familiarizada con la línea de joyería de Elena Bautista? Trabaja principalmente con oro de dieciocho y veinticuatro quilates y piedras semipreciosas. Un estilo muy contemporáneo y femenino, parecido al trabajo de Marco Bicego. Creo que a ti te va estupendamente y ella estaba bastante emocionada con la idea de diseñar una línea con tu nombre.

—¿Ah? Suena interesante, pero no estoy segura de que sea lo mejor para mí.

Cat hizo una mueca al darse cuenta de que todavía no había informado a Elise sobre sus planes con Hank.

—Sé que quieres estar en los aspectos prácticos del proyecto, pero mientras la empresa sea suya, estaría encantada de darte acceso al aspecto creativo de la línea. Ofrece quinientos mil como adelanto y un seis por ciento de derechos de autor sobre las ventas durante dos años, con opción de renovación.

—¿Quinientos mil como adelanto?

Ese pago le llenaría los bolsillos y le ofrecería una inyección de efectivo que podría invertir en Mitchell/St. James. ¿Podría hacer ambas cosas? Cat se dio cuenta de que Hank se había inclinado hacia delante, así que se apartó un poco.

—Teniendo en cuenta las ventas medias, ¿cuánto podría ganar al año y qué otras obligaciones tendría?

—Hace poco ha firmado un acuerdo de distribución con Neiman Marcus. Todavía no tengo todos los datos sobre las ventas, así que no puedo darte una cifra, pero habría una cláusula de exclusividad asociada al acuerdo.

—¿Por exclusividad te refieres a que no podría promocionar ninguna otra marca de joyería?

—No, total exclusividad. No podrías asociar tu nombre a ningún otro producto durante el periodo de vigencia del contrato.

—No funcionaría. —Eché un vistazo furtivo a Hank—. ¿No se puede renegociar?

—No lo sé, pero ¿por qué no funcionaría? Podrías seguir trabajando de modelo porque las líneas de ropa no llevan tu nombre. ¿Es que estás

interesada en asociar tu nombre a algún otro producto?

Con una respiración profunda, admitió:

—De hecho, al mío propio. Estoy planeando asociarme con un diseñador de muebles para fundar una nueva empresa, Mitchell/St. James.

El silencio de Elise se hizo eterno y la mirada de Hank cada vez pesaba más. Por fin, una voz fría surgió del teléfono.

—Me habría gustado que me informaras de eso antes de que perdiera mi tiempo investigando concesiones de licencia para ti, Cat.

—Lo siento mucho. No sabía que estuvieras negociando nada con nadie. Pensé que hablaríamos de las posibilidades antes. —Cat suspiró, deseando que Hank no pudiera oír lo que estaba diciendo ni nada de aquella conversación—. ¿Existe alguna posibilidad de que no se incluya esa cláusula de exclusividad?

—No lo sé, pero tampoco parece que te vaya a quedar mucho tiempo para dedicárselo a este proyecto, mantener tu compromiso anterior con Armani y fundar una nueva empresa.

—El contrato con Armani no es demasiado exigente —dijo Cat—. ¿Estás segura de que no existe ninguna posibilidad de incluir una excepción a esa cláusula?

—Lo dudo. La exclusividad es bastante habitual en estos acuerdos de licencia. ¿Estás segura de que quieres renunciar a tanto dinero por algo tan arriesgado? Si no funciona, el valor de tu nombre, en lo que respecta a las concesiones de licencia, se desplomaría. Eso significaría menos dinero sobre la mesa la próxima vez y eso asumiendo que se pudiera presentar otra ocasión como esta.

Las paredes del salón de Cat parecían cada vez más cercanas. Empezó a sentir las gotas de sudor en su pecho.

La prueba de fuego para comprobar hasta qué punto estaba dispuesta a alejarse de una apuesta segura y arriesgar su reputación con una empresa y un hombre que apenas conocía. Un hombre con miles de obligaciones. Un socio que podría salir corriendo cuando su relación personal se enfriara.

Miró a Hank, que la observaba con sus exuberantes ojos verdes, esperando. ¿Cómo podría abandonarlo después de haber alimentado sus esperanzas? Después de enfrentarse a David. Después de haber hecho que Hank dejara su trabajo.

La gente siempre la había subestimado. Hank creía en ella. Él le estaba dando la oportunidad de demostrar su valía tanto como ella le estaba dando a

él la oportunidad de vivir su sueño. Había puesto la seguridad de su familia en riesgo, así que ella tenía que hacer lo mismo por él.

La voz de su madre resonó en su cabeza. *Mantente firme, hija preciosa.*

—Lo siento mucho, Elise. Si no puedes negociar una excepción, me temo que tendré que declinar la oferta.

—Espero que no tengas que lamentarlo. ¿También debería asumir que no vas a tener tiempo para desfilar? Quizá debiéramos reconsiderar nuestra relación una vez que el contrato con Armani finalice.

—Puedo cumplir con algunos trabajos de modelo ocasionales, pero si ya no estás interesada en ser mi representante, respetaré tu decisión.

Cat sintió que Hank se retorció junto a ella en el sofá.

Elise suspiró al otro lado del teléfono.

—Ya hablaremos a la vuelta de Milán el mes que viene.

—Vale.

Cat dejó su teléfono a un lado y respiró profundamente. Cuando se giró hacia Hank, se lo encontró mirándola como si tuviera dos cabezas.

—Dime que no acabas de renunciar a medio millón de dólares y más, Cat.

—No tenía otra opción. Era eso —dijo, señalando sus cajones— o lo otro.

Hank saltó del sofá y empezó a andar en círculos.

—¿Medio millón de dólares? No me puedo ni imaginar tener ese tipo de oferta, así que aún me imagino mucho menos rechazarla.

Si seguía obligándola a pensar en esa oferta, al final también acabaría sintiéndose mal.

—Hank, se trataba de un acuerdo por dos años. Nosotros estamos construyendo algo que durará décadas. Algo en lo que también tengo voz y voto. Y vamos a ganar dinero.

—Ya te lo he dicho antes, como mucho puedo fabricar dieciocho o veinte piezas de calidad al año. Un buen año sería, en bruto, dos cincuenta. Para mí, respecto a lo que gano con Jackson, ganar sesenta ya me puede parecer rentable, así que yo incluso puedo llegar a verle las ventajas en función de los gastos, pero para ti va a ser una enorme reducción de tus ingresos.

Hank se pasó los dedos por el pelo.

Dicho así, no parecía que hubiera tomado una buena decisión. Pero su hipoteca era mínima, tenía dinero y tenían tiempo para que su negocio

creciera. Un sacrificio a corto plazo por un beneficio a largo plazo. Por algo real y significativo, por algo que sería de ella.

—El primer año tendremos que apretarnos el cinturón, pero después podremos contratar ayuda o meter aprendices con un coste realmente bajo que nos ayudarían a aumentar la producción. —Y entonces, ya fuera para convencerlo a él o a sí misma, añadió—: No olvides que el objetivo es la producción en masa de copias. Ahí es cuando llegará el volumen y el dinero real.

—Me preocupa que acabes odiándome si al final las cosas no salen como has planeado. ¿Y qué pasa si todo queda en un pequeño negocio distinguido? ¿Podrías ser feliz sin todo esto? —dijo Hank señalando su elegante piso.

—Para empezar, no voy a odiarte por una idea que yo misma te he obligado a considerar. Por favor, no dejemos que cuestiones sobre nuestra relación personal interfieran en nuestras decisiones empresariales. Acordemos ahora mismo que los dos ámbitos están totalmente separados y prometamos que no dejaremos que uno afecte al otro.

—¿Acaso eso es posible?

Hank clavó la mirada en ella.

—Eso creo. Los dos nos estamos jugando mucho, así que la empresa tiene que ser la prioridad, al menos hasta que alcancemos una posición sólida. —Cat se lamió los labios, sintiéndose nerviosa ante el peso de su escrutinio—. ¿No estás de acuerdo?

—¿Así que ya estás retirándote de nuestra relación personal?

—Acepté salir contigo, pero siempre he sido honesta sobre mis dudas en cuanto a la idea de mantener una relación seria. —Cat entrelazó las manos—. Teniendo en cuenta lo que nos jugamos, a la hora de la verdad, los intereses comerciales deberían ponerse por delante de los personales.

Hank parecía indeciso y, honestamente, decepcionado.

—Después de ver cómo has rechazado una tonelada de dinero y la forma en la que estás poniendo todo el dinero para nuestra empresa, sería estúpido si no estuviera de acuerdo, ¿no?

—Una cosa que jamás deberías ser es un estúpido.

Cat esbozó una sonrisa con la esperanza de que eso relajara la tensión.

Hank se frotó la cara con las manos, claramente preocupado.

—No estoy acostumbrado a estar en esta situación.

—¿Qué situación?

—La de recibir más de lo que doy.

—No te estoy dando nada. ¿Quién tiene que fabricar todas estas cosas?
Hank se quedó mirándola y asintió.

—Me sigo sintiendo mal por que hayas tenido que renunciar a algo seguro.

—No te sientas mal. Solo comprometido. Tenemos que darlo todo en este lanzamiento. Sé que el negocio crecerá poco a poco, pero empecemos con buen pie. Nuestro debut en la feria debe ser perfecto a pesar de las prisas. Me juego mi reputación en ello, así que prométeme que para ti también es tu máxima prioridad.

El silencio de Hank solo hizo que el resto de ruidos del apartamento sonaran más fuertes, más intensos. Hank le cogió la mano.

—Cuando hago una promesa, la mantengo. Si quieres perfección, perfección tendrás. Te lo prometo. Siempre puedes confiar en mí, Cat.

—Nunca lo he dudado. Así que una vez que venga Esther, formalizaremos la constitución de la empresa. —Cat cogió los bocetos que había en la mesa y empezó a ojearlos—. Antes de que nos interrumpieran, querías hablar de ciertas dudas sobre esto, ¿no?

Sin previo aviso, Cat pudo ver en los ojos de Hank un deseo que no dejaba lugar para otros pensamientos.

—Primero, celebrémoslo.

Hank extendió la mano. Cuando Cat la atrapó, él la levantó del sofá, la acercó a su cuerpo y la besó.

Ella se permitió tres, quizá cinco segundos de puro placer antes de plantarle las manos en el pecho.

—Hank, vamos a centrarnos. Todavía tenemos mucho que cerrar y Esther llegará de un momento a otro.

Hank la miró como si le hubiera dado un bofetón en la cara, pero se alejó y apartó sus manos de ella.

—Ya veo.

—No me mires así. Hemos acordado que el negocio sería la prioridad.

Cat sintió su retirada tanto como la frialdad que vio que se instalaba entre ellos. Al parecer, su idea de separar negocios y relaciones personales iba a ser un gran reto.

—Sí, eso hemos acordado. Hablando de lo cual, tengo que acabar tus armarios. Supongo entonces que debería volver al trabajo, ¿no, socia? Avísame cuando llegue Esther.

Hank se dio la vuelta y desapareció tras una esquina, olvidando cualquier asunto que hubiera querido discutir.

Querida mamá:

Siempre me avisaste de que cuanto mayores fueran mis secretos, más solitaria sería mi vida. Lo admito, pero hasta ahora no te había creído. Jamás me había sentido tan sola a pesar de pasar mucho tiempo con un tipo estupendo al que parezco gustarle de verdad yo, no tanto «la modelo».

Cada vez se me hace más difícil mantener el secreto sobre mi infertilidad. Si fuera tan buena persona como él, pondría fin a todo ahora mismo o le contaría la verdad para que pudiera comprender por qué debería pasar página, pero siempre hay algo que me detiene.

Ojalá pudiera hablar contigo.

CAPÍTULO 15

Cuando Cat y Vivi pararon junto a la acera frente a la casa de Hank, se lo encontraron sin camiseta cortando el césped. Una piel brillante recubría sus musculadas y anchas espaldas. Resbaladizos riachuelos de sudor descendían por su estrecha cintura y desaparecían bajo la pretina de sus pantalones cortos de deporte.

Desde atrás, estaba realmente sexi. Entonces, cambió de dirección para cortar otra franja de hierba, ofreciéndole a Cat unas vistas espectaculares de su tableta de chocolate y las pequeñas marcas de sus caderas. Verlo medio desnudo y sudoroso intensificó el deseo que sentía en sus extremidades.

Pudo ver su cara de determinación y percibió las bolsas bajo sus ojos. La ansiedad y el cansancio habían sustituido a su suave sonrisa y sus hoyuelos habituales.

La artimaña de Jackson de la semana anterior había afectado a Hank y, de camino, había aumentado la presión sobre Cat. El típico periodo de prueba de su hermano duraba ya varios días, así que había decidido dejarlo en paz para que pudiera asumirlo en vez de enfrentarse a él y provocar una discusión. Su sentimiento de culpa tampoco la motivaba a coger el teléfono. Por ahora, prefería centrarse en el trabajo para que Hank no tuviera que recurrir a sus ahorros.

Había implorado un hueco de última hora en Chicago. No era lo ideal, pero, al menos, podrían presentar su talento y despertar el interés en un entorno internacional. Como mínimo, su presencia debería suscitar algo de curiosidad. Una vez que la gente conociera a Hank y a su trabajo, seguro que se enamorarían de ambos.

Las fotografías de Vivi le darían un toque profesional a sus folletos, que debería encargarse de inmediato si querían que estuvieran listos para la exposición.

—¡Es la casa más bonita que he visto nunca! —dijo Vivi poniéndose la mano en el corazón—. ¡Es una casa perfecta para una familia!

—Ha crecido aquí.

Cat sonrió al pensar en el apego que Hank sentía por su casa. Lo más probable es que aquella también fuera la casa en la que preferiría criar algún día a sus propios hijos. De repente, sintió un gran peso en el corazón porque era bastante probable que su esposa fuera otra mujer.

En la mente de Cat se materializó la imagen de la guapa profesora, Amy, lo que despertó una gran oleada de celos. Cat, con el ceño fruncido, ayudó a Vivi a descargar del coche alquilado su equipo fotográfico mientras intentaba apartar aquellos sentimientos tan desagradables.

Hank paró el motor de la cortadora cuando las vio.

—¿Os echo una mano? —preguntó mientras cruzaba corriendo el césped.

—No, estamos bien. —Cat esbozó la sonrisa que solía dedicar a la cámara antes de que él se diera cuenta de su estado de ánimo—. Tenemos que empezar ya para que nos dé tiempo antes de que David aparezca por aquí para llevarse a Vivi a Block Island a pasar el fin de semana.

—Genial.

Hank le dio un beso a Vivi en la mejilla antes de hacer lo mismo con Cat. El simple roce de sus labios le provocó un hormigueo en el estómago. Se dio cuenta de que Vivi los estaba observando y, por un momento, se preguntó si su amiga tendría razón. Quizá debería ser totalmente sincera con él. El hecho de que todo su cuerpo se entumeciera al instante ante la simple idea de hacerlo le decía que todavía no estaba preparada. Hank señaló la puerta.

—Helen está dentro. Mi madre debería dormir un rato, así que espero que podáis terminar sin molestarla.

—Esto es tan emocionante, Hank. Sabes que voy a ser vuestra primera cliente, ¿verdad? Quiero una mesa de comedor, una muy grande para recibir visitas.

Hank se echó a reír.

—¿Ese es el criterio? ¿Que sea grande?

—¡Enorme! —sonrió—. Te dejo el diseño a ti. Confío en tu criterio por completo.

Como había hecho Cat.

—Gracias. Vosotras dos deberíais empezar para tenerlo todo listo antes de que llegue David. —Hank las acompañó dentro y, después de presentarles

a Helen, dijo—: Me voy a terminar con el jardín y luego iré corriendo a recoger a Jenny después de clase. Buena suerte.

Se despidió con la mano y desapareció por la puerta.

Después de que Vivi tomara docenas de fotografías de la mesa de café y del aparador, Cat y ella se dirigieron a la mesa del comedor. Ajustaron su posición y la luz, añadieron flores y estaban apartando las sillas cuando Helen apareció con la madre de Hank en su silla de ruedas.

La mandíbula de la señora Mitchell se desencajó mientras su mirada reflejaba miedo y confusión. Cat estudió el espacio, abarrotado por el trípode, la luz estroboscópica, dos extrañas y las sillas desplazadas y supuso que el caos agitaría aún más a la pobre mujer.

—¡Ge!

El confuso intento de la señora Mitchell de hablar le llegó al corazón.

Vivi apartó de prisa los cables de su camino.

—¿Qué? ¿Qué?

El tono agudo de la voz de la señora Mitchell indicaba que estaba angustiada. Helen ayudó a colocarla en el sofá, pero entonces empezó a señalar la luz estroboscópica, a Cat y a Vivi.

—¿Deberíamos parar? —le preguntó Vivi a Cat.

Cat y Hank necesitaban esas fotografías para el folleto y no tenían tiempo para retrasos.

—Solo necesitamos una buena foto de esta mesa.

Cat miró a Helen en busca de aprobación. Helen asintió, sugiriendo que podrían continuar unos cuantos minutos más.

—Démonos prisa.

Vivi ajustó las luces e hizo unas cuantas fotos mientras le pedía a Cat con voz suave que moviera eso o aquello. Cat no apartó los ojos de la señora Mitchell, cuya borrosa mirada ya no parecía tan molesta. En cuanto terminaron, desmontaron el equipo de fotografía.

Cuando se pusieron a recolocar los muebles en su sitio, la señora Mitchell empezó a agitar los brazos y a soltar palabras ininteligibles. En ese momento, una mujer que Cat supuso que sería Meg entró en la casa con el sobrino de Hank, Eddie.

—¿Qué está pasando?

Le soltó una mirada de desaprobación a Cat y Vivi antes de arrodillarse a los pies de su madre y acariciar su brazo.

—Hola, mamá. Soy yo, Meggy. He traído a Eddie.

Meg colocó al niño frente a su madre, lo que calmó a la señora Mitchell. De hecho, a Cat le pareció percibir algo parecido a una sonrisa en la boca de la anciana.

—Dale un beso a la abuela, Eddie.

Vivi siguió recogiendo su equipo mientras Cat permanecía de pie, paralizada, observando a Meg y a su hijo, una fotocopia de Hank.

Cada detalle era revelador de la relación que los unía: el afecto de la palmada de Meg sobre el pequeño trasero de Eddie, la forma en que apartaba un mechón de pelo de su frente, el parecido de sus ojos y sus mandíbulas. Esa unión madre-hijo, tan pura y confiada, hizo que Cat sintiera un fuerte dolor en el pecho que se prolongó a sus pulmones hasta dejarla casi sin respiración.

La mirada severa de Meg por encima de su hombro deshizo el hechizo. Estaba claro que a la mujer le molestaba la presencia de Cat y Vivi.

Cuando Meg se puso en pie, Cat percibió al instante el parecido con Hank. Una genética fuerte, como la de Cat y sus hermanos.

Con tono agudo, Meg preguntó:

—¿Qué está pasando aquí?

Cat le ofreció la mano.

—Hola, Meg. Soy la socia de Hank, Cat. Te presento a mi amiga, Vivi. Estamos haciendo unas fotos de su trabajo para nuestra página web y un folleto publicitario. Hank ya debería estar de vuelta.

Meg saludó a Vivi con un breve movimiento de cabeza y estrechó de mala gana la mano de Cat.

—Así que tú eres la hermana de Jackson, la modelo...

Su tono moderadamente burlón sorprendió a Cat.

—Sí.

—No tengo ni idea de qué negocio me estás hablando —empezó Meg.

¿Acaso Hank no se lo había contado a su familia? Cat no podía creerlo. ¿Por qué lo mantendría en secreto, sobre todo teniendo en cuenta que él siempre había tenido bastante presente el gran efecto que eso podría tener en su madre y en Jenny? Cat aplacó las náuseas que sentía en el estómago.

—¿Rick? —gritó la señora Mitchell.

Las arrugas de su cara reflejaban ansiedad mientras su mirada estudiaba la habitación.

—No está aquí, mamá. —Meg se volvió a centrar en Cat, incluso cuando Eddie correteó hasta ella y se enroscó en su pierna—. Como mi hermano no está para supervisar, os pediría que lo dejais por hoy. Vuestro

trabajo está molestando a mi madre.

—Por supuesto. Ya estábamos recogiendo. —Cat esbozó una sonrisa de disculpa que no consiguió desmontar el frío comportamiento de Meg—. Tienes un hijo muy guapo. Se parece mucho a ti y a Hank.

—Gracias. —El tono de Meg se suavizó ante el halago—. Es un niño bueno y problemático a partes iguales.

Por primera vez, Cat sintió envidia, una novedad teniendo en cuenta que jamás se había fijado especialmente en los niños hasta que supo que no podía tenerlos.

—Cat, me llevo las cosas al coche. —Vivi sonrió en un intento de rebajar la tensión—. Esperaré fuera a David mientras tú terminas aquí.

Traidora.

—Siento mucho haber molestado a tu madre. —Cat colocó otra silla en su sitio, bajo la mesa—. Esperábamos haber terminado antes de que se despertara.

—Ajá.

Maniobrando de forma milagrosa en torno a su hijo, que jamás se apartaba de su lado, Meg levantó una de las sillas del comedor. Eddie miraba con cuidado a Cat, sin saber hasta qué punto su mirada le afectaba.

—¿Por qué no os vais tú y tu amiga de esta casa ya?

—Deja que te ayude y así acabaremos antes.

Cat sonrió, pero su intento de hacerse amiga de Meg falló.

Meg colocó la silla junto a la mesa.

—En serio, Cat, Helen y yo lo tenemos todo controlado. No pasa nada. Vete.

Cat, poco acostumbrada a que la echaran de esa forma, no pudo evitar preguntar:

—Lo siento, pero ¿te he ofendido en algo?

—¿Aparte del hecho de poner la casa patas arriba y molestar a mi madre?

Meg se puso al insistente Eddie en la cadera.

Es posible que Cat debiera haberse ido tranquilamente, pero el tono tan grosero de Meg la puso a la defensiva. Esa era la casa de Hank y él había autorizado las fotografías. Nadie tenía la intención de hacer daño a la señora Mitchell.

—Siento mucho todo eso, pero te prometo que has entrado en el peor momento posible. Tu madre acababa de salir de la habitación tan solo cinco

minutos antes de que llegaras. Helen pensó que podríamos hacer una o dos fotos más sin causar problemas.

—Vale, pero también deberías irte ahora que tienes lo que has venido a buscar. Es viernes por la noche y seguro que tendrás planes.

—De hecho, tu hermano y yo tenemos planeado hablar de negocios esta noche. Espera encontrarme aquí cuando vuelva.

La arrogancia de Meg al expulsar a la socia de Hank de su propia casa la irritó. Podía comprender que la mujer quisiera proteger a su madre, pero Cat sentía que había algo más en la actitud fría de Meg.

—¿Preferirías que lo esperara en la cocina o hay alguna oficina en la que me pueda sentar sin molestar a nadie?

Con un suspiro, Meg dejó a Eddie en una esquina del salón y abrió un cajón lleno de juguetes. Una vez que lo tuvo entretenido con los bloques, volvió al comedor.

—Cuando Hank te conoció, estaba emocionado. Esperanzado. Hank no había tenido nada por lo que estar esperanzado durante años, así que todos estábamos entusiasmados. Y entonces lo dejaste por otro. Ahora estás aquí y os habéis metido en algún tipo de negocio, juntos. Eso me preocupa. —Meg miró fijamente a Cat—. No nos ha contado nada, lo que me dice que no está muy seguro ni del negocio ni de ti. Así que ahora me pregunto cómo se quedará cuando lo decepciones llegado el momento.

Las mordaces acusaciones de Meg la golpearon con fuerza, casi hasta el punto de dejarla sin respiración. Afortunadamente, podía invocar a esa parte segura de sí misma suya capaz de gestionar ese tipo de situaciones.

—Desde luego, no te andas con rodeos. —Un tono defensivo no la ayudaría y, en cierta forma, Cat comprendía e incluso aplaudía la actitud protectora de Meg—. Ya me he disculpado por lo del año pasado. Y cuando vi todos estos muebles tan bonitos, le sugerí que trabajáramos juntos para venderlos. Francamente, creo que se alegra de poder dejar la construcción.

—¿Ah, pero deja su trabajo?

Los ojos de Meg se abrieron como platos y su voz aguda despertó el recelo de Cat.

Cat decidió enfocar la situación desde el punto de vista más positivo posible.

—Por ahora sigue trabajando con Jackson, pero ya tenemos un pedido de una mesa de comedor, así que pronto dedicará todo su tiempo a hacer aquello que más le gusta. Teniendo en cuenta todo lo que ha hecho por todas

vosotras, creía que eso os gustaría.

Meg percibió la sutil censura e inclinó la cabeza, estudiándola de pies a cabeza.

—Ya tienes una carrera de éxito. ¿Para qué meterte en un negocio tan pequeño?

—No puedo ser modelo para siempre. Quería un nuevo reto y admiro el talento de tu hermano. Se merece un golpe de suerte y yo puedo ayudarlo a él y a su trabajo a obtener el reconocimiento que se merece.

—Entonces, ¿no hay nada más personal entre vosotros?

Meg relajó la mirada.

—No estoy segura de que eso sea asunto tuyo, pero Hank y yo somos muy honestos el uno con el otro.

A medida que las palabras iban saliendo de sus labios, se dio cuenta de la mentira. Ella no había sido totalmente honesta, pero no se sentía obligada todavía a contarle lo de su infertilidad.

—Vamos paso a paso. Sin promesas ni expectativas.

—No sé a qué tipo de hombres y relaciones estás acostumbrada tú, pero a Hank no le van los juegos. Nunca le han ido. Así que te lo pediré educadamente una vez. Por favor, no le des esperanzas y luego le rompas el corazón.

—No le estoy dando esperanzas.

Al menos a ese respecto, podía mantener la cabeza bien alta. Había sido honesta sobre sus reservas en cuanto a una relación. Lo único que le había prometido era que intentaría ir día a día.

—Los dos estamos de acuerdo.

—La verdad es que lo dudo mucho, pero espero estar equivocada.

Cat se frotó las arrugas del entrecejo con el pulgar. Antes de que pudiera formar una respuesta, Hank y Jenny entraron junto con David y Vivi.

Eddie se puso de pie de un salto y corrió directo a Hank. Con un movimiento fluido, Hank cogió en brazos a su sobrino, los puso bocabajo y lo meció mientras le hacía cosquillas. Eddie gritó, encantado, y Hank parecía igual de feliz.

El corazón de Cat se encogió como un trozo de papel en un puño. El vínculo entre Hank y Eddie no hacía más que demostrar lo que ella había sospechado todas esas semanas. Podía ponerle en bandeja aquella oportunidad empresarial, mimarlo con regalos e incluso correr el riesgo de exponerse por completo para darle todo lo que tenía, cuerpo y alma, pero,

aunque eso lo hiciera feliz, nada de ello podría darle jamás un hijo o una hija con sus mismos ojos, su actitud amable y su misma sangre.

El dolor la irritó como la arena en un zapato.

—¿Rick?

Los ojos de la señora Mitchell se fijaron en su hijo.

Hank dejó a Eddie en el suelo, le dedicó una bonita sonrisa a su madre y la besó en la frente.

—Soy yo, Hank. Estoy aquí.

Todo el cuerpo de la señora Mitchell se relajó en presencia de Hank. ¿Significaba eso que, al menos a nivel subconsciente, todavía lo reconocía? ¿Sería por eso por lo que Hank insistía en mantenerla cerca?

Hank miró a Meg y Cat, y entonces frunció el ceño.

—¿Todo va bien?

—Lo estará ahora que ya estás en casa —dijo Meg con afecto antes de lanzarle una mirada astuta—. Voy a empezar a preparar la cena. Estoy deseando que me cuentes todos los detalles sobre tu nueva aventura empresarial.

La expresión de culpabilidad de Hank pareció satisfacer a Meg antes de que se diera la vuelta y saliera de la habitación con Eddie siguiéndola de cerca.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Hank a Cat.

Antes de que pudiera responder, David los interrumpió.

—Perdón. Solo hemos pasado a despedirnos. Tenemos que irnos ahora o perderemos el ferri.

Vivi añadió:

—Te mandaré las fotos por correo electrónico lo antes posible.

—Gracias, Vivi. —Cat y Hank respondieron al unísono, mientras Cat evitaba la mirada escrutadora de David.

Después de que su hermano y su amiga se fueran, miró a Hank.

—Creo que ya tenemos lo que necesitábamos, pero molestamos a tu madre un poco al final. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya. Tendría que haberme quedado y haberle dicho a Jenny que se buscara otra forma de volver a casa.

Sí, eso es justo lo que debería haber hecho. Había prometido que la empresa sería su prioridad, pero todavía ni se lo había contado a su familia.

—¿Por qué no le habías hablado de nuestros planes?

Hank miró a Helen, Jenny, su madre y luego otra vez a Cat.

—Volvamos al garaje un minuto.

—Vale.

Cat lo siguió, deseando salir de aquella casa.

Una vez que tuvieron un poco de privacidad, Hank colocó sus manos sobre los brazos de Cat.

—Pareces un poco alterada. Imagino que Meg te ha echado la bronca.

—Algo así. —Cat se quedó mirándolo, entrecerrando los ojos—. Así que dime, ¿por qué no le has contado la verdad a tu familia?

Hank se frotó la cara con las manos.

—Con todo el estrés que me rodea, pensé que sería mejor no preocuparlos demasiado pronto. Esperaba que si teníamos un pedido en seguida, el hecho de que solo me quedaran un par de semanas de trabajo con Jackson no parecería tan arriesgado. Si Vivi hablaba en serio en cuanto a la mesa, eso ayudaría a suavizar el golpe.

—¿Entonces no tienes dudas ni estás pensando en echarte atrás?

—No, Cat. Te he dado mi palabra. Estoy totalmente comprometido.

Cat soltó un suspiro para aliviar la tensión que sentía en las tripas.

—Ojalá Jackson no te estuviera castigando dejándote sin nómina tan pronto.

Hank agitó la cabeza.

—No es un castigo. Está un poco enfadado con nosotros, pero, a su manera, está intentando ayudarnos.

Quizá fuera así, pero Cat conocía a su hermano lo suficientemente bien como para saber hasta qué punto valoraba la lealtad. Si Jackson tenía un punto débil era su incapacidad para gestionar los desprecios o las traiciones, así que no podía evitar preguntarse cuánto tiempo seguiría viéndolos como desleales.

—Te quedas un rato más, ¿verdad? Meg es buena cocinera y se irá después de cenar. Jenny probablemente saldrá. Mi madre se irá a dormir. — Hank buscó las manos de Cat—. Conozco tus prioridades, pero eso no significa que no podamos disfrutar de algo de intimidad más tarde. Si te portas bien, quizá te invite a una visita privada a mi dormitorio.

Por muy tentador que pudiera sonar, Cat se liberó de sus brazos.

—La última parte suena genial, pero sería un error que obligaras a Meg a cenar conmigo. Además, creo que ha llegado el momento de ir a ver a Jackson. Él y yo no hemos hablado desde que soltaste la bomba. Al parecer, a ambos nos toca enfrentarnos a nuestros respectivos hermanos esta noche.

El olor áspero del ajo se apoderó de las fosas nasales de Hank cuando entró en la cocina, haciendo que le rugiera el estómago. Meg, Jenny y su madre ya estaban sentadas a la mesa, con Eddie prácticamente cayéndose de su trona.

—Coge un plato —dijo Meg.

—Huele muy bien, gracias.

Hank se acercó a la silla de ruedas de su madre y le dio un beso en la cabeza antes de sentarse entre ella y Eddie.

La expresión de su madre se mantuvo pasiva, con la mirada perdida en su comida intacta. Agitó la cabeza, intentando ocultar a sus hermanas la creciente preocupación que sentía por su falta de apetito. Después de clavar una pajita en una lata de un suplemento alimenticio, se la puso en la boca.

En un instante, se manchó la camiseta con la bebida de la misma forma que Eddie lo hacía con la salsa. Jenny dejó caer la cabeza cuando el niño empezó a gritar.

Meg miró a su madre.

—Tú la ayudas a ella y yo me encargo de Eddie.

Otra cena sin más. Hank, con un suspiro, secó la camiseta empapada de su madre con su servilleta y luego la llevó al dormitorio para ayudarla a cambiarse.

—¡No! —gritó agitando las manos—. No.

—Mamá, deja que te ponga esto primero. —Sin perder la calma, a pesar de no dejar de apartarle las manos, la ayudó a ponerse una camiseta limpia—. ¿Quieres quedarte aquí?

—Quiero irme a casa.

—Lo sé.

Sabía que lo que quería era volver a esa época en la que la casa y la familia le resultaban familiares. Cuando las cosas tenían sentido y la vida era más fácil y estaba llena de risas. Diablos, él también quería «volver a casa».

La ayudó a meterse en la cama y bloqueó las ruedas de la silla después de dejarla aparcada junto a ella.

—Vendré a verte en un rato.

Ella lo miró desde la cama, sin verlo. No pudo evitar pensar que cada día estaba más y más lejos. *Estoy tan, pero tan cansado*. Se apretó los ojos con las manos para intentar detener el picor.

Cuando volvió a la cocina, Jenny y Meg estaban sospechosamente calladas. Hank se sentó para terminar de cenar mientras ellas ponían el

lavavajillas.

—Gracias por cocinar, Meg —dijo Hank mientras pinchaba una albóndiga—. Están muy ricas.

—De nada. Quizá ahora podamos hablar un poco sobre ese nuevo negocio que estás montando con la modelo.

Meg arrugó la nariz.

—Tiene un nombre. Se llama Catalina. —Dejó el tenedor en el plato y se inclinó hacia delante—. ¿A qué viene esa cara?

Meg le echó un vistazo rápido a Jenny e inspiró antes de responder.

—Imagínate mi sorpresa cuando me la encuentro aquí, cambiando las cosas de sitio y anunciándome un nuevo negocio del que no te has molestado en hablarnos.

—No quería preocuparos antes de que las cosas estuvieran ya en marcha. —Se pasó cinco minutos poniéndolas al día sobre la propuesta de Cat y la próxima exposición—. Sea cual sea tu opinión, «la modelo» me está ofreciendo la posibilidad de montar mi propio negocio haciendo justo lo que me gusta.

—Me apuesto lo que sea a que el negocio no es lo único que te está ofreciendo.

Meg arqueó las cejas.

—¿A qué viene esa actitud? Y si piensas que ahora voy a hablar contigo sobre mi vida personal, estás muy equivocada.

Meg ignoró la reprimenda y contraatacó:

—Después de la forma en la que te dejó plantado el año pasado, ¿cómo puedes confiar en ella y más en lo que se refiere a tu sustento? Esto grita desastre por todas partes, para ti y para nuestra familia. Cuando pasas demasiado tiempo fuera de casa, mamá se pone cada vez más nerviosa. —Meg dobló el paño de cocina mientras agitaba la cabeza—. Honestamente, nunca creía que te vería a ti precisamente pensando con la entrepierna.

—¡Meg! —resopló Jenny con los ojos como platos—. ¡No seas tan bruta!

Por el bien de Eddie, Hank reprimió el impulso de volcar la mesa de la cocina. Haciendo acopio de todo el control que pudo, soltó los cubiertos, se limpió la boca y respondió a Meg con un tono enormemente tranquilo.

—Por primera vez, tengo algo más en mi vida que trabajar para cuidar de los demás. Alguien que me está ayudando con mis sueños. Alguien que se molesta en hacer cosas por mí y que no me ha pedido nada a cambio, solo

quiere que aproveche la oportunidad que me está ofreciendo. Creía que, después de todo lo que he hecho por todas vosotras, os alegraríais por mí y que no harías lo posible por destruir mi felicidad.

—Estoy intentando que no te hagan daño. —Meg se sentó, con los brazos cruzados—. ¿De verdad crees que este coqueteo va a durar? ¿Y cuánto tiempo crees que va a tardar en querer huir del taller y del papeleo para volver a su vida bajo los focos? Ambos sabemos que no eres de los que le gusta ir a Manhattan a pavonearte por restaurantes y clubes elegantes, aparte de que es poco probable que puedas generar los ingresos necesarios como para mantener satisfecha a una mujer así durante mucho tiempo.

Jenny se tapó la cara con las manos, incapaz de lidiar con el conflicto entre sus dos hermanos mayores.

Hank apartó su plato.

—Jenny, llévate a Eddie al salón, por favor.

La mirada de Jenny pasó de Hank a Meg antes de que sacara a Eddie de la trona y se fuera de la cocina. En cuanto desapareció, Hank arremetió contra Meg.

—Como bien sabes, tendría más dinero y diversión si no hubiera tenido que dejarlo todo para que todas pudierais ir a la universidad, tener una carrera profesional, enamoraros y fundar una familia. Deb y Anne no pasan más de cinco minutos por aquí desde que se graduaron, al mudarse a Boston dejaron clara su actitud con respecto a mamá. Jenny está a punto de graduarse. Yo, desde que dejé el instituto, no he podido hacer absolutamente nada para mí. ¿Cuándo será mi turno de tener una vida?

—No actúes como si yo jamás os hubiera ayudado a Jenny y a ti.

—Un par de horas a la semana y doscientos dólares al mes, Meg.

—Eh, trabajo a tiempo completo y tengo una hipoteca y otros gastos.

—¡Y yo también! —Hank pegó un puñetazo en la mesa antes de bajar el tono de voz—. Trabajo entre diez y doce horas al día. Prácticamente he criado yo solo a Jenny. He pagado esta casa que no es mía. Os he ayudado a todas con las matrículas y llevo el peso de la mayor parte de los gastos del cuidado de mamá. Además, tengo que levantarme varias veces por la noche para ayudarla y ¡hace unos seis meses que no tengo una cita de verdad!

—No sabía que nos guardabas tanto rencor.

—No te guardo rencor, pero creía que, al final, acabaríais apreciando todos mis sacrificios. Y, ahí estás, saboteándome con dudas y sospechas.

Hank se puso de pie y dejó el plato en el fregadero.

La adrenalina fluía por sus venas. Al sentir que le faltaba poco para terminar gritando cosas que no debían decirse, salió por la puerta de atrás.

—¡Hank, espera!

La voz de Meg lo siguió hasta cerrar la puerta del taller a sus espaldas.

Por mucho que odiara tener que reconocerlo, los comentarios de Meg no eran la única fuente de su furia. Después de todo, su apuesta sí que había puesto en riesgo a su madre y a Jenny. Si la empresa fracasaba, algo de lo que Jackson parecía estar convencido, se quedaría sin trabajo. Clavó el puño en una mesa. La idea de empezar de cero con otro contratista lo deprimía profundamente.

Y sintiera lo que sintiera por Cat no convertía su incipiente relación en nada más serio. Al menos no por ahora. Y teniendo en cuenta sus reticencias, quizá nunca lo sería.

Meg tenía razón. Era probable que estuviera abocado al fracaso en ambos frentes. Las dudas se propagaron como el fuego, haciendo que rompiera a sudar. Miró al reloj y decidió llamar a Cat, con la esperanza de que ella pudiera sofocar las llamas.

No hubo respuesta. Con suerte, Jackson no le echaría demasiado la bronca.

De pie, en su estudio, recordó la primera vez que Cat estuvo allí con él, cómo lo sorprendió al confesar sus inseguridades.

Desde aquella noche, habían cambiado muchas cosas, la mayoría para bien, pero su prioridad seguía siendo su relación comercial, no la personal.

Se metió el teléfono en el bolsillo, apagó la luz y volvió a la casa, donde Jenny y Meg lo estaban esperando.

Fueran los que fueran los sueños que albergaba sobre Cat, esta sí que era su realidad.

Sus hermanas y su madre sí lo querían. Todas dependían de él. Y estarían en su vida para siempre. Y en este punto, desde luego, no podía decir lo mismo de Cat, lo que hacía tremendamente complicado culpar a Meg por sus reticencias.

Cuando volvió a entrar en la cocina, levantó la mano para impedir que sus hermanas hablaran.

—Siento mucho haber perdido los papeles. Sé que os preocupáis por mí y que estoy asumiendo riesgos. —Abrió los brazos para abrazarlas, con la barbilla apoyada en la cabeza de Jenny—. Os quiero, chicas, y no me arrepiento de nada de lo que he hecho.

—Apreciamos mucho todo lo que haces, Hank —dijo Jenny, emocionada—. Te juro que es así.

—Lo sé.

Eddie apareció corriendo y levantó los brazos.

—¡Arriba!

El pecho de Hank se llenaba de ternura cada vez que el pequeño le sonreía, así que se agachó y se puso a Eddie en los hombros. Entonces se obligó a buscar la mirada de Meg.

—Estamos bien, ¿no?

—Siento mucho haberte hecho daño. —Meg suspiró—. Tienes razón. Te hemos dejado todo el trabajo a ti, probablemente porque haces que parezca fácil y nunca te quejas, pero sé mejor que nadie lo duro que es cuidar de un enfermo crónico.

Estiró los brazos para bajar a Eddie de los hombros de Hank.

—Hablaré con Anne y con Deb para que colaboren más, tanto desde el punto de vista económico como del físico. De todas formas, ya va siendo hora de que muevan el culo hasta aquí con más frecuencia.

—Gracias. Cualquier ayuda será bienvenida.

Pero no podía evitar tener la sensación de que las cosas probablemente no harían más que empeorar.

Querida mamá:

Me ha llegado otra «nota de amor». Mismo papel, misma xilografía, diferente oficina de correos. Esta vez he llamado a la policía, pero, como sospechaba, no pueden hacer mucho sin una amenaza real o una prueba de que se trata de Justin. La posible desventaja de interrogarlo (incitarlo, publicidad negativa, darle la satisfacción de saber que estoy preocupada) es mayor que la posibilidad de que confiese.

Sin una confesión u otro tipo de prueba, no puedo prolongar la orden de alejamiento, así que les he pedido que no se acerquen a Justin todavía. Creo que lo más inteligente es no hacerle caso. Si de verdad quiere que volvamos, querrá portarse lo mejor posible, ¿no? Además, cabe la posibilidad de que no sea él el que me esté enviando las notas.

Saber que estás cuidando de mí me hace sentir más segura.

CAPÍTULO 16

En vez de utilizar el trayecto de diez minutos para preparar el encuentro con Jackson, Cat se lo pasó recordando su conversación con Meg, cuya desaprobación se le había pegado al cuerpo como una camisa de seda en un día húmedo. Entre eso y las reticencias de Hank a contarle a su familia lo de su empresa, no estaba en el mejor estado mental para enfrentarse a su hermano.

Sentada en el coche, se quedó mirando a la casa y pensó en su situación. Vale que le había quitado a Hank de su equipo y sí, sabía lo mucho que Jackson dependía de Hank, pero como bien le había dicho a David, Hank no era propiedad de Jackson. Y no tenía derecho a regañarle por montar un negocio que él jamás se había planteado y mucho menos perseguido.

Reafirmada por su propio discurso motivacional, subió el camino de entrada. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que los arbustos estaban descuidados y que había pequeños trozos de madera podrida y pintura desconchada en los listones de la casa. Con el ceño fruncido, llamó a la puerta principal. Pudo oír un «Ya voy» procedente del interior mientras Jackson se arrastraba hasta la entrada.

Cuando abrió la puerta, su sorpresa se transformó deprisa en una sonrisa de superioridad con la que estaba muy familiarizada.

—No esperaba verte esta noche, Judas.

—Ja, ja.

Cat recurrió a una vieja técnica de distracción y le acarició las mejillas y le dio un beso a modo de saludo. Fue en ese momento cuando olió el *whisky*.

—¿Bebidas fuertes?

—No empieces. —Se cruzó de brazos—. No estoy para sermones, Cat. Si es para eso para lo que has venido, date la vuelta y vete.

—Nada de sermones. Vengo a hablar.

Cuando Cat entró en su casa, el alma se le cayó al suelo.

Un leve hedor a humo de cigarro impregnaba el estancado aire. Sobre la mesa de café, una botella medio vacía de Glenfiddich junto con un plato sucio, cajas vacías de comida china y un montón de envoltorios de Snickers.

—¿Qué es este desastre?

El resto de la casa en su campo de visión revelaba el mismo contraste respecto a su habitual pulcritud.

—Es viernes, soy un tío y no esperaba compañía.

Recogió la basura y el plato sucio de la mesa. Ella lo siguió hasta la cocina, tan solo para descubrir todavía más platos sucios apilados en el fregadero, así como papeles y correo esparcidos por toda la encimera.

Sin decir nada, Cat empezó a recoger los sobres abiertos. Cuando abrió el cubo de la basura, se encontró con dos botellas vacías de *whisky*.

Cerró la tapa. Como David y Hank sospechaban, Jackson estaba bebiendo demasiado. Decidió no echarle un sermón y dar prioridad a la explicación que había venido a darle.

—¿Qué hace un donjuán como tú pasando un viernes por la noche solo en casa?

—Paso de salir con nadie durante un tiempo —dijo Jackson sin despegar la mirada del fregadero.

—Eso puedo entenderlo.

Solo hacía dos meses, Cat se había sentido exactamente de la misma forma. Desde entonces, había dejado que Hank entrara en su vida y ahora todo estaba cambiando.

—Hum. Me da la sensación de que a ti no te va nada mal. Gracias por haberte quedado con mi compañero. Sobre todo, después de que yo tuviera que convencerlo para que aceptara tu proyecto. —Jackson metió el último plato en el lavavajillas antes de secarse las manos—. Espero que sepas lo que estás haciendo o vas a joderle la vida de todas las formas posibles, Cat. ¿Seguro que eres capaz de soportar esa responsabilidad y esa presión?

Tenía que reconocer que, por lo visto, no demasiado.

—No tendría tanta presión si tú no le hubieras dado solo seis semanas para poner las cosas en marcha.

Las comisuras de los ojos de Jackson se arrugaron al dibujar una sonrisa.

—¿Acaso crees que debería mantenerlo en nómina y seguir pagando su seguro médico a pesar de haberme notificado su marcha?

—¿Y dónde estaría el problema? Siempre has dicho que es tu mejor empleado y que dependes mucho de él.

—Hank trabaja por dos, pero ya he contratado a Doug y a Ray este verano y ahora tengo que contratar a alguien que sustituya a Hank. No puedo tener tres personas más en nómina y mantener a Hank como empleado indefinidamente. No es viable.

—Nadie te ha dicho que tenga que ser indefinidamente, pero seis semanas me parece un poco duro para alguien a quien considerabas un amigo.

Cat se puso en jarras.

—Dijo la que no tiene la más mínima experiencia en la gestión de empleados ni sabe nada sobre los gastos que conlleva dirigir un negocio. Mejor hablamos de aquí a un año y veremos cómo ha cambiado tu perspectiva. Bueno, eso siempre que sigas teniendo negocio.

—Estás muy seguro de que voy a fracasar, pero tampoco sabía nada sobre el mundo de la moda cuando empecé y mira lo que he conseguido. —Entrecerró los ojos—. Estoy deseando demostraros a ti y a David que os equivocáis conmigo.

Jackson levantó las manos.

—Espero sinceramente que me demuestres que estoy equivocado. ¿De verdad crees que me haría feliz que perdieras tu dinero y que toda la familia de Hank sufriera? Una de las principales razones por las que he echado a Hank es para asegurarme de que no te echas atrás y que das el ciento cincuenta por ciento. Créeme, por debajo de eso, no funciona.

—Entonces, ¿no nos guardas rencor?

Cat ladeó la cabeza y Jackson le hizo la llave de cabeza de broma que solía hacerle cuando eran niños.

—Oh, sí que os guardo algo de rencor. —Le dio un beso en la frente antes de soltarla—. Pero no te preocupes, ya se me habrá pasado para Navidad. Pero dime, ¿qué está pasando de verdad entre vosotros aparte de toda esta historia del negocio? Norwalk está bastante lejos de Park Avenue. Y Hank no es exactamente «tu tipo».

—A veces, un cambio es bueno para el alma, Jackson.

—Amén —masculló mientras ponía rumbo al sofá del salón, donde se dejó caer y cogió el mando a distancia—. Yo también necesito un cambio.

—¿A qué te refieres?

Cat se sentó en el sillón de cuero con la esperanza de poder aprovechar

la ventana que le había abierto su hermano.

—No importa —le dijo, haciendo un gesto con la mano y sirviéndose otro vaso de *whisky*—. ¿Quieres?

—No, gracias. —Se mordió la lengua para no decir nada sobre la bebida—. Dime, ¿a qué te refieres cuando dices que necesitas un cambio?

—Nada, era por decir algo.

Se quedó mirando la televisión mientras iba pasando por todos los canales. Cat lo observó mientras se bebía la mitad del contenido del vaso en cuestión de segundos.

—Deberías bajar el ritmo, Jackson.

Jackson elevó su dedo índice.

—Para.

—Vale —dijo con un suspiro.

Después de todo, mucha gente bebe los viernes por la noche. Al menos Jackson no iba a coger el coche.

Mientras la televisión resonaba, la mente de Cat volvía a Hank. A diferencia de su plan inicial, cada vez se sentía más unida a él. El consejo de Vivi taladraba su consciencia como la mala hierba que brotaba de las grietas del camino de entrada de la casa de Jackson. «*Y, por cierto, tu plan deja fuera uno de los mayores beneficios de una relación: el amor*».

A sus veintiocho años, Cat sabía poco, por no decir nada, del verdadero amor. Había llegado a creer que Justin la quería, pero simplemente la había considerado un trofeo. Antes que él, todo lo que había tenido era una sucesión de amantes que habían acabado sintiéndose decepcionados cuando no había cumplido las expectativas de *sex appeal* y feminidad de su imagen. Y ahora la infertilidad, la antítesis de esa imagen, haría que Hank tuviera que estar abierto a la adopción o a la donación de óvulos o a directamente renunciar a la idea de tener hijos.

Si no fuera estéril, si solo estuvieran montando un negocio juntos, si, si, si...

El compromiso requería honestidad. La honestidad requería que Cat se sincerara, que se mostrara vulnerable y que se arriesgara al rechazo, tres cosas que nunca se le habían dado bien.

El tintineo de un cristal llamó su atención mientras Jackson se servía otro vaso.

Puede que su hermano no quisiera su ayuda con sus problemas, pero ella necesitaba ayuda con los suyos.

—Jackson, tengo que hablar contigo sobre algo muy serio. Algo personal.

—Ya te he dicho que no tengo ganas de sermones.

Jackson apagó la televisión y dejó el mando a un lado.

—No es sobre mí.

¡Oh, Dios mío! ¿De verdad voy a hacerlo? Tragó saliva con esfuerzo, pero seguía teniendo la boca seca.

En la frente de Jackson se formaron arrugas de preocupación. Incorporándose, apartó su bebida y apoyó los codos en sus rodillas.

—Cuéntame.

Y allí estaba, el hermano en el que se podía confiar. Centrado, solícito, dispuesto a escuchar. Una vida entera de amor entre ellos, de secretos de la infancia, de chistes propios, de la seguridad de un amor incondicional. No podía imaginarse la vida sin Jackson ni David y ese sentimiento se intensificaba aún más al decirse que quizá jamás podría tener su propia familia.

Familia. La suya apenas se había recuperado todavía de la pérdida de su madre. Su padre y Janet más bien orbitaban alrededor de la familia en vez de ser el centro de ella, como sus padres siempre habían sido. El amor de Vivi literalmente había salvado a David de quedarse completamente aislado. También había creado un puente entre él y la familia, aunque el secreto de su padre y él lo mantenían bordeando la periferia. Mientras tanto, Cat y Jackson seguían atascados, incapaces de pedir ayuda pero sin encontrar la felicidad.

Algo tenía que cambiar porque le rompería el corazón ver a Jackson seguir debatiéndose y, para su propia sorpresa, sabía que la vida solitaria que estaba lejos de aceptar como destino suponía una existencia demasiado vacía.

Por muy cercanos que se pudieran sentir Cat y Jackson, hacía años que no habían confiado el uno en el otro. Con la única guía de su padre, se habían replegado aún más si cabe dentro de sí mismos. Eso tenía que acabar y debía encontrar el coraje para dar el primer paso.

Con el corazón en la boca, volvió a tragar saliva con la esperanza de que eso aliviara un poco la tensión y que las palabras brotaran sin desmayarse. Subió la temperatura de todo su cuerpo y empezó a sudar. Se tocó la frente con la mano y se humedeció los labios.

—Madre mía, Cat, me estás asustando. ¿Qué pasa?

Antes de mirarlo directamente a los ojos, le soltó:

—Me han diagnosticado fallo ovárico prematuro, lo que básicamente

significa que tengo menopausia prematura. Incluso con todo tipo de intervenciones, lo más probable es que jamás pueda quedarme embarazada.

Jackson frunció el ceño, confuso.

—Espera, ¿cómo ha surgido todo esto?

Después de que Cat le contara todos los detalles del diagnóstico y de los posibles riesgos para su salud, Jackson se sentó en el borde del sofá.

—¿Y hace dos meses que lo sabes? —Jackson agarró la mano de Cat—. ¿Por qué no me lo has contado antes?

—Al principio porque estaba en *shock*. Ya sabes que nunca me había imaginado a mí misma quedándome en casa cuidando de mis hijos, pero la rotundidad de todo esto me ha desequilibrado por completo. —Empezó a sentir un hormigueo en la nariz, pero decidió continuar—. Necesitaba tiempo para asimilarlo y para reunir el valor para contárselo a alguien de la familia. Solo se lo he dicho hace poco a Vivi.

—¿Ni siquiera a papá? —preguntó Jackson, que no dejaba de acariciarle la mano y el antebrazo.

—No. Si nunca me caso, quizá no tenga que decírselo.

Cat sentía que la cara se le arrugaba. Su padre siempre había dado por hecho que acabaría siendo mujer trofeo y madre, así que estas noticias lo decepcionarían a varios niveles. El leve pánico que le provocó imaginarse su reacción hizo que se le quebrara la voz.

—No se lo puedo contar. Me obligaría a visitar a todos los especialistas del planeta, a pesar de obtener la misma respuesta una y otra vez. Ya sabes que nunca se le ha dado bien consolarnos, esa era tarea de mamá.

—Ven aquí. —Jackson tiró de ella para que se sentara junto a él en el sofá. Ella se acurrucó entre sus brazos y rompió a llorar—. La infertilidad es un negocio rentable, Cat. Siempre están buscando respuestas. Nunca digas nunca jamás. Todavía eres joven.

—Mis folículos no producen óvulos. Tengo que aceptar los hechos, no aferrarme a fantasías.

La dura verdad le provocó lágrimas que obstruyeron su garganta. Decírselo a Vivi había sido mucho más fácil que contárselo a su hermano.

Jackson la abrazó con fuerza, como si sus brazos pudieran alterar de alguna forma la situación. Le acarició el pelo y la besó en la cabeza. Oírlo resoplar hizo que llorara aún con más intensidad.

—No soporto verte sufrir, hermanita.

Con suavidad, Jackson colocó sus dedos bajo su barbilla y le levantó la

cara hasta encontrarse con su mirada. Sus ojos color coñac le afectaron como un vaso de su querido *whisky*, abrasador pero reconfortante. Siempre había tenido los ojos más bonitos de la familia. Con sus motitas doradas, brillaban con más calidez que incluso los ojos de su madre. Unos ojos hipnóticos que te hacían olvidar tus problemas, al menos hasta que te dabas cuenta de que brillaban por las lágrimas.

—Escucha. No puedo ni imaginarme cómo debes sentirte y no pretendo decirte qué tienes que hacer ni sermonearte, pero si quieres ser madre, hay otras opciones. Adopción, donantes, lo que sea... Que tengas ese problema no significa que nunca puedas ser madre. Y tienes mucho amor para repartir en tu corazón. Sé que serías una buena madre, como mamá.

Los recuerdos de la sonrisa de su madre, su acento, su canturreo en la cocina mientras cocinaba una de sus recetas preferidas la rodearon como un cálido abrazo. Por otro lado, a pesar de los halagos de Jackson, Cat jamás había sido igual de cálida y abierta que su madre.

Y a pesar de sus buenas intenciones, ninguna de las alternativas que había recitado disminuía su pena. Por muy superficial o trivial que pudiera parecer, no podía negar cierto deseo primitivo de ver la sonrisa de Jackson, la inteligencia de David o la clase de su madre en sus propios retoños.

Confusa, tales pensamientos tan dolorosos regados con un poco de autoaversión le provocaron un ataque de llanto. Se aferró al pecho de Jackson, clavando la cara en su camiseta. Él la abrazó en silencio hasta que la llorera dio paso al sollozo.

Tras el estallido emocional, le dolía la cabeza, pero se abrió paso entre la neblina para recuperar el coraje de hacer la pregunta que más miedo le provocaba con voz descarnada.

—¿Es justo pedirle a un hombre que renuncie a tener hijos biológicos por mí?

Cat lo observó.

—Más justo que robar uno.

La expresión de Jackson se volvió seria y distante, como si intentara borrar un recuerdo doloroso.

—¿Qué quieres decir con eso?

Cat sintió que su cuerpo se volvía tan duro como el granito, así que decidió soltar.

—No importa. Probablemente no sea el más indicado para esta conversación. Además, no deberías preocuparte hasta que conozcas a un tipo

del que creas que te podrías enamorar. —De repente, ladeó la cabeza—. A menos que... ¿ese hombre sea Hank?

Puede ser.

—Hipotéticamente, ¿cuándo sería el momento adecuado para decírselo? No demasiado pronto o podría pensar que estoy intentando planear nuestro futuro. Pero si espero a que empecemos a hablar de futuro, ¿sería eso justo? —Cat miró directamente a los ojos de su hermano—. Tú eres hombre. ¿Cuándo querrías que te lo contaran?

Jackson abrió los ojos como platos mientras se frotaba el pecho.

—No lo sé.

Una vez más, Cat detectó una expresión de dolor en su cara. Sus articulaciones emitían curiosos sonidos a medida que iba estirando los brazos y haciendo sonar sus nudillos.

—Tú sabes que siempre he querido tener una gran familia. Si me lo contaran después de enamorarme, me pondría triste, pero no me parece motivo de ruptura, es decir, de todas formas, nadie sabe lo que le deparará el futuro y sería feliz criando cualquier niño junto a la mujer que amo. Pero si ella ocultara la información a propósito hasta que le propusiera matrimonio o algo así, me sentiría traicionado. No lo sé. Corazón y mente no siempre van de la mano en estas cosas. —Jackson abrazó a Cat—. Quizá el momento adecuado sea cuando tú y tu «hipotético novio» tengáis una conversación sobre la posibilidad de convertirla en una relación exclusiva. —Jackson se pasó la mano por el pelo, aparentemente perdido—. Mierda, no lo sé. Se me da fatal este tipo de cosas. Deberías hablar con David.

—No, no se te da fatal. Y se lo diré a David la semana que viene. —Cat le apretó la mano con la mirada perdida—. Imagino que no hay una respuesta correcta.

—Hermanita, jamás permitiría que acabaras con un tipo que no te quisiera tanto como yo y eso significa que te querría lo suficiente como para que no fuera un problema. Cuenta conmigo, ¿vale? —Jackson suspiró—. Siento mucho que pensaras que no podías venir a hablar conmigo antes. No sé si estoy enfadado o impresionado por haber conseguido ocultarlo tan bien durante tanto tiempo. En cualquier caso, no es sano.

—¿No son los secretos lo habitual en la familia St. James? —En ese momento, le pareció que tenía otra oportunidad de intentar que confiara en ella—. No veo que tú me estés confesando tus pecados.

—Ahí me has pillado.

Jackson puso fin a su intento de desenterrar las raíces de su problema con una sonrisa avergonzada. Entonces miró a la botella de la mesa.

—Quizá los dos necesitamos otra copa.

—No, hasta yo sé que no hay respuestas en el fondo de esa botella.

—Puede que no, pero te aseguro que ayuda a pasar el tiempo.

—Jackson —empezó Cat.

Él la miró con una ceja arqueada, así que decidió morderse la lengua.

—Vale, pero no pienso quedarme aquí a ver cómo vacías esa botella, así que mejor me voy. —Cat se puso en pie y se apartó el pelo por encima del hombro—. Gracias por escuchar. Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—Por supuesto que no. —Jackson se puso en pie y la abrazó—. Tú eres quien lo tiene que contar.

Cuando Jackson avisó a Hank de que Cat no era precisamente una persona fácil, estaba seguro de que era así. Problemas con «P» mayúscula.

Durante la semana siguiente a la sesión de fotos, Cat le estuvo dando una de cal y otra de arena. Lo mismo lo acosaba a preguntas sobre el negocio como lo sorprendía apartando las hojas de cálculo y arrastrándolo a la ducha o a la habitación de invitados. Ciertamente es que esos momentos fueron algo más que placenteros. Sin embargo, al mismo tiempo, una enorme pared emocional se interponía entre ellos, una pared que él era incapaz de derribar.

Con un suspiro de frustración, Hank apagó el motor. Mirando su casa, rezó para que su madre pasara una noche tranquila porque necesitaba descansar de verdad.

Entró por la puerta principal a las nueve en punto para encontrarse a Meg dormida en el sofá con Eddie acurrucado a su lado. Desde su discusión, se ha ofrecido a cuidar de su madre una de las noches que Jenny tiene clases para no tener que pagar aún más a Helen. Ver a su hermana exhausta y a su hijo en el sofá lo hizo sentir culpable. Siempre se había sentido más cómodo haciendo favores que recibiendo los.

Se arrodilló junto al sofá.

—Chsss. Soy yo.

A pesar de intentar no hacer ruido, Meg se despertó sobresaltada.

Con cuidado, Hank rodeó a Eddie con sus brazos y se lo llevó al pecho mientras Meg se estiraba y desperezaba.

—¿Jenny todavía no ha vuelto a casa?

Hank meció a Eddie.

—Dijo algo sobre un grupo de estudio después de clase.

Hank apoyó la mejilla en la cabeza de Eddie; le encantaba el tacto y el olor del niño mientras dormía.

—¿Qué tal mamá?

—Como de costumbre, pero creo que tenemos que hablar seriamente sobre su futuro.

—¿A qué te refieres?

Meg miró a Eddie.

—Mejor hablamos más tarde.

—No, hablemos ahora. Está totalmente dormido.

Hank se acomodó en el sofá. Acarició la espalda de Eddie y el niño se acurrucó contra su pecho.

—Adoro a este niño. Tienes mucha suerte.

—Un día tendrás tu oportunidad.

—Eso espero. —Con el ritmo de vida que llevaba, no parecía que fuese algo que fuera a pasar pronto—. Bueno, ¿qué pasa?

Meg se pasó los dedos por el pelo para apartárselo de la cara.

—Creo que ha llegado el momento de plantearse una alternativa en cuanto al cuidado de mamá. Sé que no quieres enviarla a ningún sitio, pero esto no puede seguir así. Sus facultades están gravemente afectadas, incluso desde el fin de semana que me quedé aquí cuando te fuiste a la boda. Este ya no es un entorno seguro para ella ni sano para Jenny ni para ti.

—Con el debido respeto, Meg, llevo bastante tiempo haciéndome cargo de la situación. Creo que sé qué puedo gestionar y qué no.

—Son más de las nueve. Vas a seguir con este horario hasta que despegue tu empresa y no puedes esperar que Jenny se encargue de mamá sola. No ha sido fácil para mí estar aquí con Eddie, pero al menos yo soy enfermera y estoy acostumbrada a lidiar con gente mayor enferma. —Meg se abrazó a sus rodillas—. Si todos unimos nuestros recursos, podremos permitirnos una residencia que no esté lejos de aquí y tú tendrás por fin algo más de libertad.

—El precio sería demasiado alto y no me refiero solo al dinero. — Cuando Eddie se movió, Hank lo tranquilizó un segundo y luego siguió hablando en voz más baja—. Estoy bien. No utilices mi reciente estallido en mi contra ni lo uses para entrar aquí y cambiarlo todo.

—Solo porque creas que eres capaz de hacerlo todo no significa que sea

lo mejor. Y, con todo el respeto, soy enfermera. Creo que comprendo mejor la enfermedad y las necesidades de mamá que tú.

¡Hala, ya sacó la carta de la enfermera! ¡Eso picaba! Hank cerró los ojos, inspiró profundamente y contó hasta diez. No necesitaba un título en enfermería para saber hasta qué punto había empeorado la situación.

Sabía que su madre rara vez lo reconocía. Sabía que tenía que usar pañales, que no recordaba cómo debía ducharse ni vestirse y que se comía cosas como la pasta de dientes y el pegamento cuando los encontraba. Sabía que era un asco tener que vivir con cierres de seguridad en las puertas y en los cajones, tener que esconder los objetos punzantes, renunciar a una vida social normal para cuidar de su madre enferma.

Pero lo que ni Meg ni Jenny ni nadie más parecía entender es que Hank no podría vivir consigo mismo si les pasara esos problemas a extraños. Extraños a los que no les importaría de verdad si su madre estaba bien o no ni se preocuparían por ella. Extraños que ella jamás reconocería, ni siquiera durante un milisegundo.

—No pienso meter a mamá en un asilo. No puedo hacerlo. No podría dormir tranquilo pensando en lo confusa y sola que estaría en un entorno completamente desconocido para ella, rodeada de rostros extraños.

—Hank, para ella todos nosotros somos unos desconocidos el noventa por ciento del tiempo.

—Eso todavía nos deja un diez por ciento del tiempo en el que nos reconoce fugazmente. Lo he visto, Meg. Esos escasos momentos que surgen de vez en cuando le dan un poco de serenidad. Y puede que no sea capaz de retener cada pequeño recuerdo de esta casa, como dejar un trozo de queso antes de que venga el ratoncito Pérez, las noches de sopa y *pizza* de los viernes o los maratones de Monopoly, pero le resultan familiares. Es su lugar seguro. No puedo quitárselo. No pienso hacerlo. Si es demasiado duro para ti venir a ayudar, no me volveré a quejar, pero no pienso sacarla de esta casa.

Meg se tapó la cabeza con las manos.

—Haces que me sienta una mala hija y eso no es justo.

Hank dejó a Eddie en el sofá y abrazó a Meg.

—No pretendo que te sientas culpable. Solo te digo que no pienso hacerlo, aunque pueda parecer un loco.

Meg se apartó.

—¿Y crees que esto es bueno para Jenny? Se preocupa por si mete la pata, por si mamá se hiciera daño estando bajo su supervisión y por ti. Y más

carga recae sobre sus espaldas ahora que te has embarcado en esta nueva empresa. Estás tan ocupado pensando en cómo te sientes tú que dudo que hayas mantenido una conversación sincera con Jenny sobre sus preocupaciones. Sí, es posible que mamá lo pase mal al principio, pero al menos estaría físicamente segura. ¿No es eso lo más importante?

Los músculos de Hank se retorcieron y se tensaron ante aquellas acusaciones. Se frotó los muslos con las manos al sentirse un fracasado a pesar de todos los sacrificios. Echando los hombros hacia atrás, se giró hacia Meg.

—Vale, te he escuchado. Lo pensaré. Pero mientras pueda cuidar de mamá, lo más probable es que esa sea mi elección.

Meg extendió las manos hacia el cielo.

—Eres más cabezota que papá en su peor día.

Hank sonrió ante ese comentario, consciente de que estaba lejos de ser un halago.

—Quizá.

Con una sonrisa en la cara y un suspiro en los labios, Meg abrazó a su hermano.

—Esta conversación no ha acabado, pero lo dejaré estar por ahora. Me voy a casa a dormir un rato. Buena suerte.

Hank ayudó a Meg a llevar a Eddie al coche y volvió dentro. Su teléfono vibró en el bolsillo, así que le echó un vistazo al mensaje entrante.

La página ya está en línea. Échale un vistazo y llámame lo antes posible.

Escribió la URL y se abrió su página web. En la página de inicio se veía una gran foto de su mesa del comedor con pestañas a otras páginas en las que se hablaba de sus objetivos, su origen y la próxima exposición.

Parecía sofisticada y profesional. En la página del catálogo estaban la mesita que había hecho para Vivi, su mesa de café, el aparador de su comedor y los bocetos que había dibujado con otros diseños. Le gustaban sus nuevos diseños, pero le gustaría que Cat reconsiderara sus planes de crear «líneas» en vez de concentrarse en piezas por encargo. No había tenido tiempo para pensarlo realmente ni para discutirlo con ella por culpa de las prisas por terminar sus armarios antes de la exposición, pero el tiempo se les estaba echando encima. Tenía que decírselo antes de seguir adelante.

Se lo comentaría cuando la viera mañana.

Con todo, tener sus piezas en línea le permitía verlas de forma objetiva.

Se sintió orgulloso. Es posible que Cat no le estuviera dando todo lo que quería de ella, pero sí lo estaba ayudando a cambiar el sentido de su vida y no podía negar que estaba muy emocionado.

Vivi había sacado algunas fotos de los dos juntos y Cat había colgado una en la web. Hank la miró, deseando poder encontrar la llave de la puerta de su corazón.

Cada vez le resultaba más difícil conformarse con destellos de sus sentimientos, con pequeños intervalos de su afecto siempre seguidos de una necesidad casi frenética de retirarse.

Era mejor no subestimar el daño que otros hombres, incluido su propio padre, le habían causado a su autoestima. ¿Pero cuándo vería por fin que él era diferente de todos ellos? ¿Que la mujer que más le gustaba era la que había visto debajo de su belleza física?

Marcó su número.

—Está genial, Cat.

—No ha sido tan difícil aprender a utilizar WordPress y creo que no me ha quedado mal, ¿verdad? Y en cuanto la he publicado en mi Facebook y Twitter, ha corrido como la espuma. Busca el *hashtag* Mitchell/St. James.

Hank tardó un segundo en abrir su página de Twitter y empezar a revisar los comentarios. Tras un minuto, frunció el ceño.

—¿Quién diablos es SecretAdmirer y por qué te llama «mi amor»?

—¿Y en eso es en lo que te fijas? ¿No en los comentarios sobre los muebles?

—Es un poco inquietante, Cat. ¿No te lo parece?

Tras un breve silencio, respondió:

—Recibo un montón de cartas de amor de admiradores inofensivos. Todas las modelos las recibimos, pero tengo que admitir que SecretAdmirer me hace sentir algo incómoda porque escribe de forma parecida a las cartas que he estado recibiendo este verano.

—¿Qué cartas? ¿Has estado recibiendo cartas de amor?

—Notas cortas. Nunca contienen amenazas ni nada, pero son... posesivas —dijo Cat antes de continuar—. Creo que pueden ser de Justin.

Escuchar el nombre de ese hombre inyectó calor líquido en las venas de Hank, pero se mantuvo frío.

—¿Por qué él y no otro?

—Porque él era posesivo. Y porque no sé quién más se tomaría la molestia de buscarme después de todo lo que hice para cubrir mi rastro

cuando me compré el apartamento.

Hank empezó a maldecir mientras su temperatura corporal subía ante la mera idea de que Justin o cualquier otro hombre la estuviera vigilando, acosando y asustando.

—¿Qué te ha dicho la policía?

—Oh, por favor. Ni siquiera metieron a Justin en la cárcel la primera vez y, sin pruebas de que fue él el que envió las cartas, no pueden hacer nada contra cartas que no contienen amenazas. Y no hay forma de conseguir una orden de alejamiento contra un autor anónimo.

Maldita sea, no le gustaba nada sentirse impotente.

—Al menos Justin está obligado a mantener la distancia.

—Ya no. La orden de alejamiento expiraba hoy.

Hank cerró ambas manos hasta formar dos puños.

—No me gusta nada todo esto, ni lo más mínimo.

—Entonces no lo pienses. De verdad, estoy bien. Mi edificio es bastante seguro y siempre estoy pendiente de lo que me rodea. Nadie me va a pillar con la guardia baja. —Hank oyó el suspiro de Cat—. ¿Y qué tal si te centras en todas las alabanzas a tu trabajo? Y, por cierto, como puedes ver, yo no me he puesto como una loca por las insinuaciones que te han hecho todas las mujeres. Es pura palabrería.

Hank les echó un vistazo a unos cuantos *tweets* más y se sonrojó de vergüenza.

—No me gusta formar parte de este mundo virtual.

Una vez más, Cat guardó silencio durante unos segundos.

—Por desgracia, forma parte de mi vida. Si quieres tener una relación personal conmigo, tendrás que acostumbrarte. ¿Te ves capaz?

Hank jamás se había parado a considerar hasta qué punto su vida se podía ver invadida por la relativa fama de Cat. ¿Cómo podía haber sido tan ingenuo? ¿Y alguna vez podría sentirse cómodo con todos esos hombres tirándole los tejos constantemente, ya fuera en internet, en público o, al parecer, enviándole notas de amor privadas?

—Imagino que tendré que adaptarme. —Superado por el cansancio y una importante cantidad de angustia, bostezó—. Escucha, tengo que dormir un poco. Estaba pensando en acabar tus armarios mañana.

—Mi publicista me ha ayudado a conseguir una entrevista con alguien de la revista *Town & Country* mañana a las ocho, así que no estaré aquí cuando vengas. Si podemos llegar a toda su audiencia, tendremos acceso a

más de medio millón de ricos propietarios de mediana edad. Justo el tipo de personas que se pueden permitir muebles a medida.

—Suenan genial, Cat. Pues entonces supongo que no te volveré a ver porque una vez que cuelgue las puertas y añada los herrajes, me volveré a Connecticut para trabajar en el nuevo encargo de Jackson.

Hank evitó mencionar lo mucho que sentía la forma en la que habían gestionado las cosas con Jackson y lo mucho que le preocupaba que el estado emocional actual de Jackson pudiera provocar problemas con su nuevo equipo.

—Formar a tu sustituto debe resultarte extraño. ¿Jackson te está tratando bien?

—Bastante bien. Nuestra amistad sobrevivirá a mi marcha. O eso espero. Ahora mismo lo que más le preocupa es que tanto él como yo pongamos al nuevo al día. Hace algunos comentarios sobre mi nuevo trabajo, pero siempre de buen rollo.

—No dejes que te haga sentir culpable por irte, Hank. Esto es algo laboral, no personal.

—No sé si él es capaz de separar las dos cosas como tú.

Mierda, ¿había dicho eso en voz alta?

Cat dudó un poco antes de responder, con voz apagada.

—Ya te avisé de que no se me dan bien las relaciones. Si no eres feliz, deberías seguir tu camino, pero sí que me prometiste que iríamos despacio y que nos concentraríamos en la empresa a corto plazo.

—Tienes razón. —Estaba a punto de tranquilizarla diciéndole que no quería pasar página, pero entonces oyó un ruido procedente de la habitación de su madre—. Lo siento, mi madre se ha despertado. Te llamo mañana.

Hank fue corriendo al dormitorio de su madre y se la encontró de rodillas, intentando sacar su vaso de debajo de la mesita de noche.

—Lo tengo, mamá.

La volvió a meter en la cama antes de volver a llenar el vaso con agua.

—Aquí tienes. ¿Qué más necesitas?

De manera inesperada, le tocó la cara, con los ojos alerta.

—Buen chico.

Por un milisegundo, la anciana parecía haberlo reconocido.

—Aquí, mamá —respondió, con lágrimas en los ojos.

Se sintió idiota llorando solo en una habitación a oscuras, pero ese raro momento en el que lo había reconocido lo sobrepasó.

Entonces, como la niebla bajo la luz del sol, el momento se desvaneció y sus ojos se volvieron vidriosos. Hank la tapó y cerró la puerta al salir.

El recuerdo de algo que rara vez se daba hacía imposible que considerara en serio las advertencias de Meg o las preocupaciones de Jenny. Llevaba más de doce años ocupándose de su trabajo y de su familia. Tendría que hacer algunos ajustes debido a su nuevo horario, pero podría gestionarlo sin tener que renunciar a nada.

Querida mamá:

He estado pensando en mi conversación con Jackson y en la forma en la que Hank adora a su sobrino. Hank me ha prometido que podría contarle mis secretos cuando estuviera preparada. ¿Pero acaso podré estar alguna vez preparada para que me mire como si no fuera una mujer completa? Quizá suene ridículo, pero es así como me siento. ¿Tú también te sentiste así?

¿Debería contárselo todo y ver qué pasa?

Por favor, mándame una señal. Me gustaría creer que podría aceptar a la auténtica y genuina Cat.

Pero no quiero su compasión.

CAPÍTULO 17

Cat giró la esquina y siguió andando en dirección a su edificio con el ceño fruncido. Estaba claro que la mujer que la había entrevistado había visto las fotos de Hank en la página web porque le hizo un montón de preguntas sobre la vida personal de Hank que poco tenían que ver con la empresa o los muebles. Cat repasó la entrevista en su cabeza mientras se iba acercando al bloque, pensando en qué podría o debería haber dicho.

—Catalina.

Esa voz estridente había ocupado sus pesadillas desde el pasado otoño. Cat se quedó helada, con la mirada pegada al pavimento y la mente en blanco. Por sus extremidades subían escalofríos que tensaban sus músculos.

—Son para ti.

Justin le puso un ramo de flores debajo de la nariz.

Su visión periférica se volvió borrosa; los coches pasaban a su lado a cámara lenta. Sus brazos se tensaron a ambos lados, inmóviles, como si la estuvieran apuntando con un arma.

—Catalina, coge las flores.

Las volvió a agitar.

—Justin. —Cerró los ojos un instante antes de elevar la mirada para buscar la suya—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—La orden de alejamiento terminó ayer. He pagado mi error y he aprendido la lección. Ahora quiero una segunda oportunidad. Sabes que nunca quise hacerle daño a Vivi. —Le cogió las manos para obligarla a aceptar las flores, pero Cat se apartó—. Vamos, Cat. Por favor, acepta las flores.

Cat enderezó los hombros y echó un vistazo furtivo a su edificio. Los escasos treinta metros que la separaban de la puerta de entrada bien podrían haber sido un kilómetro. Sola, con Justin, era el último lugar en el que quería

estar. El recuerdo de Vivi tirada sobre un charco de su propia sangre volvió a su mente.

Mantén la calma. Sé inteligente. Estás segura en público, ¡pero no olvides que estás en público! No atraigas la atención de personas indeseadas.

—Gracias, Justin. —Le ofreció una leve sonrisa—. Pero no estoy interesada en volver contigo. Lo siento mucho.

Justin le bloqueó el paso cuando intentó pasar por su izquierda y entonces la agarró del brazo.

—¿Por qué no? —Apretó con más fuerza el brazo de Cat al igual que los músculos de su mandíbula—. Tú y yo tenemos algo especial.

—Lo que fuera que tuviéramos ha quedado en el pasado. —*Resistirte solo empeoraría las cosas*—. Deja que me vaya.

—¿Cómo podría hacerlo cuando no dejo de pensar en ti? —Un destello de agonía ensombreció su mirada—. Has sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Por favor, Cat. Dame otra oportunidad. Te quiero. Te juro que no te haré daño. Vamos, sabes que soy el hombre de tu vida.

Soy el hombre de tu vida. Cat abrió los ojos como platos al reconocer la frase que había leído en grandes letras.

—Fuiste tú quien envió las notas de amor anónimas, ¿verdad?

Dudó antes de confesar.

—Sí. Que me apartaran de ti ha sido muy duro. Tenía que recordarte lo que tenemos —le dijo sin soltarle el brazo, acercándola aún más, con mirada suplicante pero decidida—. Sé que tú sientes lo mismo por mí, aunque sigas asustada. Te prometo que he cambiado. Perdóname, para que podamos empezar de cero.

—Lo siento, Justin. Ya no siento nada por ti.

Cat intentó liberarse, pero no pudo. El recuerdo de la forma frenética en que los medios cubrieron su ruptura la convenció de que no debía montar una escena. Lo último que necesitaba era más titulares indeseados días antes de la exposición. Tenía que deshacerse de él con cuidado.

—Se ha acabado. Si realmente te importo, deja que me vaya.

Casi se le sale el corazón por la boca cuando Justin la acercó todavía más a su cuerpo. El destello de ira en la mirada, la fuerza con la que le apretaba el brazo, el sonido de su respiración entrecortada cerca del oído, todo la debilitaba. Justin apoyó la mejilla en la cabeza de Cat para poder inhalar el perfume de su pelo. Cuando se estremeció, ella casi vomita.

—No se ha acabado. —Su voz tembló con furia reprimida y luego le susurró al oído como un amante—. Y jamás se acabará.

Incapaz de recuperar la voz, tan paralizada por el miedo como su cuerpo, Cat cerró los ojos.

—¡Eh!

La voz de Hank puso fin al pánico de Cat. Apareció de ninguna parte y ahora estaba fulminando con la mirada a Justin.

—¿Todo bien por aquí?

—Es solo una discusión de pareja. Nada de lo que preocuparse. —Justin no apartaba la mirada de Hank—. Cat, díselo.

—Justin, no —empezó, pero Hank la interrumpió.

—Creo que es mejor que la sueltes.

Hank no le puso una mano encima a Justin, más bien parecía estar evaluando la situación para determinar cuál sería la forma más segura de salvarla, igual que había hecho en la boda de David.

—Ah, ¿eso crees? —Justin sonrió con suficiencia, ahora centrando su atención en Hank—. ¿Y por qué debería importarme lo que creas?

—No soy tan fácil de intimidar como una mujer de la mitad de tu tamaño, hijo de puta. —La vena de la sien de Hank palpitaba y Cat pudo ver cómo el rojo subía por su cuello—. Vete antes de que alguien salga herido.

La expresión de Justin se volvió incrédula y burlona.

—¿Quién es este payaso, Cat?

Ella lo miró.

—Mi socio.

Respuesta incorrecta.

Justin giró la cabeza de golpe hacia Hank. Sus ojos se entrecerraron mientras estudiaba su ropa y su cara. A través de su visión periférica, Cat pudo ver algunos viandantes que ralentizaban su paso al verlos. Agachó la cabeza con la esperanza de que no la reconocieran.

—Tú eres el tipo de la página web. ¿El carpintero?

Justin dejó de mirar a Hank para ahora centrarse en Cat. Hizo un gesto de dolor cuando Justin apretó con más fuerza su bíceps.

—¿Y tú? ¿Ahora te diviertes con la clase trabajadora?

Los celos hicieron que bajara la guardia un instante y le diera la espalda a Hank, quien, con un movimiento rápido, le retorció el brazo por detrás de la espalda. Las rosas cayeron sobre la acera mientras Hank puso a Justin de rodillas.

Justin soltó a Cat para parar la caída. Lanzó el codo hacia el torso de Hank, pero este se retorció para evitar el golpe. En mitad de la pelea, el puño de Hank impactó en el ojo derecho de Justin.

Hank se inclinó sobre Justin, esperando.

Justin rodó sobre su espalda y escupió a Hank, pero falló por un centímetro.

—Voy a denunciarte por agresión, cabrón. Nadie me golpea a traición y se va de rositas.

Oh, estupendo, su ex y Hank compartiendo celda. Ahora sí que podía ver los titulares. Lo único que quería era irse de allí sin que tuvieran que intervenir la policía ni los abogados.

—Si denuncias a Hank, le contaré a la policía lo de las cartas que me has enviado, Justin. —Cat miró fijamente a Justin—. Incumplir la orden de alejamiento y agredirme a plena luz del día esta vez sí que te llevarán directo a la cárcel. O puedes seguir tu camino, olvidarlo todo y dejarme en paz. Es tu elección.

Hank se inclinó sobre Justin, lo cogió por debajo del brazo y lo levantó.

—Ha llegado el momento de disculparte y de decir adiós.

Justin se liberó del agarre de Hank, se recompuso y se pasó la mano por el pelo para apartárselo de la frente. De sus ojos salían llamaradas de odio cuando se giró hacia Cat. Su voz rezumaba sarcasmo.

—Lo siento mucho. Por favor, perdóname, amor mío.

—¡Aléjate de ella! —gritó Hank.

—Será todo un placer —replicó Justin antes de irse, después de pisotear las rosas y mirar con desdén a Cat—. Un día recordarás este momento y te darás cuenta de que has cometido un gran error.

—¿Es eso una amenaza?

Hank dio un paso por delante de Cat.

—No, solo es la verdad. Ella está muy por encima de tus posibilidades y tarde o temprano se dará cuenta. Entonces volverá a llamar a mi puerta. —Justin se inclinó hacia la izquierda en busca de la mirada de Cat—. No esperes demasiado o puede que esa puerta no se vuelva a abrir.

La adrenalina de Cat alcanzó su cota máxima cuando Justin se fue enfadado, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera. Hank la rodeó con sus brazos y la sujetó hasta que el temblor desapareció.

—Entremos —dijo, pasando un brazo por su cintura para acompañarla hasta su apartamento.

La mente de Cat no paraba de repasar el pasado, por lo que guardó silencio.

Mientras las puertas del ascensor se cerraban, Cat dijo por fin:

—No esperaba que todavía estuvieras aquí. Dijiste que te habrías ido...

—Su voz se quebró al pensar qué habría pasado si Hank no hubiera llegado.

Hank la abrazó.

—Acabo de llevarme las últimas herramientas a mi camioneta. Había vuelto para devolver las llaves y dejarte una nota.

—Me alegra que lo hicieras. —Las lágrimas brotaron de sus ojos—. Espero que nadie me reconociera y sacara una foto. Quiero que se centren en nuestros muebles, no en mi vida amorosa.

—¿No se supone que la publicidad siempre es buena, sea del tipo que sea?

Cat no se rio. Hank usó su llave para abrir la puerta. Una vez dentro, preguntó:

—Cat, ¿dónde está tu teléfono?

—En mi bolso. ¿Por qué?

—Deberías llamar a la policía y luego a David para que te consiga otra orden de alejamiento.

—Nada de policía. —Cat cogió su teléfono—. Pero sí voy a llamar a David.

Buscó su lista de contactos favoritos y seleccionó el número de teléfono de David.

—¡Ey, Cat! —resonó la voz de Vivi.

—¡Ey, Vi! —Hizo una pausa, sorprendida de que Vivi tuviera el móvil de David un día laborable—. ¿Está David por ahí?

—Está en la ducha. Dentro de nada se va al aeropuerto para un viaje rápido por trabajo. ¿Qué pasa? Pareces rara.

—Necesito su ayuda. Justin ha aparecido por aquí hoy. Era él quien me ha estado enviando las cartas.

—Lo sabía. Oh, Cat, lo sabía. —Cat oyó un sonido atropellado, como si Vivi estuviera en movimiento—. ¿Te ha hecho daño? ¿Estás bien?

—Estoy bien, pero tengo que hablar con David.

Cat oyó cómo Vivi sacaba a su hermano de la ducha y le hacía un resumen rápido de la situación.

—Estaré allí en cinco minutos —respondió David directamente en cuanto Vivi le pasó el teléfono.

—No hace falta. Hank está aquí. Además, Vivi me ha dicho que tienes que coger un vuelo. Solo te he llamado para que pudieras iniciar el proceso. Justin se pasó por aquí, reconoció que me había enviado las notas anónimas que había estado recibiendo y se ha peleado con Hank.

—¿Qué notas anónimas?

Pudo escuchar a David maldiciendo al otro lado del teléfono.

—Por favor, no te enfades conmigo —dijo Cat con un leve hilo de voz antes de explicarle el asunto de las notas a David—. Justin ha admitido que eran tuyas.

—Ha incumplido los términos de la orden de alejamiento. Prohibía cualquier tipo de contacto.

—Lo sé. Por eso te lo estoy contando.

—¿Qué ha pasado hoy? —preguntó.

Su voz se quebró mientras le contaba la pelea con Justin.

—Pero escucha, David. No quiero que lo arresten, solo que se mantenga alejado. Otro arresto atraería un tipo de publicidad que no me puedo permitir ahora y podría hacer que denunciara a Hank por agresión. Si Hank acaba en la cárcel, eso pondría fin a nuestro negocio antes incluso de que despegue. Además, no quiero que Hank tenga que gastar dinero ni perder el tiempo con abogados.

David guardó silencio durante unos segundos.

—Vale. Creo que puedo pedir una orden de alejamiento al tribunal de familia sin tener que pasar por la policía. Buscaré el antiguo expediente y le encargaré a uno de mis abogados que inicie el procedimiento. Es probable que tengas que testificar, pero teniendo en cuenta el pasado de Justin, puede que tú y Hank solo tengáis que presentar una declaración jurada. No puedo prometerte que no se haga público, pero podemos evitar el arresto.

—Haz todo lo que puedas. Gracias.

—De nada. Me alegra que no te haya pasado nada. ¿Podría hablar un minuto con Hank?

Otro escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en la horrible situación que había vuelto a vivir con Justin. Se sintió atrapada por el miedo que le provocaba, por el miedo a que le hiciera daño y por el miedo a una mala publicidad. Cada decisión podría ser un paso en falso.

Mientras Hank hablaba con David, Cat entró en la cocina para servirse algo de beber y tranquilizarse un poco. El agua fría le calmó la garganta. Después de dejar el vaso vacío en el fregadero, se agachó y respiró

profundamente varias veces.

Dos años.

Había malgastado dos años, dos años potencialmente fértiles, con ese maniaco. ¿Cuántas decisiones estúpidas la habrían llevado a ese punto? Veintiocho años, mercancía dañada, perdida y asustada.

—¿Estás bien?

Hank se colocó detrás de ella y le frotó los hombros. Entonces la abrazó desde atrás y la besó en un lado de la cabeza.

—Creo que me voy a quedar un rato hasta que te calmes.

Cat se giró entre sus brazos. Con los ojos cerrados, se acurrucó en su pecho, aferrándose con fuerza a él. El maravilloso Hank había corrido a rescatarla a pesar de la forma en la que ella mantenía las distancias con él.

—Siento mucho que te hayas visto involucrado en todo este asunto de Justin. Me habría gustado ser más inteligente cuando tú y yo nos conocimos. Tantas cosas serían diferentes ahora.

—No te disculpes.

Hank rodeó el rostro de Cat con sus manos.

—Sé que te frustró. Incluso es probable que algunas veces te haga daño, aunque sea lo último que querría hacer. ¿Lo ves? Soy un desastre, Hank. Te mereces algo mejor. Dios, todavía debes lamentar el día en que Vivi te enredó para que echaras un vistazo a mis armarios.

—¿Lamentarlo? Agradezco cada segundo. —Su mirada cálida hizo desaparecer la ansiedad de su cuerpo, relajando la tensión de sus músculos—. ¿No lo entiendes? Cuando estamos juntos, veo un futuro más allá de cuidar de los demás. Es excitante e irresistible, como tú. Y verte sonreír bien vale cualquier problema que tú o Justin pudierais crear.

El corazón de Cat se llenó de las promesas sobreentendidas que se podían entrever en las palabras de Hank. ¿Se quedaría con ella cuando desapareciera el brillo? ¿Una vez que supiera la verdad?

Empezó con un buen plan: amantes casuales, quizá buenos amigos y una nueva carrera. Las razones para ese plan no habían cambiado, pero ahora su corazón anhelaba algo más. Mucho más. Había intentado desatender sus demandas por el bien de los dos. Pero en los brazos de Hank, su fuerza de voluntad se desvanecía.

Levantó la cabeza y lo besó.

La breve aparición de su hoyuelo reconfortó su alma. La besó en la punta de la nariz.

—Tengo algo que enseñarte.

—No lo dudaba —dijo Cat mientras tiraba de la cintura de su pantalón.

—Hablo de tus armarios.

—¿Ya has acabado?

—Ajá. —Hank la cogió de la mano y la llevó por el pasillo—. Y tengo una sorpresa.

—Me encantan las sorpresas.

Aunque había estado viendo el progreso a lo largo de las semanas, se quedó sin aliento ante el bonito resultado final. Había añadido espejos a las brillantes puertas de arce ojo de pájaro. Los herrajes de cristal le daban un toque elegante a la ebanistería.

—Son perfectos, Hank. —Se dio cuenta de que había puesto sus cojines decorativos en el asiento de la ventana para que se viera más bonito—. Me gusta todo menos tener que desempaquetar y organizarlo todo.

—Ábrelos y mira dentro. —Dio un paso atrás con los brazos doblados a la altura del pecho—. Esa es la sorpresa.

Cat abrió una puerta.

—¡Oh, Dios mío!

Su ropa estaba colgada en el armario. Tardó segundos en abrir el resto de puertas y cajones, con un chillido cada vez. Había organizado su armario. Se dio la vuelta y corrió a su antiguo ropero. Cuando abrió las puertas correderas, encontró todos sus zapatos y bolsos perfectamente alineados en las diferentes baldas. Dando palmadas, se dio la vuelta.

—¡Eres genial!

Su sonrisa era tan grande que le dolían las mejillas. Corrió hacia Hank y lo empujó a la cama.

—De verdad, Hank, eres genial.

La respiración de Hank se aceleró de inmediato. Acarició el pelo de Cat con los dedos y tiró de ella hasta colocarla sobre su cuerpo, dándole largos y hambrientos besos de tornillo. Su propia respiración se fue haciendo cada vez más superficial mientras le quitaba con prisas la camiseta. Se sentía en casa entre sus brazos.

—Catalina —le susurró mientras su boca se paseaba por el punto sensible bajo su oreja—, dime que esto es mucho más que un negocio para ti.

—No hables. Solo bésame.

Hank hizo una pausa, como si estuviera intentando decidir si debía seguir presionando para obtener una respuesta. Entonces, su hoyuelo

reapareció en la mejilla izquierda.

—Me ha encantado desempaquetar tu lencería. Enséñame qué llevas puesto hoy.

Acarició con la nariz el punto debajo de su oreja y ella pudo sentir cómo se elevaban las comisuras de sus labios ante la expectativa de su respuesta.

—Mi color favorito.

Cat hundió sus dedos en el pelo de Hank.

Levantó la cabeza y le levantó la camiseta a Cat. Sus rasgos mostraron el deleite que sintió cuando se encontró con un sujetador rojo fuego decorado con lacitos.

—El rojo es mi nuevo color favorito.

Deslizó un dedo dentro del sujetador para deshacerse de él antes de empezar a bajar por su pecho besándola.

—Hum —murmuró Cat.

Poco a poco, Hank fue quitándole la ropa hasta que ambos terminaron desnudos sobre la cama. Cat saboreó el aroma de su piel, el tacto de sus prietos músculos bajo sus manos, la fuerza y el calor de la fricción creado mientras se movían el uno contra el otro.

Él se colocó encima de ella y sonrió.

—Nos había imaginado juntos en esta cama desde la primera vez que vi esta habitación.

La volvió a besar. Su respiración, húmeda y cálida, murmuraba al oído de Cat mientras le mordisqueaba el lóbulo.

—Nunca me canso de ti.

Cat pudo sentir cómo su erección le presionaba el muslo y busco su grueso miembro. Él gimió mientras los músculos de su espalda se ondulaban, haciendo que Cat se sintiera sexi y poderosa.

—Yo, encima. —Ella le dio la vuelta—. Manos por encima de la cabeza.

La intensa expresión de Hank indicaba que se estaba conteniendo para no penetrarla de inmediato. Se agarró a la parte superior del cabecero mientras la lengua de Cat acariciaba la línea central de su pecho hasta su ombligo.

El pene de Hank era grande y duro, incluso podría decirse que intimidante, pero ella nunca se echaba atrás ante nada, así que se lo metió en la boca todo lo que pudo.

—¡Cat! —gritó Hank.

Los músculos de sus brazos sobresalían bajo su piel. Sus nudillos se blanquearon contra los bordes del cabecero. Echó la cabeza hacia atrás y de su pecho empezaron a salir gemidos de placer.

Se aferró a él con fuerza y empezó a mover los labios mientras el cuerpo de Hank se retorció debajo de ella. En cuestión de un minuto, tenía sus manos sobre la cabeza.

—Catalina —dijo mientras la subía por todo su torso.

Gruñó algo ininteligible antes de robarle la boca a Cat con la lengua.

En dos segundos, estaba tumbada boca arriba con él dentro. Él la observaba atentamente. Con cada golpe de cadera, Hank exclamaba su nombre en apasionados y roncros susurros hasta que ambos explotaron juntos en un vertiginoso orgasmo. Después, se acurrucó contra su cuerpo y le acarició el pelo.

Cat se sentía perezosa y feliz, una satisfacción desconocida que solo sentía cuando estaba con Hank. Cerró los ojos, decidida a disfrutar del momento sin analizar nada.

Cat se quedó allí, tumbada, disfrutando de ese estado de satisfacción que se siente después del sexo, hasta que un ataque de pánico se apoderó de su mente, poniendo fin a su efímera sensación de paz.

Justin había conseguido que tuviera miedo a los hombres. Su diagnóstico había conseguido que tuviera miedo al compromiso. Ahora Hank estaba consiguiendo que tuviera miedo a quedarse sola.

Había hecho que le resultara imposible resistirse al deseo de su corazón, esa emocionante sensación de caer por un acantilado con la seguridad de saber que vas a aterrizar en aguas cálidas. Le debía algo más a Hank que guardarse su afecto, que guardarse la verdad.

Pero seguir callada le permitía seguir disfrutando de esos pequeños momentos de felicidad. A él le gustaba ella, incluso cabía la posibilidad de que se enamorara de ella, pero ¿podría aferrarse a un hombre que valoraba tanto la familia cuando no podía darle una? ¿Eso no haría más que provocarles dolor a ambos?

Hank se apoyó en los codos y la besó en los párpados.

—Quería tomarme mi tiempo, pero me has ganado en mi propio juego con tu pequeño movimiento ofensivo. —De repente, su expresión reflejó preocupación—. ¿Qué pasa? Pareces disgustada. ¿Es por Justin?

—No, no es por Justin.

Cat cerró los ojos, todavía incapaz de mantener una conversación seria.

—¿Es por nosotros?

Abrió los ojos y tragó saliva, pero las palabras siguieron sin brotar.

—Deja de huir de mí, Cat. No voy a hacerte daño ni a decepcionarte ni a mentirte ni lo que quiera que sea que el resto de hombres te haya hecho para que tengas tantos recelos.

La mirada de Hank no titubeó, pero la de ella sí.

—Crees que me conoces, pero no soy la mujer glamurosa y segura de las revistas.

—Tampoco la quiero, Cat. Me gustas más cuando te dejas el pelo suelto, como la noche que nos conocimos, cuando te encontré limpiando el espejo de mi madre o cuando bromeas con tu hermano. Esa es la mujer que amo. La ropa elegante y las fotos no significan nada para mí.

Cat esbozó una leve sonrisa. *La mujer que amo*. Pero entonces recordó su gran secreto.

—Puede, pero hay otras cosas que no sabes. Cosas que no puedo cambiar. Cosas que no son fáciles de aceptar.

—Todos tenemos defectos. Créeme, Cat. Déjame entrar.

Hank se merecía alguien a quien no le diera miedo el compromiso. Alguien que pudiera aceptar sus propias emociones. Alguien total y absolutamente honesto.

Aunque Cat fuera capaz de encontrar el coraje para convertirse en una mujer mejor y aunque Hank pensara que la quería lo suficiente como para renunciar a tener hijos biológicos, ¿acabaría lamentando o sintiendo resentimiento por su elección más adelante?

Y si ella lo quería de verdad, ¿cómo podría siquiera considerar la posibilidad de ponerlo en esa situación?

—No lo entiendes.

—Pues explícamelo.

Pero dejó de presionarla cuando una lágrima rodó por la mejilla de Cat. Él la secó.

—Lo siento. No llores.

La besó.

—Esperaré a que estés preparada para hablar. Solo recuerda que seguramente te equivoques al creer que hay algo que yo no pueda soportar. Mira mi vida, mira lo que soy capaz de soportar por la gente que quiero.

—Y exactamente por eso te mereces una relación fácil y sin complicaciones. Eres un buen hombre. Pase lo que pase en el futuro, quiero

que sepas que nadie ha sido tan importante ni me ha dado tanta paz y tranquilidad como tú. Jamás podré pagártelo. —Cuando Cat vio que la cara de Hank se transformaba por la frustración, le acarició la mandíbula con los dedos—. Ha sido una mañana muy emotiva. ¿Podemos dejar la conversación aquí? Tenemos la exposición en dos días. Hablamos cuando haya pasado todo, ¿vale?

Con un suspiro, Hank se rindió.

—Ahora que lo dices, creo que será mejor que me vuelva a Connecticut. Queda mucho por hacer antes de cargar la camioneta y echarnos a la carretera. Siempre te salvas yéndote a toda prisa.

—Lo siento, pero tengo que estar allí antes para reunirme con el equipo de montaje que he contratado. Para cuando tú llegues, lo tendré todo colocado. Seguro que podremos tener una noche decente de sueño antes de la exposición.

—¿Sueño? —La besó en el cuello—. Se me ocurren varias formas mejores de pasar el tiempo en una bonita habitación de hotel.

—De hecho, a mí también.

Hank acarició el pelo de Cat con los dedos mientras sus ojos se recreaban en cada aspecto de su rostro. Él dibujó la clavícula de Cat con su mano hasta rodear su nuca mientras la atraía en un suave beso.

—Es una cita.

Hank se apartó, pero Cat lo agarró del brazo.

—Gracias por lo de hoy... con Justin y por todo lo que acabas de decir. Tus sentimientos son más importantes para mí de lo que puedas creer. Quizá no lo parezca, pero de verdad que estoy intentando ahorrarnos dolor a ambos.

—No necesito que me protejas, Cat. Te necesito a ti. —Hank la besó por última vez—. Tengo mucha paciencia, pero no voy a esperar eternamente.

Querida mamá:

La exposición es mañana. ¿Estás orgullosa de mí? No he visto a papá, pero me ha llamado varias veces para darme un montón de consejos que no le he pedido sobre mis planes. Ya lo sé, ya lo sé... Quiere lo mejor para mí.

Demasiadas cosas en juego: mi reputación, el sustento económico de Hank, mi corazón... Por supuesto, esta última parte no tiene nada que ver con la exposición. Hank no es el único que está cansado de este limbo. He tomado una decisión. Voy a contarle todo cuando volvamos de Chicago.

Deséame suerte.

CAPÍTULO 18

Hank tapó a Cat con una toalla mientras salían de la ducha del hotel, tirando de ella hacia su cuerpo para darle otro beso. *La mejor. Forma de Empezar el día.* Despertarse con Cat envolviendo su cuerpo ocupaba la primera posición de las mejores formas de empezar el día de su vida adulta, aunque solo fueran las cinco y media de la mañana y ni siquiera hubiera salido el sol.

Un buen inicio para un día importante.

—Una pena que esta mañana tenga que acabar tan pronto —le murmuró Cat al oído.

Desde que Hank había llegado a Chicago, la había notado ansiosa... e intensa. Físicamente, apenas lo dejaba que se apartara de ella, algo que le gustaba, pero también había detectado destellos de pena o remordimientos, incluso miedo, en su mirada. Al principio, pensó que estaba nerviosa por la exposición, pero el instinto le decía que era otra cosa.

Por supuesto, se montó un pequeño revuelo cuando apareció en Instagram una foto de Hank sujetando a Justin contra el pavimento. Algunas personas habían hecho comentarios desagradables sugiriendo que estaba claro que a ella le gustaban los hombres violentos, algo que no resultaba halagador para ninguno de los dos, pero la mayoría de la gente parecía estar de su lado.

Cat había hecho una breve declaración sobre pasar página y centrarse en su nueva empresa. En veinticuatro horas, la histeria habría pasado, así que dudaba que el incidente dañara a Cat o a su negocio.

Cat le acarició la espalda hasta abrazarle las caderas, haciendo que se excitara por enésima vez desde que había llegado la noche anterior. Cuando ella le pellizó el trasero, él le mordió el lóbulo de la oreja.

—Nos tenemos que ir.

—Lo sé. —Cat le dio un beso en el cuello mientras rodeaba con la mano su pene erecto—. Pero no puedo evitarlo. ¿Uno rapidito?

Cat dejó caer su toalla, con los pezones tiosos contra su pecho, haciendo que otra oleada de deseo atravesara su cuerpo. En un abrir y cerrar de ojos, la levantó del suelo y se la llevó al dormitorio, provocándola.

—Probablemente sea una buena idea liberar un poco de tensión antes de nuestro gran día.

Se colocó sobre ella y la penetró con un rápido movimiento. No hacían falta preliminares en el calor del momento. Entró en ella por completo y se mantuvo profundo mientras la besaba y ondulaba sus caderas con suavidad. No había nada más bonito que la visión de su acalorado rostro y sus protuberantes labios. *Mía*.

¿Lo que dijo el otro día habría cambiado algo? ¿Habría hecho que reconsiderara lo de abrirse? Necesitaba que confiara en él... que confiara en los dos.

—Hank —gimió, balanceando sus caderas.

Cat cerró los párpados mientras arqueaba la espalda.

Hank cogió uno de sus pechos con la boca y fue aumentando lentamente el ritmo mientras la provocaba con la lengua.

—Hank —jadeó—. Dios, sí. Rápido, más rápido, por favor.

Él respondió a su canto de sirena embistiéndola con más fuerza hasta que gritó y sus músculos se tensaron en torno a él hasta exprimir cada gramo de fuerza de su cuerpo.

Cuando por fin se ralentizó su pulso, Hank se apoyó en los codos y la besó. *Esto es el cielo*. Resultaba divertido que pudiera ser optimista en cuanto a su futuro a pesar de no tener dinero, vivir con su madre y no tener plan B, pero, por primera vez en mucho tiempo, no quería preocuparse ni planificar ni tener cuidado. Quería vivir el momento.

Habría deseado quedarse en la cama indefinidamente, pero el tiempo pasaba y las puertas se habrían al público en unas horas.

—Vale, ahora sí que nos tenemos que ir ya.

—Lo sé.

Cat hizo una mueca.

Hank la acarició de la frente a la punta de la nariz con un dedo y la besó deprisa.

—Vístete.

Y entonces sonó el teléfono.

—Jenny, ¿por qué me llamas tan temprano? ¿Todo va bien?

—Helen no puede venir hoy y Meg está trabajando. A menos que conozcas a alguien más a quien pueda llamar, no podré ir a clase hoy.

—No hay nadie más.

Nunca había necesitado a nadie más porque él siempre había estado allí para cuidarla si surgía algún problema. Podía percibir la ansiedad de Jenny, pero, a sus veinte años, debía de ser más que capaz de hacerse cargo de su madre por un día. Maldita sea, él había empezado a asumir responsabilidades de adulto con diecisiete.

—Que esté cómoda. Ponle música de la que le gusta y léele algo de una de esas revistas. Si te preocupa que se asfixie, dale de comer yogur y Ensure. ¿Irá Helen mañana?

—No lo sé. Está enferma.

Mierda. Nadie podría acusarle de ser supersticioso, pero hay que reconocer que la enfermedad repentina de Helen parecía un mal augurio.

—Estaré en casa en dos días. Aguanta.

—Pero mamá vuelve a estar quisquillosa. Y hoy tiene unos ojos raros, como hundidos.

—Sé que ha estado más irritable y ha dormido menos que de costumbre, pero creo que forma parte de la evolución normal de la enfermedad. Si de verdad te preocupa, mira a ver si Meg puede pasarse a echarle un vistazo más tarde.

—Vale. —Jenny hizo una pausa—. Buena suerte hoy, Hank.

Dejó caer el teléfono en la cama y se frotó la nuca con la mano. No podía permitirse perder la concentración. Relacionarse con clientes potenciales requeriría toda su atención hoy.

—Pareces disgustado.

Cat se abrochó el cinturón de su vestido cruzado. Incluso con ropa informal, estaba tan guapa que te dejaba sin respiración.

—Jenny se va a quedar sola todo el día con mi madre. Está nerviosa, pero debería estar bien siempre que mi madre no se caiga o algo así.

—Estoy segura de que estará bien. Intenta dejar de pensar en ello porque necesitamos que te concentres en la exposición.

—En cuanto a eso...

Hank dudó, consciente de que sus siguientes palabras podrían asustarla. Debería haber sacado el tema antes, pero parecía que el mundo había conspirado para que guardara silencio.

—¿Qué te parecería hacer un cambio de última hora?

—Dime que estás de broma. —Las manos de Cat se quedaron inmóviles—. ¿No estás de broma?

—Cada vez que quiero hablarte de esto, algo nos distrae, la última vez fue Justin. Quería que fueras feliz y decidí hacerlo a tu manera y ver qué tal iban las cosas, pero viniendo hacia aquí he tenido mucho tiempo para pensar y ahora estoy convencido de que necesito contarte cómo me siento antes de salir ahí fuera.

Cat sacudió una mano a modo de pregunta.

—¿Y?

—Lo que más me gusta de fabricar muebles es la parte artística. Enfrentarme a cada pieza y hacer que sea única. Dejar que la veta de la madera me inspire y me dicte la forma del mueble. Creo tener libertad para hacer cualquier diseño que me venga a la mente, no tener que replicar un puñado de piezas una y otra vez. —Cuando Cat arrugó la frente, añadió—. Además, has dicho que la mesa que encargó tu amiga se vendió a precio de oro. Las piezas únicas de diseño personalizado nos darán un mayor margen de beneficio y harán que la marca sea más distintiva y se convierta en sinónimo de individualidad.

—Y limitar nuestra base de clientes. —Se mordió el labio—. Ni hoteles, ni oficinas, ni comerciantes minoristas.

Hank se encogió de hombros.

—Establezcámonos como los «Armani» de los muebles primero y luego podrás pensar en cómo producir de forma masiva copias y vendérselas a hoteles y oficinas y a quien tú quieras.

Cat suspiró con expresión de preocupación.

—Esto cambia por completo nuestro modelo de negocio. Ahora todos estos folletos en los que se describen las líneas y los precios no sirven para nada, Hank. No creo que podamos usarlos.

—Lo siento mucho, pero será mejor que empecemos bien desde el principio. Tenemos tarjetas de visita. Pasaremos los dos próximos días vendiendo los beneficios de tener un original «Mitchell/St. James». Hay que venderlo como una obra de arte, no como un mueble. La página web tiene menos de una semana, podemos hacer modificaciones sin que se note mucho.

Cat asintió con la cabeza pero no parecía muy convencida.

—Me habría gustado que me lo hubieras dicho antes. Me has pillado por sorpresa y ahora no estoy preparada. Más o menos ya tenía dominado lo

básico de lo que creía que era nuestro plan. Ahora no sirve para nada. Así que más vale que seas tú el que lleve el peso de la conversación porque no sé cómo describir los entresijos de lo que haces. Y, además, sin folletos que entregar a los visitantes, ¿estás preparado para la tarea? No podemos parecer poco profesionales.

—¿Estás de broma? Estoy deseando hablar de mi trabajo... de mi «visión», como tú dices. No te preocupes, la gente va a recordarnos.

Cat dobló los brazos mientras miraba por la ventana. Por fin, soltó un leve suspiro y se encogió de hombros.

—No es lo ideal, pero tienes que estar contento con tu trabajo. No tenemos tiempo de discutir el tema ahora, así que no hay nada más que decir. —Cat se mordió un labio con el ceño fruncido—. Promocionar que es arte en vez de muebles es un buen punto de partida.

Hank la cogió y le dio un beso.

—Te prometo que no volveré a hacerte algo así, ¿vale?

—Vístete. —Cat se alisó el pelo—. Tenemos que ir a Merchandise Mart y asegurarnos de que todo lo demás está perfecto antes de que abran las puertas al público.

A Cat le ardía el estómago. Había mucha más gente en las salas colindantes que en la suya. Por supuesto, en las otras salas había marcas ya establecidas como Bake y Marge Carson. ¡Empresas con mucha más historia, más productos, más detalles y gruesos catálogos!

Aunque jamás se había sentido incómoda sobre un escenario, hoy se sentía una farsante. Era una farsante. Se veía la falta de experiencia tanto de Hank como de ella misma. Se había precipitado y los había llevado a algo que estaba muy por encima de sus posibilidades, como David y Jackson habían predicho.

El discurso de venta que había practicado y promocionado ya no era aplicable, lo que la había dejado un poco sin argumentos y los diseñadores se iban con las manos vacías cuando pasaban a la siguiente instalación.

Por supuesto, la sexi mezcla de encanto relajado y pasión de Hank hacía que algunos de ellos hablaran con él largo y tendido, pero ella seguía sin saber si iba a salir algo de todo aquello que justificara todo el dinero y todo el esfuerzo que había puesto.

—Estaría bien que sonrieras si quieres atraer a la clientela —bromeó

Hank.

Seguramente había fruncido el ceño cuando los únicos visitantes de su sala se fueron.

—Estoy molesta.

—¿Por qué? Hasta ahora, la gente con la que he hablado parecía interesada en mi trabajo de verdad. ¡Me siento genial!

—Solo espero que estés causando tan buena impresión que te recuerden después de visitar cientos de salas porque no tenemos nada que darles cuando salen de aquí. Esos folletos cuestan dos mil cuatrocientos dólares... —Cat se frotó el entrecejo con el pulgar—. ¿Cómo piensas estimar el precio de un mueble a medida? Vale que lo que haces es muy bonito y atrae el interés, pero quién sabe si algo de eso se acabará convirtiendo en una venta.

Se había esforzado tanto y había puesto tantas esperanzas en aquella pequeña empresa que no se había parado a pensar en qué haría si volvieran a casa con las manos vacías. Y lo que es peor, tendría que aguantar esas miradas de «Ya te lo dije» que le lanzaría su familia, su agente y las hermanas de Hank.

—Te devolveré el dinero de los folletos.

Hank parecía arrepentido de haber hecho que aquello no fuera lo que ella esperaba. Mierda, ni siquiera «la modelo» era capaz de encajar bien la ansiedad.

—No es el dinero, Hank. Es la falta de profesionalidad lo que me hace sentir incómoda. Jamás he ido a una sesión de fotos o a un programa de televisión si prepararme antes. Todo estaba perfecto, al menos todo lo que estaba bajo mi control. Improvisar es algo que me resulta extremadamente difícil.

—Sé que estás molesta y sé que la exposición es importante. —Hank se frotó los brazos—. Pero esta es nuestra primera exposición. Dudo que esperen que funcionemos igual de bien que las empresas que llevan años haciendo esto. No perdamos la perspectiva e intentemos divertirnos un poco. La gente se irá si estamos tensos. Si conseguimos impresionar a un puñado de personas este fin de semana ya sería todo un éxito, así que no te preocupes si no son miles. Todo saldrá bien.

—Es fácil decirlo para ti porque eres una persona anónima. —Cat consiguió liberarse de su agarre—. Yo tengo que proteger mi marca. Mi nombre y mi reputación están en juego.

—Ambos nos jugamos mucho, Cat. —Por suerte, sonó el teléfono de

Hank porque a Cat no le gustaba nada su tono de preocupación o quizá recordar que la economía de su familia también estaba en juego—. ¿Jenny?

Silencio.

—¡Ay, maldita sea! —Hank hizo una mueca antes de apretarse la frente con la mano—. Respira y habla más despacio.

Cat podía oír el llanto de Jenny a dos metros de distancia.

—¿Deshidratada? ¿Qué ha pasado?

Cat se mordió el labio mientras observaba la expresión de dolor de Hank. Parecía que le había pasado algo a su madre, algo muy malo. Cat intentó abrazarlo, pero él la apartó, decidido a calmar a Jenny.

—¿En una ambulancia? —Hank hizo un gesto de dolor al escuchar lo que quiera que Jenny le contara después—. Por favor, deja de llorar, Jenny. No es culpa tuya. Volveré a casa lo antes posible. Te veo en el hospital.

¿Que va a hacer qué?

Hank se metió el teléfono en el bolsillo del pecho y se frotó la cara con las manos.

—Cat, tengo que irme. Creía que la enfermedad de mi madre simplemente estaba empeorando, pero resulta que lo que estaba pasando es que mi madre estaba seriamente deshidratada. ¡Maldita sea! ¿Cómo es que no me había dado cuenta?

Hank se pasó los dedos por el pelo.

—Lo siento mucho, Hank. —Cuando lo abrazó, pudo sentir la tensión en todo su cuerpo—. ¿Está Meg con ella? ¿Ella cree que debes ir a casa?

—No he hablado con Meg. Estaba en la ambulancia con los paramédicos. Jenny iba detrás en el coche de Meg.

—Genial, así que ahora te vas. Perfecto. Meg es enfermera. Ella se asegurará de que tu madre reciba los cuidados adecuados de los mejores médicos. Respira e intenta calmarte.

—¿Que me calme? ¡Es culpa mía! He estado tan ocupado contigo que he desatendido a mi propia madre. No he visto las señales.

Hank empezó a buscar vuelos en el móvil.

Cat contó hasta diez mentalmente e intentó buscar alguna forma de aliviar a Hank de esa culpa. Con voz suave, dijo:

—Jenny y Helen también han estado con tu madre todos los días durante estas últimas semanas y ninguna de las dos se dio cuenta de lo que estaba pasando, así que no te echas toda la culpa. No eres responsable de absolutamente todo lo que le pasa a tu familia. Lo haces lo mejor que sabes.

No es un crimen cogerte algo de tiempo para ti mismo después de todos estos años. Por favor, no te sientas culpable por eso.

Hank apenas era capaz de levantar la mirada.

—Sé que estás intentando ayudarme, pero necesito volver a casa.

—Lo que necesitas es parar un segundo. De hecho, si vuelves, ¿qué vas a poder hacer tú? Por difícil que pueda parecer, creo que deberías quedarte y acabar aquí. Deja que tus hermanas cuiden de tu madre estos dos días.

—Cat, mi familia me necesita.

—La verdad es que tanto Jenny como tu madre necesitan que esta empresa funcione, así que ayudarás más a tu familia si te quedas. —Al ver que no parecía demasiado convencido, suplicó—. Yo también te necesito. Nuestra empresa te necesita. Has cambiado el modelo de negocio en el último minuto, así que eres el único que puedes mantener una conversación medianamente coherente sobre tus muebles. No sé nada sobre fabricación, vetas, plazos ni nada de eso, así que, por favor, no te vayas en mitad de la exposición. Además, todo el material es tuyo. Si te lo llevas, no habrá nada que enseñar.

Hank caminó unos segundos, aparentemente desbordado y buscando una solución.

—Cogeré un vuelo de vuelta a casa esta tarde, veré a mi madre esta noche y volveré mañana por la tarde para recogerlo todo. —Hank se alejó a toda velocidad, se dio la vuelta para hacer el gesto de «Ahora vuelvo» y cerró las puertas de cristal de la sala—. Tomémonos un descanso de quince minutos para que te explique algunos conceptos básicos en lo que se refiere al tiempo de fabricación de este tipo de piezas y para calcular aproximadamente el margen de precios. Luego tengo que coger un taxi al aeropuerto.

Cat corrió detrás de él, incapaz de hacer que sus pensamientos siguieran el ritmo de sus pies.

—¿Quince minutos? Tú eres el artesano, Hank. ¡Yo no! Por favor, no me dejes aquí tirada después de todo lo que he hecho para organizar esto. Dales a tus hermanas la oportunidad de demostrar que pueden cuidar de tu madre sin ti.

Los ojos de Hank se abrieron como platos.

—¿Acaso no has escuchado la parte en la que te he contado que mi madre iba camino del hospital?

—Sí, Hank, la he escuchado. ¿Pero has olvidado que la enfermera es tu hermana, no tú? Si eres sincero contigo mismo, te darás cuenta de que lo que

hace que quieras volver a Connecticut es más tu sentimiento de culpa que las necesidades de tu madre.

Hank frunció el ceño, aparentemente más consternado que enfadado.

—Quiero estar allí por mi madre. Se calma cuando estoy con ella, aunque solo sea porque me confunde con mi padre. Cuando tenga una crisis, estaré allí. Eso es lo que hago por la gente que quiero, por mi familia.

—Creía que yo también te importaba. ¿Acaso te importa algo de todo esto? —Cat levantó las manos al cielo—. ¿Acaso esto no es más que un capricho?

—No es un capricho y lo sabes. El momento es inoportuno, pero no se pueden planear las emergencias. La gente lo entenderá si le explicas lo que ha pasado. Los diseños hablan por sí solos. No hagas que sea peor de lo que ya es. ¿No te das cuenta de que ya me siento bastante mal como para que, encima, me hagas sentir todavía más culpable por ti?

Estaba decidido a irse. Se estaba dejando llevar por los sentimientos a pesar de que todos y cada uno de sus argumentos tenían todo el sentido del mundo. Su padre estaría horrorizado por la respuesta ilógica de Hank.

—Hank, aunque salgas ahora mismo, llegarás de madrugada, cuando tu madre ya esté ingresada, hidratada y durmiendo, así que tienes más cosas que perder que cosas que ganar.

—¡Pueden surgir complicaciones! Si me quedo, no podré concentrarme en las ventas. ¿De verdad crees que ahora mismo me importa mucho convencer a alguien para que me compre una mesa? Eso es lo último que me preocupa en estos momentos.

—Menuda actitud displicente. Al fin y al cabo, solo es mi tiempo, mi dinero y mi nombre lo que está en juego aquí. Da igual que haya tenido que renunciar al asunto de la joyería por nosotros. —Vio un pequeño grupo de personas mirando a través de la puerta y se le aceleró el pulso—. Todo este tiempo había creído que tu familia te usaba de muleta, pero ahora me doy cuenta de que, en realidad, tú los usas a ellos para no aprovechar las oportunidades que se te ofrecen.

Los ojos de Hank se llenaron de sufrimiento e indignación.

—¿De verdad piensas eso de mí?

—Si te largas, no me dejarás más opción.

Hank le dio la espalda, con los brazos en jarras y la cabeza gacha. Tras unos segundos, la volvió a mirar.

—Si yo uso a mi familia para evitar los fracasos profesionales, tú

utilizas los negocios para evitar las relaciones personales —dijo Hank antes de bajar la voz—. Si tengo que priorizar, siempre escogeré primero las relaciones personales a las profesionales, Cat. Así es como tiene que ser.

—A mí eso me parece algo irracional.

Cat se cruzó de brazos, odiando el tono brusco de sus palabras, pero incapaz de controlarse. La decepción por fin había llegado; podía verla en sus ojos. Si Cat sabía que ese día acabaría llegando, ¿por qué se sentía como si un caballo le acabara de dar una coz en el pecho?

Quizá el momento en el que había llegado el desastre, antes de que le hubiera confesado sus sentimientos y el diagnóstico, era la forma que había encontrado el destino para decirle que mantuviera la boca cerrada. ¿Acaso sería aquella la señal que le había pedido a su madre?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Hank cerró los ojos y exhaló despacio.

A pesar de los techos altos y las muchas ventanas con las que contaba la sala, Cat no podía respirar. La situación se había descontrolado de tal manera que había echado a perder todos los progresos que había conseguido en los dos últimos meses. Ayer creía haber encontrado su sitio y había estado a punto de confesarle a Hank sus sentimientos, pero ahora la línea de falla bajo sus pies se había movido, registrando un terremoto de 7.0 en la escala Richter.

Cuando abrió los ojos, se encontró con los de Hank, pero no pudo hablar.

—No merece la pena que me quede aquí discutiendo contigo cuando está claro que eres incapaz de entenderlo. —Hank suspiró—. Supongo que no encajamos tan bien como pensaba y, siendo así, no veo la necesidad de quedarme. Tampoco veo ningún motivo por el que debiéramos ser socios de ningún tipo.

—Si eso es lo que piensas, no puedo detenerte. —La voz de Cat sonó sorprendentemente tranquila, teniendo en cuenta la forma en que su corazón se había arrugado como una uva pasa—. Te has pasado dos meses suplicándome que confiara en ti, que contara contigo. Me convenciste de que bajara la guardia, Hank, de que me preocupara por ti, por nosotros. Pero si tu madre y tus hermanas siempre serán lo primero, incluso cuando no puedes hacer nada para ayudar y eso puede acabar haciéndome daño, no deberías haber hecho esas promesas.

—¿Te has pasado todo este tiempo manteniendo las distancias conmigo

y ahora quieres ser mi prioridad? —Hank negó con la cabeza—. Me voy a casa hoy mismo y ya volveré mañana a cargar la camioneta. Quizá también debas irte porque esto —dijo, señalando el espacio que los rodeaba— se ha acabado.

Y entonces se marchó a toda prisa, dejándola atrás.

Cat lo observó mientras se iba, completamente paralizada excepto por sus temblorosos labios. Sentía un nudo en el estómago. Por fin, tragó saliva y se recompuso. Había llegado el momento de dar la exposición por finalizada y cerrar la tienda.

Hank podía acusarla de muchas cosas, pero desde luego no de haberlo dejado tirado. Era él quien se había ido, no ella. Ahora tenía que buscar una forma de darle la vuelta al asunto y llamar a Elise para ver si todavía estaba a tiempo de aceptar la oferta de la empresa de joyería.

Todo iría bien. Mejor que bien.

En cinco o diez minutos, su garganta se volvería a abrir y podría volver a respirar. Hasta entonces, luciría su mejor sonrisa para las cámaras.

Querida mamá:

Estoy tan enfadada, tan confusa, tan avergonzada. ¿Recuerdas cuando te dije que creía que podría impresionar a papá entrando en el equipo de *lacrosse* del instituto pero acabé con una conmoción cerebral el primer día de las pruebas? Pues esto es peor. Hank me dejó sola, en público, en nuestra primera (y única) exposición.

La culpa es mía por haber creído que podría ser algo —alguien— que no soy. A partir de ahora, me limitaré a aquello que conozco.

CAPÍTULO 19

Hank se bebió su cuarto café, y ya no sabía si el temblor se debía a la cafeína, a la salud de su madre o a su pelea con Cat. Durante el vuelo de vuelta había tenido tiempo de reflexionar sobre las acusaciones que se habían lanzado. El hecho de que ella estuviera completamente equivocada no hacía que la pérdida doliera menos.

Pero al menos estaba allí para su madre, a la anciana no le gustaría nada estar conectada a todos aquellos aparatos.

—Se tendrá que quedar en el hospital un par de días y después creo que tendremos que llevarla a una residencia. —Meg se bebió su refresco antes de seguir contándole los detalles que Hank se había perdido durante su viaje—. Teniendo en cuenta su estado, la situación ha terminado desbordando tu capacidad y la de Jenny para cuidar de ella y vivir vuestras vidas.

—Meg, ahora no. Tenemos un par de días para tomar una decisión. —Hank se dio cuenta de que otra ronda de lágrimas brotaba de los ojos de Jenny, así que le pasó el brazo por los hombros y la besó en la cabeza—. No llores. No es culpa tuya.

Es mía. ¿Por qué había sido tan tonto como para pensar que podría hacer malabarismos con todas sus obligaciones e irse cuatro días sin tener problemas? Siempre se había temido que podría pasar algo así y odiaba ese «Ya te lo dije» interno.

—Tienes un aspecto horrible, Hank —dijo Meg mientras tiraba su lata vacía a la basura.

—Ha sido un día muy largo —masculló.

—No tenías por qué venir corriendo. No puedes hacer nada y, además, mamá ni siquiera sabrá que estás aquí. —Meg se sentó—. Imagino que Cat no debe de estar muy contenta con que la hayas dejado allí sola intentando venderte a ti y a tu trabajo. ¿También vas a hacer que te lo envíe todo de

vuelta? Tiene que ser caro.

Hank negó con la cabeza, recordando el baile de emociones que había visto en el rostro de Cat: empatía, conmoción, ira, derrota...

—Vuelvo mañana para recoger todos los muebles.

—¿Iban las cosas bien antes de que te vinieras? ¿Te estabas divirtiendo, habías hecho alguna venta o las dos cosas?

Hank se encogió de hombros.

—Da igual. Vamos a disolver la sociedad.

—¿Qué? ¿Por qué?

Jenny volvió a emitir un ruido agudo, otra vez al borde del llanto.

Hank miro a Meg a los ojos y se tragó su orgullo.

—Porque tenías razón. No es el momento. No puedo hacer lo que tengo que hacer para montar un negocio y cuidar a mamá a la vez.

—Pero habíais firmado un contrato, aportado fondos y empezado a publicitar, ¿no?

Hank hizo un gesto de dolor al darse cuenta de que había dejado a Cat en una situación horrible al salir corriendo. ¡Maldita sea, si había hecho lo correcto! El hecho de que ella hubiera renunciado a un montón de dinero porque creía en él —bueno, en realidad, en los dos— no venía al caso. Cat podía haberse quedado allí y hacer todo lo posible por hablar con la gente. Solo era una exposición y, si no le hubiera dado tanta importancia al hecho de que se hubiera ido, podrían haber seguido con sus planes a su vuelta.

Por supuesto, Cat sí que tenía razón en cuanto a una cosa: ella dependía de él y él la había dejado tirada.

Resultaba irónico que a las dos únicas personas a las que había decepcionado en su vida fueran hermanos.

—Debe de estar muy enfadada.

Jenny se mordió una uña.

Hank asintió con la cabeza sin levantar la mirada del suelo. El día había empezado de forma prometedora, pero había acabado en desastre.

—¿Entonces piensas seguir trabajando con Jackson? —preguntó Meg.

Hank negó con la cabeza.

—Ya ha contratado a mi sustituto. Solo me quedan tres semanas más de trabajo.

—Pero sois buenos amigos. Quizá te busque algo.

Hank le lanzó una mirada de cansancio.

—Para bien o para mal, he roto con su hermana. Yo le he costado

dinero, yo le he herido su orgullo y dañado su reputación. Dudo mucho que Jackson vaya a ser muy amable conmigo en cuanto se entere de todo. No me queda otra que asumir las consecuencias de mis actos.

—¿Has hablado con Cat después de irte de Chicago? —preguntó Jenny.

—No. Los dos nos dijimos unas cuantas cosas, así que es mejor dejar algo de tiempo para calmarnos. Sospecho que, por ahora, nos limitaremos a hablar sobre lo que haya que hacer con la empresa.

Hank se recostó en su asiento y cruzó los tobillos, como si al estirar el cuerpo pudiera deshacer los nudos de su estómago.

—Quizá no me creas, pero siento mucho que las cosas hayan salido así. —Meg le apretó la mano a Hank—. En cuanto me sobrepuse a la sorpresa, era bonito verte emocionado por el futuro.

—Fue bonito mientras duró.

Hank forzó una sonrisa para que sus hermanas no se preocuparan por él ahora que debían ahorrar sus energías para su madre.

—Al menos considera la posibilidad de meter a mamá en algún tipo de residencia durante unas semanas. —Meg le dio unos golpecitos en el muslo—. Tienes que centrarte en buscar trabajo y quizá dedicarte algo de tiempo bien merecido a ti mismo.

Otra ironía. Ahora que su madre estaba en el hospital, si no hubiera desaprovechado la oportunidad, quizá sí tendría ese tiempo que necesitaba para trabajar con Cat.

Meg le frotó el hombro.

—O quizá podrías hablar con Cat y hacer que las cosas funcionen.

Hank apoyó los codos en las rodillas con la cabeza gacha. No había forma de que las cosas funcionaran. Cat le había dicho que él la había convencido para que bajara la guardia, pero, al parecer, apenas lo había conseguido y había sido demasiado tarde.

Lo sentía mucho por ella y por sus hermanos, por la forma en la que intentaban ser abiertos y confiados, pero daba igual lo mucho que él la quisiera, no podía fingir que podía tener una relación saludable con una mujer que no lo dejaría entrar en su corazón.

El amor no debería ser tan complicado.

—No puedo pensar en eso ahora, Meg. Estoy agotado. Esperemos a ver si mamá supera las próximas veinticuatro horas antes de empezar a discutir sobre su futuro. No tiene mucho sentido que meta a mamá en una residencia mientras yo pueda encargarme de ella. No puedo permitirme una residencia

decente y menos sin trabajo. Además, no quiero despertar a mamá ni preocuparla con una discusión. Todo esto —dijo, señalando los monitores— ya le da suficiente miedo.

A Hank le dolían los músculos y las articulaciones por el cansancio.

—Necesito otro café. Ahora vuelvo.

Buscando un poco de intimidad, se llevó el café a un pequeño patio exterior. Tres sorbos después, dejó la taza a un lado y marcó el número de Cat. Tenían que coordinarse para traerse los muebles de vuelta aunque, a decir verdad, sabía que no era solo eso lo que lo había llevado a llamarla. Se le cayó el alma a los pies, aunque no precisamente por la sorpresa, cuando le saltó el contestador.

—Cat, soy yo. Mi madre va bien y, al parecer, no ha tenido complicaciones importantes con los riñones ni con nada. Te llamo para hablar sobre cómo y dónde tengo que ir a buscar mis cosas. Llámame, por favor.

Después de dejarle el mensaje, se bebió el resto del café y especuló sobre lo que habría estado haciendo Cat todo el día. Si pudiera retroceder en el tiempo, lo único que cambiaría de su reacción sería el ataque personal. No tenía derecho a pisotear sus sentimientos, a hurgar en la herida. Fuera lo que fuera lo que se estaba guardando, debía de ser grande porque Cat no era una mujer frágil. Y por muy enfadado y decepcionado que pudiera estar por su reacción ante su situación, Hank no quería hacerle daño.

Observó cómo una franja de nubes grises ocultaba la luna. ¿Estaría Cat mirando también al cielo? Puede que estuviera a unos mil quinientos kilómetros de distancia en línea recta, pero su corazón estaba mucho más lejos.

Hank se sobresaltó cuando el teléfono vibró en su bolsillo. Al parecer, Cat tenía previsto restringir su comunicación a los mensajes.

Me alegro de que tu madre esté mejor. He desmontado la exposición. Tus muebles están en el camión, que he dejado aparcado en el hotel. Dejaré una llave para ti en la recepción. No creo que tengas que hacer nada para disolver la sociedad, pero me pondré en contacto contigo si necesito que firmes algo.

Los dedos de Hank se pasearon por el teclado del móvil, sin saber qué responder. Miles de pensamientos cruzaron su mente, pero no tenía ni la energía ni el tiempo para ordenarlos en esos momentos. Al final escribió «¿Podemos hablar?», pero no lo envió.

Pasó otro minuto antes de borrarlo. ¿Hablar de qué? Al parecer, no quedaba nada de qué hablar.

Una noche horrible de insomnio le había provocado un enorme dolor muscular. Escondiendo sus ojos rojos tras sus gafas de sol favoritas de Versace, Cat puso rumbo hacia la larga cola de seguridad con pesadez, como un caracol sobre fango denso, sin importarle demasiado si llegaba a tiempo a su vuelo.

Sin importarle demasiado todo en general.

Se ha ido.

Esas palabras se repetían en bucle en su cabeza, recubriendo su corazón y arrancándose del pecho, dejando tras de sí un vacío tan pesado como un agujero negro.

Se puso en la fila, con la mirada perdida en la multitud. Entre las familias, las parejas y los hombres de negocios, su mirada fue a posarse en una mujer atractiva, soltera, de cuarenta y tantos de la cola de al lado. Pelo de un rubio brillante en un bob impecable, pantalón de vestir de lino combinado con un top fluido de mezcla de seda y sandalias con cuña. A pesar de los pantalones perfectamente planchados, su manicura y el maquillaje impoluto, su mano izquierda sin anillo y su mirada vacía gritaban soledad. Cat lo sabía por experiencia y eso hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Unos cuantos metros más adelante había otra mujer de mediana edad, con el pelo castaño claro, sin maquillaje y pantalón de chándal de Gap, con un niño en brazos. A diferencia de la rubia, los ojos de la madre rebosaban alegría mientras hablaba con su hijo. Las líneas de sonrisa que se formaban en torno a sus ojos y su boca hacían que su animado rostro resultara más interesante. Su vida parecía tener sentido.

Hasta hace poco, si le hubieran preguntado qué mujer preferiría ser de aquí a doce años, Cat habría respondido que, sin duda, la primera. Ahora se le revolvía el estómago al comprender que estaba condenada a ser esa mujer.

Él no te quiere. No ha sido real.

Como un robot, se quitó los zapatos y el cinturón y metió el móvil en la

bandeja de plástico. Cuando el agente de la TSA puso un interés especial en cachearla, apenas emitió un gruñido de desaprobación.

¿Qué importaba? ¿Acaso algo importaba ahora?

Hank la había dejado y Mitchell/St. James estaba cerrando sus puertas virtuales. En el fondo, ella sabía que esto podía —iba a— pasar. Sabía que jamás podría estar a la altura de sus expectativas. Sabía que acabaría peor por haber confiado en él, por haberse enamorado de él.

Es cierto que no esperaba que las cosas acabaran de forma tan abrupta. Ni la relación con él ni su relación empresarial. Su reputación sufriría un revés. Todo el trabajo que había hecho, los pasos que había dado para que todo saliese bien, todo había salido mal. Y ahora tendría que llamar al periodista de *Town & Country* para pedirle que quitara el artículo que iba a salir publicado en octubre.

¿Acaso eso le importaría a Hank? ¿Se arrepentiría de algo?

Jamás respondió a su mensaje.

Quizá ese segundo desprecio le estaba bien empleado, teniendo en cuenta que ella se había negado a cogerle el teléfono.

Llegados a este punto, ya no sabía quién de los dos se había equivocado más o había sido más rencoroso. Lo que sí sabía es que toda su alma había salido mal parada de aquella batalla.

Camino de la puerta de embarque, se detuvo en Starbucks para tomarse un café. Con su dosis de cafeína en la mano, se sentó en una mesa alta y se armó de valor.

—¿Elise?

—Cat, no esperaba volver a saber de ti hasta que volvieras de Italia a finales de mes.

—Lo sé. —Cat cerró los ojos e hizo una mueca mientras se tragaba su orgullo—. De hecho estoy en Chicago preguntándome si sería posible resucitar el acuerdo con el joyero.

—Creía que no estabas interesada.

—Bueno, sigue sin hacerme gracia lo de la cláusula de exclusividad absoluta, pero me estaba preguntando si sería posible sugerir un pago por adelantado inferior pero unos derechos más altos como, por ejemplo, doscientos cincuenta mil como adelanto y un siete por ciento por dos años para reducir los riesgos iniciales a cambio de un poco más de flexibilidad en cuanto a la exclusividad. Aceptaría no representar a otras líneas de joyería y accesorios e incluso me limitaría a una sola licencia más durante la vigencia

de su contrato, pero me gustaría conservar algo de control sobre mi futuro.

—Me preocupa que estés rebajando demasiado tu caché y que eso pueda ser contraproducente para otras ofertas de representación.

—¿Podemos hacer que los términos sean confidenciales?

—No creo que sea la mejor forma de proceder, Cat.

—Te he escuchado y respeto tu opinión, pero escúchame... Me gustaría que la tantearas, al menos de forma general e hipotética. Si no quieres que rebaje mi caché, límitate a dejar caer esa idea y espera que vuelva con una nueva oferta.

—Vale. —Elise hizo una pausa—. Espero que no haya estado siguiendo tu otro proyecto o, de lo contrario, sabrá que te encuentras en una posición de mayor debilidad.

Cat encajó el golpe como una profesional: solo le dolió por dentro. Como la mayoría de las decepciones en su vida.

—Gracias, Elise. Hablamos pronto.

Cat colgó, sintiéndose algo mejor.

Aunque no le emocionaba este nuevo proyecto, el pragmatismo la obligaba a afrontar la realidad. Sus días como modelo estaban llegando a su fin y necesitaba explorar otras opciones ahora que Mitchell/St. James parecía estar herida de muerte.

Hizo un gesto de dolor al recordar las cosas tan duras que ella y Hank se habían dicho el día anterior. ¿Por qué él ni siquiera se había molestado en intentar comprender su punto de vista? ¿Ni siquiera por un segundo? Solo lo había visto desde una perspectiva totalmente instintiva y emocional.

Su padre siempre le había dicho que las emociones eran la peor base para tomar una buena decisión. Sí, se trataba de una buena observación en lo que se refiere al trabajo, pero debería reconsiderar su filosofía en lo que respecta a las decisiones personales.

Hank la había dejado destrozada cuando abandonó todos sus planes... y a ella. Aunque sus motivos eran razonables —que hubieran llevado a su madre, mayor y enferma, al hospital era un motivo más que razonable—, su testarudez la había enfurecido. «Obvio», pensó mientras tiraba el vaso vacío en una papelería cercana y siguió su viaje.

Lo sentía mucho por la posición en la que se había visto Hank, pero seguía sin estar de acuerdo con su decisión. En cualquier caso, había gestionado la situación muy mal.

Incluso ahora, mientras se acercaba a la puerta de embarque, una

avalancha de sentimientos encontrados hizo que le flaquearan las piernas como a un potrillo que intenta dar su primer paso. Por suerte, llegó a su destino sin caerse.

Diez minutos más tarde, casi se desmaya en la cola de embarque cuando vio a Hank desembarcando por una puerta al otro lado de la pasarela.

Él no la vio porque se estaba ajustando la bolsa de lona al hombro. Las marcadas líneas de su rostro se podían ver incluso desde donde estaba ella y, por un momento, sintió una oleada de empatía. Se retorció en un intento por contener su deseo de llamarlo o de ir corriendo hasta él. En vez de eso, se limitó a observarlo mientras salía de la sala, de la misma forma que había salido de su vida.

Por mucha ira y mucha vergüenza que pudiera albergar por el estallido de ayer, lo quería y, por eso, sabía que dejarlo marchar era lo mejor que podía hacer por él.

A la mañana siguiente, Cat terminó de colocar la compra de Esther antes de reunirse con ella en el salón para tomar una taza de Darjeeling. Por algún motivo, tomarse el té en la porcelana china de Esther hacía que supiera mejor.

—Ya echo de menos ver a tu Hank en el pasillo ahora que ha terminado tu proyecto. —Esther se echó otro azucarillo al té—. ¿Estás contenta con su trabajo?

—Ha quedado muy bonito. —Por supuesto, ahora aquellos magníficos armarios se habían convertido en otro recuerdo de Hank, un recuerdo amargamente doloroso con el que se levantaría cada mañana de su vida mientras se quedara en ese apartamento—. No solo hizo un maravilloso trabajo, sino que también organizó todo mi vestuario.

—¡Qué considerado! Ya te dije que parecía muy amable. —La expresión de Esther se volvió más pensativa—. Bueno, ¿y ahora qué? ¿Vas a seguir viéndolo?

—No —dijo Cat mientras dejaba su taza en la mesa—. Nuestros planes empresariales se fueron al garete en Chicago. De hecho, todo se fue al garete. Esta vez sí que se ha acabado todo.

—Eso solo sería verdad si él no te importara, cariño.

—Claro que me importa y precisamente por eso esta es la mejor decisión.

—¿Por qué dices eso?

Esther entrecerró los ojos. Si Cat no hubiera estado tan emocionalmente agotada, no le habría terminado contando a Esther lo de su diagnóstico.

Después del consuelo de rigor, Esther le dio un sorbo a su taza de té, con los ojos inundados de recuerdos.

—Mi hija jamás tuvo hijos. Ella y su marido tuvieron una gran e intrépida vida juntos y fueron totalmente felices en su papel de tíos.

—Créeme, Esther, sé que la infertilidad no es lo peor que me podría pasar. Aunque resulte difícil de imaginar, espero que al final pueda encontrar algún tipo de relación seria. Lo que pasa es que necesito más tiempo para procesar todos los cambios en mi vida antes de introducir un hombre en la ecuación. También para poder pedir o esperar que alguien más acepte ese destino.

—¿Estás segura de que no estás intentando racionalizar tus miedos?

—No. Hank y yo somos muy diferentes y, aunque los polos opuestos se atraigan, una relación así no puede durar demasiado.

Cat se movió, incómoda, porque no quería lamentar haber perdido a Hank. ¡Maldita sea, jamás debía haberle permitido que se acercara tanto! Jamás debería haberse imaginado que acabarían cabalgando juntos hacia el atardecer como una pareja en una película romántica. Si simplemente se hubiera atenido a sus costumbres, si hubiera conservado su independencia y se hubiera ceñido a lo que conocía, ahora no tendría que andar buscando formas de enmendar su carrera ni su corazón.

Por otra parte, tampoco habría podido experimentar lo que era estar con él. No habría aprendido que, quizá, algunos hombres podrían aceptar la versión poco glamurosa de Cat St. James. Aunque solo fuera por eso, ya debía estar agradecida.

—La vida de Hank ha estado llena de pérdidas y dificultades. Ha sido complicada y ha tenido que hacer muchos sacrificios. Se merece un amor sin complicaciones y con futuro.

Esther se echó a reír y soltó su taza.

—Oh, querida. Ya tienes edad suficiente como para saber que el amor sin complicaciones solo existe en Disneylandia.

—Pero es que hay complicaciones y complicaciones. Hank se merece lo que David y Vivi tienen: una enorme alegría y un futuro lleno de esperanza.

—¿Y tú? —La sonrisa de Esther fue decayendo a medida que su expresión se transformaba en contemplativa—. ¿Tú no te mereces eso

también?

Cat se encogió de hombros.

—Puede que no. No he sido muy valiente en la vida, ni de lejos soy tan valiente como Vivi o Hank. Siempre he tomado decisiones fáciles, muchas de ellas incorrectas. Me han dado muchas cosas, solo porque la gente prefiere a aquellos de nosotros que, por un golpe de suerte, tenemos una buena estructura ósea. Así que no, no me he ganado de verdad ese futuro feliz. Al menos todavía no.

—Entonces, quizá haya llegado el momento de ser valiente. El momento de ganarse esa felicidad.

—No te me pongas en plan Yoda, Esther. —Cat se inclinó hacia delante y entrelazó las manos—. Si tienes algo que decir, suéltalo.

La taza de Esther resonó contra su platillo.

—Dile a Hank lo que sientes. Dile la verdad y deja que las fichas caigan. Quizá te sorprendas.

Cat agachó la mirada para estudiar el intrincado patrón de la alfombra Aubusson mientras intentaba formar una respuesta.

—Quizá esté dispuesto a volver a intentarlo, pero no veo cómo pueden mejorar las cosas de aquí a tres, seis o nueve meses. No sé si podría vivir preguntándome si él acabaría lamentando el sacrificio. En este momento de mi vida, debería intentar aprovechar al máximo lo que me queda de carrera profesional. Me voy a Italia esta semana. Estoy considerando un acuerdo de representación con una diseñadora de joyas. Estoy muy ocupada, así que lo último que necesito es una relación.

—Sí que pareces ocupada, querida. —Esther cogió su taza casi vacía—. Pero ten cuidado de no malgastar tu tiempo persiguiendo demasiadas cosas al mismo tiempo. Esa es la forma más rápida de acabar sin nada.

Querida mamá:

Estoy contemplando las nubes tintadas de naranja y lila a través de la ventanilla del avión camino de Italia, deseando verte sentada en una de ellas. Estoy tan triste últimamente que daría lo que fuera por poder oír tu voz, por ver tu cara.

Y no puedo quitarme de la cabeza la advertencia de Esther, por muchas copas de merlot que me beba.

CAPÍTULO 20

Hank atravesó una sección de panel de yeso en la cocina de los Hudson y las miles de partículas de polvo al aire que volaron le hicieron estornudar. Jackson se había llevado al sustituto de Hank, Jim Walker, a otro trabajo esa mañana, gracias a Dios. No necesitaba un recordatorio de su inminente desempleo mirándolo a la cara todas las horas del día.

—¡Ey, tío! —Doug lo llamó desde el otro lado de la habitación mientras sacaba un viejo mueble de su sitio y lo dejaba en el suelo, junto a sus escalerillas—. Ponte una mascarilla o te vas a destrozar los pulmones.

Hank refunfuñó e ignoró el consejo de Doug. En ese momento, no le podían importar menos sus pulmones. Desde Chicago, no le importaba nada.

Por suerte, el trabajo de Meg le permitía echarle un vistazo a su madre varias veces al día, lo que había aliviado un poco su carga. Visitaba a su madre todas las noches y le llevaba una buena sopa o su pudín favorito, pero, por mucho que él se negara a reconocer la verdad, no había que ignorar la triste realidad de su destino.

Meg siempre lo había acusado de ser tan cabezota como su padre y quizá tenía razón. Por ejemplo, no había querido aceptar la realidad sobre Cat y él hasta que acabó por darse de bruces.

Pero, con todo, la echaba de menos. Por un breve espacio de tiempo, su vida había ardido con intensidad. Sus gestos amables y su atractivo sexual habían despertado sus sentidos, haciendo que todo pareciera más vívido. Se atormentaba a sí mismo recordando los pequeños momentos, los detalles — su olor, su sonrisa traviesa, su mirada cuando estaba bajo su cuerpo— hasta que ya no podía soportar más el dolor. Entonces liberaba físicamente su angustia en el trabajo con ayuda de una maza o con una sierra.

Si Jackson estaba enfadado con él por lo que había pasado con su hermana, desde luego no había dicho nada. Lo más probable es que Cat no le

hubiera contado los detalles de la espectacular discusión. Así que es posible que Jackson nunca supiera la razón real que había detrás del final de Mitchell/St. James.

Menos mal. Quizá Hank pudiera salvar la amistad una vez que se asentara el polvo y encontrara un nuevo trabajo.

Ayer Jackson mencionó algo sobre un viaje de Cat a Italia. Hank miró la hora y calculó unas seis horas. ¿Habría acabado de trabajar por hoy? ¿Estaría sola? ¿Lo echaría de menos? Si la llamara, ¿respondería? ¿Y cuándo diablos iba a dejar de sentirse tan mal?

¡Zas! Dio otro martillazo para intentar ampliar la puerta entre la cocina y la zona familiar. El zumbido estridente del taladro de Doug le trepanaba los oídos. Miró a Doug, que estaba descolgando de la pared los viejos armarios superiores.

Por primera vez, Hank se sintió mayor. Los años que llevaba de trabajo manual pesado habían hecho que le dolieran las articulaciones. Odiaba el sabor del polvo de yeso en la boca y el cosquilleo que le provocaba cuando invadía sus fosas nasales. Otra razón para arrepentirse por la muerte de su malogrado negocio de muebles.

—Creía que Jackson vendría hoy con el nuevo —gritó Doug por encima de todo el ruido.

—Ya vendrán.

Hank golpeó con la maza por tercera vez.

—Vale —gritó Doug—. Porque como es tan de fiar...

Hank bajó la maza.

—Consigue que se haga el trabajo.

—Sé que es tu amigo, pero deberías quitarte la venda de los ojos. — Doug dejó de taladrar—. Acepté este trabajo porque había oído hablar muy bien de ti, pero él está fuera de control. Creo que voy a empezar a buscar trabajo en otro sitio y más ahora que te vas.

Los comentarios de Doug no estaban totalmente desencaminados, pero Hank odiaba su doblez. Por desgracia para Doug, Hank no estaba de humor para ser políticamente correcto.

—Jackson es un buen tío, Doug. Si no estás contento aquí, vete a otra parte, pero no envenenes al equipo con tus opiniones. —Hank volvió a clavar la maza en la pared—. Cállate o voy a tener que hablarle a Jackson de tu mala actitud.

La expresión petulante de Doug parecía realmente malvada. Volvió a

encender el taladro y gritó:

—De todas formas, si Jackson aparece por aquí esta mañana, tendrá demasiada resaca como para prestarte atención. Va a acabar perdiendo su negocio y entonces será una presa fácil para que llegue otro constructor y coja el relevo.

—Te he dicho que te calles.

—¿Qué narices pasa aquí, Doug? —gritó Jackson desde la puerta que conectaba la cocina con el vestíbulo.

Hank giró la cabeza hacia Jackson tan solo para comprobar que su ropa y su pelo desaliñados confirmaban que Doug tenía razón. Las enormes ojeras que rodeaban sus ojos destacaban en el perpetuo rubor de su cara.

—¿Qué has dicho de mí?

Hank bajó el martillo y contuvo la respiración. Dos tipos impetuosos preparándose para una pelea de gallos. Jim parecía conmocionado.

Mierda.

—Jackson —empezó Hank.

Jackson estiró la mano para pedirle que se callara y entonces se acercó a la escalerilla de Doug. La ira se propagaba por sus anchos hombros.

—Estás despedido, cabrón. —Cogió los destornilladores de Doug de la encimera y los tiró al suelo—. Coge tu mierda y vete de aquí. ¡Ahora!

Doug bajó de la escalerilla y le clavó un dedo en la cara a Jackson.

—¡Tú eres el cabrón aquí!

—Ya me he cansado de oírte. —Jackson apretó los dientes—. Lárgate de aquí antes de que te mande volando a la habitación de al lado.

—Calmaos, chicos. —Hank cruzó la cocina—. Cada uno a su esquina.

Demasiado tarde. Ambos hombres ya estaban preparados para pelear. Doug escupió en el fregadero.

—Vale. Me largo de aquí, imbécil. —Doug se agachó para recoger sus herramientas. Miró hacia arriba de forma desafiante—. No confíes demasiado en tu poder. En cuanto se sepa por ahí que tienes problemas con la bebida, veremos cuántos proyectos te llegan.

Un vistazo rápido a Jim fue suficiente para que Hank supiera que ya lamentaba haber aceptado el trabajo. Jackson no ayudó demasiado cuando le dio una patada a la caja de herramientas de Doug para que no pudiera cogerla y lo agarró para ponerlo de pie.

Tirándole de la camiseta, Jackson le gritó:

—¿Me estás amenazando? Abre la boca y te pongo una demanda por

difamación y cualquier otra cosa que se me ocurra. Llevo seis años sacando adelante proyectos con éxito y cuento con un montón de clientes satisfechos. ¿Qué diablos tienes tú?

Doug le dio un empujón a Jackson. Cuando Hank se dio cuenta de que Jackson había cerrado el puño, agarró a Doug desde atrás para que no pudiera pegarle y así ahorrarle una demanda a Jackson. Doug se retorció y le dio un codazo a Hank que hizo que saliera despedido hacia atrás. Aterrizó sobre los viejos armarios que Doug había dejado tirados por el suelo.

Hank apoyó las manos para parar la caída, pero fue la mano izquierda la que recibió todo el peso de su cuerpo y sintió un intenso dolor en su muñeca.

—¡Maldita sea! —Se sentó, sujetándose el brazo por encima de la punzante muñeca, que empezaba a hincharse como un globo—. Joder, no puedo moverla.

Jackson y Doug se giraron, estupefactos. Ray entró corriendo en la habitación al oír los gritos y el estruendo desde el cuarto de baño principal en el que estaba trabajando y casi arrolla a Jim.

—¿Todo bien por aquí?

—¡Oh, mierda! —Jackson corrió junto a Hank—. Se te ha roto. Tenemos que llevarte al hospital.

—Ya te dije que quedarte con él te acabaría trayendo problemas —dijo Doug a Hank, a cierta distancia de ellos, con los brazos cruzados—. Ahora no podrás trabajar en ningún sitio con una mano lisiada.

—Borra esa sonrisa de idiota de tu cara. —El tono amenazante de Jackson hizo que tanto Doug como Ray retrocedieran—. Tienes dos minutos para recoger tu mierda antes de que yo personalmente te saque a rastras de la propiedad.

Jackson se puso de pie.

—El tiempo corre. —Entonces miró a Ray—. ¿Tienes algo que decir?

Ray negó con la cabeza.

—¿Necesitas ayuda, Hank?

—Ya me encargo yo de ayudar a Hank. Puedes seguir trabajando hoy... por favor. Jim, ¿puedes acabar la demolición de la cocina mientras llevo a Hank al médico? —Jackson miró a Doug, que estaba recogiendo sus cosas y que luego le hizo un corte de mangas antes de salir furioso de la casa—. Ray, si vuelve por aquí, llama a la policía y denúncialo por invasión de la propiedad privada.

Ray hizo un gesto de dolor, pero luego asintió. Hank se puso en pie y

empezó a caminar hacia la puerta.

Doug tenía razón en una cosa. La lesión le impediría poder trabajar varias semanas o más. ¿Cómo iba a poder encontrar trabajo sin poder usar la mano?

¿Acaso las cosas podían ir peor?

Jackson abrió la puerta del coche para Hank antes de dar la vuelta para ponerse al volante y arrancar.

—¿Te lo puedes creer?

—Ahora no, Jackson.

Le dolía todo el brazo. La muñeca se le estaba empezando a amoratar.

Jackson frunció el ceño, arrepentido, y agitó la cabeza.

—Siento mucho que te hayas hecho daño. —Miró por la luna delantera, con la frente arrugada y la boca dibujando una línea sombría—. No deberías haberte metido.

—¿Sí? Pues quizá tú no deberías haber perdido los papeles ni haberte comportado como un auténtico imbécil, Jackson. Prepárate para disputas legales y otros problemas. Doug no es el único del equipo que está hablando de tu comportamiento.

Jackson se giró hacia Hank con los ojos como platos.

—¿De qué hablas?

—Llevo meses diciéndote que tienes que parar y organizarte. Le exiges demasiado al equipo, no estás tomando buenas decisiones en el trabajo y, entre tú y yo, bebes demasiado. Esa es la jodida verdad. Y ahora acabas de despedir a otro carpintero, cuando todavía tienes cuatro proyectos abiertos. No es lo ideal. —Hank agitó la cabeza en señal de asqueo—. Sabía que acabaría pasando algo, maldita sea. Solo que no pensé que sería yo quien acabara sufriendo las consecuencias.

Al menos Jackson tenía el detalle de parecer avergonzado.

—No quiero pelearme contigo y de verdad que siento mucho la forma en la que esto va a afectarte a corto plazo. Te ayudaré. No te preocupes por el dinero.

—A la mierda. Tu familia cree que todo se puede arreglar con dinero. ¿Qué pasa si no puedo recuperar la movilidad de la muñeca ni de la mano en el futuro? ¿Cómo voy a trabajar? Puedo estar realmente jodido, ¿sabes? A diferencia de ti, no fui a la universidad. No tengo muchas más opciones.

—Eso no va a pasar. —Las cejas de Jackson se juntaron—. Eso no va a pasar, Hank.

Querida mamá:

Me mantengo a flote. Eso es todo lo que hago. No voy a ninguna parte ni aspiro a ir a ninguna parte. Solo floto. No hay tierra a la vista. Casi tan a la deriva como cuando te fuiste.

¿Crees que Hank me echará tanto de menos como yo lo echo de menos a él?

CAPÍTULO 21

Cat tiró de su vestido mientras le daban los últimos retoques a su sombra de ojos y su delineador.

—Estate quieta —le ordenó Angela, la maquilladora, con su fuerte acento italiano.

A Cat ya le dolía el trasero de estar sentada en la silla después de noventa minutos de peluquería y maquillaje. Quería moverse. Rascarse la nariz. Y, sobre todo, quería estar sola. Gracias a Dios, era el último día de sesión.

—Estabas más guapa cuando no tenías ojeras en los ojos, Catalina —dijo Angela—. Conozco esa mirada. Problemas de pareja. ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha engañado? ¿Te ha usado?

Me quería y yo lo he apartado de mí.

—Ningún problema de pareja —masculló Cat.

No era del todo mentira. Después de todo, Hank ya no era su pareja.

Cat jamás se había sacrificado tanto por el bien de otra persona. Desde la última vez que lo vio en el aeropuerto, siempre tenía frío. Un frío intenso, como si anduviera por ahí, desnuda, en mitad de una ventisca.

Se suele decir que sacrificarte por los demás te hace sentir bien.

Pues bien, es mentira.

Todo lo que había hecho por ella es dejarla vacía, aunque llena de deseo, dudas y arrepentimiento egoísta. Además de enormemente preocupada por un desbordante impulso de buscar a Hank y suplicarle.

—Ya está —anunció Angela—. *Bellissima!*

Cat se miró en el espejo. Un impresionante maquillaje gris, verde y ciruela se extendía muy por encima de sus párpados. También habían destacado el contorno de sus pómulos y su mandíbula. Apenas era capaz de reconocerse. La gente volvería a ver tan solo una máscara más, oscura y fea,

a juego con su estado mental.

Se levantó de la silla y puso rumbo a la zona de vestuario para recoger la ropa con la que la iban a fotografiar después. Una chica joven le entregó unas sandalias negras de tacón alto, una falda recta de terciopelo negro y un top de seda negra brillante con apliques de terciopelo con forma de hoja que a duras penas le tapaban los pezones.

La mujer la ayudó a ponerse la ropa y luego la acompañó al fastuoso set. Las paredes estaban forradas con un papel de un rojo intenso. Cuadrados de espejo ahumado y pétalos de rosa cubrían el suelo. Cortinas con brocados dorados colgaban de las falsas paredes y había una mesa de cristal en mitad del decorado.

¡Qué apropiado! Como casi todo en su vida, aquello no era más que una fantasía.

—Oh, Catalina, estás maravillosa —murmuró Neil, el fotógrafo, lleno de admiración—. Empecemos tumbada en la mesa mirando al techo. Jean-Paul se colocará de rodillas junto a tu cabeza y seguiremos a partir de ahí.

Neil chasqueó los dedos y una docena de personas se colocaron detrás de los focos y de los paneles de difusión.

Cat se estiró sobre la mesa. La estilista la peinó deprisa y le colocó el pelo en forma de abanico mientras Jean-Paul se quedaba de pie recibiendo los últimos retoques.

—¿Todo preparado? —preguntó Neil.

Cat arqueó un poco la espalda y clavó su mejor mirada en los ojos del impresionante, aunque gay, Jean-Paul, cuyo rostro se alzaba imponente sobre el suyo.

Hasta hace poco, ese entorno la recargaba de energía. Ropa bonita, gente guapa y un mundo de fantasía. Durante años, aquello había sido una experiencia emocionante. Ahora simplemente se sentía entumecida. Cada disparo de la cámara le robaba otro trozo de su alma.

Solo unas cuantas horas más.

Esa tarde, Cat se tiró en la cama del hotel y le echó un vistazo al menú del servicio de habitaciones. Quizá algo decadente, como algo de chocolate, le levantaría el ánimo. Mientras ojeaba los postres, sonó el teléfono. Le dio un salto el corazón, como cada vez que sonaba el teléfono esa semana.

Por favor, que sea Hank. Contuvo la respiración. Elise. Mierda.

Soltó el aire y respondió.

—Hola, Elise. ¿Comprobando que todo va bien?

—¿Ya ha terminado la sesión?

—Sí. —Cat se apoyó en las almohadas y se tiró de la camiseta—. Sin sorpresas.

—Bien. Siempre se aprecia tu profesionalidad. —Elise hizo una pausa—. ¿Has terminado de revisar mis notas sobre el contrato de joyería? Tenemos que dar una respuesta cuanto antes.

—Sí, ya las he revisado.

Cat lo cogió de la mesita de noche.

No le podía confesar hasta qué punto cualquier entusiasmo que hubiera podido sentir por aquel trabajo se había visto disminuido por la pérdida de su relación con Hank. Nada podía llenar el vacío que le había dejado, ni siquiera un nuevo y reluciente contrato.

Porque el contrato no la miraría con amor. No correría a su lado al primer indicio de angustia. No la abrazaría por la noche.

—Todo parece estar bien. —Cat hojeó las páginas—. Sé que no estás de acuerdo conmigo, pero te agradezco que negociaras una excepción a la exclusión. Estaremos atentas por si surge otra oportunidad que no entre en conflicto con esta.

—No será fácil —respondió Elise—. Es una exclusión muy limitada.

—Lo sé, pero ya me conoces... Nunca digas nunca jamás.

—Así que el asunto de los muebles está muerto, ¿no?

—Se podría decir que sí. Técnicamente, todavía no he disuelto la sociedad.

Cat frunció el ceño al darse cuenta de que lo había estado postergando. De hecho, no había hecho nada desde que desmontó la exposición. Ni un *tweet*, ni una modificación de la página web. A todos los efectos, Mitchell/St. James todavía existía. ¿Se habría dado cuenta Hank? ¿Se preguntaría por qué no había quitado la página web ni hecho ningún anuncio?

—No he tenido tiempo de ponerme a resolver todos los asuntos legales para dismantelarla.

—Bueno, al menos no invertiste demasiado tiempo ni demasiado dinero. No hay daño permanente.

¿Que no hay daño permanente? Solo si no cuentas el daño a tu corazón.

Ahora toda su vida había descarrilado, como si estuviera precipitándose en la dirección incorrecta. No quería estar sola, pero le daba un miedo

horrible arriesgar lo poco que tenía y fracasar. Le dolía la cabeza por tanto pimpón mental.

—Mejor hablamos cuando vuelva —suspiró Cat mientras se frotaba las sienes, sin saber muy bien qué esperar ya—. Estoy agotada esta noche.

—Vale. ¿Cuándo vuelves?

—Mañana por la tarde. ¿Te vendría bien que nos viéramos el lunes?

—Estoy libre para el almuerzo.

—Me pasaré por tu oficina primero.

—Nos vemos entonces.

Cat tiró el teléfono en la cama y se frotó la cara. Ya no tenía apetito. Ni siquiera una *panna cotta* le resultaba atractiva.

Acarició la bonita bufanda azul, naranja y blanca de seda y cachemira de Fendi que le había comprado a Vivi como regalo de cumpleaños. Al igual que para la boda, no tenía pareja para la cena de cumpleaños del sábado. Pasara lo que pasara después, no quería que su familia la acribillaran a preguntas incómodas sobre el negocio ni sobre Hank ni que la trataran con guantes de seda por su infertilidad.

Después de Chicago, había dejado que todos pensaran que el motivo por el que habían tenido que irse de la exposición había sido la crisis de la madre de Hank. La vanidad no le dejaba admitir su fracaso a sus hermanos tan pronto y más teniendo en cuenta su pesimismo. Dudaba mucho que Hank hubiera hecho que la situación resultara todavía más incómoda contándole la verdad a Jackson, así que no creía que la sometieran a demasiado escrutinio ese fin de semana.

Se tumbó y cerró los ojos. *Hank*. Echaba de menos su voz, su piel sonrojada y ese hoyuelo de la mejilla izquierda. Y lo que es más importante, echaba de menos la forma en la que le había hecho creer en ella misma y la manera en la que se relajaba cuando estaba cerca de él.

Se hundió en las almohadas, cerró los ojos y se abrazó a sí misma. Sus delgados brazos de Rana Gustavo no eran para nada ni la mitad de cómodos que los brazos de Hank. Los únicos momentos peores que los que pasaba echándolo de menos eran los que pasaba imaginándolo con otra mujer, enseñándole su hoyuelo, cogidos de la mano por la ciudad o haciendo el amor con ella.

El estómago le ardía de celos, pero las imágenes seguían brotando.

Cat cogió su bolso del borde de la cama y abrió el frasco de zolpidem. ¿Cuántos tendría que tomarse antes de poder dormirse sola?

Cat encendió el móvil mientras el avión andaba por la pista camino de la puerta del aeropuerto JFK. ¡Un mensaje! Por desgracia, solo era un mensaje de voz de David.

—Cat, por favor, llámame en cuanto aterrices. Hay cambios en los planes para la cena de cumpleaños de Vivi. Ahora te cuento.

Cat pulsó el botón de rellamada, curiosa por averiguar qué sorpresa habría preparado David para Vivi. El ataque repentino de romanticismo de su hermano había sido bastante sorprendente. Desde que empezara a salir con Vivi, se había estado comportando más como Jackson, un gran romántico hasta que Alison lo dejó.

—Hola, Cat —respondió David—. ¿Has oído mi mensaje?

Cat se rio por dentro ante el estilo sin sentido de su comunicación.

—Sí, señor. Todavía estoy en el avión, pero te llamaré de inmediato, siguiendo tus instrucciones. —Su broma no mereció respuesta—. A ver, ¿cuál es ese cambio de planes?

—Para empezar, creí que te gustaría saber que Justin vuelve a tener una orden de alejamiento por otro año. Espero que te replantees lo de presentar cargos. Creo que debería recibir el mensaje alto y claro.

A una parte de ella, le habría gustado ver a Justin pasar algún tiempo en la cárcel, pero no tenía ni la energía ni el tiempo para hacerlo ni para lidiar con más efectos colaterales de aquel día. Solo quería dejarlo todo atrás. Todo.

—No, si lo presiono más, lo provocaría aún más. Mejor no enfadarlo más. Mientras no se acerque, me vale. Espero que para el año que viene ya haya pasado página.

—Esperemos.

Cat pudo oír el suspiro de David.

—Bueno, ¿algo más? En tu mensaje decías algo sobre un cambio de planes para el cumpleaños de Vivi.

—Necesito que me prometas que no le contarás nada a nadie.

—Ooh, soy toda oídos. —Cat sonrió por primera vez en todo el día—. Suena importante.

—Tiene que ver con Jackson.

—¿Jackson?

Sus ojos se abrieron como platos.

—Sí. —David hizo una pausa—. Imagino que no has hablado con Hank, ¿no?

—No —respondió Cat—. Sabes que tuvimos que cerrar la exposición,

¿no? Con su madre tan enferma, hemos tenido que dejarlo todo en suspenso. Es posible incluso que no sigamos adelante.

—Lo siento. —Parecía sincero, pero de repente volvió al tema de la llamada—. Jackson tiene problemas y ha llegado el momento de que organicemos una intervención. Vivi ha aceptado utilizar su cena de cumpleaños como lugar y hora. No he metido a papá ni a Janet en esto porque no quiero que Janet participe y porque tampoco creo que las comparaciones constantes de papá entre Jackson y yo ayuden demasiado, pero, Cat, si avisas a Jackson, no vendrá. Sé que los dos sois uña y carne, pero tienes que confiar en mí esta vez.

Sus pensamientos volaron en diferentes direcciones como hilos en una tela de araña. Sí, Jackson no debería beber tanto, pero no le parecía que tenderle una emboscada fuera la mejor forma de ayudarlo.

—No quiero que atacéis a Jackson solo porque no sigue vuestras normas, David.

—No me negarás que, este último año, ha estado bebiendo demasiado, ¿verdad? Hank ya me había comentado este verano que tenía algunas preocupaciones, pero no le di demasiada importancia hasta esta semana: un antiguo empleado de Jackson lo ha denunciado por agresión, acoso, despido improcedente y otros temas. Y, por cierto, Hank terminó herido en la refriega. Teniendo en cuenta que las decisiones de Jackson están afectando su vida, creo que tenemos que intervenir antes de que las cosas vayan a más.

El asunto de la denuncia la sorprendió, pero su primera preocupación fue Hank.

—¿Qué le ha pasado a Hank?

Cat se apretó el pecho con la mano, preparándose para las malas noticias.

—Se ha roto la muñeca al intentar impedir una pelea entre Jackson y su empleado. Ha necesitado cirugía y ahora se enfrenta a una larga recuperación.

David esperó su respuesta, pero ella no podía pensar.

Hank había necesitado cirugía, pero no la había llamado. Estaba siguiendo con su vida, sin ella, tal como se había imaginado. La realidad le resultó más pesada que una manta de plomo. Las hermanas de Hank debían de odiarla incluso más por el dolor físico y mental que ella y Jackson le habían causado.

—Cat, necesito que expongas tus preocupaciones cuando llegue el momento de hablar. —El tono serio de David atravesó los pensamientos de

Cat—. No escuchará si soy el único que habla.

—¿Y eso no hará que se sienta todavía más aislado? Solo servirá para que se ponga más a la defensiva y corra mayor riesgo.

—Entonces ven y no digas nada, pero no lo defiendas ni lo disculpes.

—¿De verdad crees que es necesario?

Cat apretó los ojos mientras se presionaba la sien con los dedos.

—Sí. La denuncia demuestra que está fuera de control. Jackson nunca ha sido violento. Jamás había dejado que los asuntos personales afectaran a su trabajo, pero eso ya no es así. Además, tiene un aspecto horrible. Siempre está bebiendo. Mejor cogerlo antes de que toque fondo por completo y acabe haciéndose daño o haciéndole daño a alguien.

—Vale. —Cat se mordió el labio—. ¿Has considerado la posibilidad de incluir a Hank en este linchamiento?

—Hank está bastante cabreado ahora mismo. Se preocupa por Jackson, pero tiene asuntos más importantes de los que ocuparse en este momento, como su recuperación y la salud de su madre. Además, no forma parte de nuestra familia y este es un asunto familiar.

—Tienes razón.

Cat se frotó las sienes para intentar evitar otro dolor de cabeza. Nada en su vida estaba siendo fácil últimamente. Por otra parte, la vida rara vez era fácil para nadie, así que por qué debería esperar algo diferente.

—Nos vemos mañana —dijo David.

—Yupi...

Cat esperó a que saliera su maleta junto a la cinta, repasando su conversación con David. Recordó el desorden en la casa de Jackson, los comentarios de Hank y su propia intuición sobre el comportamiento en declive de Jackson. Una oleada de pavor se apoderó de ella cuando se imaginó la reacción de su hermano al ver que lo habían engañado.

Y Hank seguramente se estaría sintiendo desesperado por su futuro y por su madre. Miró su móvil, debatiéndose entre si debía llamarlo o no, pero él no era de los que se dejaba ayudar y mucho menos por ella.

Había dibujado una línea en la arena y Hank la había cruzado a toda velocidad.

¡Mensaje recibido!

Además, si lo veía, probablemente se tiraría a sus pies y le suplicaría que le diera otra oportunidad, algo que resultaría embarazoso para ambos. Estaba claro que había pasado página sin mirar atrás. Con el ceño fruncido,

dejó el móvil en el bolso. Primero se ocuparía de Jackson y luego pensaría en alguna forma de ayudar a Hank desde la distancia.

Querida mamá:

Cuida de nosotros esta noche. Dudo mucho que Jackson piense que lo estamos ayudando, así que espero que las cosas no se pongan feas.

No puedo permitirme perder otra persona en mi vida, pero, si no apoyo a David, podríamos perder a Jackson para siempre.

CAPÍTULO 22

Cat llamó a la puerta de David y Vivi con la esperanza de haber llegado antes que Jackson. Miró el regalo que llevaba en la mano y deseó que aquella noche no fuera más que una fiesta de cumpleaños.

—Bienvenida a casa. —Vivi la abrazó—. Gracias por el regalo. ¿Te importa si lo abro más tarde? Ahora mismo me siento un poco mareada.

—Yo también. —Cat miró su reloj—. ¿A qué hora viene Jackson?

—En cualquier momento.

David le dio a Cat un té helado.

—¿No me podrías dar algo más fuerte? —masculló Cat.

—Dadas las circunstancias, creo que lo mejor es no servir alcohol esta noche. —Cuando Cat hizo una mueca, David le puso la mano en el hombro—. Sé que no te sientes cómoda con mi plan, pero tenemos que convencerlo de que tiene que hacer algunos cambios.

—Estoy de acuerdo contigo.

Cat le dio unos cuantos golpecitos en la mano. Al menos, esta noche no tendría que preocuparse por tener que responder a preguntas incómodas sobre ella, Hank ni su empresa.

Un fuerte golpe en la puerta los sobresaltó a todos. Cuando David abrió, Jackson entró en el apartamento con una sonrisa, un regalo en una mano y una cerveza en la otra. *Oh, genial.*

—¡Felicidades, Vi! —Dejó el paquete en la mesa de café y le dio uno de sus infames abrazos de cuerpo entero a Vivi—. Me pregunto qué más podrías desear ahora que por fin te has casado con David.

—Oh, eso es fácil. —Vivi se obligó a sonreír—. Felicidad y amor para todos los aquí presentes.

—¿Ese es tu deseo? —Le dio un beso en la mejilla y luego bebió un trago de cerveza—. Cuando una es un encanto, muere siendo un encanto.

Cuando nadie dijo nada, ladeó la cabeza.

—Hum, ¿qué pasa con la cena? No huelo nada. ¿Vamos a pedir comida china o vamos a salir?

—Podemos decidirlo después. —David señaló el salón—. Primero, hablemos.

Cat se sentó en una silla, intentando evitar la mirada de Jackson. Se aferró con fuerza a los reposabrazos. David y Vivi se sentaron juntos, cogidos de la mano en el sofá. Jackson se quedó de pie, con los brazos cruzados y entrecerrando los ojos.

—He confiado en mi intuición toda mi vida y ahora me está gritando. ¿Cuál es exactamente el tema de discusión? —Jackson miró a David y luego clavó sus ojos en su hermana con tal dureza que a Cat se le hizo un nudo en el estómago—. ¿Hermanita?

Afortunadamente, David intervino.

—Todos estamos muy preocupados por ti y por lo mucho que bebes. Cada vez que he intentado hablar contigo, me has dado largas, pero quizá, si te hubiera apretado más, no te habrían acabado denunciando. Enfrentémonos a los hechos, Jackson. Tienes problemas y queremos ayudarte.

Jackson sonrió con suficiencia y luego, desafiante, vació el contenido de la botella de cerveza.

—No necesito vuestra ayuda. Y si llego a saber que me ibais a venir con estas, habría contratado a otro bufete para que me defendiera contra las sandeces de Doug.

—A Hank no le parecen sandeces.

David, inmóvil e impassible, no apartaba la mirada de Jackson.

—Eso es porque a él le gusta seguir las normas, como a ti. Jamás se sale de lo establecido. —Jackson miró a Cat y agitó un brazo en dirección a David—. Díselo, Cat. Adoro a ese tío, pero es demasiado protector.

—No estoy aquí para hablar de Hank —respondió Cat, sintiéndose insultada en nombre de Hank. Hasta hace poco, se habría unido a Jackson contra David y Hank por su carácter conservador, pero ya no—. Pero él jamás mentiría sobre algo tan importante. Ya me había comentado lo mucho que le preocupabas. Y tampoco puedo fingir que no me preocupas.

Jackson abrió los ojos como platos.

—¿Estáis de broma? —Jackson prácticamente resopló antes de agitar la cabeza—. ¿En serio vais a darme una charla sobre mi comportamiento? ¿Cuántas veces salís por ahí? ¿Por qué nadie cuenta cuántas copas de vino os

bebéis ni a qué hora volvéis a casa? Yo jamás he hecho el más mínimo comentario al respecto.

—¡A mí nadie me ha denunciado! Tampoco vivo en una pocilga con botellas vacías de *whisky* por todas partes. —Se le rompió el corazón al ver la sensación de traición cruzar la cara de Jackson, pero no se echó atrás—. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, jamás lo habría creído.

—No me lo puedo creer. Eso me enseñará a dejar de ser tu hombro sobre el que llorar. Primero me robas a mi empleado y ahora me apuñalas por la espalda y me llamas alcohólico.

Cat sintió cómo se sonrojaban sus mejillas. Cerró los ojos para bloquear la ira de Jackson y los recuerdos de aquella noche en la que la consoló e intentó responder a sus preguntas imposibles sobre los hombres y los niños.

—No ataques a Cat por preocuparse por ti —interrumpió David—. Solo siéntate y escúchanos. Todos estamos preocupados. No queremos que todo tu trabajo se vaya a pique ni verte terminar solo o en la cárcel.

—No estoy solo. Y solo porque tú hayas encontrado la felicidad conyugal no significa que haya algo malo en tantear el terreno. Solo tengo treinta años. Tengo mucho tiempo por delante para sentar la cabeza.

Jackson se negó a sentarse y decidió cruzar la cocina para ir hasta el frigorífico de David, sacar una botella medio vacía de vino y servirse una copa.

—Si te bebes eso, te quito las llaves ahora mismo. Estabas bebiéndote una cerveza cuando entraste y quién sabe lo que te habrás bebido antes de meterte en el coche. —El tono agudo de David atravesó la habitación—. ¿Lo siguiente en tu agenda es una multa por conducir borracho? Puede que te dé igual tu bienestar, pero al menos ten un poco de consideración por la gente inocente que se pudiera cruzar contigo.

Jackson se tragó el vino y dio un golpe con la copa en la encimera.

—No eres mi guardián, David. Soy adulto y puedo tomar mis propias decisiones. Ahora mismo, podría decidir irme de esta fiesta. Lo siento, Vivi, pero no he venido aquí para que me juzguen. Felicidades.

David se levantó de prisa del sofá y bloqueó la puerta.

—No hemos terminado esta conversación. Si quieres demostrarnos lo mayor que eres bebiendo delante de nosotros, adelante, pero de aquí no te vas.

—Aparta —avisó Jackson.

David negó con la cabeza.

Cat se dio cuenta de que los ojos llorosos de Vivi se estaban llenando de preocupación, así que decidió suplicar:

—Por favor, Jackson. Danos solo treinta minutos.

—¿Para qué? —explotó—. ¿Acaso le he hecho daño a alguien? No. ¿He infringido alguna ley? No, ¿He perdido algún cliente? No. Maldita sea, mi único error fue contratar a un imbécil. Me provocó. Me empujó. Ni siquiera le pegué. Solo lo cogí por la camiseta y le dije que se fuera. No soy un borracho. No me desmayo en los bares ni duermo hasta mediodía. Soy un tío solo que dirige un negocio. Ninguno de vosotros tenéis la más mínima idea de lo duro que es dirigir un pequeño negocio y más en mi sector. A veces me relajo con un par de copas. ¡Qué barbaridad!

—Hank se hirió por tu culpa —dijo Cat, cansada de su actitud displicente hacia una lesión que ponía en peligro el futuro de Hank.

Jackson miró a Cat, pero no discutió su observación. El suspiro de David atrajo la atención de ambos.

—No todos los alcohólicos son unos fracasados —empezó, todavía en guardia junto a la puerta—. Según los cuestionarios de diagnóstico que he revisado, se considera que una persona tiene un problema serio con el alcohol si consume más de catorce bebidas a la semana o bebe en exceso. De acuerdo con los comentarios de Hank y la denuncia, cumples ese criterio y ha estado afectando a tu trabajo. Varias personas de tu equipo te han visto con resaca o nervioso, lo que, por cierto, acabará saliendo en sus declaraciones a menos que llegues a un acuerdo pronto con Doug. Sospecho que habrás sufrido lagunas una o dos veces durante el último año. Quizá no seas totalmente adicto, pero todo apunta a que acabarás siéndolo. ¿Me equivoco?

Jackson agachó la cabeza. Apretó la mandíbula y giró los hombros un par de veces como si estuviera intentando liberar su ira contenida. Cuando volvió a mirar a David, el resentimiento de su mirada dejó a Cat sin respiración.

—No finjas que te preocupas por mí después de la forma en la que traicionaste mi confianza.

—¿Que te he traicionado? —Las cejas de David se arquearon—. ¿Pero se puede saber cuándo te he traicionado yo a ti?

—Cuando murió mamá. —La voz de Jackson le arrancó algo de la garganta—. Tendrías que haberte quedado aquí, llorándola con nosotros.

Jackson señaló a Cat y luego a sí mismo.

—Pero tú tenías tu maravillosa carrera y tu estúpida pelea con papá, así

que te largaste a Hong Kong y apenas hablaste con nosotros durante dieciocho meses. Y sigues sin confiar en mí lo suficiente como para contarme lo que quiera que pasara entre papá y tú, pero ya me importa una mierda. Siempre te he respetado, he contado contigo e, incluso, he intentado competir contigo. Pensé que teníamos una unión especial, pero te fuiste cuando más te necesitaba. Me has dejado completamente fuera, así que ahora no finjas que estás de mi parte.

Cat miró a Vivi, que ahogaba un grito con su mano. David se había quedado con la boca abierta. Sus ojos reflejaban una profunda conmoción y remordimientos. Cat contuvo la respiración, preguntándose si David por fin contaría el motivo de su desacuerdo.

—Jackson, siento mucho cómo gestioné esa época de nuestras vidas. Mis razones no tienen nada que ver contigo ni con mi carrera.

David miró a Vivi y agitó la cabeza en señal de advertencia, lo que significaba que ella sí sabía la verdad. ¿Quién se iba a imaginar que Vivi acabaría guardando tantos secretos durante este último año? La voz de David devolvió a Cat al presente.

—Quizá no lo parezca, pero intentaba hacer lo mejor para todos. Hice la promesa de que jamás contaría lo que pasó entre papá y yo y no pienso romper esa promesa. Siento no poder explicarme mejor y siento mucho que te sintieras abandonado. No pensé que ni tú ni Cat me necesitarais. Los dos teníais a papá, os teníais el uno al otro y tú teníais a Alison en ese momento.

—¿Alison? ¡Ja! —La oscuridad se hizo en los ojos de Jackson con tan solo mencionar a su ex—. Otra traidora.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Cat, sorprendida por el tono venenoso de Jackson.

—Ella... —Jackson cerró los ojos, estremecido por un recuerdo, y gruñó—. Me robó algo irremplazable. No quiero volver a oír su nombre. Nunca jamás.

—Nunca me gustó.

La voz suave de Vivi irrumpió en la pelea.

Jackson giró la cabeza de golpe hacia Vivi.

—Era egoísta. —Vivi se levantó del sofá y se acercó despacio a Jackson—. Nunca dije nada porque creía que la querías. Dime qué te robo.

Cat contuvo la respiración sin saber muy bien qué podría pasar después. Jackson se quedó inmóvil, agitando la cabeza como si estuviera en lucha consigo mismo, incapaz de resistir el ataque de esa extraña combinación de

empatía y vulnerabilidad de Vivi.

Una nueva oleada de lágrimas se acumuló en los ojos de Vivi mientras agarraba a Jackson por el brazo.

—Jackson, por favor. Te quiero como al hermano que perdí cuando tenía seis años. Me has visto todos estos años luchando contra el alcoholismo de mi padre. No me hagas sufrir viendo cómo te pierdo por la botella a ti también. Deja de estar a la defensiva. Sé objetivo. Hank se ha hecho daño, tu negocio está en peligro y todos estamos preocupados. Algo tiene que cambiar.

Impávida ante las típicas reservas de los St. James, Vivi abrazó el cuerpo inerte de Jackson. Su rostro se contrajo como si estuviera luchando contra sí misma, luego cerró los ojos y dijo con voz suave:

—Estoy embarazada, Jackson. Quiero que este bebé te conozca y te quiera tanto como yo. No hagas que me preocupe por que formes parte de la vida de nuestro hijo. Por favor. Deja que te ayudemos.

Cat dejó de respirar. Miró a David y articuló:

—¿Embarazada?

David asintió, aparentemente roto por la forma en la que había surgido el tema, y luego volvió a centrar su atención en Jackson y Vivi.

Cat, sorprendida, se tragó la amarga mezcla de alegría y celos que la quemaba al bajar como un café demasiado caliente.

Era obvio que el anuncio no estaba planeado. Vivi lo había contado movida por la emoción y el instinto y, a juzgar por el cambio de actitud de Jackson, había funcionado. Sin embargo, había pillado totalmente por sorpresa a Cat, de la que Vivi sabía que estaría especialmente sensible a noticias sobre embarazos.

Después. Cat agitó la cabeza y se volvió a centrar en la escena que se estaba desarrollando en la cocina.

Las lágrimas brotaban de los ojos de Jackson. Dio un paso atrás y le miró la barriga, mudo de la emoción.

—¿Estás embarazada, Vi?

Ella asintió con la cabeza y resopló. Jackson miró a David.

—¿Hace cuánto tiempo que lo sabéis?

—Desde hace dos días.

David seguía apoyado en la puerta, observando cómo Vivi derribaba las defensas de su hermano.

El rostro de Jackson se descompuso. Miró a Cat, que pudo sentir todo el

peso de su empatía sobre sus hombros.

Pero había algo más en su mirada. Algo doloroso.

Cuando por fin habló, sus palabras eran apenas audibles.

—Yo ya sería padre si Alison no hubiera abortado. Pero ella no me quería. No quería casarse conmigo. Y tampoco quería ser madre.

Cat y David se quedaron sin aliento, pero Vivi gritó:

—Oh, Jackson.

Y entonces lo abrazó con fuerza.

—¿Cómo es que nunca me lo has contado y más después de todo lo que he compartido contigo? —le preguntó Cat, dirigiendo equivocadamente su ira contra Alison a su hermano—. Si todo eso pasó hace más de un año.

Al igual que a ella, a Jackson le habían robado la paternidad, solo que él todavía tenía la capacidad para formar una familia. Con todo, tenía que haber sido horrible para él que Alison interrumpiera su embarazo sin tener en cuenta los sentimientos de Jackson. Le parecía injusto que solo la madre pudiera decidir sobre algo tan irreversible.

—Rompiamos por eso. —Hank se pasó la mano por el pelo—. El bebé habría nacido a finales de diciembre. Él o ella estarían gateando por ahí ahora mismo, quizá a punto de echar a andar.

Negó con la cabeza.

—Todo el año después de la muerte de mamá fue un asco. La eché mucho de menos. —Jackson miró a David—. Y a ti. Cuando Alison me habló por primera vez de su embarazo, fue la primera vez que me sentí feliz en quince meses. Parecía una señal de que todo iría bien. No habría sustituido a mamá, pero tendría una mujer y un bebé. Y entonces Alison decidió interrumpir el embarazo. Ni siquiera quiso considerar la posibilidad de tenerlo y dejarme que yo lo criara solo, aunque se lo supliqué.

Y como si estuviera hablando consigo mismo, susurró:

—Habría sido un buen padre.

Cat observó cómo Vivi le acariciaba el pelo a Jackson y envidió su valentía, su capacidad para saber qué hacer y qué decir frente a un arrebato emocional. Vivi obligó a Jackson a que la mirara a los ojos.

—Por supuesto que lo habrías sido. De hecho, lo serás, algún día. Mientras tanto, necesito que seas tío. —Vivi lo volvió a abrazar—. Sabía que había algo que iba mal el verano pasado. Incluso te lo pregunté en el porche de Block Island, ¿recuerdas?

Cuando Jackson se dispuso a defenderse, Vivi le tapó la boca con la

mano.

—Es normal sentirse mal cuando la gente te decepciona. Y no tiene nada de malo reconocer que te has equivocado. ¡Mírame! La muerte de mi madre y mi hermano hizo que mi padre se diera a la bebida y yo me he culpado durante mucho tiempo por el accidente y todas sus consecuencias. He mantenido mi error reprimido durante mucho tiempo y he dejado que me afectara casi toda mi vida. Sé que todos necesitamos escapar, Jackson, pero tienes que encontrar una forma más sana de hacerlo. Por favor, antes de que te hagas daño o le hagas daño a alguien... incluso a un idiota como Doug o como se llame.

Ya fuera por estar totalmente de acuerdo o por simple agotamiento emocional, Jackson asintió. Volvió a mirar el estómago plano de Vivi.

—Voy a ser el tío de un mocoso con un gran apetito. —Jackson hizo una mueca—. Desde luego, menuda forma de dar la noticia, Vivi. Jamás te imaginé haciendo chantaje emocional.

—Las hormonas.

Vivi sonrió, relajando la tensión que todavía reinaba en el ambiente.

Jackson se rascó la nuca antes de mirar a David.

—No soy alcohólico. Puede que haya caído en malos hábitos, pero no necesito beber. Solo me ayuda a relajarme.

Antes de que David respondiera, Vivi volvió a intervenir.

—Deberías hablar con alguien sobre la traición que has estado sintiendo y, quizá, aceptar menos proyectos para reducir un poco el estrés. —Vivi se giró hacia David—. Y vosotros tenéis que sentaros y acortar la distancia que todavía existe entre los dos.

—Te prometo pensar en lo de ir a terapia. ¿Podemos terminar ya la inquisición por hoy? —Jackson se giró hacia David—. Me habéis convencido.

—Danos tu palabra de que te lo pensarás de verdad —le pidió David—. Y de que vas a dejar de beber hasta que lo soluciones.

—Vale.

David se quitó de delante de la puerta y abrazó a Jackson.

—Te quiero, hermano.

—Enhorabuena por el bebé.

Jackson le dio una palmadita a David en la espalda.

Cat se levantó de su silla algo aturdida, como si hubiera estado viendo una película muy triste, pero había sido real y afectaba a las personas que más

quería, incluido Hank. En ese instante, deseó sentirse conectada con ellos, con cualquier cosa.

En contra de su instinto natural, se acercó para unirse al abrazo de grupo. Sentir los brazos de las personas más cercanas a ella rodeándola alivió un poco la soledad que había estado sintiendo esa última semana. Y pensar que pronto ese grupo incluiría un bebé.

Cat iba a ser tía. Una tía que malcriaría al niño y luego se lo devolvería a sus padres para que lo disciplinaran. Miró a Vivi.

—Espero que sea niña para que pueda enseñarle todo lo que sé.

—Eso me gustaría verlo —bromeó Jackson—. Pero yo apuesto por un niño que será un seductor como su tío.

—Bueno, a mí me vale con que nazca sano —dijo Vivi mientras se frotaba la barriga—. Por cierto, me muero de hambre. ¿Podemos pedir la cena ya?

Cat se disculpó mientras los demás discutían sobre qué pedir. Se encerró en el cuarto de baño porque necesitaba un momento de privacidad para digerir la noticia.

Como un río crecido por una tormenta, la vida se movía a toda prisa sin importarle sus problemas. Y últimamente le estaba costando mantener la cabeza fuera del agua. Una nueva oleada de dolor por sus propias pérdidas, por los niños que jamás tendría y por el amor que había perdido se apoderó de ella.

A diferencia de Jackson, no podía culpar a nadie por su situación. Puede que la intervención estuviera dirigida a Jackson, pero al ver cómo su negación le había jodido la vida, se había dado cuenta de que ella también había estado destruyendo la suya.

Quizá Vivi y Esther tuvieran razón. Quizá había llegado el momento de hacer acopio de coraje y ser honesta. Y quizá, al hacerlo, por fin se demostraría a sí misma que merecía amor.

Se estaba secando las lágrimas de los ojos cuando oyó un suave golpe en la puerta.

—¿Cat? —preguntó Vivi.

Cat abrió la puerta y se encontró a Vivi con expresión triste.

—Siento mucho que te hayas enterado así. David y yo habíamos planeado hablar contigo primero, pero simplemente reaccioné a la agresividad de Jackson. Lo solté sin pensar en la forma en la que eso te afectaría a ti, pero te juro que lo último que quería era hacerte daño.

Cat tragó saliva.

—Lo sé, Vivi. Lo comprendo. Quizá no lo parezca ahora, pero de verdad que me alegro mucho por ti y por David. No dejes que mis problemas te roben un solo segundo de felicidad. Y desde luego conseguiste que Jackson se calmara y escuchara. Honestamente, también estoy intentando reponerme de su confesión.

—Los tres os parecéis mucho a vuestro padre e intentáis reprimir vuestros sentimientos, pero los sentimientos siempre encuentran la forma de salir a la superficie. Los tres lo complicáis todo alejándoos. —Vivi exhaló antes de abrazar a Cat—. No voy a presionarte hoy ni tampoco mañana, pero tú y yo tenemos que hablar sobre lo que ha pasado con Hank.

—Hablar no servirá de nada —dijo Cat mientras se frotaba la frente antes de continuar—, pero quizá Jackson pueda ayudarme. ¿Crees que se vendría a casa conmigo esta noche antes de volver a Connecticut?

—¿Por qué? ¿Te preocupa que Justin esté merodeando por allí?

—No, solo necesito que me haga un favor —suspiró Cat—. De hecho, necesito que entregue algo.

Vivi ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Ni sueñes que vas a salir de este cuarto de baño sin contarme lo que tienes planeado.

Querida mamá:

Imagino que ya sabrás lo de David y Vivi, también lo de Jackson. Sin ti, todos vamos por ahí escondiendo nuestros secretos y nuestro dolor.

Sé que tú no querrías eso para nosotros, así que voy a asumir el riesgo exponiéndome yo misma al rechazo. Peor que perder cada gramo de orgullo que pudiera tener es pensar que estoy perdiendo mi última oportunidad con Hank.

Espero que esta decisión que he tomado sea lo suficientemente valiente como para merecerme un final feliz.

CAPÍTULO 23

Hank estaba sentado en la mesa de la cocina jugueteando con una taza de café frío cuando Jenny entró en la habitación.

—Me voy a correr. —Se recogió el pelo en una coleta alta—. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Hank negó con la cabeza y le hizo señas para que se fuera. Mientras miraba el monitor en su soporte, dejó que el inquietante silencio se asentara en sus huesos. No había nada desordenado en la casa ahora que estaba de baja y su madre pasaba los días y las noches en una residencia donde se quedaría hasta que él pudiera volver a usar la mano. Si es que alguna vez volvía a poder usar la mano como antes.

Además, la enfermedad de su madre empeoraba un poco más cada semana. De hecho, había bastantes posibilidades de que nunca volviera a casa, a pesar de sus buenas intenciones.

La libertad con la que había soñado durante años —la posibilidad de quedarse en casa, de salir a pasear o de cualquier cosa que quisiera, fuera lo que fuera— no le hacían sentir mejor. Se sentía vacío, dando vueltas, incapaz de seguir adelante.

Sin Cat, sin trabajo, sin madre a la que cuidar. Nada.

Sin prestar atención, golpeó la mesa unas cuantas veces con la férula de su brazo. El maldito artilugio le hizo pensar en su madre otra vez. Menuda pareja formarían si estuviera allí con él, sentados y mirando al vacío juntos.

Por supuesto, al menos él podía comprender las circunstancias de su vida y su situación. No podía decir lo mismo de su madre. Todas las mañanas se preguntaba si se habría despertado aterrorizada, en una habitación extraña, rodeada de caras y sonidos con los que no estaba familiarizada. Imaginar sus lágrimas y su confusión le partía el alma.

Se puso en pie, dejó la taza de café en el fregadero y se inclinó sobre la

encimera.

A través de la ventana, vio la camioneta de Jackson entrando por el camino. *Mierda*. Llevaba días evitando hablar con él y no le apetecía demasiado hacerlo ahora, pero hacía tiempo que Hank había aprendido a aceptar lo inevitable.

Abrió la puerta antes de que Jackson llamara.

—¡Ey! —dijo Jackson.

Hank se dio cuenta de inmediato de que Jackson se había afeitado. Por primera vez en meses, parecía que volvía a ser él.

—¿Puedo entrar?

Hank le hizo un gesto con la cabeza y cerró la puerta en cuanto Jackson entró.

—Coge una silla.

—¿Dónde está Jenny?

Jackson miró a su alrededor en busca de señales de vida.

—Ha salido a correr. —Hank se dejó caer en la silla reclinable—. Iremos a ver a nuestra madre más tarde.

—Hank, lo siento mucho. Sé lo mucho que querías que se quedara aquí. —Jackson apretó el grueso sobre de papel manila que llevaba en la mano—. ¿Qué te ha dicho el médico de tu muñeca?

—Meg me llevó a una eminencia de Yale que ha usado algún tipo nuevo de clavo en el hueso. Se supone que reduce el tiempo de recuperación y mejora las posibilidades de recuperación total. De verdad que espero que funcione. En cualquier caso, no voy a poder usarla en las próximas ocho a diez semanas. Y, desde luego, duele un montón.

—Es culpa mía. —Jackson se dejó caer en el sofá y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, después de dejar el sobre en la mesa—. Siento mucho cómo he actuado y la forma en la que te he tratado a ti y al equipo durante estos últimos meses.

—Aprecio mucho tus disculpas, pero tengo cosas más importantes de las que preocuparme ahora, como solicitar la baja y rezar para que la terapia me devuelva la mano.

—Mierda, Hank. Mi cagada de verdad te ha jodido la vida y quiero hacer lo correcto. —Jackson se frotó la frente con la mano—. Sé que has hablado con David.

Hank asintió y frunció el ceño.

—Así que ya sabes que Doug me ha denunciado por agresión, ¿no?

—Sí —respondió Hank—, no me sorprende, teniendo en cuenta lo que Doug pensaba de ti. Tío, habría estado bien que hubieras sabido contener tu temperamento.

—Lo sé. Pero él me provocó. Tampoco es que le pegara. Solo lo cogí de la camiseta. Él me empujó... —Jackson se detuvo y agitó la mano—. Lo siento, sé que, con todo, debería haberme largado. Con lo que me va a costar el abogado, lo voy a pagar caro.

—Creía que tu principal problema sería entregar los proyectos a tiempo con otro hombre menos.

—Bueno, en parte estoy aquí por eso.

Jackson inhaló por la nariz y se tiró con nerviosismo del lóbulo de la oreja.

Hank, sorprendido, levantó el brazo dañado.

—No esperarás que trabaje ahora, ¿verdad?

—No como carpintero, pero sí que tengo una propuesta para ti.

«La última propuesta de un St. James que acepté me rompió el corazón», pensó Hank con cautela.

—Suena interesante.

—Imagino que no has hablado con Cat sobre la fiesta de cumpleaños de Vivi. —Jackson hizo una mueca—. Mi familia convirtió la cena en un consejo de guerra.

—¿Lo dices en serio? —Hank se frotó la mejilla izquierda con la mano sana—. Siento habérmela perdido. ¿Alguien consiguió que le escucharas?

—Vivi y sus lágrimas de cocodrilo —dijo Jackson—. Está embarazada, por cierto.

—¿En serio? —Un poco de envidia salpicó la felicidad que sentía por ella y por David—. Así que pronto vas a ser tío.

—Sí, motivo por el cual tengo que poner orden en mi vida. —Jackson se puso de pie y empezó a caminar de un lado para otro—. No soy alcohólico, pero tengo que admitir que recurro al alcohol para reducir el estrés y desconectar. Supongo que no puedo decir con total honestidad que eso no ha afectado a mi juicio de vez en cuando ni a mis relaciones, así que voy a cambiar algunas cosas.

Hank no creía que Jackson entendiera por completo el alcance de su problema, pero, al menos, estaba dando un paso en la buena dirección.

—Me alegro, Jackson. Siento mucho que haya tenido que pasar todo esto para captar tu atención, pero mejor tarde que nunca. —Se inclinó hacia

delante—. ¿Pero qué tiene eso que ver conmigo?

—Bueno, necesito tu ayuda.

—¿A qué te refieres?

Hank frunció el ceño.

—Quiero irme de la ciudad seis u ocho semanas. Irme a algún sitio donde me puedan ayudar, aclararme la mente y trabajar las cosas que me han llevado a esta situación. Conoces los proyectos y el funcionamiento básico de la empresa y el equipo te respeta y confía en ti, así que se me ha ocurrido que podrías sustituirme mientras ambos nos recuperamos. Te pagaré un sueldo, te daré una gratificación para ayudarte a pagar la nueva residencia de tu madre y le pediré al contable que venga con más frecuencia para ayudarte con el papeleo.

Jackson se detuvo un momento y miró a Hank.

—Solo confío en ti y me sentiría mejor si me dejaras compensarte de alguna forma por lo que ha pasado. Siempre me puedes llamar por teléfono cuando me necesites. Quizá podríamos fijar una llamada semanal o algo así. Y, cuando vuelva, a menos que encuentres algo que prefieras hacer, puedes seguir trabajando para mí.

Hank se echó hacia atrás en su silla, perplejo. Al ver llegar a Jackson, jamás se habría imaginado semejante conversación. ¿Dirigir el negocio durante un par de meses? ¿Podría hacerlo? No le importaría que le subieran el sueldo ni que le ayudaran con su madre y no sería caridad.

—Tienes que contratar, al menos, a un nuevo carpintero antes de irte.

Jackson sonrió.

—Lo sé. Ya me encargaré de eso, pero tú también deberías conocer a los posibles candidatos. Si es que quieres ayudarme, claro. Sé que no me lo merezco, considerando la forma en la que he ignorado tus advertencias.

—Me alegra que te tomes un tiempo. Posiblemente podría ayudarte con los proyectos ya existentes, pero no cuentes conmigo para que busque otros de forma activa. No sé lo suficiente sobre licitaciones como para sentirme cómodo con esa responsabilidad.

—Trato hecho.

Jackson le ofreció la mano.

Hank se puso de pie para darle la mano, pero Jackson lo atrajo a un abrazo y le dio golpecitos en la espalda.

—Gracias, tío. Esperaba que dijeras que sí.

—De nada.

Jackson ladeó la cabeza.

—Tengo una tarea más que completar antes de dejarte en paz.

Hank arqueó una ceja y contuvo la respiración. Jackson le señaló el sobre de la mesa.

—Sea lo que sea lo que haya dentro, es de mi hermana. Me ha pedido que te lo diera y que te dijera que se lo devuelvas «cuando termines», sea lo que sea lo que signifique eso. —Jackson cogió el sobre y se lo entregó a Hank—. Sé que no es asunto mío, pero parecía muy triste la otra noche. No es tan dura como le gusta aparentar. No sé qué pasó entre vosotros, pero, si crees que tiene arreglo, inténtalo.

Cuando Hank guardó silencio, Jackson volvió a levantar las manos.

—Vale. No me respondas. Solo quería intentarlo. Te llamaré mañana y veremos cómo podemos hacer la transición antes de que me vaya. Mi objetivo es estar fuera para el 1 de octubre, si es posible.

—¿Adónde vas? —preguntó Hank—. ¿A rehabilitación?

—No lo sé. —Jackson se paró y miró al cielo—. Estaba pensando en Vermont. Quizá hacer terapia, senderismo, pescar y montar en kayak me permita calmar la mente y recargar las pilas.

—Buena suerte con eso —dijo Hank antes de que Jackson se diera la vuelta, se despidiera con la mano y se fuera en su camioneta.

Hank se apoyó en la puerta cerrada, reflexionando sobre lo que Jackson le había dicho de Cat. Se había pasado las dos últimas semanas en una agonía, en buena parte por la forma en la que había gestionado la situación, por las cosas que le había dicho en Chicago.

Ya sentado en el sofá, abrió el sobre, casi convencido de que sería la documentación legal necesaria para disolver su efímera empresa. Sin embargo, el diario de Cat aterrizó en su regazo con un golpe seco.

Estupefacto, le dio la vuelta, recordando la primera vez que lo vio en su habitación de Block Island aquel mismo verano, cuando estaba tan borracha que había bajado todas sus defensas y le pidió que se quedara.

El corazón le latía con fuerza en el pecho. La mujer más reservada que conocía le acababa de entregar sus pensamientos más privados. Lo observó, acariciando el suave cuero con una mano. La confianza que estaba depositando en él lo había dejado sin palabras. Tanto era así que casi no quería invadir su privacidad leyéndolo. *Casi*.

Antes de abrir el diario, decidió no leer ninguna entrada anterior al fin de semana de la boda. Pasara lo que pasara antes, no tenía nada que ver con

lo que había pasado después.

Decidido, abrió el libro, buscó el fin de semana del 11 de junio y empezó a leer.

Hank se acercó a la puerta del apartamento de Cat con la boca seca y el estómago nervioso. Había recordado demasiado tarde que era domingo. Iría a casa de Esther esa tarde. De hecho, quizá ya estuviera allí.

Tendría que haber llamado antes de ir, pero no quería correr el riesgo de que huyera.

Resopló una vez y enderezó los hombros antes de llamar. Se lamió los labios y observó la puerta. Nada. Levantó la mano para llamar otra vez, pero, de repente, se abrió.

—Hank. —Los ojos de Cat se abrieron como platos—. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo entrar?

Su belleza siempre hacía que le temblaran las piernas, pero hoy lo único que veía en su cara era tristeza. Cuando le enseñó su diario, sus labios se abrieron un poco.

—Por supuesto.

Cat cogió su diario y se apartó para que pudiera entrar. No le quitaba ojo a la férula.

—Siento mucho tu lesión. ¿Cómo está tu muñeca?

—No lo sabré durante unos meses. —Hank estiró el brazo con la férula—. Pronto empezaré la rehabilitación y ya veremos.

—¿Cómo está tu madre? —Cat juntó sus cejas en señal de preocupación—. ¿Cómo te las arreglas?

—Está en una residencia. No está claro cuándo o si volverá.

Cat hizo el amago de acercarse, pero entonces se paró y entrelazó los dedos por delante de su cuerpo.

—Lo siento mucho. Sé que es lo último que querías que pasara. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Vuelve.

—La verdad es que no. Resulta que tenías razón. No había nada que pudiera hacer por ella.

Cat agitó la cabeza.

—No estuvo bien por mi parte que te obligara a escoger. Sentí pánico y

la situación me superó. Si sirve de algo, siento mucho cómo me comporté. — Cat esbozó una sonrisa triste—. Supongo que no te sorprende. Parece que siempre tengo que andar disculpándome por mi mal comportamiento.

—De hecho, yo también te debo una disculpa. Te hice promesas que no cumplí y siento mucho no haberme parado a pensar en lo que necesitabas aquel día.

Hank dudó, sin saber muy bien cómo seguir. Decidió coger una página de su manual de estrategia y cambiar de tema... rebajar el tono de la conversación.

—Jackson me contó la intervención.

—Nada agradable, pero necesaria.

Cat se rodeó la cintura con los brazos. Giró suavemente su torso de un lado a otro como si estuviera acunando un bebé en sus brazos. Ese pensamiento lo entristeció porque, después de leer su diario, sabía que ella creía que jamás podría ser madre.

—Espero que funcione.

—Creo que ha funcionado. —Hank esperó a que lo mirara—. Dice que hará algunos cambios. Incluso me ha pedido que lo sustituya mientras está fuera aclarándose las ideas.

—¿Qué? —Los ojos de Cat se volvieron a abrir como platos, pero esta vez con preocupación—. ¿Mientras está fuera? ¿Cómo sabes que no está huyendo de nosotros para poder hacer lo que le dé la gana?

—Le creo. Entre lo que pasó con Doug y con la gran noticia de Vivi y David, se ha dado cuenta de que necesita cambiar. No te preocupes.

—¿Sabes lo de David y Vivi?

Cat enderezó la columna y sonrió, pero Hank podía ver el dolor en sus ojos.

—Sí. Es genial para ellos. —Su voz se hizo más débil—. Pero después de haber leído lo de tu diagnóstico, tengo que preguntártelo. ¿Cómo te sientes? Nadie te culparía si te doliera un poco.

Sus ojos se encontraron unos segundos. Hank mantuvo la mirada firme y tranquilizadora para que supiera que no sentía pena por ella. Para que se diera cuenta de que no se iba a ninguna parte.

—Seguramente experimente una mezcla de emociones durante todo el embarazo, pero no dejaré que eso interfiera en su felicidad. —La sonrisa triste de Cat le llegó al corazón—. No te preocupes por mí. Soy más fuerte de lo que parezco. Para cuando llegue el bebé, ya estaré preparada para ser una

tía cariñosa.

Hank se moría por reconfortarla. Por buscar una forma de aligerar su pena. Pero primero tenía que convencerla de que no le importaba su diagnóstico y que jamás se arrepentiría de su decisión, nunca.

—¿Me puedo sentar?

—Por supuesto. —Cat se sentó en una silla, incapaz de dejar de mover las manos y tirarse de la camiseta—. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

Hank negó con la cabeza y se aclaró la garganta. Se apartó el cuello de la camiseta porque, a pesar del aire acondicionado, la temperatura de su cuerpo aumentó, por lo menos, diez grados.

—Mira, voy a decir lo que he venido a decir y quiero que me escuches hasta el final. Que me escuches de verdad.

Cat asintió con la cabeza y se sentó sobre sus manos.

—En primer lugar, muchas gracias por confiar en mí y dejarme tu diario. Teniendo en cuenta cómo acabaron las cosas, no creo merecerlo. Me he machacado mucho desde que volvimos de Chicago, pero no sabía ni qué hacer ni qué decir. Después de recibir aquel mensaje tuyo, decidí darte el tiempo que parecías querer. En segundo lugar, quiero que sepas que no he leído todo tu diario. Solo he leído las páginas a partir de la boda de Vivi. Ahora entiendo por qué parecías tan frágil ese fin de semana, por qué bebiste tanto y, en gran parte, por qué me has estado apartando. Me habría gustado que hubieras confiado en mí y me lo hubieras contado antes. Quizá podría haberte convencido de que no eres menos mujer a mis ojos por no poder tener hijos. Y si crees que no tengo nada más que decir, quiero que sepas que eres la mujer más increíble que he tenido el privilegio de conocer. Sé que crees que me estás haciendo un favor yéndote. Y puede que algún día conozca y ame a otra mujer, pero jamás serías tú. No tendría grandes sueños para ella ni para todo aquel que le importara. No intentaría tenerlo todo ni me obligaría a sacar lo mejor de mí. No me retaría cuando estuviera equivocado, ni se metería conmigo tan solo para sacarme de mis casillas o para enseñarme que la única forma de vivir una vida que merezca la pena vivir es crearla yo mismo en vez de esperar a que suceda. —Hank arqueó una ceja y sonrió—. Y estoy seguro de que no sería una mujer con tu colección de lencería sexi.

Los ojos de Cat se llenaron de lágrimas, pero se mantuvo completamente inmóvil. Hank se inclinó hacia delante.

—Si no me quieres, si no te imaginas siendo feliz conmigo y mi vida

sencilla, lo aceptaré y me iré, pero no me apartes porque tienes miedo de que no pueda ser feliz contigo, porque la verdad es que no soy feliz sin ti, Cat.

A Hank le picaban los ojos por sus propias lágrimas.

—No voy a fingir que el hecho de que probablemente no podamos tener hijos juntos carezca de importancia, pero eso no significa que no podamos formar una familia. De alguna forma, lo conseguiríamos. Es demasiado pronto para hacer promesas para toda la vida, pero al menos démonos una oportunidad para averiguar si lo que hay entre nosotros es algo que pueda durar. No eres la única que te estás arriesgando a que te rompan el corazón, Cat, porque yo también me estoy arriesgando.

Hank cruzó la habitación y se arrodilló junto a ella justo en el momento en el que vio que le temblaban los labios. Acercó la mano de Cat a su boca y le besó la muñeca.

—Por favor, confía en mí cuando te digo que conozco mi corazón.

—Quiero creerte. —Se secó las lágrimas y resopló—. De verdad que quiero creerte.

—Pues créeme. Tiremos los dados juntos —dijo antes de darle un beso que contenía dos semanas de emociones y nostalgia.

Por fin en casa.

—Te he echado de menos, Hank. Te he echado mucho de menos.

Cat frotó sus mejillas húmedas contra el cuello de Hank mientras la abrazaba con fuerza, dándole gracias a Dios por tener una segunda oportunidad.

—Yo también te he echado de menos.

Una urgente avalancha de deseo hizo que la empujara contra la silla y reclamara su boca con los besos hambrientos de un hombre famélico. Las manos de Cat se colaron por debajo de su camiseta y le quemaron la piel. Hank no apartaba la mirada de ella, disfrutando de su intensa mirada y de sus protuberantes labios.

Miró hacia abajo, a su camisa. La voz de Hank se volvió ronca.

—¿Qué minúscula lencería escondes aquí debajo? ¿Más rojo?

Usando su mano sana, apartó el cuello a un lado hasta revelar un sujetador de aros blanco con bordados florales. El contraste entre el encanto inocente de la tela y la mujer pecaminosamente sexi que la llevaba puesta le excitó sobre manera.

—Me encantan tus sofisticados sujetadores.

Paseó su boca por el escote de Cat y sobre el tejido, succionando con

fuerza. Cat arqueó la espalda y gimió.

—Echaba de menos esto —dijo Hank contra la piel de Cat. Cada vez que ella lo acariciaba, se le ponía la carne de gallina—. Me encanta cómo sabes.

—Me encanta cómo me haces sentir —murmuró Cat en su oído.

Hank la abrazó con fuerza.

—Te quiero, Catalina. No vuelvas a apartarme de ti, ¿vale?

Le estaba acariciando las mejillas con el pulgar cuando pudo sentir una lágrima.

—¿Qué pasa? —Cat tembló y Hank intentó sujetarla con fuerza a pesar de la férula—. Cuéntamelo.

—Espero que no te arrepientas.

—No te preocupes, Cat. —Hank sonrió y le dio un beso en la clavícula—. Nunca jamás me arrepentiré.

EPÍLOGO

Querida mamá:

Estas son las primeras Navidades que espero con ansia desde que te fuiste. He puesto tu ángel en lo más alto del árbol y he pedido un deseo, aunque parece que la mayoría de mis deseos ya se han hecho realidad. Uno nunca se cumplirá (que conozcas a Hank), pero por fin creo que, algún día, seré madre.

Cuando eso ocurra, espero poder ser, al menos, la mitad de madre —la mitad de mujer— que tú.

Cat giró en el camino de entrada de la casa de Hank y aparcó detrás de su camioneta. Abrió la puerta principal y gritó:

—¿Hola?

No hubo respuesta. Cruzó el dormitorio principal, en el que se había instalado Hank recientemente. Aunque su madre nunca volvió a casa, había dejado su habitación intacta hasta que murió la semana después de Halloween. Dos semanas después, Cat ayudó a Jenny a despejar la habitación y luego convencieron a Hank para que la repintara y la decorara para él. Asomó la cabeza por la habitación, pero estaba vacía.

Dio una vuelta por toda la casa y luego por el jardín. Una canción distante emanaba de su taller y vio luces a través de las ventanas del garaje.

Una vez que se le curó la muñeca lo suficiente como para ser optimista en cuanto a conseguir una recuperación completa, reconsideraron sus planes para Mitchell/St. James y David y Vivi le encargaron una mesa para el comedor.

A Cat le encantaba verlo trabajar, así que puso rumbo al garaje para colarse dentro.

Hank estaba sentado en el suelo, limpiando las patas de un precioso

escritorio de madera con nudos. Cuando la puerta chirrió, se dio la vuelta.

—Ey, no esperaba verte esta tarde. Creía que tenías un final hoy —dijo Hank—. ¿No deberías estar estudiando?

—Tuve el examen a primera hora y estoy segura de que lo he clavado. Ya estoy libre hasta enero. —Se cruzó de brazos para combatir el frío—. ¿En qué estás trabajando?

—Esto no es para un cliente. —Hank sonrió—. Iba a ser una sorpresa para ti, pero me has pillado.

—¿Para mí?

Se acercó, confusa.

Hank se apartó y señaló el escritorio.

—Supuse que, ahora que vas a sacarte el título de *marketing*, querías tener un escritorio.

—¡Me encanta! —Cat pasó la mano por la superficie de la mesa y frunció el ceño—. ¿He arruinado mi regalo de Navidad?

Hank la cogió y tiró de ella para poder besarla.

—No del todo, pero tendrás que esperar para ver el resto.

—Ya sabes que esperar no es mi punto fuerte —admitió.

Cat volvió a mirar el escritorio por encima del hombro de Hank y se dio cuenta de que tenía dos cajones vacíos. Tras escabullirse de sus brazos, empezó a abrir uno, pero él le dio un golpecito en la mano.

—Oooh, me muero de curiosidad.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Hank demasiado tarde.

Por desgracia, ella se las había ingeniado para colarse por debajo de su brazo y abrir el cajón. Dentro había un estuche de anillo.

—¡Oh!

Hank se puso en jarras y negó con la cabeza.

—Ahora sí que has arruinado tus Navidades y todos mis planes.

Cat debería haberse sentido culpable y haberse disculpado e, incluso, debería estar un poco triste, pero no podía dejar de sonreír ni de dar saltitos de puntillas. Al menos, su respuesta hizo que Hank sonriera, no estaba mal teniendo en cuenta las circunstancias.

—Supongo que no tiene mucho sentido que te haga esperar otros cinco días, ¿no?

Cat negó con la cabeza, lo que hizo que Hank se echara a reír.

Sacó la pequeña cajita de terciopelo del cajón, sujetándola con tal fuerza por la ansiedad que los nudillos se le quedaron blancos.

—Tenía planeada una yincana muy elaborada y romántica, pero quizá sea mejor hacerlo aquí, en el garaje polvoriento, donde por primera vez me confesaste quién eras en realidad y qué necesitabas. Sí, tuvimos nuestros altibajos desde que nos conocimos, pero incluso en nuestros peores momentos, me cautivaste. Ya casi no recuerdo mi vida antes de que irrumpieras en ella como un huracán, poniendo todo patas arriba, en el mejor de los sentidos. No puedo imaginarme mi vida sin ti y tampoco quiero tener que intentarlo, así que espero que aceptes seguir el camino que hemos empezado juntos. Sé que juntos crearemos un negocio, una familia y una vida maravillosos si aceptas casarte conmigo.

Todavía no había acabado la frase cuando Cat saltó en sus brazos y lo besó.

—¿Ni siquiera quieres ver el anillo?

Hank se echó a reír.

—¡Por supuesto que quiero!

Hank abrió la caja y sacó un anillo con un diamante de corte esmeralda engarzado en un círculo de diamantes pavé. Clásico, elegante y perfecto. Mientras se lo colocaba en el dedo, Hank susurró:

—Feliz Navidad, Catalina. Te quiero.

—Yo también te quiero y estoy deseando ser tu mujer.

Hank acarició los muslos de Cat con las manos, la agarró por el trasero y la besó.

—Jenny no está en casa. ¿Quieres ir dentro?

—Ya sabes la respuesta.

Cat lo besó en el cuello.

La cogió y la hizo girar entre sus brazos, levantando una polvareda de serrín a su alrededor, lo que hizo que Cat estornudara.

—Salud.

Hank la dejó en el suelo. La miró con reverencia mientras acariciaba su mandíbula con el dedo.

—Que Dios te bendiga, Catalina —dijo antes de besarla.

Cat se aferró a su cuello. *Que Dios nos bendiga a los dos.*

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a mi familia y a mis amigos por su amor incondicional, su ánimo y su apoyo.

Nada de esto habría sido posible sin Jill Marsal, mi agente, Chris Werner, Krista Stroeve y toda la familia Montlake que han creído en mí y que han trabajado tanto en esta historia.

Un especial agradecimiento a Tom Throop, de Black Creek Designs, que respondió con paciencia mis preguntas sobre su formación y su negocio de muebles de diseño fabricados de forma artesanal (y por hacerme el escritorio más bonito del mundo). Por cuestiones narrativas, me he tomado libertades con la información que me proporcionó, pero aprecio mucho el tiempo que me dedicó y sus comentarios.

Un agradecimiento muy especial a mi amiga Ramona, que me abrió su corazón sobre sus experiencias pasadas para que pudiera retratar elementos de la reacción de Cat ante su infertilidad de forma realista.

Como siempre, mis chicas beta (Christie, Siri, Katherine, Suzanne, Tami y Shelley) me hicieron aportaciones muy valiosas sobre los distintos borradores de este manuscrito.

Y no puedo olvidarme de los maravillosos miembros de mi sección de la CTRWA (sobre todo a mis MTB), que me dieron horas de apoyo, comentarios y asesoramiento. Todo mi agradecimiento y mi amor.

Por último, gracias a vosotros, lectores (sobre todo a aquellos que me habéis escrito pidiendo las historias de Cat y Jackson), por hacer que mi trabajo merezca la pena. Con tantas opciones disponibles, me siento muy honrada por que hayáis elegido pasar vuestro tiempo conmigo.